

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

Palomas de otros nidos

**La representación de las mujeres mexicanas del *fin de siècle*
en las novelas de Rafael Delgado Sainz**

TRABAJO RECEPCIONAL

PARA OBTENER EL TÍTULO DE

LICENCIADO EN CREACIÓN LITERARIA

PRESENTA

UBALDO HERNÁNDEZ CASTELÁN

DIRECTORA

Dra. Carmen Araceli Eudave Loera

Ciudad de México, diciembre de 2019.

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS[©]

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

DEDICATORIA

Este trabajo va dedicado con mucho cariño a mi querida mamá, **María de Jesús Trinidad Castelán Carreón**, que a lo largo de toda mi vida siempre ha depositado un voto de confianza en éste, el más indómito de todos sus hijos.

A mi queridísima hermana **Claudia**, por creer en mí y brindarme su apoyo en cada nueva aventura.

A **todas mis tías**, porque estoy seguro de que se identificarán con muchas de las mujeres que por aquí desfilan.

A mi entrañable e inolvidable compañera **Bárbara Vallejo Araiza**, quien a lo largo de la carrera se ha mostrado siempre como una gozosa lectora, excelente conversadora, confidente discreta y amiga fiel.

Y a ti, ¡oh **curioso lector!**, quien quiera que seas, que te tocará juzgar el contenido de este peregrino trabajo en los venideros siglos; ruégote que te armes de eterna paciencia; y que una vez concluida la lectura del mismo, salgas con ello sino ilustrado, al menos alegrado.

AGRADECIMIENTOS ACADÉMICOS E INSTITUCIONALES

Realizar un trabajo de investigación no es labor de una sola persona, sino de un sinnúmero de ellas; reconozco que sin el apoyo de mis familiares, profesores y amigos este trabajo no habría podido concluirse de manera satisfactoria. Por lo tanto, doy gracias infinitas a:

La Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM): por ser mi *Alma Mater*; por haberme permitido ingresar en sus filas y haberme dado la oportunidad de estudiar dos licenciaturas de manera simultánea.

A mi directora de tesis, la **Dra. Carmen Araceli Eudave Loera**, que desde que la conocí ha sido para mí ese Virgilio incansable que me ha sabido guiar por esta selva oscura y literaria. A ella, mi más sincero agradecimiento, no sólo por asesorar este trabajo con su sabiduría y paciencia, sino por haber despertado en mí el gusto y pasión por la literatura.

A los lectores de este proyecto, quienes con sus comentarios y observaciones ayudaron a que este trabajo mejorara: a la **Dra. Leticia Romero Chumacero**, guerrera incansable, que en el momento más álgido de la batalla, no desistió un sólo instante hasta que yo pudiera ser aceptado en la licenciatura. A la **Mtra. Silvia Reséndiz Colín**, quien siempre refrescó las ideas de mi cerebro a través de sus conocimientos gramaticales y porque gracias a su revisión profunda, minuciosa y exhaustiva de este trabajo fue posible la concreción del mismo. Al **Mtro. Martín Jiménez Serrano**, quien alumbró mi sendero con el resplandor de la palabra poética, permitiendo que la musa despertara en mí. A la **Dra. Adriana Azucena Rodríguez Torres**, por sus sabios y muy atinados comentarios a esta investigación.

Un agradecimiento muy especial al **Dr. Gerardo Bustamante Bermúdez**, por haber puesto “el nido” de *La Calandria* en mis manos y por sus invaluable conocimientos aportados a lo largo de mis estudios de licenciatura.

A todos mis profesores de la **Academia de Creación Literaria** de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México que me acompañaron y guiaron en mi formación académico-literaria. A todos ellos, muchas gracias por compartirme sus conocimientos dentro y fuera del aula.

A la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, a través de la Coordinación de Servicios Estudiantiles (CSE), por las facilidades otorgadas mediante la Convocatoria para la impresión y/o empastado de trabajo recepcional o tesis 2019, apoyo invaluable para que este trabajo pudiera materializarse.

AGRADECIMIENTOS PERSONALES

A **Dios**, por darme la vida y ayudarme, una vez más, a concluir mis estudios de licenciatura.

Al inolvidable **Mario Portillo**, gracias por ser compañero y amigo, por tu paciencia y tolerancia.

A mi entrañable amiga **Romy**, gracias por los buenos momentos, por alentarme a seguir adelante, por tu generosa ayuda y por tu gran sentido del humor.

A mi estimado **Antonio de Jesús Verde Soria (AnToño)**, una vez más, gracias por tu ayuda desinteresada para que este trabajo pudiera ser concluido de manera satisfactoria.

A mi querido amigo **Javier Martínez Javalois**, por aceptarme así, tal como soy; pero, más que nada, por invitarme a subir en esa pequeña nave que me permitió entrar al universo de tu vida.

Volver los ojos hacia aquello que en el pasado se veía como normal,

Nos permite pensar críticamente el presente,

Siempre que esa mirada nos ayude a develar las condiciones

Que hicieron posible lo que hoy somos.

(María Teresa Yurén Camarena)

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO 1. EN ARAS DEL TIEMPO	7
1.1. Érase una vez en Córdoba, Veracruz	7
1.2. Panorama general de las cuatro novelas de Rafael Delgado Sainz	9
1.3. El contexto histórico a finales del siglo XIX.....	12
1.4. Eventos históricos referenciados en las novelas	20
1.4.1. Eventos históricos referenciados en <i>La Calandria</i>	23
1.4.2. Eventos históricos referenciados en <i>Angelina</i>	27
1.4.3. Eventos históricos referenciados en <i>Los parientes ricos</i>	32
1.4.4. Eventos históricos referenciados en <i>Historia vulgar</i>	37
1.5. El contexto literario en México a finales del siglo XIX	39
RECAPITULACIÓN	44
CAPÍTULO 2. EL CONTEXTO HISTÓRICO Y SOCIAL DE LAS MUJERES MEXICANAS EN EL PORFIRIATO	47
2.1. Las mujeres mexicanas antes del Porfiriato	47
2.2. La educación femenina en el Porfiriato	53
2.3. El deber ser femenino en la sociedad porfiriana	69
2.4. Estereotipos femeninos a finales del siglo XIX	73
RECAPITULACIÓN	78
CAPÍTULO 3. ENTRE LA ABNEGACIÓN Y EL DOLOR: MUJERES EJEMPLARES	81
3.1. Angelina, el ángel del hogar.....	81
3.2. Gabriela Fernández, la bondadosa marquesita.....	90
3.3. Carmen y Pepa, las madres vírgenes.....	98
3.4. Doña Dolores, la viuda dolorosa.....	107
3.5. Margarita, una Antígona muy decimonónica.....	116
3.6. Filomena, la fidelidad al servicio de la casa.....	123
3.7. Las hermanas Pradilla	128
RECAPITULACIÓN	130

CAPÍTULO 4. ENTRE EL DEBER SER Y EL QUERER SER: MUJERES TRANSGRESORAS	133
4.1. Carmen, la hija ilegítima	133
4.2. Magdalena, una mulata muy intelectual.....	158
4.3. Conchita Mijares, la monologuista	174
RECAPITULACIÓN	188
CAPÍTULO 5. ENTRE LA LUZ Y LA SOMBRA: MUJERES HONESTAS Y TRABAJADORAS; BURLADAS Y ABANDONADAS; CHISMOSAS, ENVIDIOSAS Y FRÍVOLAS	191
5.1. Mujeres honestas y trabajadoras	191
5.1.1. Las planchadoras y lavanderas de la vecindad de San Cristóbal	191
5.1.2. Soledad Sierra	192
5.1.3. Angustias o Eugenia Collantes.....	194
5.1.4. Las hermanas Quintanilla.....	196
5.1.5. Las hermanas Miramontes	201
5.2. Mujeres burladas, abandonadas o viudas	214
5.2.1. Guadalupe, la amorosa lavandera.....	214
5.2.2. Las viudas Pancha, Salomé y doña Carmen.....	216
5.2.3. Elena Collantes, el rostro ciego del amor.....	220
5.3. Mujeres chismosas, envidiosas y frívolas	231
5.3.1. Las mujeres de la vecindad de San Cristóbal	232
5.3.2. Las hermanas Castro Pérez	234
5.3.3. Las pollitas de <i>Los parientes ricos</i>	238
5.3.4. Carmen y María Collantes	242
5.3.5. Leonor, una sopa de su propio chocolate	246
RECAPITULACIÓN	253
CONSIDERACIONES FINALES	255
BIBLIOGRAFÍA	259

INTRODUCCIÓN

De manera personal, coincido con Stendhal cuando afirma que la literatura es como un espejo y en él se puede reflejar el espíritu de una época, es decir, cuando nos acercamos a una obra literaria podemos ver, conforme vamos leyendo, el modo de vivir y las costumbres de otros tiempos. Una de las muchas virtudes que posee una obra literaria es que, a través de la ficción, podemos acercarnos a la vida del pasado; y, como si viajáramos a través del tiempo, los diferentes géneros literarios nos adentran en un mundo que, gracias a la palabra escrita, emerge con fuerza entre quienes se acercan por curiosidad o por placer.

De esta manera, obras como *La Ilíada*, *La Odisea* o las comedias y tragedias griegas nos permiten contemplar no sólo la sabiduría de los antiguos filósofos como Homero, Platón o Aristóteles, sino que en estas obras también vemos las hazañas de los que fueron los héroes de la antigüedad como Odiseo, Teseo, Héctor, Jasón, Perseo, Belerofonte, Heracles, y muchos más; y con ellos un despliegue de mujeres cuyas hazañas también han llenado las páginas de muchos libros a través de los siglos, tiempo me haría falta para hablar de Eva, Lilith, Medea, Circe, Hécuba, Helena de Troya, Perséfone, Ariadna, Calipso, entre otras.

Además, también la literatura en español nos hace recordar a personajes que le han dado la vuelta al mundo por retratar con bastante tino la condición humana, baste con mencionar a Amadís de Gaula, la astucia de Celestina, las aventuras y peripecias de Lazarillo de Tormes o la loca cordura de don Quijote, es por ello que la literatura nos permite ver la configuración del mundo en un pasado remoto al cual podemos acceder cada que abrimos las páginas de un libro.

En el contexto mexicano tenemos que antes de la llegada de los españoles a lo que ellos creían eran las *Indias*, existía lo que ahora se conoce como literatura prehispánica, que ha llegado a nosotros gracias al empeño y la dedicación de escritores e investigadores que se han ocupado de rescatar los textos de antaño, un ejemplo de ello fueron las crónicas de la conquista que se convirtieron en documentos con un gran valor no sólo histórico sino también literario, debido al valor artístico con el que son contados los hechos.

Ya en pleno periodo colonial la producción literaria es abundante; no obstante el género que más destacó fue la poesía, si bien aunque hay mucho talento y muchas plumas son destacadas, el astro que iluminó esta época es, sin lugar a dudas, la monja jerónima, Juana de Asbaje, mejor conocida en todo el mundo como Sor Juana Inés de la Cruz.

Con la lucha independentista de 1810 llegó a su ocaso el periodo colonial, y a pesar de que a lo largo del siglo XIX el país estuvo plagado tanto de luchas armadas internas como de invasiones extranjeras, la producción literaria de esta época fue muy fructífera, el autor más representativo de comienzos de siglo fue José Joaquín Fernández de Lizardi, conocido como *El Pensador mexicano*. Mientras el país navegaba como barco a la deriva entre dos corrientes ideológicas: liberales frente a conservadores, la labor tanto de políticos como de escritores era definir el concepto de nación en el territorio que ahora conocemos como México, lo cual se vería reflejado en la literatura del momento.

La producción literaria del siglo XIX se enmarca dentro de distintas vertientes literarias, sin embargo, un aspecto que me llama la atención es el gran abanico de temas que se reflejan en estos textos tales como el amor, la muerte, la nación y la religión son reflejados en estos textos, no obstante, es en este periodo de la producción literaria nacional donde hay un gran interés por retratar a la gente común como protagonista de muchas de estas historias, es por ello que vemos a indígenas y campesinos desfilar por estas historias donde se narra de manera casi verídica los avatares de estas personas antes ignoradas.

El siglo XIX fue muy importante en el devenir de la historia de México no sólo por el hecho de que en este periodo nuestro país obtuvo la independencia del yugo español sino porque también en este siglo el país alcanzó muchos avances en distintos aspectos, por ejemplo, se le quitó el poder administrativo a la iglesia, hubo un gran auge en el desarrollo tecnológico del país gracias a la instauración del sistema ferroviario, se intentó organizar a la nación como un país independiente con instituciones propias, etcétera. Pero es justo en esta etapa de la historia nacional en la que los hombres explotan la figura femenina desde distintos ámbitos, a decir de José Camacho Delgado:

El siglo conoce una verdadera explosión en la figuración femenina. Las mujeres aparecen de forma recurrente en la pintura, la escultura, en las ilustraciones de libros, en la fotografía, en los anuncios publicitarios y a pesar de ello, no deja de ser

una mujer imaginada e imaginaria, un ídolo construido desde los patrones culturales masculinos.¹

Será la novela decimonónica la que nos abra sus puertas y nos invite a conocer la historia de algunas mujeres cuyos nombres engalanan los títulos de la época, ejemplo de ello son: *Carmen* de Pedro Castera, *Santa* de Federico Gamboa, *Clemencia* de Ignacio Manuel Altamirano, por mencionar sólo algunas. El ambiente reflejado en estas historias evidencia la sujeción que se ejercía sobre las mujeres en una sociedad que sesga de manera incisiva cualquier oportunidad de cambio para ellas, y las que se atrevían a romper con los límites y roles sociales establecidos quedaban confinadas ya sea a la muerte, la enfermedad o al cautiverio de la soledad en un claustro, en este sentido, Carmen Ramos Escandón al hablar sobre la novela decimonónica puntualiza que “la creación literaria, en su forma y contenido, está inevitablemente condicionada por el ambiente social en el que se origina, y por lo tanto, refleja los supuestos básicos de la realidad social de su época”.²

De entre muchas de las novelas que vieron la luz en el siglo XIX, destaca una historia que, al igual que *La Rumba* de Ángel de Campo, curiosamente, no lleva el nombre de su protagonista, como era la costumbre de la época, sino su apodo, me refiero a *La Calandria* (1890) del autor veracruzano Rafael Delgado Sainz (20 de agosto 1853 – 20 de mayo 1914).

En términos generales, la obra de Rafael Delgado tiene una gran importancia en el devenir literario de México, tanto que Mariano Azuela consideró a *La Calandria* como la mejor novela del siglo XIX.³ Con la historia de Carmen, protagonista de la historia, Delgado abre un diálogo que se refleja en sus otras novelas cuya temática gira en torno al idilio amoroso y los avatares que los protagonistas tienen que enfrentar para solucionar distintas peripecias que van desde el deseo por cambiar de nivel socioeconómico hasta la restitución del buen nombre y honra de la familia.

¹ CAMACHO DELGADO, José Manuel, “Del *fragilis sexus a la rebellio carnis*. La invención de la mujer fatal en la literatura de fin de siglo”, en *Cuadernos de Literatura*, Bogotá (Colombia), 10 (20): enero – junio de 2006, p.30.

² RAMOS ESCANDÓN, Carmen, *Historia de la literatura: encuentros y relaciones en el México porfiriano*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Filosofía, Cuaderno No. 28, s/a., p. 2.

³ Cfr., AZUELA, Mariano, “Rafael Delgado”, en *Cien años de novela mexicana*, México, Ediciones Botas, 1947, pp. 125-144.

Un tema que no se agota en la narrativa del escritor veracruzano es su particular interés por las mujeres desamparadas: ya sea por falta de recursos económicos o por su condición familiar; en sus novelas hay mujeres huérfanas, viudas y adineradas venidas a menos; también hay mujeres a las que la sociedad desprecia, ya sea por su condición económica y social o por su origen; además, existen mujeres que son condenadas por no cumplir con los roles sociales establecidos.

Así, mediante una prosa elegante y fluida, Rafael Delgado nos detalla con precisión los avatares de las mujeres mexicanas, su diario vivir, sus sueños e ilusiones, sus proyectos personales y su manera de auto concebirse como mujeres, aunque muchas de ellas no pudieron evitar el aciago golpe de la rueda del destino. Por tal razón, la vida de estas mujeres adquiere un simbolismo protagónico, a pesar del paso del tiempo, porque sus historias nos permiten ver cómo era la vida mexicana en la provincia, sus usos y costumbres, de ahí la importancia y la atemporalidad de la obra del autor.

En esta investigación estudiaré las cuatro novelas del autor veracruzano con el objetivo de evidenciar cómo se configura la representación de lo femenino; además daré cuenta de cuáles eran los roles sociales asignados a las mujeres mexicanas en la segunda parte del siglo XIX para que pueda evidenciar cuáles eran los señalamientos que encasillaban a las mujeres que no aceptaban su rol asignado en la sociedad mexicana conservadora.

Para lograrlo, el presente trabajo está dividido en cinco capítulos: en el capítulo 1, en primer lugar, realizo un pequeño acercamiento a la vida y obra de Rafael Delgado; en segundo lugar, hago referencia al contexto histórico mexicano a finales del siglo XIX, tiempo en el que se publicó *La Calandria* (1890), primera novela de Rafael Delgado; después, presento un panorama general de las cuatro novelas del autor; enseguida, hablo acerca de los eventos históricos referenciados en las cuatro novelas y contraste entre la realidad histórica y los hechos fabulados; finalmente, muestro el panorama literario mexicano a finales del siglo XIX cuando se publicó *La Calandria*.

En el capítulo 2, planteo el contexto histórico y social en el que vivían las mujeres mexicanas antes y durante el Porfiriato; además, analizo cómo era la educación que recibían las mujeres en este periodo, que, como se verá, era una educación más enfocada al servicio y funcionamiento del hogar que para prepararlas con miras a un desarrollo

profesional; también abordo cómo debía ser el comportamiento de las mujeres para ser aceptadas socialmente y algunos de los estereotipos más representativos de la época, siendo el estereotipo de la mujer sumisa y abnegada el que más se materializó, para ello la figura del ángel del hogar fue la más explotada en el ámbito social.

El capítulo 3 está dedicado a analizar a las mujeres que se sujetan a los roles y normas establecidas socialmente. Aquí, figuran las mujeres ejemplares que por su conducta y abnegación se convirtieron en mujeres dignas de ser imitadas y admiradas de acuerdo con las normas sociales: por un lado, Angelina y Gabriela Fernández, junto con las solteras Carmen y Pepa de la novela *Angelina*, son ejemplo de amor, sacrificio y abnegación; por otro lado, doña Dolores viuda de Collantes y su hija Margarita; Filomena y las hermanas Pradilla, personajes entrañables de la novela *Los parientes ricos*, son la propuesta del autor de las mujeres que supieron sujetarse a las normas de lo socialmente establecido, aunque, cómo se verá, no era garantía de tener una vida plena y mucho menos feliz.

En el capítulo 4, analizo la vida y las circunstancias de aquellas mujeres que se rebelaron contra las normas sociales que les tocó vivir. La historia de tres mujeres en particular: Carmen y Magdalena, de la novela *La Calandria*, y Conchita Mijares, de *Los parientes ricos*, nos permitirán ver cuáles eran las sanciones que enfrentaban las mujeres que contravenían las normas que querían controlarlas y el fin que tuvieron aquellas mujeres cuya osadía radicaba en salirse del control social que ellas nunca aceptaron.

El capítulo 5 está dedicado a aquellas mujeres que transitaban entre la luz y la sombra, es decir, aquí doy cuenta de las mujeres honestas y trabajadoras; burladas y abandonadas; chismosas, envidiosas y frívolas. Por lo tanto, en este capítulo desfilan mujeres como las planchadoras y lavanderas de la vecindad de San Cristóbal; Soledad Sierra, una señorita íntegra, conocida por muchos en Pluviosilla; Eugenia Collantes, mujer cuya generosidad fue reconocida aun después de muerta; mención especial merecen las hermanas Quintanilla y las hermanas Miramontes porque a través de su trabajo supieron abrirse camino en espacios dominados por hombres.

Respecto a aquellas mujeres que fueron burladas y que por distintos motivos vivían en el abandono, figuran aquí Guadalupe, la madre de Carmen, Elena Collantes y la mamá de Conchita Mijares, cuyo amor fue traicionado al quedar deshonradas por confiar en un hombre que les dio la espalda cuando más lo necesitaban; doña Pancha, la madre de

Gabriel, doña Salomé y doña Carmen son ejemplo de las diferentes maneras de vivir la viudez; asimismo, hablo de la vida de aquellas mujeres que se dedican al chisme: las hermanas Castro Pérez y Leonor Quintanilla reflejan lo pernicioso que es vivir hablando de los demás. Para finalizar el capítulo, hago mención de Carmen y de su hija María, personajes de la novela *Los parientes ricos*, cuya vida está marcada por la frivolidad, pues al estar recién llegadas de París, viven en una insatisfacción constante al comparar el modelo de vida europeo que contrasta con el mexicano.

Finalmente, presento las conclusiones de este trabajo y la bibliografía utilizada para la investigación.

De manera personal, considero que uno de los grandes aciertos de la novelística del escritor veracruzano, fue construir un universo femenino que nos permite ver las distintas maneras de ser mujer, mediante un retrato fidedigno de las mujeres mexicanas que, a pesar del paso del tiempo, penetran en nuestro presente cual ráfaga de viento, pues muchas de las circunstancias que enfrentaron esas mujeres aún perviven en nuestros días, tales como la discriminación por su situación económica, por sus creencias o por su color de piel; factores que nos sirven como referente para ver en retrospectiva y comprender los avatares de las mujeres decimonónicas, en una época de gran efervescencia política y social en la historia de México: el Porfiriato.

CAPÍTULO 1. EN ARAS DEL TIEMPO

En este capítulo, abordo el contexto histórico y literario en el que surgen las novelas de Rafael Delgado, por tal motivo está dividido en cinco apartados: en un primer momento, realizo un acercamiento biográfico a la vida de Rafael Delgado, después, expongo el panorama histórico mexicano a finales del siglo XIX; enseguida, presento un panorama general de las cuatro novelas del autor; más tarde, hago referencia a los momentos históricos mencionados al interior de la obras; finalmente, muestro el panorama literario en el que surgen las novelas del autor.

1.1. Érase una vez en Córdoba, Veracruz

La vida de Rafael Delgado Sainz fue, como la de muchos de sus contemporáneos, un torbellino de emociones.⁴ La inestabilidad política que atravesaba nuestro país, una serie de invasiones extranjeras y la lucha interna por el poder a través de la traición, fue, en síntesis, el escenario en el que vivieron estos hombres.

Hijo único de Pablo Pedro Delgado y de María de Jesús Sainz, el niño Rafael llegó a este mundo el 20 de agosto de 1853, en la ciudad de Córdoba, en el estado de Veracruz.⁵ La inestabilidad social que le persiguió como bruma a lo largo de su vida se manifestó desde sus primeros días de vida, ya que a tan sólo unos meses de nacido sus padres se lo llevaron a Orizaba. Ahí realizó sus primeros estudios en el Colegio de Nuestra Señora de

⁴ Para la realización de este pequeño acercamiento biográfico sobre la vida y obra de Rafael Delgado me he basado en los datos biográficos que presentan Marguerite Dunnell en su tesis *The female characters in the novels of Rafael Delgado* en 1953 en la University of Texas at El Paso; el Prólogo que María Guadalupe García Barragán hiciera a las *Obras de Rafael Delgado* para la UNAM en 1986; el Prólogo de Margarita Villaseñor para la edición de *La Calandria e Historia Vulgar* de la Editorial Patria en 1986 y el Prólogo de Salvador Cruz a la edición de *La Calandria* para la Editorial Porrúa en 1970.

⁵ Un dato interesante es que en 1831 el pueblo de San Juan del Río, en Veracruz, constituyó una municipalidad que llevó el mismo nombre, San Juan del Río, sin embargo, por decreto gubernamental, el 5 de noviembre de 1932 el municipio de San Juan del Río y la cabecera cambiaron su nombre al de Rafael Delgado, en honor del notable escritor cordobés.

Fuente: *Enciclopedia de los Municipios y delegaciones de México*, disponible en línea en: <http://siglo.inafed.gob.mx/enciclopedia/EMM30veracruz/municipios/30135a.html>, consultado el 19/julio/2019.

Guadalupe. Con tan sólo once años cumplidos, se mudó a la Ciudad de México donde permaneció hasta 1866. En la capital, fue alumno del Colegio de Infantes de la Colegiata de Guadalupe. En ese entonces el país se tambaleaba con la proclamación de las Leyes de Reforma, la Intervención francesa y el arribo de Carlota y Maximiliano para comenzar lo que se conoció como el Segundo Imperio. Muchas de estas vivencias fueron narradas en el cuento “La misa de madrugada” (1866). El cuento narra la experiencia de un adolescente de 13 años que vivía enclaustrado en la soledad de un colegio religioso hasta que una madrugada se rompe con la monótona rutina para atender al emperador Maximiliano y su esposa Carlota a quienes se les hizo una misa antes de partir hacia su destierro.⁶

Rafael terminó sus estudios de preparatoria y profesorado en el Colegio Nacional de Orizaba, en ese entonces su director era Silvestre Moreno Cora, quien años más tarde lo invitaría a que fuera profesor en el mismo colegio. Desde joven sintió pasión por las letras, su vasta obra así lo demuestra, pues de su pluma y talento nacieron ensayos, novelas, poemas, cuentos, dramas y hasta lecciones de literatura. Su talento le abrió las puertas para que en 1881 fuera miembro de la sociedad Sánchez Oropeza donde fue un colaborador muy activo.

Antes de la publicación de su primera novela ya habían salido a la luz los dramas: *La caja de dulces* (1878), *Una taza de té* (1878), *El caso de conciencia* (1879) y el monólogo *Antes de la boda* (1899). Rafael Delgado también incursionó en la poesía y en el ensayo, pero sería en la novela donde alcanzaría renombre. Así en 1890 publicó *La Calandria*, en 1893 *Angelina*, *Los parientes ricos* en 1901 e *Historia Vulgar* en 1904; además, una colección de escritos que él mismo definió como *Cuentos y notas* en 1902 y *Lecciones de literatura* en 1905.

Aunque de 1894 a 1898 estuvo trabajando en la Ciudad de México para una empresa minera, nuestro autor no perdió el tiempo y escribió para los diarios *El tiempo*, *El País* y la *Revista Moderna*. Cansado de la vida citadina, de la cual no tendría buenos recuerdos, decidió regresar a Orizaba en 1898. Para 1901 enseñó las materias de lengua y literatura españolas en el Colegio Preparatorio de Xalapa. En 1913, a invitación del gobernador José López Portillo y Rojas, desempeñó el cargo de Director General de

⁶ Cfr. DELGADO, Rafael, “La misa de madrugada”, en *Cuentos*, México, UNAM, 1973, pp. 101-110.

Educación Pública en el estado de Jalisco, cargo al que renunciaría algunos meses después por lo mermado de su salud.

Entre sus distinciones más importantes figuran haber sido miembro de la Academia Mexicana de la Lengua en 1892 y a partir de 1896 se le asignó su número como miembro oficial al ocupar la silla número XII. Otro evento de importancia fue que su oda *A la raza latina* lo hizo ganador en los juegos florales de Orizaba celebrados en 1910.

De su vida amorosa poco se conoció, se sabe que cortejó a una profesora de música de nombre Laura Orozco, pero según cuentan, el verdadero amor de su vida fue una mujer casada, doña Isabel Bringas. De sus aficiones personales destacan el gusto por la botánica y la lectura de clásicos, como la Biblia o el Quijote, por mencionar sólo algunos.

Con una salud afectada y con el cansancio de una vida llena de pobreza, trabajos y calamidades, regresó a Orizaba, donde pasó sus últimos días. Al no poder acudir a dar clases al colegio, sus alumnos le visitan en casa para cuidarlo y escuchar lo que serían sus últimas cátedras, mientras sufría los estragos de una severa afección en los pulmones. Permaneció siempre soltero hasta que un 20 de mayo de 1914, rodeado de sus alumnos y amigos más queridos, llegó la muerte a cegarle la vida.

1.2. Panorama general de las cuatro novelas de Rafael Delgado Sainz

En el prólogo que Margarita Villaseñor hace a la edición de 1986 de *La Calandria* para la editorial Patria, afirma que los temas que le obsesionan al autor son: “la orfandad, la pobreza y el amor inalcanzable”;⁷ por otra parte, Adriana Sandoval Lara, a las categorías anteriores, añade las de la clase social como impedimento para que el amor se realice y le suma la molesta, pero constante, presencia del chisme en todas las novelas.⁸ A los asuntos anteriores yo le añadiría los de la viudez, la enfermedad y la de los hijos naturales.

⁷ VILLASEÑOR, Margarita, “Prólogo”, en DELGADO, Rafael, *La Calandria e Historia Vulgar*, México, Editorial Patria, 1986, p. 31.

⁸ SANDOVAL LARA, Adriana, “Vertientes Narrativas de Rafael Delgado”, en OLEA FRANCO, Rafael (editor), *Doscientos años de narrativa mexicana, siglo XIX*, México, El colegio de México, 2010, p. 87.

Puesto que estos son los temas recurrentes en las novelas de Rafael Delgado merecen que se consideren con más detalle, por lo tanto quisiera detenerme un poco, para profundizar sobre estos aspectos.

La primera novela de Rafael Delgado lleva por título *La Calandria*⁹ (1890), y nos cuenta la vida de Carmen, una mujer cuya madre muere al principio de la historia; ella se queda huérfana y pobre, y vive en una vecindad conformada por lavanderas y planchadoras; en contraste, su padre, Don Eduardo Ortiz de Guerra “vivía tranquilo y venturoso, gozando de todas las abundancias de la clase alta y amando a su hija Lola”,¹⁰ no se preocupa por el destino de la hija ilegítima que tuvo con una lavandera, llamada Guadalupe. Por lo tanto, Carmen queda bajo el cuidado de doña Pancha y de su hijo Gabriel, un carpintero guapo y pobre, pero honrado. La situación de Carmen toma un giro insospechado cuando es pretendida por Gabriel y Alberto Rosas, un calavera que se interesa en ella. Este triángulo amoroso, sirve de pretexto para evidenciar un contraste que persiste en todas sus novelas, el de ricos y pobres, que de acuerdo con Adriana Sandoval tiene matices propios:

En cada caso se hace una identificación simplista entre los ricos como inmorales, ociosos, carentes de valores éticos, irresponsables, incluso perversos; elegantes sofisticados y refinados, tal vez, pero en un sentido negativo, mientras que los pobres son honrados, trabajadores, sencillos, solidarios entre sí, con una connotación de apego a lo moral, a lo natural, a lo verdadero.¹¹

El tema de la orfandad se aborda desde el primer instante, no sólo por la historia de Carmen, sino porque algunos de los personajes de la novela como Gabriel y Angelito son huérfanos, ya sea de padre o de madre.

Otro tema que se trata en la novela es el de la viudez. Son viudas doña Pancha, la madre de Gabriel, quien vive únicamente para agradar a su único hijo; viuda también es Salomé, la madre de Angelito, un aprendiz de monaguillo que sirve de mensajero entre Carmen y Gabriel. Otra viuda que aparece ya en la parte final de la novela es doña Mercedes, la madre del padre González, quienes cuidarán a Carmen en una casa cural en el poblado de San Andrés Xochiapan, y don Eduardo Ortiz, el padre de Carmen es también viudo.

⁹ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, Prólogo de Salvador Cruz, México, Porrúa, 2006, p.8,

¹⁰ *Ibidem*, p. 8.

¹¹ SANDOVAL LARA, Adriana, *A cien años de La Calandria*, México, Universidad Veracruzana, 1999, p. 87.

Otros asuntos que se tocan en la novela son: el del amor imposible, pues la pareja protagónica nunca consuma su amor; el de la enfermedad, en este caso, Guadalupe muere de tuberculosis; y finalmente, el tema del chisme es reiterativo a partir de que Carmen se pelea con la madre de Gabriel por pasarse la noche en la casa de la mal afamada Magdalena y por último cuando se fue de la vecindad. La historia concluye con la burla y el desprestigio que hace Alberto Rosas en perjuicio de Carmen, cuyo resultado afectará de manera trágica la vida de la protagonista.

En *Angelina* (1893), la trama gira entorno a una muchacha huérfana que está al servicio y cuidado de dos mujeres solteras: las tías de Rodolfo. La muchacha no sólo es pobre y huérfana, sino que además es hija natural de la relación ilegítima de sus padres; por ello se considera indigna del amor de Rodolfo.

El tema del amor imposible se hace presente, y la pobreza será el principal impedimento para que Rodolfo pueda alcanzar el amor de Gabriela Fernández, pues él se siente inferior para merecer el amor de la hija de su patrón.

Las tías de Rodolfo, Carmen y Pepa, también son pobres y avejentadas, son hijas de un general del ejército venido a menos, a quien no se le reconocieron sus servicios prestados a la nación; una de ellas, Carmen, está muy enferma y además lleva sobre sus hombros la carga de un desengaño amoroso. Ambas tuvieron que hacer hasta lo imposible, con tal de que su sobrino, Rodolfo, continuara los estudios; pero todo fue en vano, la crisis las superó y fue necesario que Rodolfo regresara a su pueblo natal y se metiera de amanuense en el despacho del avaro licenciado Castro Pérez, para luego irse a trabajar en la hacienda de los Fernández, donde quedará prendado de la belleza de Gabriela Fernández, lo que da pie a que se genere toda una maraña de chismes. Hacia el final, vemos cómo el amor y la abnegación tanto de Angelina como de Gabriela serán determinantes para que la novela termine con la añoranza de un amor que nunca se realizó.

El tema de la pobreza alcanzará su máxima expresión en la novela de *Los parientes ricos* (1901), pues Doña Dolores Collantes vivirá junto con su familia los efectos perniciosos de la pobreza, al que se les sumará el de la deshonra. Doña Dolores Collantes, es una mujer viuda y no podrá hacer nada por evitar la mala influencia que sobre ella y sus hijos tendrá la llegada de Europa de su cuñado Juan, con el pretexto de querer acabar con rencores familiares. El choque entre los parientes ricos y los parientes pobres dejará como

saldo la deshonra de la familia de doña Dolores y la vergüenza que antecede a la llegada de un hijo no planeado.

Historia Vulgar (1904), la última de las cuatro novelas del escritor veracruzano, trata sobre la vida de dos grupos de mujeres: las Quintanillas y las Miramontes. Estas mujeres comparten la orfandad y la pobreza. En el caso de las Quintanillas, se ayudan trabajando como organizadoras de banquetes; mientras que las Miramontes ejercen como maestras. Las Quintanillas sufren a causa de amores fallidos y el miedo a quedar solteras; las Miramontes tendrán que hacerle frente a lo difícil que es abrirse paso en una sociedad que las rechaza no sólo por su apariencia, sino por su rezago en sus métodos de enseñanza. Finalmente, la historia se centra en las peripecias que debe enfrentar Leonor para entablar una relación amorosa con Luis Gamboa.

El contexto anterior es importante porque nos permite observar cuáles fueron los ejes temáticos de los que se sirvió Rafael Delgado para la construcción de sus personajes femeninos. Examinar a detalle la vida de estas mujeres nos permitirá vislumbrar cómo era la vida de las mujeres mexicanas en un periodo de suma trascendencia para la historia de México, el Porfiriato; y como fueron representadas por Rafael Delgado en sus novelas.

1.3. El contexto histórico a finales del siglo XIX

Las novelas de Rafael Delgado, cuya publicación abarca casi quince años: *La Calandria* (1890), *Angelina* (1893), *Los parientes ricos* (1901) e *Historia vulgar* (1904); aparecen en un periodo de gran trascendencia en la historia de México, me refiero a los últimos años de la dictadura del general Porfirio Díaz.

La centuria decimonónica tuvo, sin lugar a dudas, una de las tareas más difíciles en el devenir de la historia de México: forjar una nación independiente. Este periodo “es uno de los tránsitos históricos más cargados de promesas en la historia de México. Su trayecto se inaugura con el ascenso del país a la vida independiente, la construcción de la república y el trazo ilusionado de un modelo de nación”.¹² Sin embargo, es preciso señalar que:

¹² FLORESCANO, Enrique, *Historia de las historias de la nación mexicana*, México, Taurus, 2007, p. 315.

Siendo diferente el tiempo cultural y el tiempo mensurable, hay no obstante hechos que por su trascendencia se consideran fechas límite. En el caso de México, el inicio de los procesos de la Independencia y de la Revolución marcaron un antes y un después en el acontecer histórico del país. Por ello, en la periodización que se ha hecho de nuestra historia para facilitar su estudio, estos hechos marcan el comienzo de una etapa históricamente diferente. Así, el siglo XIX mexicano termina hasta 1910.¹³

La cita anterior es de utilidad, porque nos ayuda a entender que aunque es cierto que los eventos históricos son registrados de manera cronológica, por lo cual les podemos asignar un principio y fin de acuerdo con la fecha en que acontecen, hay otros eventos políticos, sociales y culturales cuya fecha se expande más allá de lo cronológicamente establecido, de allí que Patricia Galeana afirme que el siglo XIX termina hasta 1910, siendo las últimas décadas de este siglo las más importantes para el presente trabajo, pues en 1890, cuando apareció *La Calandria*, la primera novela de Rafael Delgado, el país estaba a la mitad del tercer periodo presidencial (1888-1892) del general Porfirio Díaz.

Porfirio Díaz inició su primer mandato presidencial bajo el lema de *orden y progreso*, esta etapa (1877-1880) fue de gran trascendencia para el país, pues el objetivo primordial del general se centró en que el país se unificara como nación tras muchos años de guerra y que se lograra una estabilidad económica, para ello puso en marcha políticas que activaron algunos sectores, como el de la ganadería, la minería, el comercio, el transporte y las fábricas.

El segundo mandato del general (1884-1888) estuvo marcado por lo que se conoce como *la política de conciliación* que “consistía en conceder cargos ministeriales a miembros sobresalientes de los diferentes grupos de oposición, con el objeto de comprometer a sus adversarios a colaborar con él y consolidar así su poder”.¹⁴ Como el país atravesaba por una gran crisis económica, el general se enfocó en restablecer el crédito exterior. Otros aspectos relevantes durante este periodo fueron: la represión ejercida por parte de la presidencia hacia la prensa y a los líderes opositores a su régimen; se impuso la pena de muerte para reducir la delincuencia; valiéndose del reconocimiento del gobierno de los Estados Unidos, el general preparaba su tercera reelección.¹⁵

¹³ GALEANA, Patricia, “El tiempo de México”, en GALEANA Patricia y VILLEGAS Gloria, *Dos siglos de México*, México, Siglo XXI Editores, 2010, p. ix.

¹⁴ DELGADO DE CANTÚ, Gloria M., *Historia de México / El proceso de gestación de un pueblo*, vol. I, México, Pearson – Prentice Hall, 2006, p. 519.

¹⁵ *Ibidem*, p. 521.

El tercer mandato de Díaz¹⁶ (1888-1892) fue el de mayor auge del Porfiriato, pues con la ayuda del grupo de los *Científicos* el general inició una etapa que fue definida por su *poca política y mucha administración*, porque “Díaz estaba convencido de que la actividad política sólo entorpecía la marcha del país, por lo que redujo al mínimo toda forma de actividad política”,¹⁷ de esta manera, “con el mantenimiento del orden y el logro del progreso, se habría de justificar la reelección indefinida que, sometida en 1890 a un plebiscito popular organizado por los gobernadores de los estados, tuvo una aceptación unánime y contó con el beneplácito de los países extranjeros inversionistas, satisfechos de asegurar la prosperidad de sus empresas al amparo de la paz porfiriana”.¹⁸ Fue así que en 1890 se modificó el artículo 78 de la Constitución para permitir la reelección indefinida del presidente.

Para el cuarto periodo presidencial (1892-1896), el dictador mantuvo su mismo gabinete por lo cual fue duramente criticado, pues muchos de sus opositores no aprobaban la permanencia de ministros que sólo aprovechaban el cargo para beneficios personales. Había una gran crisis económica generada por la pérdida de cosechas y la depreciación de la plata. Para poner orden en la hacienda pública, el general nombró a José Yves Limantour como ministro de Hacienda. En este periodo el país adopta la economía de fase capitalista.

El quinto periodo de la dictadura (1896-1900) estuvo marcado por la influencia política del grupo conocido como los *Científicos*, quienes “se hicieron cada vez más influyentes, al grado de integrar una oligarquía que disfrutaba de grandes privilegios”¹⁹. Sin embargo, la élite porfirista se dividió por la pugna por el poder en caso de que el general Díaz enfermara o muriera. Díaz planeó no reelegirse y escogió como su sucesor a Yves Limantour, bajo el respaldo del general Bernardo Reyes; pero como Limantour era hijo de padres extranjeros tuvo que declinar el ofrecimiento. En términos generales:

El cuatrienio que estaba por terminar había sido el más próspero y tranquilo [...] La brillante administración de Limantour al frente de la Secretaría de Hacienda, los excedentes en las finanzas públicas, el constante incremento del producto nacional bruto y, sobre todo, el despertar de un espíritu de empresa en los mexicanos, eran

¹⁶ De 1880 a 1884 la presidencia estuvo a cargo del también General Manuel González y fue la única etapa del periodo conocido como el Porfiriato en la que Díaz no estuvo al mando del país.

¹⁷ GARCÍADIEGO, Javier, “Cap. X. El Porfiriato (1876-1911)”, en von WOBESER, Gisela (coord), *Historia de México*, México, FCE/SEP, Academia Mexicana de Historia, 2010, p. 214.

¹⁸ DELGADO DE CANTÚ, *Historia de México*, p. 522.

¹⁹ *Ibidem*, p. 551.

muestras palpables de que se habían alcanzado las metas propuestas y justificaban como nunca antes la continuidad del régimen.²⁰

El sexto periodo presidencial (1900-1904) inició con una abierta oposición al régimen de Díaz que “provenía de las nuevas clases sociales”, grupos que pugnaban por un cambio ideológico para mejorar al país y quitar la dictadura para implementar un gobierno de manera democrática; aunado a ello había un gran descontento social por el abierto apoyo a las clases más acaudaladas del país mientras los sectores más pobres de la nación, es decir, campesinos y obreros vivían prácticamente en la miseria.

Finalmente, el último periodo del régimen (1904-1910) enfrentó la oposición de los hermanos Flores Magón quienes pretendían, con la ayuda del Congreso, crear el Partido Liberal Mexicano. La persecución ejercida contra ellos por parte de Díaz los orilló a huir a Laredo, Texas, donde crearon un programa de gobierno cuyas propuestas eran: “crear un gobierno democrático; exigía al clero a renunciar sus pretensiones de gobernar el país; en cuanto al trabajo obrero, se proponía el establecimiento de una jornada de horas de trabajo; un salario mínimo de un peso, condiciones de higiene, garantías a la vida del trabajador, y la obligación de pagar en efectivo; en cuanto al sector agrícola se proponía que los dueños hicieran producir sus propias tierras, se darían tierras a aquellos que las pidieran y se crearía el Banco Agrícola”.²¹

Hacia 1908, apareció el libro *La sucesión presidencial en 1910. El Partido Democrático*, escrito por Francisco I. Madero, miembro de una de las familias más acaudaladas del norte del país. Después de la publicación de su libro, Madero inició una ferviente campaña política bajo el principio de no reelección; sin embargo, Díaz lo persiguió y lo aprehendió en Monterrey para encarcelarlo en San Luis Potosí.

En este periodo, el general Díaz concedió al reportero James Creelman, de la revista estadounidense *Pearson's Magazine*, una entrevista en la que hablaba sobre sus logros al estar en la presidencia, justificaba las injusticias ejercidas para alcanzar sus objetivos. Además, prometió retirarse de la escena política del país a finales de 1910.

La oligarquía porfirista se enfrascó en una lucha intestina por ver quién sería su candidato a la presidencia, se crearon dos grupos de oposición: el Círculo Nacional Porfirista que postuló a Porfirio Díaz. Por otra parte, en este periodo surgió el Partido

²⁰ *Ibidem*, p. 553.

²¹ *Cfr.*, DELGADO DE CANTÚ, *Historia de México*, p. 559.

Democrático, que deseaba que Porfirio Díaz fuera su candidato y Bernardo Reyes estuviera a cargo de la vicepresidencia, además proponía que “el sufragio estuviera limitado a las personas adineradas y capaces de leer y escribir”.²² No obstante, debido a la gran popularidad que alcanzó Bernardo Reyes, hizo que el general Díaz nombrara a Ramón Corral como futuro presidente y a Gerónimo Treviño como comandante Militar, lo cual dejaba a Reyes fuera de la jugada. Finalmente, los *Científicos* postularon a Díaz como su candidato, resultando ganador en las elecciones del 26 de junio de 1910.

Mientras el general Díaz festejaba el primer centenario de la independencia de México, Madero se fugó a San Antonio, Texas, para preparar el plan político con el que se levantaría en armas, que se conocería como Plan de San Luis Potosí, el cual sería el primer paso para que la nación se levantara en armas.

En términos generales, el hecho de que el gobierno del general Díaz privilegiara más la administración sobre la política no fue del todo benéfico para el país, ya que este periodo “se caracteriza por un acentuado centralismo y por un gobierno cada vez más personalista y autoritario por parte de Porfirio Díaz y de los gobernadores de los estados”.²³ Algunos sectores exigían demandas urgentes: en materia económica, se necesitaban regulaciones respecto a la inversión extranjera y al pago de impuestos; en cuanto a lo político, aunque algunos aceptaban la dictadura, había quienes se oponían a ella y no deseaban que el general fuera sustituido con otro dictador, sino que hubiera un cambio de manera democrática; en materia sociocultural, los *Científicos* querían que se expandiera la educación pública y científica y que la sociedad mexicana no se dividiera por cuestiones políticas.²⁴

Aunque para el general Díaz el país pasaba por un tiempo de bonanza, lo cierto es que había mucha inconformidad, sobre todo por parte de campesinos y obreros a quienes el régimen no les dio soluciones a sus demandas ni los contemplaba como parte de la sociedad. La única respuesta que obtuvieron por parte de la dictadura fue la represión y persecución, motivo por el cual hubo constantes levantamientos armados en el interior del país, como las rebeliones indígenas, sobre todo la rebelión de los mayas en Yucatán,

²² *Ibidem*, p. 565.

²³ SPECKMAN GUERRA, Elisa, “El Porfiriato”, en *Nueva historia mínima de México*, México, El Colegio de México, 2008, p. 200.

²⁴ GARCADIAGO, *op. cit.*, p. 215.

conocidas como “guerras de castas”, y las huelgas en el sector minero y fabril, como la de Cananea en Sonora (1906) y la de Río Blanco en Veracruz (1907), debido a “largas jornadas de trabajo, bajo salario pagado muchas veces mediante el sistema de las tiendas de raya, abuso contra las mujeres y niños”.²⁵

A pesar de muchos señalamientos que se han hecho al régimen dictatorial de Porfirio Díaz, el Porfiriato significó: “una etapa de transformación y un arranque hacia la modernidad, a pesar de sus fallas y no obstante que el envejecimiento del sistema y la prolongada permanencia del dictador dejaron grietas muy profundas y obstáculos sumamente difíciles de vencer”.²⁶

Ahora bien, ¿cómo se evidencian estos hechos en las novelas del autor? Aunque las novelas de Delgado fueron escritas durante el periodo de la dictadura de Díaz, algunas autoras, como Carmen Ramos Escandón, Verena Radkau y Adriana Sandoval, consideran que el autor no tomó ninguna postura hacia el régimen, pues en sus obras no se denuncia que las condiciones desfavorables en las que vivían muchos mexicanos de aquella época eran consecuencias directas de la dictadura, además, puesto que las historias de las novelas suceden en su mayoría en provincia, son ajenas a las problemáticas reales que sucedían en la capital.

Otro autor que también afirma la visión complaciente y no crítica del Porfiriato que hay en las novelas de Rafael Delgado es Amado Manuel Lay, quien al abordar la panorámica del Porfiriato en las obras de escritores como Rafael Delgado, Federico Gamboa, José López Portillo y Rojas y Emilio Rabasa, considera que “the narrative of these novelists will be of great value since, free of any suspicion by government censors, they were able to give a better vision of the establishment”.²⁷ Para analizar las características del Porfiriato en la narrativa de Delgado, el autor destaca cuatro aspectos sobresalientes: el social, el político, el económico y el cultural. Un señalamiento que Lay hace consiste en que “en la narrativa de Rafael Delgado no se tratan de manera definida los problemas sociales que agravaron al Porfiriato, o sea, el desempleo, o subempleo, el trabajo de mujeres y niños, las grandes diferencias de clases, las condiciones bajo las cuales

²⁵ *Cfr.*, DELGADO DE CANTÚ, *Historia de México*, p. 545.

²⁶ *Ibidem*, p. 511.

²⁷ LAY, Manuel Amado, *Visión del Porfiriato en cuatro narradores mexicanos: Rafael Delgado, Federico Gamboa, José López Portillo y Rojas y Emilio Rabasa*, Estados Unidos, University of Arizona, Department of Romance Languages, (Edición bilingüe), 1981, p. v.

trabajaban los obreros y el rápido crecimiento de una nueva burguesía”.²⁸ Para Lay, el aparente olvido de no señalar los problemas de la época, se debió a que:

Rafael Delgado’s fiction was removed from the historical reality of the Porfiriato era. He did not live in México City, but remained most of his life in his provincial city Orizaba. He was neither an admirer nor critic of the Díaz Government. Politics did not interest him and the function of literature, in his opinion, was mostly to entertain. His fictional characters such as the good *hacendado*, the subdued *peón* and the small landowners were an exception to the rule.²⁹

Lay afirma que la falta de crítica al régimen se debió a las ideas conservadoras del autor y lo evidencia cuando señala que “la relación entre el hacendado y el peón es de carácter paternalista. No hay excesos, ni abusos por parte del primero en contra del segundo”,³⁰ la afirmación anterior se comprueba en la novela *Angelina* cuando vemos la relación obrero-patronal entre el hacendado don Carlos Fernández y Rodolfo, un joven que llega a su hacienda a trabajar:

Aquí vivirá usted en familia, con nosotros, como en propia casa. Entiéndalo usted: no será, no será usted aquí un empleado como los demás. Cada cual merece ser tratado conforme a su clase y condiciones. Llevará usted la correspondencia; desempeñará usted otros trabajos que se ofrezcan en el escritorio, y no tendremos dificultades. Desde hoy tendrá usted una pieza cerca de nuestras habitaciones, un sitio en nuestra tertulia, un asiento en nuestra mesa, y un lugar en nuestra estimación.³¹

En este caso Lay tiene razón, porque en la vida real los hacendados no trataban así a sus peones; pero a mi parecer, el hecho de que el narrador establezca esta relación amable entre don Carlos y Rodolfo se debe a dos razones: en primer lugar, porque Rodolfo es hijo de una familia distinguida venida a menos; en segundo lugar, porque el señor Fernández también supo abrirse camino y fortuna cuando quedó casi en la miseria después de la muerte de sus padres; de ahí que el trato entre amo y peón sea especial; pues es el único de sus empleados que se sienta a su mesa, duerme en su casa y hasta intenta cortejar a su hija. Pienso que el trato preferencial de don Carlos hacia Rodolfo se debe a que le recuerda sus inicios y lo difícil que fue para él abrirse camino en medio de carencias y rodeado de una sociedad hostil.

²⁸ *Ibidem*, p. 15.

²⁹ *Ibidem*, p. vi.

³⁰ *Ibidem*, p. 15

³¹ DELGADO, Rafael, *Angelina*, México, Porrúa, 1993, p. 326.

Sin embargo, quiero precisar que difiero con algunos de los señalamientos que Lay hace, sobre todo, cuando afirma que Rafael Delgado no tomó en cuenta los problemas sociales del Porfiriato; a mi ver, quizás el problema estriba en que las novelas del autor se sitúan en provincia, a excepción de *Los parientes ricos*, pero los temas que según Lay, Delgado no tomó en cuenta, por supuesto que aparecen en las novelas, por ejemplo, el tema del desempleo se trata en *Angelina*, en la novela vemos que no hay oportunidad para los más jóvenes por lo cual no tienen aspiraciones; el trabajo femenino es representado en las cuatro novelas por mujeres que se dedican a diferentes oficios: lavanderas, planchadoras, artesanas, organizadoras de eventos sociales, reposteras, cocineras, porteras, instructoras, diseñadoras de modas, costureras, empleadas domésticas y hasta profesoras de primaria; y la diferencia de clases, que según Lay no se trata en las novelas de Delgado, por supuesto que sí se abordan en todas las novelas.

Por el contrario, J. Brushwood, al hablar sobre la novela del porfirismo, argumenta que “el hecho evidente de que los autores más conocidos de entonces fueron partidarios del régimen de Díaz, ha hecho menospreciar las críticas que hicieron a los defectos de ese régimen, como también se han olvidado las objeciones de otros escritores no tan inclinados hacia el porfirismo”,³² aunque el señalamiento de Brushwood es acertado, considero que en el caso de Rafael Delgado no aplica, porque si bien es cierto que al vivir casi por completo en la provincia no se involucró de manera directa con las políticas del régimen, en sus novelas destaca las condiciones de desigualdad que existían entre ricos y pobres, ejemplo de ello ocurre en sus tres primeras novelas: en *La Calandria* los pobres son en su mayoría las lavanderas y planchadoras que viven en la vecindad de san Cristóbal en contraste con la opulencia en la que vive don Eduardo Ortiz, el padre de Carmen o el calavera de Alberto Rosas.

En *Angelina* la diferencia de clase se da por el contraste entre la familia de Rodolfo y el hacendado Carlos Fernández, además del licenciado Castro Pérez o algunos comerciantes de Villaverde, quienes literalmente controlan la población; pero el mejor ejemplo de diferencia de clases se da en *Los parientes ricos*, donde el personaje de Juan Collantes, un capitalista recién llegado de Europa, demuestra que con su poder económico

³² BRUSHWOOD, John Stubbs, “La novela mexicana frente al porfirismo”, en *Historia Mexicana*, 1 January 1958, vol. 7, (3), p. 368.

y su estancia en Francia puede adquirir lo quiera, incluso la voluntad de las personas. Finalmente, en *Historia vulgar*, la diferencia de clases se da de manera frontal en la historia de las hermanas Miramontes, quienes son segregadas por su aspecto y por sus creencias religiosas.

Hasta aquí, he hablado de manera sucinta del Porfiriato, pues fue en este contexto histórico en el que se publicaron las novelas de Rafael Delgado, cuyas tramas se nutren de los eventos históricos que ya habían sucedido en ese entonces y que el autor recreó en sus cuatro novelas, cuyos pormenores se abordarán en el siguiente apartado.

1.4. Eventos históricos referenciados en las novelas

Existe un interés constante por parte de la crítica especializada por analizar el contexto en el que nace una obra literaria. De los diferentes géneros literarios, la novela atrae a los investigadores porque “ha sido una especie de cantera de imágenes, de oraciones, de palabras, de situaciones, de modelos narrativos, un foco cultural muy novedoso”,³³ aunque generalmente los análisis de una obra literaria se centran más en aspectos estéticos o técnicos (tipos de narrador, diálogos, personajes, estructura, etcétera), lo cierto es que otra veta importante e interesante para su análisis es el contexto histórico.

Aunque mi estudio no se centra de manera total en el contexto histórico, al menos, es necesario entender en qué época histórica acontecen los hechos narrados en las novelas. Esto permitirá, por una parte, conocer qué costumbres imperaban en la época y, por otra, recrear, a través de la lectura, un pasado remoto, que aunque real, ya ha sido fabulado por el escritor, a decir de Paul Ricœur: “es sólo por la mediación de la *lectura* como la obra literaria logra la significancia completa, que sería a la ficción lo que la representancia es a la historia”.³⁴ Para Ricœur, la “representancia ejercida por el conocimiento histórico respecto al pasado real [...] y la significancia que reviste al relato de ficción, [...] ponen en

³³ ROBIN, Régine, “Para una sociopoética del imaginario social”, en PERUS, Françoise (comp), *Historia y Literatura*, México, Instituto Mora, 1994, p. 263.

³⁴ RICŒUR, Paul, “Mundo del texto y mundo del lector”, en PERUS, Françoise (comp), *Historia y Literatura*, México, Instituto Mora, 1994, p. 224.

relación el mundo del texto y el del lector”,³⁵ es decir, tanto *representancia* como *significancia* establecen una dicotomía que se vinculan mediante la representación histórica a través de la significación literaria, pues ambos términos estructuran el discurso literario.

Hasta aquí, podemos notar que tanto un novelista como un historiador se sirven de los hechos pretéritos para traernos, por medio de su obra, los sucesos de antaño, pero “a diferencia del novelista, el historiador tiene una doble tarea: construir una imagen coherente, portadora de sentido, y construir una imagen de las cosas, tal como fueron en realidad, y de los acontecimientos, tal como sucedieron realmente”;³⁶ no obstante, la tarea del novelista es recrear el pasado histórico a través de la ficción. Al respecto Jean Bessière menciona que “la ficción, aunque sea en el realismo, no obedece a la obligación del enunciado de la realidad convencionalista, la ficción es, en su arbitrio, medio de mediación, porque supone convenciones compartidas —el propio lenguaje en primer lugar”,³⁷ de ahí las dos grandes diferencias entre el historiador y el novelista a la hora de plasmar su obra, pues mientras que el historiador se vale de la escritura formal e informativa de corte ensayístico, el escritor literario hace uso de la estética literaria para crear un lenguaje poético que apela a la subjetividad del lector, como se demuestra en el siguiente fragmento:

A pesar de que en su barba de corte español y en su abundante cabello no habían escaseado los años argentadas hebras, tristes mensajeras del próximo invierno de la vida, don Eduardo estaba bien conservado. Aún tenía algo de la gentileza que en años anteriores le distinguía entre sus demás compañeros de milicia, porque don Eduardo había sido oficial del ejército en tiempo de la intervención francesa.³⁸

Como se puede observar, en el fragmento anterior el autor sitúa a uno de sus personajes en un hecho histórico nacional: la intervención francesa, para ello hace uso de una prosa elegante, ello no le resta mérito al hecho histórico, pues como menciona Pierre Barberis: “le document littéraire est bien sûr un document historique, et peut être lu en tant que tel. [...] il a son langage propre, et il dit des choses que ne dit pas le document historique”.³⁹ De esta manera, las novelas de Rafael Delgado se pueden leer como: “una

³⁵ RICŒUR, Paul, “La realidad del pasado histórico, en *Tiempo y narración. El tiempo narrado*, México, Siglo XXI Editores, 2009, p. 837.

³⁶ *Ibidem*, p. 844.

³⁷ BESSIÈRE, Jean, “Literatura y representación” en ANGENOT Marc, BESSIÈRE Jean, FOKKEMA Douwe y KUSHNER Eva, *Teoría literaria*, México, Siglo XXI Editores, 2009, p. 365.

³⁸ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, p. 6.

³⁹ BARBERIS, Pierre y DUBY, George, “Littérature et société”, en *Diffusion sur France Culture* le 2 avril 1974. Première publication dans *Écrire... Pour quoi? Pour qui?*, Grenoble, Presses universitaires de Grenoble, 1975, s/p.

institución de significaciones, inseparable de la institución social, como la manera en que ésta se simboliza y como la continuidad histórica de la escritura”,⁴⁰ es decir, aunque el texto literario sea ficticio y haga uso de un lenguaje estético, ello no implica que carezca de referentes históricos reales. Para el caso del autor veracruzano es importante señalar que:

La vida de Delgado ocupa la segunda mitad del siglo pasado y los albores de éste. Nació cuando apenas habían corrido cuarenta años de la consumación de la Independencia. Le tocó vivir la época de Santana, el desmembramiento del territorio, la invasión norteamericana, la invasión francesa, y las luchas entre el imperio de Maximiliano y la república juarista. En aquel México decimonónico, tan caótico y azaroso en su desarrollo como nación, dividido ya en los dos partidos políticos que —con diversos nombres— han presidido su historia: el conservador y el liberal, reinaban todavía las normas de conducta y las costumbres católicas.⁴¹

La cita anterior nos ayuda a comprender por qué muchos de los eventos históricos de nuestro país en el siglo XIX fueron retomados por el autor para presentarlos dentro de sus novelas, no hay que olvidar que: “[s]’utilise le document littéraire comme une source d’informations —toutes fragmentaires, disjointes, dispersées— sur le milieu social qu’il prétend décrire, information qu’il faut interpréter en tenant compte et de la position de l’auteur dans la société, et de celle de son public”,⁴² es por ello que en las novelas de Delgado vemos cómo transcurren los hechos ficticios, tomando como referente la historia real del México decimonónico. En este sentido, considero que las novelas de Delgado son una veta importante, porque nos hablan de la historia de un periodo que si bien nos es lejano, cada que leemos las obras nos ponen en contacto, de manera inmediata, con los hechos y personajes que formaron la historia de México, en este sentido

El valor de la novela como fuente histórica es significativo, pues representa una visión complementaria de gran utilidad para el especialista de la historia urbana. Así pues, la fantasía del literato al elucubrar una serie de tramas e historias se finca en una realidad que es omnipresente y vital en el desarrollo de las mismas, y al mismo tiempo que la realidad nutre a la ficción, la ficción es concretizada en símbolos y se convierte en un elemento auxiliar en la explicación de esa misma realidad.⁴³

⁴⁰ BESSIÈRE, Jean, “Literatura y representación”, *op. cit.*, p. 365.

⁴¹ VILLASEÑOR, Margarita, *op. cit.*, pp. 9-10.

⁴² BARBERIS, Pierre y DUBY, George, *op. cit.*, p. 37.

⁴³ FLORES OLEA, Aurora, MONTOYA RIVERO María Cristina y VELÁZQUEZ ESTRADA, Rosalía, “Ficción y realidad histórica: la presencia de la ciudad de México en la novela y en la crónica de la época porfirista”, en *La ciudad y el campo en la historia de México*, Memoria de la VII Reunión de historiadores Mexicanos y Norteamericanos. Oaxaca, México, 23-26 de octubre de 1985, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992, t. II, p. 913.

Llegados a esta parte, podemos hablar ya de los hechos históricos más importantes que se registran en las novelas.

1.4.1. Eventos históricos referenciados en *La Calandria*

Inicio este recorrido histórico-literario de las novelas de Rafael Delgado con *La Calandria* (1890), por ser la primera novela del autor. Considero que el capítulo II de la novela es el más importante para el contexto histórico; al presentar al personaje de don Eduardo Ortiz de Guerra, el papá de Carmen, la protagonista de la novela, el autor nos sitúa en dos hechos de trascendencia histórica para el país: la intervención francesa y el imperio de Maximiliano de Habsburgo.

En México, la intervención francesa sucedió como una forma de represión ante la negativa del gobierno de Benito Juárez a pagar la deuda externa con naciones extranjeras, “en Londres los gobiernos de España, Francia y Gran Bretaña acordaron ocupar el territorio mexicano para intervenir las aduanas —única fuente de recursos líquidos—, presionar al gobierno para asegurar el pago de la deuda y garantizar la seguridad e indemnización de sus nacionales perjudicados por la guerra y la insolvencia”.⁴⁴ Después de algunas negociaciones, las tropas de Inglaterra y España se retiraron; las tropas francesas se quedaron en el país, pues “su propósito era apoyar la instauración de una monarquía con un príncipe católico y extranjero”.⁴⁵ La defensa de la nación quedó al mando del general Ignacio Zaragoza, y el 5 de mayo de 1862 las tropas francesas fueron derrotadas en Puebla.

Otro evento de gran importancia en la historia del país, que se refiere en la novela es el imperio de Maximiliano, que se presenta al hablar de la vida de don Eduardo:

Había recorrido medio país durante aquella época y terminado gloriosamente su carrera en Querétaro, donde peleó bizarramente a las órdenes de Miramón. Allí cayó prisionero. Daba gusto oírle narrar los episodios del sitio, referir las diversas surtidas en que tomó participio y ponderar el heroísmo de sus jefes y la grandeza del caballeroso príncipe que bañó con su noble sangre el Cerro de las Campanas.⁴⁶

⁴⁴ LIRA, Andrés, “IX. La consolidación nacional (1853-1887)”, en von WOBESER, Gisela (coord), *Historia de México*, México, FCE/SEP, Academia Mexicana de Historia, 2010, pp. 194-195.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 195.

⁴⁶ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, p. 6.

El imperio de Maximiliano de Habsburgo fue un intento por parte de los políticos conservadores de instaurar una monarquía en el país. El 10 de abril de 1864, Maximiliano aceptó el trono de México y a finales de mayo de 1864 llegó a Veracruz en compañía de su esposa, la emperatriz Carlota. No obstante, el emperador tenía ideas “liberales” y sus reformas políticas no estuvieron a tono con quienes le ofrecieron el trono de México. Dos años más tarde, el gobierno de Juárez ya tenía preparada la ofensiva:

Para principios de 1867 [...] el emperador se replegó a Querétaro, donde se le unieron Miramón y Tomás Mejía. [...] Miramón propuso abandonar Querétaro, pero Maximiliano se negó a huir y decidió enfrentar el sitio. [...] Juárez y Lerdo se empeñaron en aplicarle la ley 1862, por lo que fue juzgado a la pena máxima [...] y fue fusilado junto con Miramón y Mejía en el cerro de las Campanas, el 19 de junio de 1867.⁴⁷

En el mismo capítulo de la novela también hay alusiones a otros momentos y personajes históricos, por ejemplo, se da el contexto en el que se establece don Eduardo en compañía de su hija Lola:

Al triunfar el Plan de Tuxtepec, o poco antes vino a establecerse a la ciudad donde acaeció lo que vamos a referir, viudo ya, y con una niña que, al presente, cuando la desdichada lavandera se moría, contaba con dieciocho años cumplidos y era una de las señoritas más guapas de la ciudad.⁴⁸

Como podemos notar, en la ficción narrativa vemos que don Eduardo se establece en Pluviosilla en el marco de la revuelta generada por el *Plan de Tuxtepec* (1875), su decreto fue organizado por Porfirio Díaz para evitar la reelección de Sebastián Lerdo de Tejada a la muerte del presidente Benito Juárez, así:

Mediante el Plan de Tuxtepec, Lerdo era acusado de violar la moral y las leyes a tal punto que se creía imposible una solución por la vía pacífica, por lo que se le hacía responsable de la revolución. Se reconocía la Constitución de 1857 como la ley suprema; se postulaba como ley el principio de no reelección al cargo de presidente de la República y al de gobernador de los estados; se desconocía como presidente a Sebastián Lerdo de Tejada y se reconocía a los gobernadores y militares que se adhirieran al plan; se designaba como jefe de la revolución al general Porfirio Díaz, y se establecía que el Poder Ejecutivo sería ocupado por la persona que obtuviera mayoría de votos entre los gobernadores de los estados.⁴⁹

⁴⁷ VÁZQUEZ, Josefina Zoraida, “De la independencia a la consolidación republicana”, en *Nueva historia mínima de México*, México, El Colegio de México, 2008, p. 179.

⁴⁸ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, p. 9.

⁴⁹ DELGADO DE CANTÚ, Gloria M., *Historia de México. Legado histórico y pasado reciente*, (3ra Edición), México, Pearson Educación, 2015, p. 141.

Hasta aquí, vemos que la historia de la novela no es ajena al contexto histórico que le rodea, pues vemos que el autor sitúa a sus personajes en contextos históricos reales bien definidos. No obstante, hay un detalle que me llama poderosamente la atención y ocurre cuando, en la descripción de la novela, se nos presentan a personajes y acontecimientos históricos que ya son pasados y que sirven como ornato, ejemplo de ello es el retrato de don Benito Juárez que ya luce como adorno decorativo en la casa de Malenita, personaje de gran trascendencia en la novela:

En el muro de la derecha, arriba del sofá, en dorado marco, un retrato litográfico de don Benito Juárez, colocado entre dos cromos, de sobra intencionados y maliciosos: el uno, un cura francés plácidamente engolfado en la lectura de *Naná*; en otro, el mismo individuo dando remate a un plato de ostras y a una botella de vino blanco ya muy mermada.⁵⁰

Esta descripción es interesante porque vemos que de manera sarcástica se presenta el retrato de don Benito Juárez entre dos cuadros que evidencian los vicios de algunos de los sacerdotes católicos a quienes el presidente combatió fervientemente mediante las Leyes de Reforma. Es importante notar que la novela se publicó dieciocho años después de la muerte del presidente Juárez, que ocurrió el 18 de julio de 1872, para ese entonces, de acuerdo con la trama de la novela, su retrato ya servía como ornato en algunas casas. Quiero señalar que los motivos que tiene el personaje de Magdalena para decorar su casa con un retrato del presidente Juárez son porque ella se considera protestante y libre pensadora, como más adelante se mostrará.

Otro acontecimiento histórico que se menciona en la novela y que ya luce como adorno en el salón de Pancho Solís es el de la conquista de México:

En verdad que aquellos cuadros, dorados en un tiempo, con varias escenas de la Conquista de México [...] prestaban a la decoración ciertos visos de romántica elegancia [...] Los chicos, que no faltaban en parte alguna, se quedaban como bobos ante aquel Cortés que endosaba tabardo negro con vueltas de armiño, ropilla verde y calzas aplomadas, y que, reclinado sobre mullidos almohadones, más parecía un sultán que goza de las delicias del harén que un soldado indomable y férreo como el Conquistador. A sus pies doña Marina, con ropaje de odalisca o de almea, penacho airoso y ricos brazaletes, entre pebeteros, ánforas semietruscas, plumeros flabeliformes y gran abundancia de frutos tropicales, tañía el arpa para divertir las murrias del señor. [...] En otros cuadros admiraban los niños, y hasta los mayores la quema de las naves y la prisión de Motecuhzoma.⁵¹

⁵⁰ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, p. 64.

⁵¹ *Ibidem*, pp. 88-89.

Quiero señalar que los cuadros de la conquista de México, cuyo acontecimiento real había ocurrido casi tres siglos antes, sirven como elementos decorativos del salón de baile y cuya descripción muestra una visión idealizada de la conquista, en la cual se evidencia que entre Cortés y doña Marina existía una relación amorosa, refinada, con cierto toque de exotismo, que se manifiesta por la vestimenta de odalisca que tiene doña Marina y por la acción de tañer un arpa mientras se queman las naves y Moctezuma está prisionero. Es decir, la pareja disfruta del poder y las mieles del amor, sin importarles la destrucción de un pueblo; como lo hiciera Nerón siglos atrás mirando como la ciudad de Roma se destruía.

Finalmente, dos mapas también formaban parte de la decoración del salón de baile en la casa de Pancho Solís; y hacen referencia a eventos y lugares históricos:

Para llenar las cabeceras del salón, los decoradores echaron mano de dos mapas, espontáneamente facilitados por el dueño de una fonda, de esos mapas que a bajo precio venden los especuladores *yankees*; uno de México, y un frontero a éste, otro de los Estados Unidos, que ostentaba en los ángulos un retrato de Washington, con el consabido lema de *el primero en la paz, el primero en la guerra*, etc., etc., otro de Lincoln, una vista del Niágara y otra del Capitolio, mapas pregoneros de la invasión pacífica de nuestros amables primos de allende el Bravo.⁵²

La parte final del fragmento, hace referencia a la intervención estadounidense en nuestro país y éste es el único evento histórico que se repite en *La Calandria*, en *Angelina* y en *Los parientes ricos*. En términos generales, la intervención americana en nuestro país fue ocasionada por una serie de eventos provocados por el gobierno de Estados Unidos. Algunos de los agravantes para que se realizara esta declaración de guerra fueron: la separación de Texas del territorio nacional, la entrada del ejército americano al norte del país y la exigencia del gobierno estadounidense a que México pagara una indemnización por los daños causados durante la guerra de separación de Texas.⁵³ Tras desembarcar en Veracruz, el ejército invasor logró llegar a la ciudad de México y después de sitiar la ciudad, el gobierno mexicano, encabezado por Manuel de la Peña y Peña, se vio en la necesidad de firmar el tratado Guadalupe Hidalgo, en dicho tratado “México reconocía la pérdida de más de la mitad de su territorio. Se aprobó una indemnización de 15 millones de

⁵² *Ibidem*, p. 89.

⁵³ *Cfr.*, HERNÁNDEZ CHÁVEZ, Alicia, “VI. La primera república”, en *México una breve historia. Del mundo indígena al siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 209-212.

pesos por daños y el prorrateo de la deuda externa mexicana que correspondía a los territorios perdidos, pues éstos habían sido conquistados por la fuerza de las armas”.⁵⁴

Como pudimos ver, en *La Calandria*, primera novela de Rafael Delgado, el autor deja plasmados tres acontecimientos históricos importantes en la historia nacional, me refiero a la conquista de México (1519-1521), la segunda intervención francesa (1862-1867) y la invasión norteamericana (1846-1848); los dos últimos acontecimientos se retomarán en su segunda novela, *Angelina*, y serán motivo de grandes discusiones entre algunos de los personajes que ahí aparecen, como se verá a continuación.

1.4.2. Eventos históricos referenciados en *Angelina*

En *Angelina* (1893), la segunda novela de Rafael Delgado, los hechos ocurren en la ciudad de Villaverde. Rodolfo, personaje masculino más importante de la novela, regresa a casa de sus tías después de un largo tiempo. Aunque Rodolfo es un hombre apolítico, porque lo único que le interesa es conseguir estabilidad económica para ayudar a sus tías, que ya son ancianas y están enfermas, lo cierto es que sus antecedentes familiares lo conectan de manera directa con el acontecer político del país. La trama de la novela nos revela que Rodolfo es nieto de un general que estuvo bajo el mando del general Santa Anna, esto se menciona cuando está en su recámara:

La recamarita, aquella que daba al patio, muy aseada y cuca, con su cama albeando, con su aguamanil provisto de todo. Y allí estaría, sin duda, el retrato del abuelo, muy estirado, de gran uniforme, el pecho cuajado de cruces... ¡El abuelito! Un general del antiguo ejército, honor y gloria de la familia; santanista feroz que peleó en Tampico y en Veracruz, que se batió como un héroe en Churubusco; y que siguió a Su Alteza Serenísima a las Antillas, de donde volvió desengañado, viejo enfermo y... pobre.⁵⁵

El contexto histórico novelado hace referencia a la última fase de la intervención americana (1846-1848), cuya defensa estuvo a cargo de Antonio López de Santa Anna:

Para agosto, las tropas invasoras estaban ya en el Valle de México [...] Al reanudarse la lucha, las batallas de Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec abrieron las puertas de la capital al ejército de Estados Unidos, que el 14 de septiembre hizo su entrada a la Ciudad de México; aunque el pueblo intentó

⁵⁴ VÁZQUEZ, Josefina Zoraida, “De la independencia a...”, pp. 166-167.

⁵⁵ DELGADO, Rafael, *Angelina*, p. 7.

defenderla, con resultados sangrientos, no evitó que el día 15 la bandera invasora ondeara en Palacio Nacional.⁵⁶

Poco después de librar esta batalla, el general Santa Anna retomó el poder gracias a la ayuda de los *Conservadores*, quienes lo dotaron de muchas facultades para convertirlo en dictador y es que “este sistema tan estricto resultó insuficiente para controlar la arbitrariedad del presidente investido de facultades omnímodas, quien dio en llamarse *Alteza Serenísima* y anteponer sus grados y condecoraciones en las dispersiones que dictaba, adoptando maneras de tinte monárquico”.⁵⁷ En la novela, el abuelo de Rodolfo se involucró en la lucha armada, pero al perder la batalla encabezada por el general Santa Anna, quienes se quedaron en el poder nunca reconocieron su esfuerzo, así que al morir dejó a sus dos hijas en el desamparo:

No pudieron conseguir que la pensión les fuese pagada. El gobierno no estaba en condiciones de hacer esos gastos, decían; pero yo he creído siempre que para quienes entonces estaban en prianza no fueron nunca simpáticas las ideas de mi abuelo. ¡Qué entendían ellos de pelear en defensa de la patria, en Tampico, en Veracruz y en Churubusco! ¡Qué les importaba a ellos que se murieran de hambre unas pobres viejas!⁵⁸

Otro aspecto que muestra la novela es la efervescencia política e ideológica que imperaba en la época, pues existía una pugna por definir cuál era la mejor forma de gobierno de ahí que las discusiones entre liberales, conservadores e imperialistas se dieran con frecuencia, como se observa en el siguiente fragmento que ocurre en la botica de don Procopio Meconio:

En aquel famoso mentidero, centro recreativo de ociosos y desocupados, se reunían a todas horas los jóvenes más guapos y los viejos más parlanchines de la budística ciudad. En aquella botica concurrían: Venegas, espíritu fuerte, liberal de la nueva echada, republicano incipiente, muy enconado contra el malaventurado imperial; Jacinto Ocaña, monarquista hasta la médula de los huesos, que siempre que hablaba de Maximiliano, se descubría respetuosamente, y que a cada instante trababa disputas con Venegas, sacando a bailar la Saratoga y el Tratado MacLane; el doctor don Crisanto Sarmiento, retrógrado por los cuatro costados, que vivía suspirando por el régimen colonial, que se hacía lenguas de Revillagigedo, que de buena gana viera restablecido en México el Santo Tribunal de la Fe, y que cuando alguno hablaba de la Independencia, decía, echándola de agudo: —¡La maldita india pendencia que nos tiene hechos una lástima.⁵⁹

⁵⁶ VÁZQUEZ, Josefina Zoraida, “VIII. El establecimiento...”, p. 178.

⁵⁷ LIRA, Andrés, *op. cit.*, p. 187.

⁵⁸ DELGADO, Rafael, *Angelina*, p. 77.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 101.

El fragmento anterior confirma lo que señala Elisa Speckman al evidenciar las posturas políticas que imperaban en ese entonces, para la autora, “en el Porfiriato existieron diversas formas de entender el país, la sociedad y al individuo, entre ellas el liberalismo, el positivismo y el conservadurismo”,⁶⁰ estas ideas imperaban en las discusiones en diferentes ámbitos de la vida social que el autor crea en la novela:

Mientras don Procopio jugaba adentro con sus cofrades, afuera, delante del mostrador, en presencia de los compradores se enredaban pláticas que frecuentemente se convertían en disputas: Venegas se complacía en atacar al caído imperio; Sarmiento le defendía acalorado y lleno de brío. El republicano se ensañaba contra el catolicismo; el médico decía pestes del partido liberal. El pedagogo, muy encariñado con el Catecismo Político de Pizarro Suárez, alegaba no sé qué razones, en favor de la tolerancia de los cultos, y oponía a los dichos de su contrario algunos de aquellos argumentos protestantes tan usados en los periódicos a fines del 56 y principios del 57.⁶¹

Había quienes como el padre Solís, se enardecían con la idea del establecimiento del imperio de Iturbide:

Iturbide (a quien el Acta de Independencia llama “un genio superior a todo elogio”) hizo una tontería. En nuestro tiempo nadie se improvisa rey ni emperador. Papel tan alto sólo cuadra a quien fue mecido en regia cuna, a quien nació en las gradas de un trono. Un pueblo no se da a sí propio, sólo porque así lo quiere, un buen gobierno y buenas instituciones. Es preciso que se los busque de acuerdo con sus tradiciones; es necesario que tenga en cuenta las enseñanzas de su historia; es preciso que las instituciones y la forma de su gobierno le vengan apropiadas, como a mí la sotana, a usted la levita y a este joven el saquito corto, ahí tiene usted explicado lo efímero del imperio de Maximiliano.⁶²

La idea de que el país fuera gobernado por un monarca, dio como resultado el establecimiento del Segundo Imperio a cargo de Maximiliano de Habsburgo. Este hecho suscitó un choque político y social, pues se contraponía a los intereses de quienes deseaban que se estableciera en el país un gobierno de tipo republicano. La llegada de Maximiliano no se hubiera concretado sin el apoyo de la alianza europea promovida por Napoleón III:

La fuerza de intervención europea llegó a costas mexicanas con un doble propósito: cobrarse el dinero y establecer en México un protectorado francés. La intención de Napoleón III de Francia era levantar una barrera al poderío angloamericano al formar un Imperio fundado en la tradición latina y acatólica. Los franceses y los conservadores mexicanos escogieron al archiduque austriaco Maximiliano como emperador de México.⁶³

⁶⁰ SPECKMAN GUERRA, Elisa, *op. cit.*, p. 220.

⁶¹ DELGADO, Rafael, *Angelina*, p. 102.

⁶² *Ibidem*, p. 103.

⁶³ HERNÁNDEZ, CHÁVEZ, Alicia, “VII. Liberalismo y reconstrucción nacional”, pp. 221-222.

Esta añoranza del establecimiento de la monarquía se retoma en la novela y es el mismo Rodolfo quien define el idilio político de los de Villaverde:

¡Valiente fiesta! Villaverde fue imperialista hasta la médula de los huesos, y por aquellos tiempos hizo alarde de su hostilidad al partido imperante. En mi querida ciudad natal todos eran conservadores, y al advenimiento del gran régimen monárquico más de un budista villaverdino soñó con títulos y blasones.⁶⁴

No obstante, el autor tiene buen tino al presentar también a los opositores de estas ideas monárquicas:

De seguro Jurado⁶⁵ previó el desaire y se preparó para el desquite, porque en su discurso, que duró cerca de una hora, trató atrozmente a los conservadores, dijo pestes de las testas coronadas y maldijo mil veces de quienes habían vendido a su patria por un “puñado de lentejas”. El tal discurso no fue aplaudido calurosamente.⁶⁶

Otro acierto que Rafael Delgado tiene en sus novelas es el de representar la voz del clero mediante la presencia de diferentes sacerdotes que hablan de sus ideales, sus posturas o sus ambiciones. En *La Calandria* es el padre González quien tiene un papel preponderante desde el inicio de la historia; en *Angelina* aparece el padre Solís como un hombre benefactor; en *Los parientes ricos*, hay una confrontación de intereses, tanto espirituales como económicos entre el padre Anticelli y el padre Grossi; en *Historia vulgar* hay un párroco de quien no se menciona ni el nombre.

En *Angelina*, el padre Solís tiene su postura política bien definida y no vacila en defender sus intereses:

Amigo, amigo don Crisanto: entiendo que la Iglesia no patrocina ni monarquía ni república. Para ella, cualquiera forma de gobierno es buena... ¡cuando es buena! Poco le importa que el jefe de un Estado se llame rey o presidente o emperador. No, amigo; no hay que pretender eso que usted quiere. Nada de identificar la cuestión política con la cuestión religiosa.⁶⁷

Sin embargo, es muy severo cuando tratan de ofender la institución que él representa:

⁶⁴ DELGADO, Rafael, *Angelina*, p. 397.

⁶⁵ Jurado es un personaje que aparece por primera vez en la novela *La Calandria*, también aparece en *Angelina* y en *Historia vulgar*. Adriana Sandoval afirma que “Delgado repite nombres y personajes a través de sus novelas, tal vez en un intento de emular a Balzac con la *Comedia Humana*”, (SANDOVAL LARA, Adriana, *Vertientes narrativas*, op. cit., p. 219). Otros personajes que aparecen en otras historias son las hermanas Castro Pérez que aparecen en *Angelina* y en *Los parientes ricos*.

⁶⁶ DELGADO, Rafael, *Angelina*, p. 398.

⁶⁷ *Ibidem*, p. 103.

—¡Joven! ¡Joven! —prorrumpía en tono de sermón—. Esta Constitución que usted pone por las nubes, no ha sido hecha de acuerdo con las necesidades del país. Hago punto omiso de cuanto hay en ella contra la religión. Pugna contra nuestras costumbres. Nuestro pueblo no está educado para esas libertades. Dígame usted: si yo para contestar una demanda tendría que consultar con Castro Pérez o con cualquier tinterillo ¿qué haré si un día llego a diputado y tengo que legislar? Y cualquiera puede llegar a ser diputado: usted, el Doctor, ese indio que va por allí, muy cargado con su soberanía, yo... no, yo no, porque soy sacerdote, ministro de un culto, y por ende no soy ciudadano más que a medias. Pues ¡claro! o no sabrían ustedes lo que habrían de hacer, y votarían a la buena de Dios, o, lo que es más seguro a la buena del diablo. Ahora, cuanto a las perrerías esas que ha vomitado usted contra la Santa Madre Iglesia, vamos al grano señor y amigo mío: no sabe usted lo que dice. ¡Ya se ve! Toda su ciencia de usted está en el Catecismo de Nicolás Pizarro. Vamos, joven: beba usted en fuentes más limpias, y no hable por ahora de cosas que no entiende. ¡Y aquí paz y después gloria!⁶⁸

El debate entre estos hombres evidencia la efervescencia política del momento, las diferentes formas de gobierno que ya habían existido en el país (la colonia y la monarquía) ya habían ganado adeptos, de ahí que cada quien defiende su postura.

Aunque tanto en la vida real como en la trama de la novela, el advenimiento del régimen imperial significó para algunos una imposición desde el extranjero, pues no tomaron a bien que se designara a un emperador como jefe del gobierno mexicano, para el personaje de don Carlos Fernández, el padre de Gabriela, el periodo monárquico fue una ventaja para él, pues en ese periodo tuvo la oportunidad de hacer fortuna:

La tal fortuna consistía en fincas urbanas, y no de las manos muertas; en algunos capitales bien colocados, y en la hacienda de Santa Clara que don Carlos compró muy barata, casi en ruinas, y que él restauró y engrandeció allá por el 64, al advenimiento del régimen imperial.⁶⁹

En síntesis, en la novela *Angelina* se hace referencia a los hechos históricos relacionados con la intervención norteamericana (1846-1848) cuya defensa estuvo a cargo de Antonio López de Santa Anna. Las distintas formas de gobierno que hasta entonces había tenido el país son criticadas en las tertulias de las personas del poblado de Villaverde, pues mientras algunos soñaban con la reinstauración de un tipo de gobierno monárquico, como Juan Ocaña; otros, como el doctor Crisanto Sarmiento, añoraban el pasado colonial; mientras los liberales, como Venegas, pugnaban por el establecimiento definitivo de la república. Pienso que el autor echó mano de estos eventos para recrear una atmósfera que

⁶⁸ *Ibidem*, p. 104.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 329.

no debió haberle sido ajena al contexto real, pues a él le tocó vivir personalmente algunos de estos acontecimientos.

1.4.3. Eventos históricos referenciados en *Los parientes ricos*

A diferencia de sus demás obras, la tercera novela de Rafael Delgado, *Los parientes ricos* (1901), es la única en la que se evidencia, al interior de la historia, la fecha en la que acontecen los hechos. De esta manera, nos enteramos, por medio de cartas, que la trama de la novela ocurre entre 1894 y 1895 y los hechos suceden en Pluviosilla y la Ciudad de México.

La historia gira en torno a las adversidades que le suceden a la viuda Dolores Collantes, debido a una añeja enemistad entre su esposo don Ramón y su cuñado don Juan, generada por las afinidades políticas entre ambos hermanos, así lo afirma el clérigo, el Dr. Fernández, amigo de la familia:

—Sí, Lola: ya es tiempo de olvidar lo que fue causa de tantos disgustos. ¿Cuál fue el origen de ellos? La maldita y aborrecible política. Mi tocayo conservador, liberal tu marido... ¡qué había de suceder! Después vino lo de la casa aquella.⁷⁰

Y esa discordia entre los hermanos fue la causa de la ruina de la familia de don Ramón Collantes, así lo comentan dos de los personajes al inicio de la novela:

—Y... dígame usted —interrumpió Linares, [...] ¿es cierto que esta familia se encuentra en situación precaria, a causa de no sé qué litigio ganado hace poco por un extranjero, y a causa también de viejos y amargos rencores de familia? Parece, me han dicho, que la catástrofe vino a raíz de la muerte de don Ramón, y durante la ausencia larguísima de don Juan.

—Es verdad, amigo Linares, es verdad; como es cierto que estas gentes no han querido acudir a mi compadre en demanda de auxilio y de segura salvación.

—Por de contado que don Juan...

—Sin duda; pero Lolita no echa en olvido ciertos disgustillos que por cuestiones e ideas políticas, separaron a su marido y a su cuñado.⁷¹

El conflicto familiar surgió por la álgida confrontación que hubo entre liberales y conservadores, que como ya he mencionado, fue causa de enemistades, odios y rencillas aun entre miembros de la misma familia. Pero conforme avanza el relato se va manifestando el verdadero origen del rencor entre don Ramón y don Juan Collantes: los

⁷⁰ DELGADO, Rafael, *Los parientes ricos*, México, Universidad Veracruzana, 2007, p. 49.

⁷¹ *Ibidem*, pp. 36-37.

negocios de la familia y el matrimonio de su hermana mayor, Angustias (después se refieren a ella como Eugenia), con los enemigos de la patria, todo ello para salir del atraso económico en que se encontraban:

Se recordó el pasado de los Collantes; se trajeron a cuento los esplendores y el auge de aquella familia, la cual, en años remotísimos, fue la primera y la más conspicua entre muchas a cual más distinguida y ameritada de la húmeda ciudad. Contaron los viejos, y de labios de éstos lo repitieron personas de mediana edad, y siguieron diciéndolo mozos, pollas, niños, cómo la familia esclarecida de los Collantes vino a menos, muy a menos, allá por los años cuarenta y cinco y cuarenta y seis; cómo don Pablo, padre de don Ramón y de don Juan, consiguió alzar un tantico su fortuna durante la invasión norteamericana, gracias, según fundadísimas sospechas, a no sé qué negocios con el yanqui, después del bombardeo de Veracruz y de la Batalla de Cerro Gordo. Dijeron también, muy atrevidos y faltos de piedad, de los amores de Angustias Collantes, la hermana mayor de don Juan, gallarda como una reina y linda como un sol de oro, con cierto jefe del cuerpo expedicionario francés, en los primeros meses del sesenta y dos, amores que fueron para la familia causa de discordia y desunión. De aquí provino, repetían, la enemistad implacable que separó a los dos hermanos, don Juan y don Ramón, y no meramente de negocios y operaciones de las manos muertas, como todos creían; de ahí tan graves disgustos; de ahí que en caso aflictivo, y vaya si lo fue el verse al borde de la ruina, que don Ramón no hubiese podido apelar a su hermano, en demanda de salvación; de ahí la gran fortuna de don Juan por el apoyo que le prestó su cuñado, quien le puso en relaciones con el mariscal Bazaine, y en vía de hacer, como los hizo, soberbios negocios con el tesoro francés.⁷²

La cita anterior muestra algunos aspectos del devenir histórico y político de nuestro país. El patriarca de los Collantes se aprovechó de la intervención norteamericana para hacer su fortuna. Esta invasión fue motivada principalmente por cuestiones expansionistas, pero a ello hay que añadir una serie de factores que la provocaron:

La invasión americana se inició el 8 de marzo de 1846, cuando el general Zachary Taylor cruzó el río Nueces y ocupó el territorio del estado de Tamaulipas. Desde enero, el presidente Polk le había instruido en este sentido y le había ordenado que en caso de que hubiera algún encuentro debía cruzar el río Bravo. Dos meses más tarde, Taylor se atrincheró frente a la ciudad de Matamoros, donde los mexicanos, habían iniciado los preparativos de defensa al mando del general Pedro Ampudia, quien fue sustituido poco tiempo después por el general por Mariano Arista. Este último había recibido órdenes de obligar a los norteamericanos a retirarse a la margen del norte del río Nueces. En consecuencia, el ejército mexicano, cruzó el río Bravo, y el 25 de abril se dio el primer encuentro en el rancho de Carricitos en el estado de Tamaulipas, no de Texas y menos de Estados Unidos. Este encuentro fue el que sirvió al presidente Polk para solicitar la declaración de guerra contra México.⁷³

⁷² *Ibidem*, pp. 101-102.

⁷³ VELASCO MÁRQUEZ, Jesús, “La guerra de Estados Unidos contra México”, en VÁZQUEZ, Josefina Zoraida (coord.), *Gran historia de México ilustrada*, t. III, *El nacimiento de México, 1750-1856, de las*

La debilidad política y militar del país para hacerle frente al ejército invasor propició que los invasores llegaran hasta la capital del país, “al reanudarse la lucha, las batallas de Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec abrieron las puertas de la capital al ejército de Estados Unidos, que el 14 de septiembre [1847] hizo su entrada en la ciudad de México”.⁷⁴ Ante la imposibilidad de defender a la nación, el entonces presidente Santa Anna renunció al cargo y propuso que el gobierno se trasladara a Querétaro, mientras que en el ejército fue enviado a la Villa de Guadalupe.

Ahora, el otro evento relacionado con la historia de México y que aparece en el fragmento de la novela, tiene que ver con la intervención francesa de la que ya expuse algunos pormenores en páginas anteriores, sin embargo, quiero destacar la mención que se hace del mariscal Bazaine.⁷⁵ El hombre con el que se puso en contacto el cuñado de Juan Collantes era un mariscal del ejército francés durante el segundo intento de tomar la ciudad de Puebla durante la intervención francesa, cuyo nombre fue François Achille Bazaine; y fue quien:

Propició la derrota de Ignacio Comonfort en San Lorenzo el 8 de mayo de 1863, la cual condicionó en buena medida la rendición de Jesús González Ortega, después de más de sesenta días de asedio. Su paso por México sería recordado, además, por su severidad con el enemigo, su lejanía en el trato con Maximiliano de Habsburgo y su boda con una señorita mexicana de diecisiete años, conocida como Pepita Peña.⁷⁶

Los eventos históricos referenciados en la novela *Los parientes ricos* hacen alusión a la pugna ideológica entre liberales y conservadores, al analizar la disputa entre los hermanos Collantes, Adriana Sandoval señala que la postura del Ramón Collantes es

Reformas Borbónicas a la Reforma; México, Planeta DeAgostini, CONACULTA – INAH, 2011, pp. 269-270.

⁷⁴ VÁZQUEZ, Zoraida Josefina, “VIII. El establecimiento...”, p. 178.

⁷⁵ Bazaine fue un mariscal francés (Versalles, 1811 – Madrid, 1888). Ingresó en el ejército en 1831 y participó en diversas campañas en Argelia, España, Crimea (1855) e Italia (1859). En 1863 Napoleón III lo envió a México como comandante de las tropas expedicionarias francesas. Mantuvo el mando supremo militar de las tropas francomexicanas tras la proclamación de Maximiliano como emperador (1864). En enero de 1867 le manifestó a Maximiliano la imposibilidad de mantener el régimen imperial y, de acuerdo con Napoleón III, regresó a Francia (febrero de 1867). Durante la guerra de franco-prusiana fue el jefe del tercer ejército y, sitiado en Metz, se rindió (1870), por lo que fue más tarde juzgado en consejo de guerra y condenado a muerte (1873). Se le conmutó la pena por trabajos forzados en la isla Santa Margarita pero logró evadirse y se refugió en España, donde participó en la última guerra carlista (“Bazaine, Françoise Achille”, en *Gran Espasa Enciclopedia Universal*, t. 3, *arrozal- beatitud*, España, Espasa Calpe, 2005, p. 1455).

⁷⁶ MILÁN, Alfonso, “El mariscal Bazaine. Comandante del ejército francés en el imperio de Maximiliano”, en *Relatos e Historias en México*, México, 2016, No. 91, s/p. Disponible en línea en: <https://relatosehistorias.mx/numero-vigente/el-mariscal-bazaine>, consultado el 27/julio/2019.

justificada en el sentido de que “no es lo mismo ser rico por el esfuerzo del trabajo propio que por el oportunismo de negociar con los enemigos”,⁷⁷ y esa fue la actitud de Juan Collantes, quien en cuanto vio la oportunidad de incrementar su fortuna, no vaciló en hacer trato con los contactos de su cuñado y no le importó que con ello se ganara la enemistad de su hermano Ramón.

Hasta aquí podemos observar que la maestría que Rafael Delgado tiene para ficcionar hechos y personajes reales de la historia de México, en este caso, en *Los parientes ricos* sitúa a sus personajes en contextos que tuvieron que ver con la intervención norteamericana y la intervención francesa, ello le da a la novela un toque de verosimilitud.

Otro aspecto relevante de la novela que quiero comentar es el marcado afrancesamiento de la familia de Juan Collantes. A mi ver, el hecho de que el autor ponga en la trama a una familia recién llegada de Europa, específicamente de Francia, sirve para evidenciar la influencia de la cultura francesa en nuestro país. Francia, al consolidarse como una nación poderosa en el mundo, sirvió como referente cultural para que muchos países imitaran su estilo de vida, en este sentido, la dictadura de Porfirio Díaz vio en el país galo un modelo a imitar.

La influencia de la cultura francesa en el mundo llevó al origen de un término que se utilizó para identificar aspectos relacionados con la cultura y tradición de ese país, el término utilizado para ello fue *afrancesamiento*, de acuerdo con Javier Pérez Siller, “en el mundo hispano, el afrancesamiento es una noción que cuenta con un origen histórico. Fue un adjetivo que se utilizó en España, a fines del siglo XVIII, para señalar a los adeptos de la revolución francesa y, sobre todo, a los simpatizantes de Napoleón I”.⁷⁸ El autor argumenta que si bien el vocablo inicialmente fue utilizado con fines políticos, con el paso del tiempo fue adquiriendo otras connotaciones, de esta manera:

Durante el siglo XIX, el concepto se fue extendiendo a otros campos de la actividad social, sobre todo al ámbito de la cultura. Lo encontramos en el arte, la moda, las buenas maneras, la administración, la educación, la ciencia, la política y hasta en las aspiraciones individuales a ser moderno. Su empleo se afirmó durante el Porfiriato convertido en sinónimo de gente culta, ilustrada, acomodada, aristócrata y, a veces, muy a menudo, cercana a los círculos del poder. Era el distintivo de los individuos que practicaban lecturas semejantes, que se informaban en la prensa periódica, que asistían a tertulias y veladas literarias, que escuchaban poesía y música europea, que

⁷⁷ SANDOVAL LARA, Adriana, *Vertientes Narrativas*, p. 219.

⁷⁸ PÉREZ SILLER, Javier, “La sensibilidad: una herramienta y un observatorio”, México, 2005, p. 4, disponible en línea en <http://www.mexicofrancia.org/libros/p12.pdf> consultado el 27/julio/2019.

veían teatro, admiraban la pintura, la fotografía y las vistas del cinematógrafo. Englobaba pues a un grupo cosmopolita que realizaba prácticas modernas, que se veía a sí mismo como representante del ideal de civilización y que buscó expandir su sensibilidad a toda la sociedad.⁷⁹

La familia de Juan Collantes cumple con las características enunciadas en el fragmento anterior. Algo que ellos mencionan a menudo es que las cosas en Francia no son como en México, sobre todo en ciertas prácticas sociales arraigadas en la población, como guardar el luto, el tipo de fiestas, las costumbres, e incluso hasta prácticas religiosas. Carmen, la esposa de Juan, comenta que se estaba volviendo gabacha por tener más devoción hacia la virgen de las Victorias que a la virgen de Guadalupe y, por supuesto, la ropa y la comida son un referente en la novela que marca una gran diferencia entre lo mexicano y el estilo francés.

Otro aspecto interesante en esta novela es que se mencionan algunos de los avances tecnológicos del Porfiriato, el más significativo es el ferrocarril, Ramón, uno de los personajes de la novela, se entusiasma con la llegada del tren y le comenta a don Cosme Linares lo siguiente:

¿Percibe usted el humo, que tras la espesura de esos árboles, iluminado por la luz eléctrica, parece una fosforescencia misteriosa? Oiga usted... Oiga usted ese ruido, acaso de un tren de carga... Ya silba la locomotora... Vea usted por allá, detrás de la capilla de la Virgen de los Desamparados, una columna de humo que se acerca... Es el tren... Silba primero al pasar por la hacienda de Fuentelimpia, la que fue de nosotros, y ahora es de unos franceses; después, en el cruce, al pasar por el camino nacional... Oye usted el ruido... ¡Con qué claridad llega! Ahí va... Ya va a pasar el puente de hierro... Ahí va... ¡Ya pasó! Un tren, como una serpiente negra coronada con penachos de humo y de chispas, pasó a lo lejos... Silbó, volvió a silbar... y entró en la estación.⁸⁰

La creación de líneas férreas fue uno de los máximos logros de Porfiriato y símbolo de progreso, pues gracias a la red ferroviaria sectores como el agrícola y el minero se vieron beneficiados, para acelerar el crecimiento económico, en este sentido es imprescindible señalar que:

Cuando Díaz llegó al poder únicamente existía una línea [ferroviaria] que comunicaba a México con Veracruz y que medía 640 kilómetros [...] Durante el Porfiriato las vías aumentaron a un ritmo de 12% al año: en 1885 existían 5 832 kilómetros y para 1910, 19 280 kilómetros. Con el fin de atraer la inversión, el gobierno federal otorgaba dinero por kilómetro construido, además de que, con frecuencia, los gobiernos estatales ofrecían exención de impuestos y tierras. [...]

⁷⁹ *Ibidem*, p. 4.

⁸⁰ DELGADO, Rafael, *Los parientes ricos*, p. 56-57.

Además, entre 1902 y 1903 [el gobierno] compró el Ferrocarril Nacional Mexicano y el interoceánico y en 1906 rescató de la quiebra al Ferrocarril Central Mexicano; tal fusión marca el origen de los Ferrocarriles Nacionales de México y del monopolio estatal.⁸¹

Con la creación de una red ferroviaria que comunicaba a las principales ciudades del país y con la necesidad apremiante de fortalecer la economía del país, el régimen porfirista impulsó otras industrias que estaban casi en el olvido, una de las más importantes fue la industria constructora: “la industria de la construcción fue otra gran fuente de prosperidad: túneles y puentes, sistemas de drenaje, puertos artificiales, trolebuses urbanos tendido de luz eléctrica, drenaje profundo de la ciudad de México, ferrovía e industrias”,⁸² estos logros se implementaron principalmente en las grandes ciudades, por ejemplo, la instalación de energía eléctrica, necesaria para muchas actividades de las grandes urbes. En la novela, en algunos pasajes se describe su uso, sobre todo cuando se describen los lugares urbanos:

Por la calle, desde la distante iglesia de la Virgen de los Desamparados hasta el viejo y majestuoso templo de San Francisco, ancha y larguísima calle (mal alumbrada, en una extensión de cerca de dos mil metros, por cinco focos de luz eléctrica), iban y venían los paseantes [...] Enfrente una cantina, El Siglo Eléctrico, lanzaba a torrentes luz y música...⁸³

Otros inventos tecnológicos mencionados son: el tranvía, el telégrafo y el teléfono. Doña Dolores tenía instalada en su casa una línea telefónica, prueba indudable del gran poder adquisitivo de su cuñado Juan.

1.4.4. Eventos históricos referenciados en *Historia vulgar*

La última novela de Rafael Delgado, *Historia Vulgar*, tiene como escenario la ciudad de Villatriste. Los eventos históricos referidos en ella, están relacionados con la historia de las hermanas Miramontes. Estas hermanas, de quienes hablaré a detalle en el capítulo 5, viven entre una pugna ideológica entre liberales y conservadores. La discusión gira en torno a un discurso que una de ellas, Luisa, debe pronunciar; ante la actitud dubitativa de la mujer, el personaje de Juan Jurado y algunos de los ediles intentan convencerla para que se presente a la tribuna a discursar:

⁸¹ SPECKMAN GUERRA, Elisa, *op. cit.*, p. 210.

⁸² HERNÁNDEZ CHÁVEZ, Alicia, “VIII. El ocaso del orden...”, p. 270.

⁸³ DELGADO, Rafael, *Los parientes ricos*, pp. 56-57.

No se olvidaron de decirle que... acaso... tal vez, sin duda, sus ideas políticas y religiosas le vedaban aceptar el cargo; que ya era tiempo de ello; que se dejara de santurronear y de cosas de la pelea pasada; que los tiempos eras otros; que a todos los cultos restos del estado teocrático, debía suceder el culto de la ciencia; que no había más verdades que las experimentales; que la Reforma había exaltado a la mujer más que el Cristianismo, al presente vetusto, y por ende —por ende—, dijo el buen Jurado, de capa caída; que el feminismo era el porvenir, que la *hembra* (¡cómo lastimó a Luisa tal palabra!) que la *hembra* sería, *libre de preocupaciones y fanatismos, la reina del futuro*.⁸⁴

Juan Jurado y compañía apelan de manera equivocada a las Leyes de Reforma para convencer a la joven, y digo equivocada, porque en ninguna de las leyes que se conocen como Las leyes de Reforma se trata de manera específica el papel de la mujer o sus derechos, y mucho menos se le exalta. Las leyes de Reforma fueron un conjunto de Leyes promulgadas por Benito Juárez y buscaban separar de manera definitiva la intervención de la iglesia en los asuntos del Estado, por lo tanto:

Juárez y su gabinete de puros optaron por consolidar la reforma y el 12 de julio de 1859 empezaron a promulgar las Leyes de Reforma: nacionalización de bienes del clero, separación de la iglesia y del Estado, supresión de órdenes religiosas (cofradías, congregaciones y hermandades), matrimonio y registro civiles, secularización de cementerios y, finalmente, libertad de cultos.⁸⁵

Considero que la promulgación de estas leyes fue importante no solamente por los logros obtenidos sino porque en el fondo, se trataba de establecer un marco jurídico que sentara las bases para la creación de un Estado laico.

Ahora bien, como ya había mencionado, *Historia Vulgar* es la última novela de Rafael Delgado y se publicó en 1904, así que, aunque de manera sarcástica, no es casualidad la referencia que Jurado hace sobre el feminismo, en este sentido, cuando se habla de feminismo hay que entender que:

El vocablo feminismo empezó a utilizarse en México en los últimos años del siglo XIX; para principios del siglo xx el término se había vuelto de uso común en los medios cultos de la capital del país. En esa época el feminismo reivindicaba la igualdad entre los sexos en lo relativo a la capacidad intelectual y a los derechos educativos de hombres y mujeres y, al mismo tiempo, propugnaba por la valoración de una serie de atributos subjetivos considerados característicos del sexo femenino: la capacidad emocional, la dulzura y la superioridad moral, entre otros. Enraizado en el pensamiento liberal, el feminismo veía en la educación laica y racional de las mujeres el camino que permitiría alcanzar sus metas principales: la dignificación

⁸⁴ DELGADO, Rafael, *Historia Vulgar*, México, Editorial Patria, 1987, p. 294.

⁸⁵ VÁZQUEZ, Josefina Zoraida, “De la independencia a...”, p. 174.

del papel de esposa y madre, y la ampliación de la influencia de las mujeres en la familia y de los márgenes de su autonomía individual.⁸⁶

La última parte de la cita, ejemplifica los motivos que Luisa tenía para querer superarse; ella pensaba que si cambiaba su manera de dar clases podría conseguir una plaza de maestra lo cual terminaría con sus carencias económicas, pero ésta y otras cuestiones relacionadas con las hermanas Miramontes las abordaré posteriormente.

En síntesis, el recorrido histórico que hasta aquí he venido realizando ha tenido por finalidad ver, en primer lugar, el contexto histórico real en el que surgieron las novelas de Rafael Delgado; en segundo lugar, me ha servido para evidenciar que tanto la parte histórica, por un lado, como la parte literaria, por el otro, convergen de manera dialógica y permiten al lector asomarse a un pasado histórico real para ver que, en el caso de Rafael Delgado, el contexto histórico del país le sirvió de marco para crear la trama de sus novelas.

Otra perspectiva de gran relevancia para el análisis de las novelas es el contexto literario, pues nos permite ver a qué corriente literaria pertenece la narrativa del escritor veracruzano, éste y otros aspectos se tratarán en el siguiente apartado.

1.5. El contexto literario en México a finales del siglo XIX

Hacia finales del siglo XIX, México había tenido una transformación en diferentes aspectos: ya habían quedado rotos los grilletes que ataban a la nación con el imperio español, a pesar de las constantes luchas por el poder para definir cuál sería la forma ideal de gobierno de la nación y de los intentos de naciones extranjeras por asentarse en el país, para 1890, fecha en la que se publicó *La Calandria*, el país pasaba por un periodo de inquietante estabilidad bajo el mando del general Díaz.

Mientras que los políticos se encargaban de darle estabilidad al país a través de estrategias políticas y económicas, será la clase intelectual quien le daría al país una estructura cultural, para ello, después del movimiento independentista, se pugnó por fomentar el nacionalismo, ya que “surge como un producto de los intereses y elementos que definen y conforman una comunidad determinada, la que entre otras cosas puede compartir:

⁸⁶ CANO, Gabriela, “Más de un siglo de feminismo en México”, en *Debate feminista*, vol. 14, octubre 1996, p. 345.

raza, historia, idioma, religión y territorio. No obstante, estos elementos no son determinantes y actúan de modo distinto”.⁸⁷ En este mismo tenor, Elisa Speckman destaca que en esta época “también se fomentó una cultura nacional y nacionalista, es decir, que reflejaba lo propio del país, y que, por ello podía servir para fomentar un sentimiento de identidad. Siguiendo con una vieja tradición se cultivó inicialmente la literatura costumbrista de tinte romántico o realista, ya fuera por Ángel de Campo, José Tomás de Cuéllar, Rafael Delgado o José López Portillo y Rojas.⁸⁸

Si bien aunque tanto política como ideológicamente el país se hallaba dividido entre conservadores y liberales, lo cierto es que ambos grupos: “trataban de imponer sus ideas en la forma de organizar y administrar el nuevo país, mientras que los intelectuales se ocuparon de generar expresiones culturales que fueran reflejo del nuevo nacionalismo. El medio más inmediato y efectivo lo encontraron en la literatura, y más propiamente en la novela”.⁸⁹ En este sentido, Carlos González Peña afirma que la madurez en las letras mexicanas no se hubiera logrado sin la aparición de instituciones que intentaron darle cause al quehacer literario en México, esto se llevó a cabo de manera gradual:

A la Academia de San Juan de Letrán, que se había extinguido en 1856, en vísperas de la Reforma, le sucedió el Liceo Hidalgo, del que fue principal impulsor el periodista D. Francisco Zarco, y que restablecería Altamirano años más tarde. Asimismo hay que hacer mención del Liceo Mexicano, centro en que se congregaron los escritores jóvenes. En 1875 fúndase la Academia Mexicana de la Lengua. Venía a ser ella un órgano más vigoroso, sólidamente arraigado con caracteres de perdurabilidad en el ambiente literario de México.⁹⁰

Ahora bien, hacia 1890, nuestro país era un mosaico conformado por al menos cinco corrientes literarias que todavía estaban arraigadas en los escritores decimonónicos: clasicismo, romanticismo, realismo, naturalismo, costumbrismo y modernismo. A principios del siglo XIX las letras mexicanas oscilaban entre el clasicismo y el romanticismo, de acuerdo con Sergio Howland:

Casi desde los inicios de su vida independiente, en México se demarcan dos tendencias literarias que conviven casi hasta los albores del siglo XX: la clasista o académica y la romántica; no hay, sin embargo, entre las dos, una separación tajante y clara; muchos de nuestros poetas tomaron una posición intermedia y fueron

⁸⁷ GUTIÉRREZ LÓPEZ, León Guillermo, *La novela mexicana, de la Independencia a la Revolución*, México, Secretaría de Gobernación / Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2009, p. 13.

⁸⁸ SPECKMAN GUERRA, Elisa, *op. cit.*, p. 223

⁸⁹ GUTIÉRREZ LÓPEZ, León Guillermo, *op. cit.*, p. 18

⁹⁰ GONZÁLEZ PEÑA, Carlos, *Historia de la literatura mexicana*, México, Porrúa, 1990, p. 185.

clásicos en su forma de expresión y románticos en el pensamiento, circunstancia debida en gran parte a su formación cultural.⁹¹

Un sesgo que define a los novelistas mexicanos de corte romántico es que “utilizan la dirección costumbrista acentuando los aspectos humanitarios, en tanto que otros recurren a la autobiografía sentimental, con estilo exaltado y melancólico”,⁹² pertenecen a esta corriente: Manuel Eduardo de Gorostiza, Fernando Calderón, Ignacio Rodríguez Galván, Guillermo Prieto, Manuel Acuña, entre otros.

Más tarde, hacia 1860, como una reacción al romanticismo, surge la novela de corte realista que: “se inspira en los temas de la vida humana, pinta los sentimientos colectivos y analiza las costumbres contemporáneas; [...] en tanto se conforma con la realidad tal como es [...] suelen añadir los realistas a la descripción pinceladas irónicas con las que, subrayando lo ridículo o lo cómico, dan amenidad a la obra”.⁹³ En este contexto, poco tiempo después aparece el naturalismo. Influenciados por los escritores franceses de la talla de Emile Zola y Gustave Flaubert, los escritores mexicanos intentan imitar a los del continente antiguo que se guiaban por el determinismo y la experimentación. Entre los escritores naturalistas están: Manuel Payno, José Tomás de Cuéllar, Vicente Riva Palacio, Ignacio Manuel Altamirano, Luis, G. Inclán, Ángel de Campo, Federico Gamboa, Emilio Rabasa y, por supuesto, nuestro autor: Rafael Delgado.

Además, no hay que olvidar que entre los autores de estas tres corrientes literarias (romanticismo, realismo, naturalismo) permea un arraigado costumbrismo, donde “se crean escenas y tipos representativos de determinados estilos de vida [...] el costumbrismo vivifica el universo novelesco en el que se desarrolla la historia o puede independizarse de ella”.⁹⁴ Otro elemento que hay que señalar es que paralela a la novela de corte romántico, realista, naturalista o costumbrista existen también otros tipos de novelas en México que se gestaron durante este periodo, me refiero a la novela sentimental, la novela histórica, la novela social, la psicológica y la de tesis; además, en este periodo también existe una gran producción teatral y el auge de la poesía es enorme.

⁹¹ HOWLAND BUSTAMANTE, Sergio, *Historia de la literatura mexicana*, (9ª reimpr.), México, Trillas, 1980, p. 163.

⁹² *Ibidem*, p. 177.

⁹³ *Ibidem*, p. 200.

⁹⁴ “Costumbrismo”, en AYUSO DE VICENTE, Victoria, GARCÍA GALLARÍN, Consuelo y SOLANO SANTOS, Mario, *Diccionario de términos literarios*, España, Akal, 1997, p. 84.

Ahora bien, ¿por qué he realizado este breve panorama sobre la producción literaria en nuestro país en el siglo XIX? La razón principal es porque existe una interesante discusión por definir a qué corriente o escuela literaria pertenecen las novelas de Rafael Delgado.

Generalmente, existe un consenso en definir las novelas de Delgado como realistas, pero con toques costumbristas, cualidad que destacan Francisco Sosa, Ignacio Manuel Altamirano, Silvestre Moreno Cora, Ciro B. Ceballos o Margarita Villaseñor, entre otros. Me parece apropiado mencionar en qué consiste el realismo literario:

El Realismo es una nueva estética distinta al Romanticismo que aparece en Francia hacia 1830 y alcanza su plenitud cerca de 1850 [...] El Realismo surge, pues, cuando los escritores deciden retratar la realidad, reflejarla objetivamente y para ello se basan en la observación que les permite realizar las descripciones minuciosas y exactas de ambientes y personajes. Los escritores realistas se documentan tomando notas de la realidad o a través de los libros; la labor de búsqueda de datos en bibliotecas es importantísima. Desean ser cronistas, son historiadores del presente, se suelen distanciar de lo que cuentan y prescinden de los juicios de valor, tienden a desaparecer, a esconderse, pero a veces se oye su voz y se rompe la objetividad fotográfica, pues exponen juicios y observaciones personales. [...] La novela [realista] refleja ambientes y costumbres pues es un fresco de la sociedad, en el que están presentes la burguesía y el pueblo [...] o se detiene en la pintura de caracteres, en el análisis minucioso de los personajes: los describe física y psíquicamente, los presenta en movimiento, nos explica las razones de su conducta, sus estados de ánimo y sus motivaciones.⁹⁵

A la luz de la cita anterior puedo decir que en las novelas de Rafael Delgado hay algunas características de tipo realista, sobre todo en lo que se refiere a retratar los ambientes y costumbres, por ejemplo, en *La Calandria*, un remarcado cuadro costumbrista es cuando Magdalena intenta matar al guajolote para la cena que dará en su casa, pues el autor, de manera jocosa, personifica al animal y lo trata como si fuera un reo condenado a muerte. En *Angelina* la descripción que se hace de las fiestas religiosas, en especial la del tres de mayo, refleja aspectos relacionados con los usos y costumbres del pueblo de Villaverde. Ahora, respecto a la descripción de los personajes tanto física como psicológicamente, creo que el autor cumple con esta característica del realismo, pues describe con puntualidad cómo son los personajes, pero, además de ello, también nos deja ver sus emociones y sentimientos sobre todo de las mujeres que es lo que más me interesa para los fines de este trabajo.

⁹⁵ *Ibidem*, “Realismo”, pp. 317-318.

Pero creo que las novelas de este periodo tienen más bien influencia naturalista por el determinismo al que se enfrentan sus protagonistas; vayamos por partes, el naturalismo es:

[Una] corriente literaria que nace en Francia en la segunda mitad del siglo XIX, no tanto como una oposición al Realismo, sino más bien como una evolución de éste [...] El Realismo partía de la observación de la realidad y la reflejaba de modo casi fotográfico, el Naturalismo va más allá y recoge, de la realidad cotidiana y social, las miserias humanas —locos, alcoholizados, enfermos—, y los instintos más primarios y brutales, y nos ofrece la imagen de unos seres reducidos y empequeñecidos por la sociedad injusta en la que viven. El fatalismo que acosa estos personajes acabará destruyéndolos, si ellos no consiguen salir de esa situación, rompiendo todos aquellos moldes injustos que los oprimen.⁹⁶

Considero que las tres primeras novelas del autor tienen cierto toque naturalista, pues como se verá más adelante, las mujeres no pueden escapar ni del rol que tienen asignado socialmente ni de la posición social en la que han nacido, por tal motivo el fatalismo persigue y castiga a aquellas que se atreven a ir en contra de los roles socialmente establecidos, Carmen y Elena Collantes son prueba de ello.

Respecto a la influencia romántica es preciso señalar que algunos temas presentes en esta corriente literaria son: “el amor y la muerte unidos íntimamente, la historia pasada, y la religión, junto a la naturaleza como organismo capaz de impresionarnos con su fuerza (el mar, la tormenta, o los lugares recónditos y solitarios en los que el personaje se enfrenta en solitario consigo mismo y sus dudas)”,⁹⁷ en este sentido, creo que la novela que más influencia tiene del romanticismo es *Angelina*, porque en la novela vemos que la trama gira entorno a la historia de una relación amorosa entre Rodolfo y Angelina que nunca se concreta y sobre todo, porque él tiene tendencias suicidas y cree que el amor de Angelina puede quitarle esos pensamientos.

De manera personal, creo que las novelas de Rafael Delgado son un caleidoscopio literario, pues al aparecer ya casi hacia el ocaso de la centuria decimonónica se puede apreciar cómo el autor fue influenciado por las diferentes corrientes literarias de la época, y como menciona José Luis Martínez “para Delgado, lo romántico y lo realista no son antitéticos ni en la vida ni en la novela. Ambas tendencias se funden naturalmente en sus

⁹⁶ *Ibidem*, “Naturalismo”, p. 259.

⁹⁷ *Ibidem*, “Romanticismo”, p. 338.

novelas,⁹⁸ por lo tanto, como menciona Bruhswood, “las novelas de Delgado ostentan una mezcla de romanticismo y realismo que a veces da lugar a una exageración de lo sentimental dentro del conjunto realista”.⁹⁹ Para Adriana Sandoval, la maestría de Delgado consiste en presentar una versatilidad auténtica que se plasma en sus novelas y se debe a que:

Ya en pleno ejercicio de la libertad otorgada a la literatura por el romanticismo, Delgado mezcla formas: transcribe cartas completas, hay pasajes con mucho diálogo, los cuales se asemejan a escenas teatrales —género en el que incursionó, como se mencionó al principio—; también incluye poemas, además de los típicos fragmentos líricos, de prosa poética, al pintar los paisajes veracruzanos. Asimismo se presentan, como en el resto del realismo, múltiples referencias a la realidad: a publicaciones periódicas, sitios geográficos, etcétera.¹⁰⁰

Pero para otros críticos como Emanuel Carballo, hay un toque único que distingue la obra del autor de sus demás contemporáneos, él afirma: “las novelas del escritor veracruzano se distinguen de las de sus compañeros de generación en que están mejor construidas, asimismo sobresalen por su estilo laborioso y acorde con los temas que trata”.¹⁰¹ Por ello, el lector que se acerque a las novelas de Rafael Delgado encontrará en ellas una prosa elegante, un vocabulario fluido y una descripción acertada, elementos de los que se valió el autor para hablarnos de un pasado remoto que se enriqueció gracias a las corrientes literarias de la época.

RECAPITULACIÓN

Este capítulo nos permitió adentrarnos en los hechos históricos reales que acontecían cuando se publicaron las novelas de Rafael Delgado, el periodo de más trascendencia en ese tiempo se enmarca en la tercera reelección del general Porfirio Díaz, si bien aunque este periodo estuvo caracterizado por problemas sociales como las huelgas y los levantamientos armados, en las novelas del autor no aparecen estas problemáticas que eran un preámbulo para la caída del régimen; sin embargo, en ellas se refleja una de las grandes problemáticas de la época, es decir, la gran desigualdad que prevalecía entre ricos y pobres.

⁹⁸ MARTÍNEZ, José Luis, “México en busca de su expresión”, en *Historia General de México, Versión 2000*, México, El Colegio de México, 2008, p. 753.

⁹⁹ BRUSHWOOD, John Stubbs, *op. cit.*, p. 381.

¹⁰⁰ SANDOVAL LARA, Adriana, *Vertientes narrativas*, p. 221.

¹⁰¹ CARBALLO, Emmanuel, *Diccionario crítico de las letras mexicanas en el siglo XIX*, México, Océano – CONACULTA, 2001, p. 67.

Además, en las novelas aparecen, ya fabulados, algunos eventos relacionados con la historia de México. En *La Calandria*, al hablar sobre el padre de Carmen, el autor nos introdujo en el contexto de la intervención francesa y la lucha contra el imperio de Maximiliano de Habsburgo. Otros acontecimientos que fueron referidos tienen que ver con una visión idealizada de la conquista de México, la intervención norteamericana o con personajes como Hernán Cortés o Benito Juárez.

En *Angelina*, segunda novela del autor, la vida de la familia de Rodolfo está relacionada con las tropas del general Santa Anna, pues su abuelo luchó en algunos de los batallones al lado del general. En algunos espacios de la novela, como en las cantinas o en la botica se habla de la efervescencia política de aquel entonces. El debate entre los hombres trataba sobre cuál sería la forma de gobierno adecuada para el país: regresar al régimen colonial, instaurar el imperio monárquico o apoyar para que la nación fuera una República. Finalmente, cuando se habla de la fortuna del señor Carlos Fernández, padre de Gabriela, se hace referencia a que él incrementó su hacienda durante el periodo monárquico de Maximiliano.

En *Los parientes ricos*, cuya trama se desarrolla entre Pluviosilla y la Ciudad de México, hay menciones sobre dos hechos políticos reales: la intervención norteamericana de 1847 y la segunda intervención francesa; este último evento deja ver el distanciamiento que existía entre las familias, debido a la postura política de cada patriarca: Ramón Collantes era liberal, mientras su hermano Juan era conservador; no obstante y como se verá más adelante; en la práctica, las familias jugaban del lado equivocado, es decir, la familia de Ramón Collantes, que estaba a cargo de su viuda, resultó ser muy conservadora, mientras que la familia de Juan, por ser ricos y por estar recién llegados de Europa viven una vida bastante liberal sin importar el qué dirán. Un aspecto positivo del régimen porfirista que sí aparece en la novela es el relacionado con los avances tecnológicos de la época, siendo el tren el más importante, pues fue un invento tecnológico indispensable para generar el desarrollo económico prometido por la dictadura.

En la última novela del autor, *Historia Vulgar*, al conocer la historia de las hermanas Miramontes nos permitió contextualizar dos eventos relacionados con el acontecer político del México decimonónico, me refiero a las Leyes de Reforma y a los inicios del *feminismo*; si el primer evento nos sitúa en mediados del siglo; el feminismo

nos ubica en los últimos años del siglo XIX, pues según Gabriela Cano, fue en esa época cuando en México comenzó a utilizarse ese término.

Finalmente, en este capítulo también abordé el contexto literario en el que surgieron las novelas del autor, di cuenta que hacia 1890 en el país ya se habían posicionado las corrientes literarias del romanticismo, realismo naturalismo y costumbrismo. En el caso de Rafael Delgado considero que en sus novelas convergen tanto el realismo como el naturalismo con toques de costumbrismo.

De manera personal, creo que conocer los acontecimientos históricos y sociales que rodean el génesis de una obra literaria nos sirve para entender mejor la vida y las costumbres de una época determinada, que el autor, a través de la ficción, nos presenta como hechos reales, en un espacio que cobra vida y se materializa frente a nosotros en cuanto abrimos las páginas de un libro y lo leemos, de ahí la importancia del cruce que se da entre historia y literatura.

CAPÍTULO 2. EL CONTEXTO HISTÓRICO Y SOCIAL DE LAS MUJERES MEXICANAS EN EL PORFIRIATO

En este capítulo hablaré del contexto social en el que vivieron las mujeres mexicanas durante el Porfiriato, para ello dividí el capítulo en cuatro apartados: en el primero, doy el contexto de las mujeres previo al Porfiriato; enseguida, hablo del deber ser femenino en la época porfirista; después, abordo el tema de la educación femenina durante el régimen y, finalmente, presento los estereotipos femeninos que pervivían en la época.

2.1. Las mujeres mexicanas antes del Porfiriato

En el contexto mexicano, el devenir histórico de las mujeres ha tenido diferentes hitos que son muy representativos. Durante el periodo de la Conquista de México ocurrió un fenómeno muy particular: los conquistadores llegaron sin mujeres, motivo por el cual sometieron a las mujeres indígenas a toda clase de abusos: “en pocos años los hombres europeos generaron en las indias la América mestiza e ilegítima, creando entre el rapto, la violación y el consentimiento una nueva población. Población que ha caracterizado durante todos estos siglos a la América hispana”.¹⁰² La situación social de las mujeres en el denominado nuevo mundo tuvo un cariz especial:

Las mujeres indias tuvieron forzosamente un papel protagonista, sobre todo en el siglo XVI, momento de la conquista y la organización política imperial de Hispanoamérica. Las mujeres europeas estuvieron ausentes, casi sin excepciones en todo el primer proceso. Más tarde [...] vinieron a ennoblecer las ciudades y a formalizar familias.¹⁰³

Sin embargo, el trato entre las mujeres europeas y las indígenas no fue igualitario, pues las europeas fueron privilegiadas:

El primer contingente de mujeres peninsulares que llegó a las islas del Caribe fue como colonizadoras y esposas [...] las mujeres que emigraron al Nuevo Mundo

¹⁰² PASTOR, Reyna, “Mujeres en España y en Hispanoamérica”, en *Historia de las mujeres en Occidente*, t. 3, *Del Renacimiento a la Edad Media*, México, Taurus, 2005, p. 555.

¹⁰³ *Idem*.

tenían obvias esperanzas de un rápido ascenso social, pero no todas lograron acomodarse fácilmente en el nuevo medio [...] la mayoría de las mujeres llegaron para establecerse, para ser protegidas y alcanzar un futuro mejor para ellas mismas.¹⁰⁴

Mientras tanto, a las mujeres indígenas les tocó la peor parte, ya que al brutal impacto de la Conquista le siguió un periodo de enfermedad, esclavitud y muerte:

La fuerza de trabajo que representaba la población indígena era sin duda una de las mayores riquezas que España encontró en el Nuevo Mundo, riqueza que seguramente superó a la proporcionada por los yacimientos de oro y plata, pero que muy pronto se vio mermada, ya que por el maltrato y la sobreexplotación la población indígena llegó a estar muy cerca del exterminio o fue exterminada por completo.¹⁰⁵

Las mujeres fueron sometidas por los conquistadores, despojándolas de su condición de seres humanos, pues fueron tratadas como si fueran un objeto: “la situación de la mujer indígena ante el nuevo hombre y señor que se apropiaba de ella sin respetar los hábitos y costumbres, atropellando tabúes, o que era donada en prenda de paz y de alianza, no varió ostensiblemente respecto de su anterior estado”.¹⁰⁶

Como podemos constatar, en la historia de las mujeres mexicanas durante la Conquista prevalecieron el abuso y en la época Colonial, la sociedad se transformó de manera paulatina, pero no hubo mejoras para las condiciones de vida de las mujeres. Una de las características más importantes de este periodo fue la institucionalización del matrimonio religioso:

El matrimonio fue la base para establecer el tejido social mediante parentesco y consolidar la posición social de la familia o del individuo. Ello fue particularmente importante para el sector hispánico de la sociedad [...] el matrimonio también fue el medio para incorporarse a los grupos que ostentaban el control de los gobiernos municipales y la burocracia administrativa y judicial, y por lo tanto, la puerta de acceso al poder político.¹⁰⁷

La posición de las mujeres españolas integradas a la sociedad colonial también era privilegiada a pesar de que

¹⁰⁴ BETHELL, Leslie, “La mujer en la sociedad colonial hispanoamericana”, en *Historia de América Latina*, t.4., *América Latina Colonial: Población, sociedad y cultura*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 110-111.

¹⁰⁵ LÓPEZ DE MARISCAL, Blanca, “El drama demográfico de la Nueva España en el siglo XVI: el espacio de la mujer”, en *Persistencia y cambio, Acercamientos a la historia de las mujeres en México*, México, El Colegio de México, 2008, p. 90.

¹⁰⁶ SALAS, M. Alberto, “El mestizaje en la conquista de América”, en *Historia de las mujeres en Occidente*, t. 3, *Del Renacimiento a la Edad Media*, México, Taurus, 2005, p. 568.

¹⁰⁷ BETHELL, *op. cit.*, p. 113.

Las sociedades de la América española colonial compartieron con España la idea de la debilidad intrínseca del sexo femenino, y heredaron el sistema legal que pretendía proteger a las mujeres de su propia debilidad o del abuso de los hombres. [...] esta combinación de restricción y protección dio a las mujeres ventajas considerables, aunque el concepto de primacía del hombre sobre la mujer continuó imperando. Las mujeres estaban primero bajo el control del padre y después bajo el del marido. Esta situación no significaba, sin embargo, un sometimiento total al hombre.¹⁰⁸

A la vez, dentro del periodo de la Colonia, la imagen representativa de lo femenino y el ser mujer recae en la figura religiosa de la virgen de Guadalupe, de esta forma, toda aquella mujer que no cumplía con este estereotipo de carácter religioso era rechazada y estigmatizada como mujer pecadora, recibiendo a cambio maltrato, tal como lo afirma Leslie Bethell:

La violencia personal de los hombres contra las mujeres fue frecuente a lo largo del periodo colonial. La forma más común de abuso personal fue el maltrato físico a la mujer, aceptado como una prerrogativa de los hombres, y no condenable, salvo que, al ser reiterado, dañara la salud de la mujer. Muchas mujeres que intentaban divorciarse alegaban abusos físicos como una de las causas principales de separación. Aun así, estaban obligadas a presentar testigos y a probar continuos maltratos. Si el maltrato no era excesivo raramente era considerado causa de divorcio. Sin embargo, el golpear a la mujer constantemente sólo acarrearía al hombre una leve sentencia carcelaria.¹⁰⁹

Esta etapa fue marcada por un cambio significativo en la educación de las mujeres, quienes estaban bajo la tutela de la iglesia católica, puesto que “la mayoría de las mujeres de la colonia, fueran esclavas o libres, blancas, castas o mestizas aspiraban a un poco más que una educación informal y algún conocimiento rudimentario de los principios del catolicismo, con énfasis en la preservación del honor y en los modelos femeninos de conducta”.¹¹⁰

Otro aspecto a considerar es que en este periodo hay un gran auge de la vida conventual, pues “la vida religiosa fue una alternativa para aquellas mujeres que no deseaban contraer nupcias, que tenían una profunda vocación religiosa, o que apreciaban la relativa independencia que los claustros les ofrecían”.¹¹¹ Este hecho marcó una profunda diferencia en la vida de las mujeres en México, ya que:

¹⁰⁸ *Ibidem*, p. 114.

¹⁰⁹ *Ibidem*, p. 120.

¹¹⁰ *Ibidem*, p. 124.

¹¹¹ *Ibidem*, p. 128.

Mientras que la mayoría de las mujeres en la América española contraían matrimonio —o vivían en uniones consensuales— y criaban a sus hijos, un pequeño grupo optaba por hacerse monja, dedicando su vida al servicio de Dios. Esta elección no estaba abierta a todas las mujeres, y la opción de ingresar en un convento sólo fue posible para un número limitado. Las primeras monjas que se trasladaron al Nuevo Mundo se dedicaron a la enseñanza y a servir de modelo de vida virtuosa a las mujeres indígenas.¹¹²

Más tarde, durante la guerra de Independencia, las mujeres se unieron a la gesta armamentista para liberarse de la Corona Española. Aunque, sin lugar a dudas, varias de ellas ayudaron para que la lucha diera buen fruto, la historia ha oficializado solamente a dos: a Doña Josefa Ortiz de Domínguez y a Leona Vicario; los logros obtenidos de la lucha armamentista incidieron de manera directa en la situación de las mujeres y es que:

Sin haber sido producto de un movimiento de cambios sociales radicales, la nueva forma de gobierno permitió el acceso de mestizos a los puestos de poder que antiguamente les estaban vedados. Las oportunidades ofrecidas por la política, la Iglesia y el Ejército significaron movilización poblacional, reacomodos sociales, enriquecimientos y empobrecimientos que afectaron directamente a las mujeres y las posibilidades que tenían de conocerse y de sociabilizar.¹¹³

Desde la lucha armada de 1810, la demanda de algunas mujeres por la garantía del acceso a la educación fue creciendo. En el periodo pos independentista ni liberales ni conservadores tuvieron un proyecto para las mujeres que les garantizara una independencia económica o acceso a la educación, durante este periodo, que termina con la llegada de Porfirio Díaz al poder, las mujeres estaban confinadas a la voluntad paterna o la del marido en caso de que contrajeran matrimonio, cuando las mujeres decidieron luchar por una equidad en sus derechos políticos y sociales se recurrió a una estrategia nada conveniente:

Para negar los derechos políticos a la mujer no se alegó cortedad de luces, se argumentó que el ejercicio de esos derechos mancharían o menguarían sus virtudes naturales, más valiosas que cualquier participación política. Bajo esta excusa se delimitó el espacio masculino y el femenino. A los varones les correspondió el mundo político, plagado de pasiones y desengaños, y el ámbito moral a las mujeres, sin exponerlas a la destrucción de su natural candidez y sencillez [...] Desde esta óptica social, otorgar derechos políticos a las mujeres era subvertir la sociedad, atacar y destruir la familia, base de toda sociedad civilizada.¹¹⁴

¹¹² *Ibidem*, p. 126.

¹¹³ STAPLES, Anne, “Sociabilidad femenina a principios del siglo XIX mexicano”, en *Persistencia y cambio, Acercamientos a la historia de las mujeres en México*, México, El Colegio de México, 2008, p. 100.

¹¹⁴ GONZÁLEZ LEZAMA, Raúl, “Las mujeres durante la Reforma”, en *Historia de las mujeres en México*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM), 2015, p. 98.

En 1824, con el establecimiento de la república, los liberales subrayaron la necesidad de una educación para todos; sin importar el sexo, la raza, ni la clase económica, por lo tanto, las mujeres exigieron la apertura de espacios en donde ellas pudieran estudiar, en este sentido:

Debe apreciarse el avance que significó la creación simultánea de dos escuelas destinadas a transformar las expectativas presentes y futuras de los y las mexicanas, las que junto a la Escuela de Artes y Oficios para Mujeres, fundada en 1872, ampliaron notablemente la oferta escolar femenina de carácter oficial. Así, con la creación formal de la Secundaria, finalmente inaugurada en julio de 1869, se cumplía una larga aspiración del liberalismo; a partir de entonces, las mexicanas tuvieron acceso a una formación “superior” a la de carácter puramente elemental que hasta entonces se les venía ofreciendo y, aunque muy poco a poco, se fueron abriendo paso en el ámbito de las carreras liberales.¹¹⁵

Con el paso del tiempo y el acceso a un nivel más avanzado de educación, surgió un público femenino en el que la prensa fijó su interés, el movimiento feminista en México aprovechó el gran alcance de la prensa para la difusión de sus ideas, surgiendo, de esta manera, muchas publicaciones para las mujeres:

Las revistas femeninas tienen un papel importante en la toma de conciencia de las mujeres. En México, en 1870, en torno al periódico *Siempre Viva*, un grupo de mujeres se organizaron como *Las hijas del Anáhuac*, para exigir sus derechos. En 1883, Concepción Jimeno, fundadora de *El Álbum de la mujer*, señalaba: “la mujer no es solamente un útero”. En esa misma década se crea *Violetas del Anáhuac* por Laureana Wright Kleinhaus, que promueve la emancipación de la mujer a través de la educación; Juana Gutiérrez fundó *Vesper y Amigas del pueblo e hijas de Cuauhtémoc*, exigiendo derechos laborales y políticos.¹¹⁶

Durante el Porfiriato la lucha continuó por una preparación más equitativa, debido a que los programas de estudio estaban diseñados especialmente para varones, la educación de las mujeres tenía un amplio rezago, “en lo que se refiere a la educación superior, la participación de la mujer era mínima, en parte por la cultura y en parte porque en muchos de los lugares no habían escuelas secundarias para mujeres necesarias para continuar con los estudios, ni tampoco escuelas normales para mujeres”.¹¹⁷ En un contexto internacional, el 11 de enero de 1849 en Estados Unidos, Elizabeth Blackwell, recibió su título

¹¹⁵ ALVARADO, María de Lourdes, “La educación secundaria femenina desde las perspectivas del liberalismo y del catolicismo, en el siglo XIX” en *Perfiles Educativos*, vol. XXV, núm. 102, México, Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, 2003, p. 46.

¹¹⁶ GALEANA, Patricia, “La lucha de las mujeres latinoamericanas, democracia y derechos humanos”, en *Latinoamérica*, No. 38, México, UNAM, 2004, p. 209.

¹¹⁷ MONTERO MOGUEL, Dulce Carolina y ESQUIVEL ALCOCER, Landy Adelaida, “La mujer mexicana y su desarrollo educativo: breve historia y perspectiva”, en *Nueva época*, Vol. 4. No. 8. Julio – Diciembre, 2000, p. 54.

profesional de doctora en medicina, ella fue la primera mujer en el mundo que ejerció esta profesión.¹¹⁸ En México, en 1886 Margarita Chorné y Salazar (1864-1962), se tituló como dentista en la Ciudad de México, un dato interesante es que ella fue la primera mujer titulada de América Latina.¹¹⁹ A mediados de 1888 tomaron clases las primeras mujeres profesionistas en la historia de México, y “en 1890 Matilde Montoya fue la primera mujer médico en la historia de México”.¹²⁰

Mientras tanto, en las ciudades, las obreras comenzaron una lucha por mejores condiciones de trabajo, salarios más justos, trato digno y derechos políticos. En el ámbito rural la miseria agravaba la condición del sector femenino y las únicas opciones que les quedaban eran el duro trabajo de campo, las labores domésticas o la prostitución. En materia jurídica, el Código civil de 1884 negaba a las mujeres el derecho a administrar sus propiedades y la autoridad sobre sus hijos; durante la infancia y adolescencia, las decisiones sobre su vida eran tomadas por el padre, y, tras el matrimonio, por el marido.¹²¹

Hacia 1904, Columba Rivera, María Sandoval de Zarco y Dolores Correa fundaron la revista *La Mujer mexicana* que fue “un semanario publicado entre 1904 y 1906, sumamente claro en su postura feminista, pues privilegia a la educación como instrumento de independencia, de libertad”,¹²² además de que:

Con el subtítulo 'Consagrada a la evolución, al progreso y perfeccionamiento de la mujer mexicana', esta revista abogaba por los derechos de la mujer y trabajaba estrechamente con la recién fundada Sociedad Protectora de la Mujer Mexicana. Su tono, sin embargo, estaba preñado más de poesía que de lucha: 'Todas las mexicanas sois flores perfumadas, traednos vuestra esencia; sois astros brilladores, traednos vuestra luz. Dejad vuestro fulgor y vuestra esencia en estas páginas, inundad con ella de perfume y de luz nuestros hogares’”.¹²³

¹¹⁸ RODRÍGUEZ DE ROMO, Ana Cecilia y CASTAÑEDA LÓPEZ, Gabriela, “Inicio de las mujeres en la medicina mexicana”, en *Revista de la Facultad de Medicina de la UNAM*, Vol. 58, No. 2. Marzo-Abril 2015, p. 36.

¹¹⁹ Cfr. HUERTA MATA, Rosa María, “Ingreso y presencia de las mujeres en la matrícula universitaria en México”, en *Revista de El Colegio de San Luis*, vol. VII, núm. 14, julio-diciembre, 2017, p. 285.

¹²⁰ ARAUZ MERCADO, Diana, “Primeras mujeres profesionales en México”, en *Historia de las mujeres en México*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM), 2015, p. 192.

¹²¹ Cfr. Artículos, 190; 192; 196-198; del *Código Civil de 1884*.

¹²² TORRES AGUILAR, Morelos y ATILANO VILLEGAS, Ruth Yolanda, “La Educación de la Mujer Mexicana en la prensa femenina durante el Porfiriato”, en *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, vol. 17, núm. 24, enero-junio, Boyacá, Colombia, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 2015, p. 228.

¹²³ DERREZA, Salomón, “Guía de revistas femeninas olvidadas”, en *Letras libres*, agosto de 2010, s/p.

Con estos logros a cuestas, las mujeres se abrían paso entre la incipiente sociedad del siglo XX, sin embargo, un nuevo movimiento armado daría un giro a la lucha por sus derechos, me refiero a la Revolución Mexicana de 1910, “si la Revolución Mexicana ha sido el mito fundador del Estado moderno en México, la investigación sobre la participación de las mujeres en ella no ha podido superar el aspecto más inmediato: el de su participación en la lucha armada”.¹²⁴ Sin embargo, hay quienes se han interesado por investigar la participación activa de las mujeres en este periodo:

En México durante el movimiento revolucionario de 1910 la incorporación de mujeres fue muy importante, no sólo como acompañantes de los hombres y realizando sus tareas tradicionales (cocinar, lavar y cuidar los hijos, entre otras) sino también actividades militares, y difundiendo las ideas revolucionarias; fueron espías, correos, enfermeras y colaboraron en los planes y proyectos; Dolores Jiménez y Muro participó en la redacción del Plan de Ayala de Emiliano Zapata.¹²⁵

El contexto anterior es muy importante porque nos permite ver cuáles fueron las condiciones que les tocó vivir a las mujeres mexicanas previo al final del régimen del general Porfirio Díaz. Hacia 1890, año de la publicación de la primera novela de Rafael Delgado, *La Calandria*, el Porfiriato enfrentaba ya serios problemas.

2.2. La educación femenina en el Porfiriato

Como ya he mencionado con antelación, a través del lema *orden y progreso* el Porfiriato intentó consolidar a la nación mexicana no sólo en los aspectos políticos y económicos sino que también buscó crear una sociedad culta e informada, un proyecto que inició con muy buenas intenciones, pero sólo benefició a las clases privilegiadas.

Para ello el régimen echó mano del positivismo, ideología postulada por el francés Augusto Comte, cuya premisa consistía en impulsar el conocimiento científico para alcanzar el progreso económico y social, de esta manera:

La filosofía positivista se volvió la ideología oficial del régimen porfiriano y un arma efectiva para la defensa de los intereses y privilegios de las clases altas, se pensaba que el positivismo podría realizar la emancipación política, religiosa y

¹²⁴ RAMOS ESCANDÓN, Carmen, “Veinte años de Presencia: la historiografía sobre la mujer y el género en la historia de México”, en *Persistencia y cambio, Acercamientos a la historia de las mujeres en México*, México, El Colegio de México, 2008, p. 46.

¹²⁵ BONILLA VÉLEZ, Gloria, “La lucha de las mujeres en América Latina: Feminismo, ciudadanía y derechos”, en *Palabra, PALABRA QUE OBRA*, No. 8, agosto, 2007, p. 47.

científica del mexicano a través de una reforma educativa. De hecho la doctrina positivista fue mucho más que un programa educativo, pues proveyó las bases teóricas para justificar la supremacía de la oligarquía mexicana.¹²⁶

En este sentido, una de las preocupaciones del régimen fue la educación pública escolarizada y para alcanzar este objetivo, el gobierno del general Díaz comisionó a Justo Sierra Méndez para concretar el proyecto educativo del Porfiriato. Justo Sierra “mostraba un gran interés en los temas educativos y planteaba un programa de reformas que abarcaba todos los niveles de enseñanza [...] la primaria ya no debía ser simplemente instructiva, sino esencialmente educativa, pues consideraba que no era suficiente enseñar al niño a leer, escribir y contar, sino a pensar y a sentir”.¹²⁷ Aunque entusiasta, este impulso a la educación no se vería cumplido en su totalidad, pues fue interrumpido por la lucha armada de 1910.

Es necesario enfatizar que antes de esta reforma educativa promovida por el gobierno del general Díaz, el panorama educativo era el siguiente:

Las condiciones de la educación primaria, desde la Independencia hasta finales de la década de los sesenta del siglo XIX, parecen no presentar un cambio sustancial. La instrucción se describe como confesional, dogmática, memorística, pobre en contenidos curriculares; lo que se enseñaba era a leer y escribir, a contar y la doctrina cristiana a través del catecismo del padre Ripalda, el dibujo era una materia opcional que los niños podían elegir. La disciplina se ejercía a través de la palmeta, el encierro, estrujones o a hincarlos en posición de cruz.¹²⁸

Esas eran las condiciones educativas que persistían en la época. Llama la atención la férrea “disciplina” ejercida contra los alumnos y que las únicas materias que se relacionan con el ámbito académico sean leer, escribir y contar, que si bien son necesarias en la vida diaria, todavía no se vislumbraba un plan de estudio netamente académico.

Quiero señalar que la educación formal y de corte académico fue impulsada con el propósito de capacitar y educar a los niños varones, pues en un principio, este privilegio les fue negado a las mujeres, por tal razón, “la educación de la mujer difería substancialmente de la del hombre, no sólo por las limitantes que se le imponían, sino también por las diferencias en cuanto a lo que atañía a la educación moral, religiosa y aquella en la que adquiere las prendas más análogas a la posición, a las obligaciones, a los vínculos propios

¹²⁶ RAMOS ESCANDÓN, Carmen, *Historia de la literatura*, p. 13.

¹²⁷ DELGADO DE CANTÚ, Gloria, *Historia de México*, p. 581.

¹²⁸ GONZÁLEZ y LOBO, María Guadalupe, “Educación de la mujer en el siglo XIX mexicano”, en *Tiempo Cariatide*, Mayo-Junio, 2007, p. 53.

de su sexo”.¹²⁹ Es decir, la educación de las mujeres fue diseñada con miras a diseñar una mujer ideal cuyas funciones se reducen a ser una mujer útil al servicio de su futuro marido; por ejemplo, María Adelina Arredondo afirma que para este periodo “las escuelas femeninas no tuvieron en los hechos la misma importancia que la de los varones”.¹³⁰ Me atrevo a pensar que eso fue así por el papel que tenía el varón como proveedor del hogar y por ser él quien salía fuera a trabajar y buscar el sustento. Arredondo, al presentar el contexto en el que surge una escuela para niñas en el estado de Chihuahua, enfatiza:

El discurso ilustrado español valoró la importancia de la instrucción femenina como medio de favorecer el cambio de mentalidades. A través de la educación formal de las futuras madres se pensaba propiciar la formación de ciudadanos que contribuyeran a la creación de una sociedad fundada en la paz y el progreso, inculcar y fortalecer los principios del catolicismo, las buenas costumbres y las labores propias del sexo eran el núcleo de la educación escolarizada que se pretendía extender en las niñas de las colonias, los valores que se buscaba promover eran fundamentalmente la obediencia indiscutible a los superiores y al orden social establecido.¹³¹

La cita evidencia la forma en la que se educaría a las mujeres, es decir, una educación religiosa que impulsara las buenas costumbres y las labores que determinarían su función en la sociedad, todo ello bajo la premisa de que “la mujer instruida y bien educada no sólo tendría cualidades como ser más amable, honrada y apreciable, sino *útil* a la sociedad. El lema era *quien más sabe puede obrar mejor*, [...] se trataba de formar una mujer culta y con conocimientos sobre las distintas disciplinas científicas”,¹³² aunque debo aclarar que la meta anterior sólo aplicaba para las mujeres de clase alta que contaban con el interés de los padres y los recursos para acceder a este tipo de educación; en el caso de la educación para las niñas pobres el objetivo fue muy diferente, ya que

El sentido de la escuela de niñas no era tanto alfabetizarlas, sobre todo tratándose de niñas pobres y desvalidas, sino enseñarles a ser sumisas y obedientes, a conocer del catecismo lo suficiente para temer el castigo de Dios a la vez que aprendían un oficio. Lo importante era mantenerlas ocupadas y alejadas de una vida de pecado.¹³³

¹²⁹ TORRES SEPTIÉN, Valentina, “La educación informal de la mujer católica en el siglo XIX, en ARREDONDO LÓPEZ, María Adelina (coord.), *Obedecer, servir y resistir, La educación de las mujeres en la historia de México*, México, Porrúa, Universidad Pedagógica Nacional, 2003, p. 130.

¹³⁰ ARREDONDO LÓPEZ, María Adelina, “Un atisbo a una escuela de niñas al comienzo del siglo XIX”, en *Obedecer, servir y resistir, La educación de las mujeres en la historia de México*, México, Porrúa, Universidad Pedagógica Nacional, 2003, p. 102.

¹³¹ *Ibidem*, pp.100-101.

¹³² GONZÁLEZ y LOBO, María Guadalupe, *op. cit.*, p. 54.

¹³³ ARREDONDO LÓPEZ, *op. cit.*, p. 102.

Es decir, a las mujeres se les educaba, por medio de la religión, para condicionarlas a los intereses de una sociedad conservadora y religiosa, para estar dispuestas al servicio de otros, con ese fin, “a las niñas se les debía enseñar la doctrina cristiana, a leer, a escribir, hilar, tejer, coser y bordar”,¹³⁴ pues “más que el entrenamiento intelectual, la educación tenía que acondicionar a la niña para desempeñar un papel en la sociedad, cuyo primer requisito era saber comportarse adecuadamente y, luego, saber respetar y obedecer a sus superiores. Era una educación sentimental más que enciclopédica”.¹³⁵ Es por ello que las opciones en cuestión educativa que existían para las mujeres hasta mediados del siglo XIX consistían en:

Instruirse en casa con maestros particulares si sus padres tenían los recursos financieros adecuados; asistir a una *amiga* hasta la edad de 10 a 12 años para aprender doctrina cristiana, costura bordado y, si la maestra tenía los conocimientos, a leer y escribir; matricularse en una escuela pía, municipal, lancasteriana o particular: o quedarse en casa, donde le enseñarían la doctrina cristiana y los quehaceres domésticos la madre o la nana.¹³⁶

Para romper con ese paradigma, a mediados del siglo XIX se creó un plan educativo que buscaba instruir a las niñas tomando en cuenta el aspecto académico sin descuidar los deberes morales y religiosos. Para realizar este objetivo se crearon escuelas para niñas cuya finalidad consistía en enseñarles “los principios de la religión y de la moral, lectura, escritura, ortografía, historia sagrada y profana, los idiomas francés e inglés, los elementos de la aritmética, de la esfera, de geografía y física, música vocal e instrumental, pintura y bordado de toda especie”.¹³⁷

A pesar de estos avances, las mujeres decimonónicas tuvieron que sortear diferentes obstáculos para integrarse al ámbito educativo, el más inmediato fue vencer la mala idea que tenían los hombres respecto a las mujeres que querían ir a la escuela, pues pensaban en “el peligro imaginario de ver abandonados el hogar y los papeles domésticos tradicionalmente asignados a las mujeres”,¹³⁸ es por ello que “la sociedad porfiriana no vio

¹³⁴ *Ibidem*, p. 102.

¹³⁵ STAPLES, Anne, “Una educación para el hogar: México en el siglo XIX”, en ARREDONDO LÓPEZ, María Adelina (coord.), *Obedecer, servir y resistir, La educación de las mujeres en la historia de México*, México, Porrúa, Universidad Pedagógica Nacional, 2003, pp. 95-96.

¹³⁶ *Ibidem*, p. 88.

¹³⁷ ARREDONDO LÓPEZ, *op. cit.*, p. 112.

¹³⁸ STAPLES, Anne, “Una educación para...”, p. 85.

con buenos ojos la conquista femenina de acceder a la educación superior, consideraba que quienes seguían una carrera profesional tendían a masculinizarse.¹³⁹

La iniciativa de que las mujeres se educaran de manera formal en una escuela especial para ellas era muy alentadora; no obstante, no tenía que contravenir la ideología que imperaba en la época, es decir, la meta principal de la educación consistía en “formar a la mujer para que fuera la maestra de sus hijos y una amante compañera del varón”.¹⁴⁰

En sí, la educación femenina de este periodo siempre estuvo enfocada a capacitar a las mujeres para que cumplieran con roles bien definidos, los cuales consistían en ser buena madre y excelente esposa, es por ello que:

La mujer ha de ser educada no para cumplir sus intereses, no para satisfacer su necesidad radical de desarrollo autónomo, sino para cumplir con el papel social que se le ha asignado. Por eso, debe aprender a cocinar, a bordar, a coser, tejer, decorar y limpiar el hogar; se le debe instruir en lo que se refiere a su deber de transmitir los valores y los patrones culturales a los hijos, se le debe aleccionar para que sepa hacerle grata la vida al esposo, del cual depende moral y económicamente como si fuera menor de edad.¹⁴¹

Ahora bien, aunque había un plan educativo que contemplaba educar a las mujeres de manera académica en las escuelas, en aquellos tiempos existía también lo que se consideraba la educación informal. Este tipo de educación se obtenía sin salir fuera de los límites del hogar materno, a través de las mujeres mayores que instruían a las más jóvenes o a través de publicaciones que tenían gran difusión entre las señoritas de familias adineradas y que supieran leer. Para ello, una de las instituciones que modelaba el tipo de comportamiento que debían tener las mujeres fue la Iglesia, por tal razón “los textos catequísticos, como los libros piadosos y los sermones morales, enseñaban sin la menor vacilación el lugar subordinado que correspondía a la mujer”.¹⁴² Los sacerdotes echaron mano de la Biblia para definir un perfil femenino adecuado al buen funcionamiento de la sociedad en aras de proteger a la familia.

¹³⁹ GALEANA Patricia, *La historia del feminismo en México*, México, Universidad Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2017, p. 103.

¹⁴⁰ *Ibidem*, p. 86

¹⁴¹ YURÉN CAMARENA, María Teresa, “¿Para qué educar a las mujeres? Una reflexión sobre las políticas educativas del siglo XIX”, en ARREDONDO LÓPEZ, María Adelina (coord.), *Obedecer, servir y resistir, La educación de las mujeres en la historia de México*, México, Porrúa, Universidad Pedagógica Nacional, 2003, p. 145.

¹⁴² GONZALBO AIZPURU, Pilar, “Religiosidad Femenina y vida familiar en la Nueva España”, en GÓNZALEZ MONTES, Soledad y TUÑÓN, Julia (comps), *Familias y mujeres en México: del modelo a la diversidad*, México, El Colegio de México, 1997, p. 56.

La Biblia, en el Antiguo Testamento, pone especial énfasis en el modelo de mujer virtuosa. Es decir, una mujer que es obediente, fiel, sumisa y proveedora, y a lo largo de distintos pasajes se elogian las virtudes y se señalan los defectos. El libro de los Proverbios señala: “la mujer insensata es alborotadora; es simple e ignorante”,¹⁴³ otro proverbio dice: “la mujer virtuosa es corona de su marido; mas la mala, como carcoma en sus huesos”,¹⁴⁴ estas sentencias tenían como objetivo preparar a las mujeres para que fueran dóciles y un modelo ejemplar para las que aún no tenían marido. En este sentido, todo lo relacionado con el hogar y la vida de casada era exaltado, pues “la mujer sabia edifica su casa; mas la necia con sus manos la derriba”.¹⁴⁵ Pero el máximo ejemplo de virtuosidad femenina es el descrito en el capítulo 30 del mismo libro de los Proverbios:

Mujer virtuosa, ¿quién la hallará? Porque su estima sobrepasa largamente a la de las piedras preciosas. El corazón de su marido está en ella confiado, y no carecerá de ganancias. Le da ella bien y no mal todos los días de su vida. Busca lana y lino, y con voluntad trabaja con sus manos. Es como nave de mercader; trae su pan de lejos. Se levanta aun de noche y da comida a su familia y ración a sus criadas. Considera la heredad, y la compra, y planta viña del fruto de sus manos. Ciñe de fuerza sus lomos, y esfuerza sus brazos. Ve que van bien sus negocios; su lámpara no se paga de noche. Aplica su mano al huso, y sus manos a la rueca. Alarga su mano al pobre, y extiende sus manos al menesteroso. No tiene temor de la nieve por su familia, porque toda su familia está vestida de ropas dobles. Ella se hace tapices: de lino fino y purpura es su vestido. Su marido es conocido en las puertas, cuando se sienta con los ancianos de la tierra. Hace telas y vende, y da cintas al mercader. Fuerza y honor son su vestidura; y se ríe de lo porvenir. Abre su boca con sabiduría, y la ley de clemencia está en su lengua. Considera los caminos de su casa, y no come el pan de balde. Se levantan sus hijos y la llaman bienaventurada; y su marido también la alaba: muchas mujeres hicieron el bien; más tú sobrepasas a todas. Engañosa es la gracia, y vana la hermosura; la mujer que teme a Jehová, ésa será alabada. Dadle el fruto de sus manos, y alábenla en las puertas sus hechos.¹⁴⁶

En la construcción de este ideal femenino van implícitos una serie de atributos que crean una mujer casi “perfecta”, pues de acuerdo con el proverbista, esta mujer es, entre otras muchas cosas: trabajadora, proveedora, honesta, dedicada, valiente, precavida, sabe hacer negocios y tiene buena reputación. Nada se nos dice de sus sentimientos, sólo de las labores a beneficio de su hogar y su marido. No es de extrañar que este sea el modelo femenino que se ha explotado hasta nuestros días para justificar la sujeción y abnegación de

¹⁴³ *Santa Biblia*, Antigua Versión de Casiodoro de Reina, Revisada por Cipriano de Valera, Revisión de 1960, México, Sociedades Bíblicas Unidas, 2000, (Pr. 9:13), p. 841.

¹⁴⁴ *Ibidem*, (Pr. 12:14), p. 844.

¹⁴⁵ *Ibidem*, (Pr.14.1), p. 847.

¹⁴⁶ *Ibidem*, (Pr. 31:10-31), pp. 870-871.

las mujeres hacia el marido y el funcionamiento del hogar desde una perspectiva religiosa y dogmática.

Los consejos que los apóstoles dan a las mujeres en el Nuevo Testamento siguen esta misma norma, la mujer debe ser obediente y sumisa. El apóstol Pablo aconseja: “casadas, estad sujetas a vuestros maridos, como conviene en el Señor”,¹⁴⁷ esta misma recomendación la hace el apóstol Pedro:

Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no crean a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas; considerando vuestra conducta casta y respetuosa. Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios. Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban mucho en Dios, estando sujetas a sus maridos; como Sara obedecía a Abraham, llamándole señor; de la cual vosotras habéis venido a ser hijas, si hacéis el bien, sin temer ninguna amenaza.¹⁴⁸

Podemos notar que en este tipo de preceptos dados por el apóstol intentan regular la conducta de las mujeres y su atuendo, para ello pone como ejemplo a las mujeres del pasado para demostrar que esa era la función de las mujeres casadas: complacer y estar sujetas al marido.

Basado en este mismo ideal de la mujer virtuosa del libro de los *Proverbios*, Fray Luis de León escribió en 1583 *La perfecta casada*. El objetivo del libro era “proporcionar algunos avisos y consejos en que se pauta la conducta de una mujer casada; de acuerdo con la ley cristiana, para que le sirvan de guía y orientación en su inminente vida matrimonial”.¹⁴⁹ A través de los veinte capítulos que componen la obra, el autor nos pone al tanto de lo que significa la gran responsabilidad que adquiere una mujer al estar casada, asimismo de sus atributos y funciones en la sociedad conyugal; por ejemplo, alguno de los muchos consejos que da el fraile tiene que ver con la administración económica del hogar: “no ha de ser costosa ni gastadora la perfecta casada, porque no tiene para qué lo sea. Porque todos los gastos que hacemos son para proveer o a la necesidad o al deleite”,¹⁵⁰ en otro rubro, el de no dedicarse al ocio, aconseja lo siguiente: “en suma y como en una palabra, el trabajo da a la mujer o el ser, o el ser buena, porque sin él, o no es mujer sino

¹⁴⁷ *Ibidem*, (Col. 3:18), p. 1481.

¹⁴⁸ *Ibidem*, (1P. 3:1-5), p. 1525.

¹⁴⁹ DE LEÓN, Fray Luis, *La perfecta casada*, México, Porrúa, 1999, p. xvii.

¹⁵⁰ *Ibidem*, p. 17.

asco, o es tal mujer, que sería menos mal que no fuese”.¹⁵¹ A mi ver, la postura del fraile evidencia una posición machista propia de la época, pues como se ve en la cita, una mujer que no cumple con sus labores es un asco; no cumplir con el rol establecido equivalía a renunciar a ser mujer, una posición muy debatible hasta nuestros días. En lo que respecta al cuidado de la casa, el fraile recomienda que:

En levantándose, la mujer ha de proveer las cosas de su casa, y poner en ellas orden, y que no ha de hacer lo que muchas de las de ahora hacen, que unas, en poniendo los pies en el suelo, o antes que los pongan, estando en la cama, negocian luego con el almuerzo, como si hubiesen pasado cavando la noche. Otras se asientan con su espejo a la obra de su pintura, y se están en ella enclavadas tres o cuatro horas, y es pasado el mediodía, y viene a comer el marido, y no hay cosa puesta en concierto.¹⁵²

En síntesis, aunque en un principio la obra de fray Luis fue escrita para instruir y aconsejar a una pariente suya que recién se había casado, el hecho es que los consejos ahí plasmados sirvieron para muchas mujeres que enfrentaron la responsabilidad de vivir en matrimonio con todos los deberes que ello implica.

En el contexto mexicano, desde los albores mismos del México independiente, José Joaquín Fernández de Lizardi a través de su vocación periodística y literaria intentó evidenciar los errores y las malas costumbres de la educación de su tiempo. En 1818 escribió *La Quijotita y su prima*, el objetivo de la obra consistió en demostrar que el papel de las mujeres se reducía a recibir una educación enfocada a prepararlas para desempeñarse con éxito en sus labores de madres y esposas. Por ejemplo, algo que el autor critica desde un principio es el uso de pilmmas por parte de las madres en la crianza de los hijos:

No puede reprobarse el uso de las pilmmas, porque aunque el cuidado de los hijos es privativo de las madres, no siempre éstas tienen todo el lugar necesario para el caso y muchas veces les falta la actitud que se requiere [...] Así es que se ven como obligadas a solicitar quien las ayude; pero cuando esto sea, deben, en cuanto esté de su parte, procurar que sus hijos se entreguen, no sólo a una mujer juiciosa y capaz de encargarse de un cuidado como éste, sino que, si es posible, se deben buscar para pilmmas mujeres de virtud y talento.¹⁵³

Otro aspecto que se destaca en la obra es el de la educación que deben recibir las mujeres, en este sentido el autor resalta que es responsabilidad de los padres ver que la educación de sus hijos sea beneficiosa:

¹⁵¹ *Ibidem*, p. 37.

¹⁵² *Ibidem*, p. 66.

¹⁵³ FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín, *La Quijotita y su prima*, México, Porrúa, 1990, p. 10.

Estamos los padres de familia obligados a enviar a nuestros hijos cuanto antes a las amigas, o migas, como las llaman, para que se instruyan en la ley de Dios y para que aprendan a leer, escribir, coser, bordar, y lo demás que deben saber según su clase [...] porque no me negarás que la letra con sangre entra, y labor con dolor, y ya sabes tú que, los refranes antiguos son evangelios chiquitos.¹⁵⁴

La importancia de la obra del Pensador Mexicano estriba en que es la primera obra en México con miras a una educación femenina regulada desde la postura masculina, es decir, los hombres piensan cómo deben ser las mujeres y el rol que éstas deben cumplir para el buen funcionamiento de la sociedad.

En conclusión, con lo aquí expuesto he pretendido evidenciar que parte de la educación informal de las mujeres estuvo sustentada en un principio con un marcado sesgo religioso, el modelo de lo socialmente aceptable fue el de la mujer virtuosa. Otro tipo de publicaciones como *La perfecta casada* de fray Luis de León o *La Quijotita y su prima* del mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi tuvieron la meta de regular la educación de las mujeres mediante la lectura. Estas obras me han servido como marco de referencia para ver que hacia finales de la época del Porfiriato existía ya toda una gama de publicaciones enfocadas a educar y aconsejar a las mujeres, pues “frente a las escasas y deficientes posibilidades educativas que la educación formal ofreció a las mexicanas de principios del siglo XIX, la prensa constituyó una importante alternativa no escolarizada que abrió, al menos a una minoría privilegiada, espacios formativos e informativos inexistentes por otras vías”.¹⁵⁵ Por ello, “durante el siglo XIX fueron editadas en México diversas publicaciones que pretendían propiciar, fomentar o enriquecer la escasa y deficiente educación que se les proporcionaba a las mujeres. En este sentido, resulta notable la aparición de semanarios y revistas dirigidos específicamente al sexo femenino, o bien medios periodísticos que dedicaban secciones especiales a la educación de la mujer.”¹⁵⁶

De acuerdo con Torres y Atilano, algunos de los semanarios más destacados de esa época fueron: “*La Mujer* (1880-1883), *El Correo de las Señoras* (1883-1893), *La Familia* (1883-1892), *El Álbum de la Mujer* (1884-1888), *Las Hijas del Anáhuac* (1887-1888), *Violetas del Anáhuac* (1888), *El Mundo* (1894-1899), *El Periódico de las Señoras* (1896),

¹⁵⁴ *Ibidem*, p. 12.

¹⁵⁵ ALVARADO, María de Lourdes, *La educación “superior” femenina en el México del siglo XIX. Demanda social y reto gubernamental*, México, Universidad Autónoma de México, Centro de Estudios sobre la Universidad, Plaza y Valdés Editores, 2004, p. 25.

¹⁵⁶ TORRES AGUILAR, Morelos y ATILANO VILLEGAS, Ruth Yolanda, *op. cit.*, p. 219,

La Mujer Mexicana (1904-1906) y *El Mundo Ilustrado* (1900-1914)”.¹⁵⁷ El auge de este tipo de publicaciones se debió principalmente a que:

Los autores de estos manuales sostenían que la función educativa femenina, consistía, en prepararlas para ser el ángel del hogar, seres etéreos, inmaculados, sabios, eficientes, buenos, que tuvieran la capacidad de ser buenas esposas, buenas madres y amas de casa y de transmitir a sus hijos las bases morales y religiosas, que hicieran de ellos buenos ciudadanos y buenos católicos.¹⁵⁸

En realidad, pienso que de lo que se trataba era crear un ideal femenino cuyas características se apegaran a patrones de conducta planeados por los hombres, quienes pretendían asegurarse de que las mujeres con las que tendrían hijos y se harían cargo de la administración de su casa estuvieran educadas para cumplir sus deseos y obedecer lo que ellos determinaran, de este modo:

A través de la construcción discursiva del deber ser de la mujer en las revistas y publicaciones dirigidas a mujeres, los autores, en su mayoría varones, están de hecho contribuyendo a la creación de un modelo de mujer, de un parámetro de conducta femenina. Al hacerlo, este deber ser femenino se construye reforzando las características excluyentes y oposicionales que constituyen el sistema sexo-género. Es decir, la construcción social y cultural de la diferencia sexual se lleva a cabo tanto de modo discursivo como prescriptivo en la prensa, las leyes, los manuales de conducta.¹⁵⁹

Por ello, en este tipo de publicaciones “se resaltan los valores que ha de transmitir la educación familiar: moral y honra, respeto y aprecio por la tranquilidad y el orden sociales, comportamiento adecuado para buenos hijos de la iglesia, amor hacia la patria y disposición para defenderla”.¹⁶⁰ Esto concuerda con lo que Raquel Barceló afirma al hablar sobre la ideología porfiriana decimonónica y el papel de las mujeres:

Durante el Porfiriato circularon en la ciudad de México un número considerable de revistas que guiaron el comportamiento de las mujeres. En ellas, a los personajes femeninos se les atribuían cualidades como la modestia, la discreción, la prudencia, la amabilidad, la delicadeza, la candidez, la ternura, la ingenuidad, el encanto, la dulzura y ante todo, la belleza. Por otra parte, se les asignaban defectos como la

¹⁵⁷ *Ibidem*, p. 221.

¹⁵⁸ TORRES SEPTIÉN, Valentina, “Un ideal femenino: los manuales de urbanidad: 1850-1900”, en CANO, Gabriela y JOSÉ VALENZUELA, Georgette (coords.), *Cuatro estudios de Género en el México urbano del siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG), 2001, p. 109.

¹⁵⁹ RAMOS ESCANDÓN, Carmen, “Mujeres positivas. Los retos de la modernidad en las relaciones de género y la construcción del parámetro femenino en el fin de siglo mexicano, (1890-1910)”, en AGOSTINI Claudia y SPECKMAN, Elisa (Editoras), *Modernidad, tradición y alteridad. La ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, p. 294.

¹⁶⁰ RADKAU, Verena, “*Por la debilidad de nuestro ser*”, *mujeres del pueblo en la paz porfiriana*, México, SEP, 1989, p. 19.

vanidad, la coquetería, la frivolidad, la inconstancia, el engaño, el disimulo, la veleidad y la altanería.¹⁶¹

Este tipo de valores eran difundidos por la prensa en diferentes medios, algunos de ellos eran los manuales de conducta y urbanidad. La idea de educar tanto a hombres como a mujeres por medio de la literatura no es nueva en el siglo XIX; como ya evidencié, parte de la literatura religiosa cumplió con ese fin, sin embargo, también existía otro tipo de escritos que se ocupaba del propósito; por ejemplo, en 1528 aparece *El cortesano*, escrito por Baldassare Castiglione y fue traducido al español por Juan Boscán en 1534. El objetivo de esta obra era educar a personas de clase alta, sobre todo a los hombres de la corte, para que fueran avezados no sólo en el uso de las armas sino que también en:

La gimnástica y la música, fundamentos de la educación antigua, al buen hombre de corte, [...] y a los ejercicios del gimnasio y de la palestra se añaden, dándole muy grande importancia, la jineta y la esgrima. Además de la música, quiere Castellón que El Cortesano sea entendido en las otras bellas artes, especialmente en la pintura.¹⁶²

De los cuatro libros que conforman la obra, es de mi especial interés para este trabajo el libro tercero, pues en él se plantea un modelo ideal de mujer, es decir, cómo debe hablar y comportarse. Aunque tanto el cortesano como la dama poseen ciertos privilegios como el linaje y la buena conversación, lo que más se destaca son las buenas virtudes del alma:

Porque muchas virtudes del alma son necesarias en la mujer como en el hombre ; y así lo son también la nobleza del linaje, el huir la afectación, el tener gracia natural en todas las cosas, el ser de buenas costumbres, ser avisada, prudente, no soberbia, no envidiosa, no maldiciente, no vana, no revoltosa ni porfiada, no desdonada, poniendo las cosas fuera de su tiempo, saber ganar y conservar el amor de su señora y de todos los otros, y hacer bien y con buena gracia los ejercicios que convienen a las mujeres.¹⁶³

Como podemos ver, la intención es tener una dama educada sin que rebase los límites que le han sido fijados, donde al igual que en el ideal femenino bíblico la mujer debe quedarse callada, ser prudente y obediente a lo que le ordenen. Otra publicación que nos es útil para entender este objetivo de educar a través de manuales es el *De civilitate*

¹⁶¹ BARCELÓ, Raquel, "Hegemonía y conflicto en la ideología porfiriana sobre el papel de la mujer y la familia", en GÓNZALEZ MONTES, Soledad y TUÑÓN, Julia (comps), *Familias y mujeres en México: del modelo a la diversidad*, México, El Colegio de México, 1997, pp. 96-97.

¹⁶² CASTIGLIONE, Baldassare de, *El cortesano*, Madrid, Librería de los bibliófilos, 1873, p. LIII.

¹⁶³ *Ibidem*, p. 294.

morum puerilium de Erasmo de Rotterdam (1537), “el tema central de este texto versa sobre el decoro externo del cuerpo, esto es, la actitud corporal, los ademanes, la vestimenta, la expresión del gesto, toda exteriorización de nuestros actos como expresión de la interioridad o de la totalidad del ser humano”,¹⁶⁴ es decir, lo que se pretendía era regular la conducta tanto de niños y niñas a través de un estricto control corporal.

El concepto que reguló y dio forma a este mecanismo de control fue el de *urbanidad*, “entendido como esa educación del lenguaje, de espíritu y modales, particularmente vinculado a la ciudad de Roma que se llamaba la *Urbs* por excelencia, la Ciudad”.¹⁶⁵ Ligado al concepto de urbanidad está el de *buenas costumbres*, es importante notar que:

Si observáramos una serie de imágenes sobre la evolución de los modales hasta la actualidad, podría mostrarse que, sin duda, varían algunas particularidades, se añaden nuevos preceptos y los anteriores se debilitan; aparecen una serie de variaciones por regiones geográficas y por estratos sociales en las costumbres de mesa, en las formas de presentación, en las actitudes frente a los mayores, etc., de manera que lo que en ciertos grupos es obligado o ritual, en otros no lo es.¹⁶⁶

Urbanidad y buenas maneras serían los pilares sobre los que el venezolano Manuel Antonio Carreño fincara su obra, *El manual de urbanidad y buenas maneras para el uso de las escuelas de ambos sexos* (1853). Su importancia radica en que: “*El manual de Carreño* fue durante el fin del siglo XIX y más de la mitad del XX, la norma indispensable para comportarse correctamente en sociedad. Muchas escuelas lo emplearon durante más de siete décadas como texto obligatorio”,¹⁶⁷ de esta manera, “la vinculación urbanidad-moral cristiana se hizo patente en México a través del *Manual de urbanidad y buenas maneras de Carreño*, para quien ambos conceptos tienen un nexo intrínseco. Los buenos modales se interpretan como virtudes [...] las virtudes dignas de calificarse son las que someten al individuo y lo estandarizan en un medio social. La urbanidad está estrechamente ligada a esta moral de sometimiento y represión del ser individual”.¹⁶⁸

¹⁶⁴ TORRES SEPTIÉN, Valentina, “Notas sobre urbanidad y buenas maneras: de Erasmo al manual de Carreño”, en GONZALBO AIZPURU, Pilar (coord.), *Historia y Nación, I. Historia de la educación y enseñanza de la historia*, México, El Colegio de México, 1998, p. 90.

¹⁶⁵ *Ibidem*, p. 92.

¹⁶⁶ *Ibidem*, p. 94

¹⁶⁷ *Ibidem*, p. 89.

¹⁶⁸ *Ibidem*, pp. 109-110.

De manera personal, considero que lo que se buscaba con este tipo de publicaciones era crear un imaginario donde la función principal consistía en organizar y controlar la vida de las mujeres para lograr una sociedad educada y refinada, a través de la simulación, es decir, se pretendió crear un ideal femenino, no importando las circunstancias a las que las mujeres fueran sometidas, por lo tanto:

Se puede afirmar que no sólo habían de ser, sino debían parecer modestas, pudorosas, para las actitudes y acciones femeninas no dieran ocasión a la maledicencia pública. La apariencia y el disimulo jugaban un papel muy importante. Por tanto, una mujer educada debía de guardarse los sentimientos, los enojos, las miserias, los deseos. El arte de aparentar quedaba perfectamente determinado, hasta los asuntos más mínimos.¹⁶⁹

Este arte del simular abarcaba todos los aspectos de la vida en el ámbito privado, que van desde las formas del comer, vestir, hacer y decir, hasta la manera de interactuar en público con otras personas; por ejemplo, al hablar de lo que hacen otras personas, Carreño aconseja que se debe considerar que:

No basta que un hecho sea notorio, ni que la prensa lo haya publicado para que nos sea lícito referirlo en sociedad: es además necesario considerar si su relación podrá ser desagradable a alguna de las personas presentes, o bajo cualquier otro respecto inoportuno, ya sea por el hecho en sí mismo o por alguna de sus circunstancias.¹⁷⁰

Tanto la literatura de corte religioso, como los manuales de urbanidad y los semanarios para señoritas tenían como meta crear una mujer ideal que fuera ajena a lo que pasaba en el mundo que la rodeaba, por ello:

La idea de mujer se construiría con base en el tipo ideal propuesto por estos textos. Es una imagen estereotipada, casi mítica, de una mujer ajena a los conflictos sociales, económicos y políticos que la rodean. Una imagen donde ella es un sujeto pasivo, dependiente y frágil. Esta representación mítica producida por los textos buscaba estandarizar las formas como la mujer debía hablar, caminar, sentir, pensar.¹⁷¹

Otro asunto que no se debe pasar por alto es la educación que recibían las mujeres para capacitarlas para el trabajo; mientras que las mujeres de la clase alta se ocupaban sobre todo de las obras religiosas y pías, las mujeres de clase media o baja tenían que capacitarse para ganarse la vida. No hay que olvidar que parte del plan de estudios de la educación femenina consistía en labores que tenían que ver con el trabajo doméstico para que las

¹⁶⁹ TORRES SEPTIÉN, Valentina, “La educación informal...”, p. 123.

¹⁷⁰ CARREÑO, Manuel Antonio, *Manual de urbanidad y buenas maneras*, México, Editorial Patria, 1987, p. 378.

¹⁷¹ TORRES SEPTIÉN, Valentina, “Un ideal femenino...”, p. 121.

mujeres supieran, en un futuro, ganarse la vida, tanto dentro como fuera de su casa. Esto se logró gracias a que “a finales del siglo, los cambios económicos, sociales y políticos propician la incorporación de la mujer al trabajo externo y remunerado, especialmente el trabajo fabril, en la rama textil y del tabaco”.¹⁷² Otro matiz de la educación femenina consistía en capacitar a las mujeres como personas económicamente activas, por ello “la educación técnica impartida en la Escuela de Artes y Oficios se proponía hacer de la mujer un miembro del progreso, enaltecer su función como ser humano que trabaja y que se mantiene a sí mismo y despertar en ella el sentimiento del amor al estudio y al trabajo”.¹⁷³

No obstante, para Verena Radkau, el trabajo para las mujeres no fue ese estímulo benevolente por parte del Porfiriato, pues de acuerdo con las costumbre de la época las mujeres debían permanecer dentro de los límites de su casa, ya que “lo que para los varones se consideraba como signo del progreso social: su disponibilidad en tanto individuos *libres* en el mercado de la fuerza de trabajo, en el caso de las mujeres se convertía en una amenaza social”,¹⁷⁴ no sólo porque tenían que abandonar el hogar para dedicarse a trabajar fuera, sino porque también ingresaban a los centros de trabajo creados y pensados para varones, por ese motivo el trabajo femenino era mal visto y “sólo podía entenderse como una obligación y un mal necesario para evitar mayores desgracias, para aquellas infelices nacidas en cuna *humilde* u originarias de familias decentes venidas a menos”.¹⁷⁵

Si bien en un principio el objetivo principal de educar a las mujeres consistía en “darles una buena educación y una sólida instrucción elemental para cumplir su misión en la vida: ser buenas madres de familia y cumplir con sus deberes de coser, lavar, planchar, así como a guisar y ser buenas reposteras, que aprendieran a comprar, hacer las cuentas de la cocina y a dirigir los quehaceres de la casa”,¹⁷⁶ poco a poco se fue ideando un nuevo perfil educativo para ellas con el fin de enfrentarse con el trabajo fuera de casa, en ese sentido, las mujeres eran capacitadas de distintas formas, pues como afirma María Adelina Arredondo:

Tampoco se requería mucho de la escuela para que las mujeres se incorporaran al mercado laboral; el adiestramiento para el trabajo se realizaba a través de la

¹⁷² CARNER, Françoise, “Estereotipos femeninos en el siglo XIX”, en *Presencia y Transparencia: La mujer en la historia de México*, México, El Colegio de México, 1987, p. 105.

¹⁷³ DELGADO DE CANTÚ, Gloria, *Historia de México*, p. 582.

¹⁷⁴ RADKAU, Verena, *op. cit.*, p. 28.

¹⁷⁵ *Ibidem*, p. 29.

¹⁷⁶ GONZÁLEZ Y LOBO, María Guadalupe, *op. cit.*, p. 57.

práctica, de generación en generación; a fin de cuentas el papel de las mujeres en la producción económica y en la acción política no era valorado; su presencia se asumía como algo dado, que de siempre estar ahí pasaba inadvertida. Sin embargo, aparte de su contribución en el cuidado de la familia y la casa, su capacidad de trabajo se realizaba permanentemente en la agricultura, el pastoreo y la elaboración de diferentes artículos, en los poblados de la entidad se encontraban prestando sus servicios como lavanderas, planchadoras, tortilleras, panaderas, costureras, hilanderas, curanderas, cocineras o trabajando como domésticas en las casas.¹⁷⁷

Nos podemos dar cuenta de la importancia que en materia de transmisión de saberes tenían las mujeres, pues sus conocimientos eran compartidos hacia las mujeres más jóvenes que carecían de experiencia ya que la mayoría de estas labores se aprendían en casa, de ahí la importancia de que las madres estuvieran bien capacitadas en todos lo relacionado con los quehaceres y la administración del hogar.

Antes de terminar este apartado no quiero pasar por alto el tema de la educación profesional para mujeres en la época porfiriana. Como ya hemos notado, durante este periodo la educación femenina estuvo ligada principalmente al servicio doméstico, aunque se les enseñaba algo del conocimiento académico, el interés principal era enfocarlas en labores que les enseñaran a ganarse la vida y tener una idea general de los principios morales que les ayudaran a no cometer tropiezos.

Para romper con este esquema, por primera vez se concibió la educación femenina con miras a otra utilidad, pues “otra inquietud constante, muy dentro de la tendencia utilitaria ilustrada en boga, fue la de una educación que permitiera a las mujeres salir adelante en la lucha cotidiana, las protegiera de los riesgos y dificultades de la soltería y la viudez, así como de una vida conyugal poco grata”,¹⁷⁸ por primera vez, el acceso a una educación superior permitiría el acceso laboral en beneficio de la mujer, esto le daría una independencia económica, sin embargo,

Sería hasta principios del siglo XIX cuando la mujer logró, en casos excepcionales, el acceso a conocimientos que no tenían la misión de hacerla mejor ama de casa [...] este prejuicio fue vencido parcialmente hasta el establecimiento de escuelas normales para maestras a partir de la década de 1880, probablemente el acontecimiento más importante en la formación intelectual de la mujer a lo largo del siglo XIX.¹⁷⁹

¹⁷⁷ ARREDONDO LÓPEZ, *op. cit.*, p. 115.

¹⁷⁸ *Ibidem*, p. 39.

¹⁷⁹ STAPPLES, Anne, “Una educación para...”, p. 97.

Como antecedente a esta apertura laboral, hay que tomar en cuenta que “una de las opciones que abría la sociedad para insertar a la mujer al trabajo laboral era como profesora. Desde 1877 la Escuela Nacional Secundaria de Niñas expedía títulos de profesoras de instrucción primaria y secundaria; en 1890 esta escuela se transforma en Escuela Normal para Profesoras de Instrucción Primaria en la Ciudad de México”.¹⁸⁰ Esto se logró gracias a que hubo un cambio radical en la manera de enseñar a las mujeres, ya que “ni las escuela públicas y mucho menos las comunidades religiosas eran las apropiadas para formar a las futuras maestras, pues sólo ofrecían conocimientos restringidos e inoperantes para la época, cuando el bienestar material de las mujeres exigía una instrucción positiva”.¹⁸¹ Otro dato interesante es que “las escuelas normales para mujeres fueron en aumento constante a lo largo del siglo XIX. Desde antes de los tiempos fugaces de Valentín Gómez Farías y su establecimiento de una normal femenina en 1833, hubo lugares donde una mujer podría prepararse para el magisterio.”¹⁸²

Aunque a finales del siglo ya se había avanzado un poco respecto a los cambios en la educación y la incursión de la mujer en el ámbito laboral, el balance que Françoise Carner hace de la educación femenina en México presenta un panorama nada favorecedor, porque:

La educación de las mujeres mexicanas en el siglo XIX dejaba mucho que desear comparada con la que recibían sus contemporáneas europeas o norteamericanas, o con la que muchos escritores mexicanos concebían como necesaria. A las mujeres de las clases altas se les educaba en las “amigas” o escuelas de primeras letras, los conventos y en el hogar y se les pedía únicamente saber leer, escribir, contar y coser.¹⁸³

Ello concuerda con lo que afirma Valentina Torres cuando precisa que: “a la mujer se le educa, pero no mucho; se le permite leer, pero no todo; se le permite soñar, pero sólo lo permitido; se le acerca al mundo de la ciencia, en tanto que ésta no cambie su forma de percibir la realidad circundante; se le pone en contacto con el arte, siempre que este no desvíe su virtud”.¹⁸⁴

¹⁸⁰ GONZÁLEZ y LOBO, María Guadalupe, *op. cit.*, p. 56.

¹⁸¹ ALVARADO, María de Lourdes, *La educación superior...*, pp. 68-69.

¹⁸² STAPPLES, Anne, “Una educación para...”, p. 91.

¹⁸³ CARNER, Françoise, “Estereotipos femeninos...”, p. 103.

¹⁸⁴ TORRES SEPTIÉN, Valentina, “La educación informal...”, p. 132.

2.3. El deber ser femenino en la sociedad porfiriana

Como evidencié en el apartado anterior, una de la metas que incluía el plan educativo impulsado por el gobierno porfirista consistía en preparar a las mujeres para agradar y estar al servicio de los demás; en este sentido, hay que recordar que “el aspecto más sobresaliente con respecto a la mujer en la segunda mitad del siglo XIX es la influencia profunda del conservadurismo, no como pensamiento político, sino como comportamiento social. Esto se evidencia en el concepto sobre la familia y la imagen de la mujer, ya que a través de ellos se intentó preservar los valores católicos coloniales”,¹⁸⁵ por este motivo:

A las mujeres se les instruía para que pudieran resistir la seducción del mundo y cumplir con el destino que la Providencia les tenía señalado. Debían comprender la importancia de sus deberes tanto religiosos como morales y, desde la niñez, adquirir aquellos conocimientos que pudieran servirles de consuelo cuando pasara su juventud. Se consideraba que la literatura, la moral y el cuidado de su físico enriquecerían a las mujeres mexicanas.¹⁸⁶

Si bien aunque las mujeres nunca fueron consideradas en la toma de decisiones para conformar la sociedad a la que pertenecían, pues como ya mencioné, eran consideradas como si fueran menores de edad en materia jurídica, lo cierto es que el plan educativo ideado para las mujeres en esa época recaía en sus funciones de madre y esposa, por lo tanto:

La educación de la mujer en la familia debía ser tan sólo la indispensable para que como madres pudieran educar a sus hijas, tanto como ellas habían sido educadas, aunque teniendo en cuenta que nunca llegarían a ser filósofas para ello había que educarlas, no por medio de la razón, sino a través de su parte afectiva. La mujer por consiguiente no era considerada como un ser racional, sino como un ser afectivo. La educación de la mujer sólo se valoraba en cuanto que sus afectos fueran para el otro, no para ellas mismas, como sujetos o seres pensantes.¹⁸⁷

En este sentido, “la femineidad se construye, por oposición a la masculinidad, como formas de vida, actitudes, conductas que se establecen como propias de la mujer y que reproducen una visión del mundo específica en un momento y lugar determinados, pero sobre todo una forma concreta de relaciones jerárquicas entre los sexos, basada en

¹⁸⁵ TORRES PRECIADO, Javier Fernando, “La mujer en la segunda mitad del siglo XIX, una sombra presente”, en *Revista GOLIARDOS*, No. XII, I Semestre, 2010, p. 54.

¹⁸⁶ FRANCO, Jean, *Las conspiradoras. La representación de la mujer en México*, México, El Colegio de México, 1993, p. 126.

¹⁸⁷ TORRES SEPTIÉN, Valentina, “La educación informal...”, p. 119.

oposiciones binarias”,¹⁸⁸ es decir, los roles asignados tanto a los hombres como a las mujeres en el siglo XIX fueron diseñados con base en su rol de género de acuerdo a las creencias e ideologías de la época, por ello:

Para analizar la ideología porfiriana sobre el papel de la mujer y la familia hay que tener en cuenta la formación del Estado liberal y su estructura de dominación. A pesar de la variedad de costumbres y condiciones sociopolíticas que coexistieron en dicho periodo, el Estado promovió un modelo de lo femenino y la familia cuyas características patriarcales eran impuestas por el grupo en el poder [...] Durante el Porfiriato, el Estado liberal oligárquico impuso sobre el papel de la mujer y la familia una serie de creencias que sirvieron para orientar el comportamiento, formar actitudes, y mantener y reproducir las relaciones sociales que acondicionaba.¹⁸⁹

En el caso específico de las mujeres, su subordinación estaba sometida a la voluntad de su padre mientras no se casaba y después a la voluntad de su marido, y por ello su valor radicaba principalmente en tres ejes: en su función de hija y como madre y esposa, es por ello que la capacidad reproductora de la mujer fue uno de los parámetros de los que se valieron los representantes del régimen porfirista para crearle un estilo de vida y una función en la sociedad, pues “lo específico de la actividad biológica de la mujer, su función reproductora, determina en gran parte la forma en que es concebida por la sociedad y, a fin de cuentas, cómo se concibe la mujer a sí misma”,¹⁹⁰ gracias a esta condición reproductora, ser buena hija y después ser buena madresposa serán las normas que regularían su comportamiento y su aceptación como miembro de la sociedad.

El lugar en el que se cumpliría este plan será el hogar, “en él la mujer debe ser sacrificada y complaciente hacia el esposo; con el cual además debe ser prudente, deferente, tolerante, no contradecirlo ni celarlo, y [...] seguir manteniéndose a la sombra de éste”,¹⁹¹ por esta razón:

Se define pues, como una obligación de la mujer —de todas las clases sociales— la de hacer de la casa un dulce paraíso. [...] Su misión es convertir al hogar pobre o rico en un pedazo de cielo a donde no lleguen las tempestades del mundo. También la mujer de nuestro pueblo... esa humilde señora se convierte en “el ángel del hogar” que limpia la frente de sudorosa del padre o del esposo, enjuga una lágrima de los cargados ojos por las veladas, o que arranca el sufrimiento o bien vierte palabras de consuelo y de esperanza cuando los pesares y las privaciones hacen del hombre un niño y de la mujer un apóstol.¹⁹²

¹⁸⁸ RAMOS ESCANDÓN, Carmen, “Mujeres positivas...”, p. 292.

¹⁸⁹ BARCELÓ, Raquel, *op. cit.*, p. 73.

¹⁹⁰ CARNER, Françoise, “Estereotipos femeninos...”, p. 97

¹⁹¹ *Ibidem*, p. 60.

¹⁹² RADKAU, Verena, *op. cit.*, p. 21.

Como se puede ver, el deber ser femenino se cumple cuando las mujeres son hijas y madres abnegadas, además de esposas fieles, que no cuestionan su función ni su lugar en una sociedad que no las toma en cuenta, sino únicamente para estar al servicio de los hombres, por lo tanto,

Las imágenes de la mujer que se difundían durante el Porfiriato eran vigentes para las mujeres de todas las clases sociales, aunque para algunas fuera más fácil no desviarse de ellas que para otras. El centro de la atención y también de la preocupación de los artífices de la femineidad lo ocupa la familia como principal sostén de la sociedad y el papel de la mujer gira alrededor de la trinidad: hija-esposa-madre.¹⁹³

Esta condición, la de hija y madrespasa llegaría a convertirse en lo que Marcela Lagarde define como un cautiverio, en el que:

En contradicción con la concepción dominante de la feminidad, las formas de ser mujer en esta sociedad y en sus culturas, constituyen cautiverios en los que sobreviven creativamente las mujeres en la opresión. Para la mayoría de las mujeres la vivencia del cautiverio significa sufrimiento, conflictos, contrariedades y dolor; pero hay felices cautivas.¹⁹⁴

Para la autora, los cautiverios en los que las mujeres han sobrevivido a lo largo de la historia son los de madrespasas, monjas, putas, presas y locas; siendo el cautiverio de madrespasas y monjas los más aceptados por la sociedad, pues cumplen con un orden ya establecido. Es decir, la mujer es un ser útil cuando se convierte en esposa y madre o cuando decide dedicar su vida al servicio religioso; en consecuencia, aquellas mujeres que deciden escoger este tipo de vida son bien vistas por cumplir con un rol aceptado socialmente. Aunque no siempre el matrimonio ni la vocación al servicio religioso fueron actos voluntarios o consentidos por las mujeres, pues los matrimonios eran pactados por sus padres y, algunas veces, cuando las mujeres eran deshonradas o no conseguían marido eran enclaustradas en los conventos; esto conllevó a que “durante todo el siglo XIX la mujer era considerada como un objeto, ya fuera sagrado o de placer, es decir, como María o como Eva, pero en cualquier caso era dependiente de los hombres que la rodeaban, puesto que no se consideraba que pudiese tomar sus propias decisiones debido a lo débil de su carácter y

¹⁹³ *Ibidem*, p. 13.

¹⁹⁴ LAGARDE, Marcela, *Los cautiverios de las mujeres, madrespasas, monjas, putas, presas y locas*, México, UNAM, 2005, p. 36.

su escaso y casi nulo razonamiento”.¹⁹⁵ Volviendo al tema de ser madre y esposa a la vez, Lagarde argumenta que:

Ser madresposa es un cautiverio construido en torno a dos definiciones esenciales, positivas de las mujeres: su sexualidad procreadora, y su relación de dependencia vital de los otros por medio de la maternidad, la filialidad y la conyugalidad. Este cautiverio es el paradigma positivo de la feminidad y da vida a las madresposas, es decir, a todas las mujeres más allá de la realización normativa reconocida culturalmente como maternidad y como conyugalidad.¹⁹⁶

Para lograr que hubiera hijas y madresposas honorables y sumisas el cuidado del cuerpo se volvió un asunto de total importancia, por ello el pudor femenino fue un factor determinante en la conducta de las mujeres, pues,

El pudor era peculiar al sexo femenino, ya que *adorna* a la mujer, y era su defensa contra las malas inclinaciones masculinas, desarma la osadía del hombre más arrojado e inspira veneración a los más correspondidos, sirve de expresión al más puro de los sentimientos y da realce a la hermosura.¹⁹⁷

Para las mujeres, cumplir con este requisito, el de ser buenas hijas y excelentes madresposas, determina su función dentro de la sociedad. Estas dos categorías madre e hija serán el detonante para la creación de un ideal femenino, en este sentido,

Podemos hablar, como parte de construcción de la diferencia genérica, de un modelo femenino, de un deber ser e imagen de la mujer que encuentra su reglamentación en códigos morales, legales, religiosos, en las costumbres, en la literatura, en revistas, así como en la instrucción escolar y, sobre todo y de manera particular, en la transmisión doméstica de una cultura moral que pasa, muchas veces incuestionada, de madres a hijas, por generaciones, a través de mujeres y para mujeres.¹⁹⁸

En la concepción de este ideal, Susana Montero afirma que se tomaron en cuenta aspectos relacionados con lo espacial, lo físico-biológico, lo moral y/o espiritual, y lo sexual, pero que también:

Otros rasgos fueron vistos, quizá, como menos determinantes de esta identidad femenina suprema, pero formaron parte, junto con las anteriores, del discurso dominante al respecto. Entre esos grupos pueden citarse, por ejemplo, los de carácter gestual/conductual (la “verdadera” mujer presuntamente tenía movimientos tímidos, leves, poco acusados...), los de carácter ornamental (usaba vestidos claros y recatados, calzado oscuro y cubierto, joyería sobria...), los relativos al uso

¹⁹⁵ TORRES PRECIADO, Javier Fernando, *op. cit.*, p. 56.

¹⁹⁶ LAGARDE, Marcela, *op. cit.*, pp. 38-39.

¹⁹⁷ TORRES SEPTIÉN, Valentina, “La educación informal...”, p. 122.

¹⁹⁸ RAMOS ESCANDÓN, Carmen, “Mujeres positivas...”, p. 293.

idiomático (no utilizaba palabras soeces, ni trataba temas escabrosos), e incluso los relativos a su recreación (no gustaba de espectáculos ni de lecturas audaces).¹⁹⁹

Así, la función principal de este ideal femenino, creado por hombres y para los hombres tenía por objetivo diseñarse una mujer que no tuviera ni ideas ni sentimientos propios, es una mujer automática que lleva en sí un modo de ser diseñado por la supremacía masculina a través de una ideología en la que la mujer debe ser ese ente sin voluntad dispuesta a obedecer y servir.

2.4. Estereotipos femeninos a finales del siglo XIX

Antes de entrar en materia, hay que considerar que “durante el Porfiriato, el Estado liberal oligárquico impuso sobre el papel de la mujer y la familia una serie de creencias que sirvieron para orientar el comportamiento, formar actitudes, y mantener y reproducir las relaciones sociales que acondicionaba”,²⁰⁰ para ello el papel de la mujer en su función de ama de casa sería fundamental, pues el hogar

Se entiende como un ámbito especial, intocable, a donde no llegan las tensiones, un espacio reservado exclusivamente para la vida familiar, totalmente desligada del mundo social. Más allá del hogar, fuera de éste y desconectado de él, está el ámbito de la vida pública, del mundo de los negocios y las grandes decisiones, el mundo de los varones.²⁰¹

En este sentido, se crearon una serie de estereotipos que intentaron definir un perfil enfocado a organizar la conducta de las mujeres con base en su triple función de hija, esposa y madre. Una forma de difundir este tipo de estereotipos fue a través de la literatura. De acuerdo con Susana Montero, en la literatura mexicana del *fin de siècle* prevalecieron tres modelos femeninos:

En lo relativo a la caracterización de la imagen femenina nacional encontramos que la literatura romántica consolidó tres figuras básicas: el ángel del hogar, la heroína y la mujer ilustrada; figuras que si bien tuvieron —en tanto constructos— líneas de

¹⁹⁹ MONTERO SÁNCHEZ, Susana A., *La construcción simbólica de las identidades sociales. Un análisis a través de la literatura mexicana del siglo XIX*, México, Universidad Autónoma de México, Centro Coordinador y Difusor de Estudio Latinoamericanos (CCYDEL), Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG), Plaza y Valdés Editores, 2002, pp. 104-105.

²⁰⁰ BARCELÓ, Raquel, *op. cit.*, p. 73.

²⁰¹ RAMOS ESCANDÓN, Carmen, “Señoritas porfirianas: Mujer e ideología en el México progresista, 1880-1910”, en *Presencia y Transparencia: La mujer en la historia de México*, México, El Colegio de México, 1987, pp. 150-151.

desarrollo independientes, a menudo integraron en el discurso hegemónico una sola imagen, cuya diversidad de facetas fue resuelta sobre la base de su común delimitación espacial —la del ámbito doméstico— y de un deber-ser femenino secular determinado en su origen por el pensamiento católico.²⁰²

A la vista de la cita anterior, es preciso señalar que estas tres figuras permearon la idea de lo femenino la mayor parte del siglo XIX. El escenario donde estos tres tipos de mujeres llevarían a cabo sus funciones sería el hogar, pues como ya he mencionado, el hogar fue diseñado como ese espacio donde la mujer se sentiría realizada al cumplir con todas las labores que conllevan tener y mantener en armonía las condiciones que lograrán la felicidad para familia y su esposo. En este sentido, Susana Montero argumenta que:

Para hallar un adecuado equivalente femenino del héroe nacional, los autores y autoras del Romanticismo y Posromanticismo lo centraron, por tanto, en el espacio doméstico, donde tal heroísmo fue sinónimo de un exacto cumplimiento de los roles familiares por parte de la mujer, roles que implicaban —según el estereotipo de la madre sufrida— la suficiente dosis de sacrificio, generosidad, tribulaciones, abnegación, estoicismo y utilidad como para que su cumplimiento fuera valorado en términos de lo sublime o lo heroico.²⁰³

El señalamiento que hace la autora, nos ayuda a comprender por qué en la sociedad decimonónica una de las funciones más veneradas en la mujer era ser madresposa, pues la maternidad le otorgaba un distintivo especial por el hecho de procrear hijos y dedicarse por completo a su cuidado y educación, por tal razón se entiende que:

De las tres figuras antes señaladas, quizá fue la del ángel del hogar la que logró mayor desarrollo a lo largo del siglo a nivel discursivo, si tenemos en cuenta, en primer lugar, que antes de su enunciación como tal en el Romanticismo, los rasgos básicos de dicha figura (hermosura, levedad, pureza, indefensión, y tendencia a un no-lugar determinado desde el hombre y su espacio) ya habían aparecido en la literatura nacional, sin duda relacionados con el cultivo de la lírica mariana.²⁰⁴

Al hablar sobre los atributos que deben tener las mujeres que se dedican al hogar, Raquel Barceló cita un fragmento escrito en 1884 en *El correo de las señoras*, en el que un autor anónimo define algunas de las cualidades de este “ángel del hogar”:

Modesta, hacendosa y discreta, sólo vive para hacer la felicidad de su esposo y amar a sus hijos. No la ciegan las vanas pompas del mundo y vive encerrada en su casa, alegre y feliz como esos pajarillos encerrados en humildes jaulas, donde lejos de pensar en su libertad perdida, cantan que da gusto.²⁰⁵

²⁰² MONTERO SÁNCHEZ, Susana A., *op. cit.*, p. 92.

²⁰³ *Ibidem*, p. 103.

²⁰⁴ *Ibidem*, p. 92.

²⁰⁵ BARCELÓ, Raquel, *op. cit.*, p. 91.

La cita anterior nos ayuda a comprender el nivel de abnegación que tenían las mujeres casadas, cuyo mundo quedaba reducido a cumplir su papel de ama de casa y esposa, pues como puntualiza Valentina Torres, “el placer de las mujeres, como el resto de sus funciones, sólo se encontraría en el ámbito familiar. Lo que se le recomendaba y lo que seguramente le daría más *satisfacciones* estaba evidentemente, en el cumplimiento de sus deberes de madre y esposa”.²⁰⁶

Ahora bien, otro estereotipo que prevaleció en esta época es el de “la mujer niña”, que consiste en “el anñamiento de las mujeres, es decir, su reducción a la condición de niñas”.²⁰⁷ Concebir a las mujeres como niñas implicaba negarles sus derechos civiles o legales, un hecho que las hacía dependientes de los varones, primeramente del padre y después del marido; lo cual las incapacitaba para tomar sus propias decisiones y las dejaba sin derechos jurídicos ni patrimoniales. Esto se entiende cuando observamos que “la legislación hispana sobre derecho de familia concede a la mujer un papel de eterna menor, como dependiente legal y económica de su padre, tutor o marido”.²⁰⁸ Este anñamiento fue determinante para que se considerara a las mujeres como seres totalmente indefensos y con una necesidad absoluta de protección, siendo por antonomasia, una vez más, el rol de madrepasa el que la sitúa en condición de ser venerada y protegida, pues “la madre por ser mujer posee un espíritu débil para la libertad, por eso permanece apegada a la autoridad del marido y tiene como ideal llegar a ser buena ama de casa y buena madre”.²⁰⁹

Estas ideas sobre el ser mujer y lo femenino en el siglo XIX promovían un tipo de mujer cuya principal responsabilidad era cumplir con el mandamiento o la encomienda que se le había asignado: la crianza de los hijos y la complacencia hacia el marido. Por tanto, la educación femenina obedecía más que nada, a la formación de mujeres que supieran agradar a otros, ello implicaba complacer a los varones que la rodeaban sin oponer resistencia. Este ideal de mujer estaba ligado a un alto sentido de responsabilidad aunado a los deberes domésticos, pues “la mujer-madre-esposa, sin importar su posición social, debía de saber coser, zurcir, lavar, planchar, o saber llevar una casa, mandar a los sirvientes, y

²⁰⁶ TORRES SEPTIÉN, Valentina, “Un ideal femenino...”, p. 126.

²⁰⁷ FRANCO, JEAN, *op. cit.*, p. 136.

²⁰⁸ CARNER, Françoise, “Estereotipos femeninos...”, p. 101.

²⁰⁹ BARCELÓ, Raquel, *op. cit.*, p. 91.

llevar correctamente la economía de la casa”.²¹⁰ Llegados a este punto, podemos entender por qué “desde el ordenamiento de sus derechos legales hasta la descripción del ideal físico femenino, desde la punta de los zapatos a la pérdida de la patria potestad, pasando por el tipo de devociones religiosas y la figura de la mujer como madre, los temas y los tonos con los que se describe, se recupera, y se construye a la mujer en el imaginario porfiriano pasa por registros diversos”.²¹¹ No obstante, de manera personal, insisto en que la construcción de la identidad de las mujeres decimonónicas siempre estuvo condicionada a su rol de madre y esposa, lo cual nos ayuda a entender porque “el estado consideró a la familia como una unidad de cooperación, donde el hombre y la mujer tenían distintas funciones pero a la vez complementarias, para el buen funcionamiento de la sociedad. Reprodujo la estructura jerárquica de la sociedad en relación hombre-mujer y construyó *lo femenino* con características de dependencia, debilidad y sumisión”.²¹²

Ahora bien, he venido señalando que la ideología porfirista consideró a la mujer como un ser débil e indefenso, sin embargo, estas ideas no eran nuevas, Raquel Barceló precisa que “del Código napoleónico se reproducen las ideas del hombre fuerte y la mujer débil, la subordinación de la mujer a las necesidades de su esposo, la libertad y capacidad jurídica del hombre y la concepción romántica del amor y la mujer”,²¹³ la información anterior nos permite ver, en parte, el origen de todo el aparato ideológico que se estructuró para llevar a cabo un estricto control femenino con miras a determinar lo que era ser mujer en una sociedad conservadora.

Otro aspecto importante que hay que considerar es el cuerpo femenino, pues es en el cuerpo donde la mujer experimentará y vivirá en carne propia todo lo ideológicamente construido en su “beneficio”. En este sentido, hay que entender que:

El espíritu normativo de la conducta corporal no es, desde luego, exclusivo del siglo XIX en México. Todas las sociedades imponen, en formas diversas, normas específicas a la corporalidad de sus miembros. Sin embargo, llama la atención en ese momento concreto de la historia mexicana el hecho de que tal legislación suponga la obediencia a una nueva concepción del individuo.²¹⁴

²¹⁰ TORRES SEPTIÉN, “La educación informal...”, p. 127.

²¹¹ RAMOS ESCANDÓN, Carmen, “Mujeres positivas...”, p. 297.

²¹² BARCELÓ, Raquel, *op. cit.*, p. 105.

²¹³ *Ibidem*, p. 78

²¹⁴ RAMOS ESCANDÓN, Carmen, “Cuerpos contruidos, cuerpos legislados. Ley y cuerpo en el México de *fin de siècle*”, en TUÑÓN, Julia (Comp.), *Enjaular los cuerpos. Normativas decimonónicas y feminidad en México*, México, El Colegio de México, Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM), Centro de Estudios Sociológicos (CES), 2008, p. 71.

Carmen Ramos Escandón, al analizar el aparato jurídico que regulaba el control sobre el cuerpo de las mujeres, destaca que la legislación sobre el cuerpo femenino en el *fin de siècle* estuvo basado en cuatro concepciones de la mujer, es decir, el cuerpo de la mujer virgen, el cuerpo de la mujer casada, el cuerpo de la mujer que era madre y el cuerpo de la mujer viuda, cada una de estas categorías tenía ciertas características y un rol específico que cumplir y que se adoptaron como normas de comportamiento que toda mujer debía cumplir.²¹⁵

Pero el mayor valor que se le otorgó al cuerpo femenino de las mujeres recayó en su virginidad, pues su condición de virgen le atribuía valor como persona y garantizaba la procreación de los hijos dentro del matrimonio, de ahí “el interés de la sociedad católica de mantener un tesoro tan valorado como la virginidad, la formalidad de convenciones sociales circunscribían los contactos heterosexuales muy cuidadosamente. Las mujeres, como piezas de museo podían ser vistas pero no tocadas”,²¹⁶ por esa razón, otro de los aspectos ligados a la virginidad tenía que ver con la honra y la honorabilidad tanto de la mujer como de la familia; por eso, el perder de la virginidad se veía como una desgracia, pues se ponía en entredicho la honra y el buen nombre de la familia, por lo tanto:

La pérdida de la virginidad y de la reputación impiden en muchos casos a la mujer seguir su destino matrimonial normal. En las clases sociales más altas el ostracismo que sucede a la deshonra puede llegar a tal grado que la entrada al convento resulta una protección para la muchacha deshonrada, cuando su nivel social y económico le permite esa salida. El caso de la madre soltera era visto como una anomalía social que se procura esconder a la reprobación social, pero que al final de cuentas, constituye un pecado individual.²¹⁷

La virginidad, como bien corporal, es cuidada al extremo por los miembros de la familia, por un lado, para que el hombre que recibiera a la futura esposa tuviera la seguridad de que los hijos eran suyos, por otro lado, por el prestigio y la honra que la familia tenía al saber que la sexualidad de sus hijas no había sido mancillada.

En síntesis, este acercamiento a los estereotipos femeninos que prevalecían hacia finales del siglo XIX nos ayuda a entender por qué las mujeres eran mal vistas cuando no cumplían con los requisitos de ser buena hija, madre y esposa, pues al no acatarse a las normas establecidas socialmente, eran repudiadas, ello conllevaba no sólo el desprestigio

²¹⁵ Cfr. RAMOS ESCANDÓN, Carmen, “Cuerpos contruidos...”, pp. 73-103.

²¹⁶ TORRES SEPTIÉN, Valentina, “Manuales de conducta...”, p. 284.

²¹⁷ CARNER, Françoise, “Estereotipos femeninos...”, p. 99.

de la familia sino que se ponían al alcance del repudio público, orillándolas a terminar con su vida ya sea en un claustro, en la prostitución o, en casos extremos, en el suicidio.

RECAPITULACIÓN

En este capítulo di cuenta del contexto histórico que vivieron las mujeres en el Porfiriato, para contextualizar, me remonté a la llegada de los españoles al nuevo continente y del impacto físico y social que tuvieron las mujeres durante la conquista. Una constante que vivieron las mujeres en ese periodo fue el sometimiento y el escaso reconocimiento que se les otorgó por parte de los historiadores. Durante el periodo independentista, aunque la participación de las mujeres fue determinante para lograr la victoria en la lucha armada, el reconocimiento que se les hizo fue casi nulo, pues sólo se han reconocido a Josefa Ortiz de Domínguez y a Leona Vicario como mujeres que ayudaron a que el movimiento independentista iniciara. Después, abordé las metas que lograron algunas mujeres en cuestiones de educación y acceso a una vida laboral profesional, como el acceso a la vida educativa a nivel profesional y los primeros ejemplos de mujeres profesionistas de la época.

En el apartado respecto a la educación de las mujeres en la época porfiriana hice hincapié en la importancia que el régimen porfirista le dio a la educación de las mujeres, no obstante, aunque la intención era educarlas académicamente, gran parte de la instrucción estuvo ligada al servicio doméstico y su formación moral.

Instruirse de manera académica no fue una labor fácil para las mujeres, pues tuvieron que sortear una serie de obstáculos, el más frecuente era el temor a abandonar sus labores de ama de casa por dedicarse a los estudios. Otro aspecto que se destacó fue la importancia de la prensa escrita en la educación informal de las mujeres, por medio de los manuales de urbanidad y semanarios para señoritas, los cuales cumplían con la función específica de educar a las mujeres en diferentes aspectos relacionados con la conducta en ámbitos públicos y privados. También se abordó la capacitación que recibieron las mujeres para el ámbito laboral fuera de casa, finalmente, en este apartado también abordé el acceso de las mujeres a los estudios profesionales, en los cuales la profesión más destacada fue la de profesora.

Por último, hablé acerca de los estereotipos femeninos de las mujeres en la época, siendo el estereotipo de la mujer sumisa y abnegada el que más se materializó, para ello la figura del ángel del hogar fue la más explotada en el ámbito social.

Este acercamiento a la concepción del ser mujer y de lo femenino en el siglo XIX, nos sirve como marco de referencia para entender por qué son mal vistas o exaltadas las mujeres que aparecen en las cuatro novelas de Rafael Delgado, cuyo análisis se mostrará en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO 3. ENTRE LA ABNEGACIÓN Y EL DOLOR: MUJERES EJEMPLARES

Este capítulo está dedicado a analizar la vida y la conducta de algunas mujeres que por sus acciones, su manera honesta y hasta piadosa de vivir las coloca en la categoría de mujeres ejemplares, es decir, abordaré la construcción de los personajes femeninos que se sujetan a lo socialmente establecido y cuyo comportamiento está enmarcado por la abnegación y el dolor.

3.1. Angelina, el ángel del hogar

Inicio esta exploración con el personaje que le da título a la segunda novela de Rafael Delgado: *Angelina*. En *Angelina* existen dos personajes que están ligados a la bondad y a las buenas costumbres: Angelina y Gabriela Fernández. Un detalle que resulta interesante comentar es que a diferencia de *La Calandria*, “en este libro, las expectativas creadas por el título son de signo opuesto. Aquí no sólo no hay mote, sino que el nombre sugiere cualidades casi divinas de bondad, piedad, caridad, que se cumplirán plenamente en el personaje cuyo nombre da pie al título”,²¹⁸ los atributos y cualidades que hacen de Angelina un personaje entrañable serán presentados a continuación.

En primer lugar, un aspecto que es importante destacar es la manera en la que el autor la describe de manera física, pero antes, es necesario señalar que a ninguna otra de las mujeres que aparecen en las cuatro novelas de Rafael Delgado se le describe con atributos virginales y maternos, únicamente a Angelina:

Angelina no era hermosa como una virgen de Murillo, pero sí lo era como alguna de Rafael, como la *Madona de la silla*. No puedo ver el famoso cuadro sin recordar a la doncella. Idéntico el óvalo del rostro, y la sonrisa, y la mirada, y los labios dulcemente expresivos.²¹⁹

²¹⁸ SANDOVAL LARA, Adriana, *A cien años...*, p. 130.

²¹⁹ DELGADO, Rafael, *Angelina*, p. 215.

El cuadro²²⁰ al que el autor hace referencia presenta una imagen de la virgen diferente, es decir, en este cuadro la virgen tiene la apariencia de una madre, ya no es la imagen de la virgen emanada del libro del Apocalipsis, de donde muchos artistas retomaron la descripción para crear su indumentaria; recordemos que el texto sagrado describe la visión en los siguientes términos: “Apareció en el cielo una gran señal: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas”,²²¹ en contraste, en esta pintura la indumentaria de la virgen es totalmente alejada a la iconografía mariana. Lo que más se destaca en este cuadro es la actitud maternal y protectora que transmite la imagen, que, como sabemos, los principales atributos de María son ser virgen y madre, esto queda claro por la mirada que la mujer del cuadro dirige al espectador y por la manera en la que sostiene al niño en sus brazos (Ver ilustración 1).



Ilustración 1.
La madonna de la silla.

Pienso que el hecho de que el autor haya creado un personaje femenino, cuya belleza se asemeja a la de una virgen renacentista fue con la intención de resaltar el carácter bondadoso y maternal de Angelina. La virgen, como símbolo, es importante “por su papel como intercesora, y en parte por la necesidad de la sociedad de venerar a una mujer, y más aún, a una imagen maternal, y también en parte por la doctrina de la iglesia cristiana, que enfatiza su virginidad como contraste del pecado de la lujuria”.²²²

Las virtudes que posee y su aspecto físico le dan al personaje un toque único, no sólo porque su nombre remite a lo celeste, sino porque también ella tiene algunos de los atributos identificados con la función protectora y benefactora de la virgen: ella se sacrifica por el bien no sólo de la familia con la que vive sino de los más necesitados, es humilde y todo lo toma con resignación, pero también porque Angelina es virgen y así se queda. Pero

²²⁰ Conocida como *La Madonna de la silla*, esta pintura es obra del pintor Rafael Sanzio, que data de 1513, cuyas dimensiones son 71 x 72cm. Se conserva en la Galería Palatina del Palacio Pitti de Florencia, en Italia. Imagen disponible en línea en: <https://www.pinterest.com.mx/pin/88805423879114762/>, consultado el 19 de julio de 2019.

²²¹ *Santa Biblia*, (Apocalipsis, 12:1), p. 1550.

²²² CARR-GOMM, Sara, *Diccionario de arte a partir de sus símbolos*, México, Editorial Tomo, 2003, p. 237.

en términos terrenales, su belleza es digna de admirar; la primera vez que Rodolfo la ve la describe así: “era alta y esbelta; vestía de blanco, y me pareció de singular hermosura”,²²³ pero después se da una descripción a detalle:

Admiré a la joven. Era alta, esbeltísima y arrogante; había en ella esa externa y encantadora debilidad de las personas sensibles y delicadas que reside en todo el cuerpo y que se revela en todos los movimientos. Su rostro era de lo más distinguido. Pálida, con palideces de azucena, aquella carita fina y dulce se hacía casi mármorea por el contraste que producían en ella lo negro de los cabellos y lo espeso de las cejas. Permanecía con la vista baja, con cierto aire gazmoño, sí, gazmoño, que no me causó buena impresión [...] ¡Qué hermosa! Ojos negros, luminosos, húmedos; nariz delgada, fina, correctísima; boca agraciada; mejillas en las cuales se dibujaban apenas lindos hoyuelos, que más acentuados, al reír la joven, serían encantadores. [...] Pude gozar entonces de la belleza singular de aquella boca, de aquellos labios rosados que dejaron ver, al plegarse dulcemente, una dentadura irreprochable. [...] Yo me complacía en mirar los ojos de la doncella, aquellos ojos soberbios, negros, rasgados, sombreados por la rizada pestaña y la negra y arqueada ceja.²²⁴

Si la belleza de la muchacha es digna de alabar, es natural que su comportamiento y actitudes sean de la misma calidad. Por lo tanto, considero que no es casual el nombre que lleva el personaje central de la novela, ya que “el título de *Angelina* es acorde con la moda romántica de bautizar con nombre de mujer las novelas; sin embargo, contrariamente a lo que parecería a simple vista, el personaje central de la obra es Rodolfo (de diecisiete años), narrador en primera persona que relata sus amores juveniles y quien asume la voz predominante”.²²⁵ Así, a través de Rodolfo vamos conociendo cómo es Angelina, de esta manera nos percatamos que emulando la función ayudadora de los ángeles, Angelina llega a casa de las tías de Rodolfo como caída del cielo.

Entonces vino Angelina a nuestra casa. La infeliz había quedado huérfana. El sacerdote que la tomó bajo su protección la puso allí, al verse obligado a desempeñar la cura de almas en un pueblo de la sierra, que a la sazón estaba infestada de guerrilleros y bandidos. Algún amigo de la familia habló de mis tías al párroco, y Angelina se quedó con ellas. El sacerdote les pagaba una corta pensión. El cura era pobre, y no podía derrochar el dinero así como quiera. Sin embargo, sobradas pruebas dio de generosidad.²²⁶

La historia de Angelina se remonta a un pasado que ella recuerda de manera dolorosa, pues pasó muchas carencias en compañía de su madre. Conoció un poco de dicha

²²³ DELGADO, Rafael, *Angelina*, p. 18.

²²⁴ *Ibidem*, pp. 31-32; 124-125.

²²⁵ SANDOVAL LARA, Adriana, *Vertientes narrativas*, pp. 210-211.

²²⁶ DELGADO, Rafael, *Angelina*, p. 78.

cuando el partido al que pertenecía su padre ganó y regresó con dinero y les compró muchas cosas. Sin embargo, él volvió a la guerra y estuvo ausente tres años, hasta que les envió una carta donde les ordenaba abandonar el lugar para que se reunieran con él. En una de las posadas donde descansaban del viaje su madre murió de tifo; el cura que le dio a su madre los santos óleos fue quien la adoptó y le escribió a su padre contándole lo sucedido; sin embargo, su padre ya había muerto a manos del bando enemigo. Ninguno de sus familiares quiso hacerse cargo de ella y el padre Solís la adoptó como hija. A pesar de las aflicciones que había vivido desde que tenía siete años, el dolor que más le afecta a Angelina, porque perjudica su condición social, es que es hija natural:

—Dijiste una vez... y lo has repetido muchas veces... «Jamás me casaré con quien no sea digna de mí; y no es digna de ser esposa de un hombre honrado aquélla cuyos padres...» Lo diré de una vez.... La unión de los míos no tuvo la bendición del Cielo.²²⁷

Angelina se siente indigna del amor de Rodolfo, no sólo por sus antecedentes familiares, sino porque, además, ella es más pobre que él. A pesar de esto, ella se muestra como una mujer que tiene un gran sentido de responsabilidad y bondad. Desde un principio, el autor nos presenta a una muchacha que da pruebas indubitables de bondad y servidumbre, acaso con la intención de crear un personaje acorde al ideal de una verdadera mujer de hogar:

—Esta niña —me conversaba tía Pepa— es un ángel; creo que por eso le pusieron Angelina. No tiene sueño tranquilo; cada noche se levanta dos o tres veces para ver a Carmen y darle el alimento y la medicina. A mí no me gusta eso, porque no tiene obligación de velar a tu tía. Eso me toca a mí. Ya se lo he dicho; pero ella no dejaría, por nada de este mundo, que me levantara yo a deshora. El otro día, como le dijera que iba yo a velar a Carmen, me contestó un poco mohína, como impaciente y molesta: «No, señora. ¡Si yo lo hago con mucho gusto! Usted ya no está para eso. De día tiene usted mucho que trabajar. No, no; el día que yo no quiera hacerlo, no lo hago». Mira, Rorró: yo creo que Angelina ha de parar en hermana de la Caridad. Un día que hablábamos de eso salió diciéndome: «Sí, señora, ¿por qué no?» Y es muy capaz de ser un modelo de hermanas de la Caridad; lo mismo para enseñar a los niños, que para cuidar a los enfermos. El señor Cura dijo el otro día, en casa de don Román, que no hay en las Conferencias de San Vicente otra socia como Angelina. Ahora es secretaria de la conferencia de la Parroquia, y todos están muy contentos.²²⁸

Hasta aquí podemos ver que las virtudes que posee Angelina están ligadas directamente con el servicio doméstico, aunque ella no es casada, cumple bien con el rol de

²²⁷ *Ibidem*, p. 211.

²²⁸ *Ibidem*, pp. 147-148.

ama de casa y algunas de las características de la mujer virtuosa de la que habla la Biblia: es trabajadora, honesta, dedicada, precavida y tiene buena reputación.

A diferencia de Magdalena, no hay en Angelina reproche alguno en lo que respecta a las labores domésticas, algo que era muy señalado en la época porfiriana. Otra virtud que posee es que tiene un carácter muy alegre: “al llegar me la encontraba yo en la puerta, cariñosa, sonriente, como toda niña delante de aquél a quien ama, cuando sospecha que es amada”.²²⁹

A lo largo de la novela, cuando se habla de Angelina es para exaltar sus virtudes, que reconocen no sólo las personas que la rodean, sino también las personas que están fuera de su ámbito. Por sus cualidades Angelina se ha hecho popular entre la gente, ganando para sí buena fama, así lo menciona la tía Pepa:

Es muy hábil para todo, muy hacendosa, o, como dice, señora Juana, muy mujer! Es la alegría de la casa. Parece un pajarito que a todas horas está cantando. Nos tiene un cariño, un amor... que.... ¡Si te digo que parece de la familia! ¡Qué cuidados con Carmen! Es muy viva, muy sabia; escribe que es un encanto! Ya conoces su letra; ella escribe cuando yo estoy con la jaqueca. La pobrecita ha sido muy desgraciada. ¡Dios le dé un buen marido!...²³⁰

Llama la atención que una muchacha que es huérfana desde que tenía siete años y cuya vida está consagrada a las labores domésticas, sepa leer y escribir. Acaso porque fue criada por el padre Solís o por empeño propio, o su madre le haya enseñado, el hecho es que hasta tiene afinidad a leer:

Angelina era una muchacha muy inteligente. Escribía con mucho primor. Linda letra la suya; suelta, cursiva, elegantísima, sin que lo donairoso de los trazos le hiciera perder esa suavidad del carácter femenino que no sólo se manifiesta en el estilo, sino que trasciende a la forma de las letras, siempre que la mujer no presume de sabia o gusta de llamar la atención. Difícilmente se le escapaba una falta de ortografía. Escribía como hablaba, con mucha naturalidad y sencillez, sin rebuscar frases ni atildamientos, siguiendo el orden lógico de las ideas, ajena a la calculada afectación, que hace del estilo epistolar una cosa insoportable y ridícula. Mas no por eso caía en el extremo opuesto, en las fórmulas de rito y en los conceptos de estampilla. Era muy dada a los libros; pero sólo leía cuando se lo permitían sus quehaceres. Leía todas las noches el *Año Cristiano*, y se sabía al dedillo las vidas de los santos.²³¹

Como se observa, Angelina era pulcra hasta cuándo escribía, además, sólo leía el tipo de lecturas que se les permitía a las señoritas decentes, en este caso textos relacionados

²²⁹ *Ibidem*, p. 120.

²³⁰ *Ibidem*, p. 30.

²³¹ *Ibidem*, p. 89.

con el ámbito religioso. La vida de Angelina transcurría con cierta calma hasta que llegó Rodolfo. Si bien aunque desde antes que él llegara, ella ya manifestaba cierto afecto hacia él, (pues sus tías sólo le hablan de él y las últimas camisas que Rodolfo recibió en su estancia en el colegio fueron hechas por ella), Rodolfo, al estar de manera permanente en la casa hace que entre ambos nazca una atracción mutua, ya no es sólo ese afecto que nace del agradecimiento y la admiración, sino que en Angelina comienza a surgir un gran enamoramiento.

A partir de que Angelina se enamora, empieza a operar en ella un cambio, por un lado, ve en Rodolfo una esperanza de amar y ser amada, por el otro, sostiene una lucha interna, pues ella se siente indigna de él. A diferencia de Carmen que vivía entre dos amores, Angelina sólo fija su atención y sentimientos en Rodolfo, pero él duda, no sólo porque se siente atraído por Gabriela Fernández, sino porque él es indeciso y vive en constantes depresiones, debido a su pésima situación económica y a la falta de oportunidades en su pueblo natal, llega incluso a pensar en el suicidio:

Se me cerró el mundo, y me vi solo en él, sin dinero, sin esperanza. Me dieron ganas de morir, un deseo vago y dulce de morir, que entonces, como ahora, surge en mi corazón, no solamente en momentos de angustia, sino también cuando me considero feliz: grata inclinación al suicidio, en la cual no he parado mientes hasta después de cumplir los treinta años, y, que, —como digo para mí, riendo tristemente— es la nota trágica de mi carácter, de este carácter mío, llevadero, resignado, benévolo y complaciente.²³²

Sensible a los sentimientos y emociones de los demás, Angelina intenta a toda costa apartar esos malos pensamientos de Rodolfo, para él, Angelina se convertirá por sus virtudes y cualidades, en un ser capaz de redimirlo por medio del amor:

Y aunque tu amor y tu cariño alegran mi existencia; aunque tú eres para mi alma desmayada luz y regocijo, en ciertos momentos se entenebrece mi alma y me complazco en alimentar mi pena, hundiéndome voluntariamente en la tristeza. Sé tú mi redentora; disipa esas tinieblas que suelen nublar mi alma, y torna en plácida aurora las noches de mi espíritu. [...] ¿Qué haré si me faltas tú, si me niegas tu cariño? ¿Qué haré abatido y postrado por el dolor si no tengo el consuelo de tus palabras? Eres buena, muy buena, eres un ángel... Yo quiero ser bueno como tú. Sálvame, Angelina. Una palabra tuya puede salvarme.²³³

Así, en *Angelina* inicia un tema que es recurrente en las demás novelas del autor, me refiero a la redención por amor. Muchas de las mujeres que desfilan en el universo

²³² *Ibidem*, pp. 139-140.

²³³ *Ibidem*, pp. 305; 392.

novelístico de Rafael Delgado se enamoran de hombres que tienen tendencias depresivas, suicidas o son dados al juego y al vicio, tal es el caso de Gabriela y Ernesto, que aparecen en la misma novela; de Margarita y Alfonso, de Elena y Juan de la novela *Los parientes ricos*, o el caso de Leonor Quintanilla y Luis Gamboa de *Historia vulgar*, de quienes llegado el momento, hablaré con detención.

Al recordar las virtudes del *ángel del hogar* vemos que en Angelina se cumple con la consigna de velar por el bien de los demás, es tanta su abnegación que cuando se entera que Rodolfo está enamorado de Gabriela, ella decide, después de liberar una ardua batalla de celos, dolor y sufrimiento, hacerse a un lado para que Rodolfo se pueda casar con Gabriela.

En una de sus cartas le hace una advertencia a Rodolfo: “cuidado te enamores de Gabrielita. Es muy hermosa, y muy simpática, y muy inteligente, y muy buena, y además rica; pero no te querrá tanto como yo”;²³⁴ la única arma con la que cuenta Angelina y con la que intenta pelear por el amor de Rodolfo es su amor verdadero, pero ella sabe bien que su origen humilde y su condición de hija natural serán obstáculos que impedirán que su amor se concrete, ella misma lo reconoce así:

Pero no es Linilla, la pobre Linilla, la huérfana recogida en un mesón por un sacerdote caritativo, la niña infeliz fruto de amores que el cielo no bendijo, la que será tu esposa. Te conozco, Rorró. Eres ambicioso; deseas una mujer brillante que a todos cautive con su belleza, que deslumbe en los salones.... Sueñas ¡al fin poeta! con dichas que yo no puedo darte.... ¿Me amas? ¡Ya me olvidarás!²³⁵

Angelina no obra por mezquino interés, ella tiene un remarcado toque de altruismo por el cual es capaz de sacrificar el amor que siente hacia Rodolfo por el bien del prójimo:

Muchas veces le he preguntado a mi corazón si te ama como mereces ser amado, y siempre me responde que sí; pero mis gustos me inclinan hacia otro lado, me llevan por otro camino.... ¿A dónde? Yo misma no lo sé. Acaso a servir a los pobres, a los enfermos, a los huérfanos como yo, para quienes el mundo es un desierto. Tal vez no sería yo una buena esposa, y tú puedes y debes ser amado de quien sea digna de ti. La ilusión engaña; la esperanza es una sirena que nos atrae a los abismos.²³⁶

Aunque Angelina ama con sinceridad a Rodolfo, su espíritu caritativo y benefactor la ponen en una disyuntiva: debe decidir quedarse al lado de Rodolfo o sacrificarse por los

²³⁴ *Ibídem*, p. 349.

²³⁵ *Ibídem*, p. 354.

²³⁶ *Ibídem*, p. 420.

que menos tienen. Y como muestra de entrega y abnegación ella deja toda su comodidad en casa de Rodolfo para irse a cuidar a su padre adoptivo:

—Temo separarme de ti, Rorró. Pero ¡qué he de hacer! No necesito que él me lo diga; comprendo muy bien que hago falta. ¿Te figuras cómo estará aquella casa? Ya me la imagino, desaseada, inmunda. Señora Francisca ya no está para fiestas, y mi deber, mi obligación es estar allá, con el santo anciano que tanto necesita de quien le vea y le mime. Bueno, es cierto, hago falta allá... pero... aquí ¿quién cuidará de tu tía? ¿Doña Pepita? La pobrecita ya no puede.... Sólo de pensar en eso me apeno y me aflijo. Yo sé muy bien que si le digo al señor cura que no quiero ir, no me lo exige, pero....²³⁷

Ella sabe que al salir de esa casa le espera un destino incierto, pero no claudica en su determinación y decide marcharse para ayudar al hombre que la crió como a una hija cuando ella se vio sola y desamparada en el mundo:

¿Quién asegura que nos volvamos a ver? ¿Quién me asegura que volveré a esta casa, donde he pasado los días más felices de mi vida? Me separo de ti, y no me sorprende la separación. Así la esperé, así la temí, no sólo porque debía yo volver al lado de mi papá, sino porque desde niña me persigue la desgracia. He aprendido en la escuela del dolor que toda dicha, toda felicidad es pasajera, fugitiva y efímera.²³⁸

Angelina se instaló en la casa del padre Solís para cuidarlo, ahí se dio cuenta de su condición social: es huérfana y pobre, en contraste con Gabriela Fernández que es hija de una familia muy acaudalada, esta comparación que está de manera constante en sus pensamientos termina por convencerla de que ella no es digna de Rodolfo, aunado a que ella cree que Rodolfo preferiría a Gabriela en vez de a ella, por tal razón decide, de manera definitiva, renunciar al amor de Rodolfo, así lo manifiesta en su carta de despedida:

Al escribir estos renglones estoy bañada en lágrimas, siento que el alma se me va, porque te he amado y te amo todavía con todas las fuerzas de mi corazón; pero he comprendido que debo ser franca; que haría mal, muy mal, si fomentara en el tuyo un sentimiento que te cierra las puertas de un porvenir que yo no debo malograr. [...] yo buscaré en Dios otra felicidad mejor que todas esas tan codiciadas en el mundo.²³⁹

No hay sorpresas, una mujer con tantas virtudes y tendencia a hacer el bien era natural que se convirtiera, como dijera la tía Pepa, en “hermana de la caridad”, así nos lo hace saber Rodolfo:

²³⁷ *Ibidem*, p. 224.

²³⁸ *Ídem*.

²³⁹ *Ibidem*, p. 420.

Angelina profesó en México dos años después. Cuando las Hermanas fueron expulsadas pasó a París, y de allí la mandaron a Cochinchina. En París la vieron los señores Fernández.

—¡Si usted la viera, Rodolfo! —me decía la señora—. ¡Lindísima! Parece una santa.²⁴⁰

Hasta aquí, podemos atestiguar que Rafael Delgado creó en su novela *Angelina* un personaje con características especiales que se engloban dentro del marco literario de la *donna angelicata*. Es necesario recordar que tanto Dante Alighieri como Petrarca crearon un ideal de mujer con características de santas, cuyo trabajo principal era salvar y guiar a los hombres en su camino hacia la salvación. No hay que olvidar que las mujeres, por ser madres, se convierten en intercesoras ante la divinidad (cualquiera que ésta sea) tanto de sus hijos como del hombre al que aman.

Como es sabido, al inicio de *La Divina Comedia* Beatriz fue quien se le apareció a Dante y es ella quien le envió al poeta Virgilio para que lo ayudara en su travesía por el infierno y el purgatorio, al final de su recorrido por estas dos estancias, antes de entrar al cielo, Dante es conducido a las aguas de los ríos Leteo (que borra los pecados) y Eunoe (que trae a la memoria las buenas acciones que se han hecho) por Matilde y a partir de ahí, fue Beatriz quien lo guió en su inicio de su recorrido por el cielo. Algo que vale la pena remarcar es que Dante creó, con el personaje de Beatriz, una imagen de feminidad sacra que ya no necesitaba ser reconocida oficialmente por el dogma religioso. Pues al tener ella la autoridad para recibir al poeta en el cielo y conducirlo por él, la igualó a san Pedro y no necesitó de él para poder acceder al lugar de la Gracia.

Así, en la creación de un ideal femenino que cumpla con las características de un ser angelical, Susana Montero afirma que se debe tomar en cuenta “que antes de su enunciación como tal en el Romanticismo, los rasgos básicos de dicha figura (hermosura, levedad, pureza, indefensión, y tendencia a un no-lugar determinado desde el hombre y su espacio) ya habían aparecido en la literatura nacional, sin duda relacionados con el cultivo de la lírica mariana”,²⁴¹ en este sentido, no es casual que Rafael Delgado haga su propia versión de una mujer cuyas virtudes y acciones sean loables y tengan cierto toque maternal, y que se interese por servir a los demás, sobre todo los más desvalidos.

²⁴⁰ *Ibidem*, pp. 423-424.

²⁴¹ MONTERO SÁNCHEZ, Susana A., *op. cit.*, p. 92.

Ahora bien, Angelina cumple con algunas de estas virtudes, iniciando por el nombre, que como ya mencioné remite a lo sagrado, pasando por su descripción física, cuya belleza se equipara con la de una virgen; su amor hacia Rodolfo y su familia, por la cual es capaz de sacrificarse; y por su increíble bondad para los demás, cualidades que socialmente están un poco empañadas por lo ilegítimo de su origen.

Lo interesante, para efectos de lo que vengo comentando, radica en que a pesar de estas virtudes, Angelina se queda confinada a sacrificarlo todo por amor, pero más que por amor, por el determinismo social y decimonónico que impiden su movilidad social, de ahí que su amor no sea correspondido, así lo afirma Adriana Sandoval:

El amor entre Rodolfo y Angelina no llega a concretarse de manera importante, por las diferencias de cuna entre uno y otra. Rodolfo no es de modo alguno rico — pertenece a una clase media empobrecida—, pero es hijo legítimo; Angelina, en cambio, tiene dos graves inconvenientes sociales (y económicos): además de ser huérfana (creció con un sacerdote que la recogió, al que llama papá), es hija fuera del matrimonio.²⁴²

La historia de Angelina evidencia la situación social que imperaba en el México decimonónico, el lugar y condición de nacimiento determinaban el futuro de las personas, pues como vimos, a pesar de todos sus atributos y buenas acciones, Angelina se quedó como una mujer que sólo era útil ayudando a los demás.

3.2. Gabriela Fernández, la bondadosa marquesita

En esta misma novela, existe otro personaje que también comparte muchas de las virtudes de Angelina, me refiero a Gabriela Fernández, personaje emblemático de esta historia. A diferencia de Angelina, Gabriela pertenece a una familia acaudalada, de ahí sus dotes de gentil y bien educada. Al ver la historia de sus padres entendemos el porqué del carácter de Gabriela. Su padre, Carlos Fernández, es un hombre que supo hacer fortuna y que está al pendiente de su familia, él es descrito de la siguiente manera:

Era bueno, inteligente, franco, leal, desinteresado, (que también en el rico cabe el interés) y se preciaba de urbano y atento; pero justo es decir que solía ser desdeñoso con las personas en quienes no hallaba corrección y buenos modales, y acaso el único camino por donde fuera fácil vencerle era el de la más exquisita pulcritud;

²⁴² SANDOVAL LARA, Adriana, “La *Angelina* de Rafael Delgado”, s/f., p. 177.

todo lo perdonaba, los mayores defectos, los más grandes vicios, menos el trato burdo, la maledicencia y la mala crianza.²⁴³

Don Carlos es un buen ejemplo de un hombre que supo abrirse camino por sus propios medios hasta alcanzar una favorable estabilidad económica; es un hombre noble y gentil que a pesar de haber padecido malos tratos en su juventud es capaz de entender a las personas que por distintas circunstancias tienen una condición inferior a él. Don Carlos está casado con doña Gabriela de Fernández, quien a mi parecer, representa a las señoras de clase refinada que cumplen con la función de ser una excelente madrepasa. Rodolfo la describe de la siguiente manera:

La señora doña Gabriela me pareció siempre un simpático y elegante tipo de mujer. Fina y correcta como su esposo, elegante por naturaleza y educación, desdeñosa como él para con las gentes vulgares y ordinarias, la señora doña Gabriela poseía el rarísimo don de hacerse amar de todos, sin que para ello empleara lisonjas y lagoterías. Lujosa sin ostentación, elegante sin pretender atraerse las miradas de los demás, fina sin charla zalamera, para todos tenía una palabra cariñosa. Había en ella algo o mucho de aquellas damas mexicanas, chapadas a la antigua, piadosas sin gazmoñería, caritativas sin parecer sensibleras, y en las cuales no podemos pensar sin imaginárnoslas vestidas de negro y veladas con rica y aristocrática mantilla.²⁴⁴

Doña Gabriela es un buen ejemplo del ideal de una mujer decimonónica, pues era bella, piadosa, elegante, bien educada, caritativa y tenía un trato digno para con sus semejantes. Además de ello, vivía con un hombre acaudalado. Como evidencié en el capítulo dos de este trabajo, muchos de los atributos de la señora Fernández eran requisitos indispensables de las señoritas porfirianas, si querían conseguir un buen marido y alcanzar una estabilidad económica y social respetable, ello incluía la posesión de una buena dote.

Dueños de la hacienda Santa Clara en Pluviosilla, los padres de Gabriela representan el progreso porfiriano, porque supieron hacer fortuna y son una familia refinada que contrasta con el vulgo villaverdino:

Conviene saber que la familia Fernández era mal vista en la ciudad. Su cultura chocaba a los buenos budistas de Villaverde. Cuando compró la hacienda de Santa Clara, el señor Fernández vino a vivir a mi ciudad natal, y procuró relacionar a los suyos con lo mejor de Villaverde. [...] Pero éstos no hicieron relaciones con nadie; mejor dicho: los villaverdinos no correspondieron a los deseos de la señora y señorita Fernández. Sólo intimaron éstas, con Sarmiento y el P. Solís, pues aunque visitaron a las principales familias de la ciudad, mis buenas paisanas no dieron muestras de estimación por las recién llegadas.²⁴⁵

²⁴³ DELGADO, Rafael, *Angelina*, p. 330.

²⁴⁴ *Ibidem*, pp. 330-331.

²⁴⁵ *Ibidem*, pp. 104-105

Es natural que por ser hija de una familia adinerada y educada, Gabriela sea presentada como una señorita de clase. Su presencia se impone debido a lo magnífico de su belleza:

La rubia Gabriela era franca, alegre, expansiva, y había en ella cierta sencillez infantil muy en armonía con el azul violado de sus ojos y el áureo color de sus joyantes cabellos. Destrenzados, sueltos, atados con una cinta de seda, se me antojaban un haz de mies madura. Gabriela subyugaba las almas con la dulzura de su carácter, mejor que con su delicada y elegante belleza. Y era lindísima: fisonomía suave y aristocrática; perfil correcto; labios ingenuos, expresivos, como entreabiertos levemente por una exclamación de sorpresa; las mejillas con los tintes de la rosa: la cabeza artística y gentil; el cuello delgado y donairoso. Poseía la blonda señorita, algo, o mucho, de la singular belleza de dos mujeres muy célebres y admiradas entonces: Adelina Patti y la Emperatriz Eugenia. Alta, delgada, esbeltísima, «ideal», como acostumbra a decir los poetas, en Gabriela se juntaban maravillosamente la frescura de una arrogante juventud y los encantos misteriosos de una belleza apacible y casta.²⁴⁶



Ilustración 2.
Adelina Patti.

Artista desconocido, entre finales de 1860 y principios de 1870.

Si para la descripción física del personaje de Angelina, el autor comparó su belleza con la imagen de una virgen del Renacimiento, para describir a Gabriela no se quedó atrás y echó mano de dos mujeres para evidenciar la calidad de la belleza que poseía la señorita Fernández, en primer lugar habla de Adelina Patti (1843-1919) quien fue una cantante de ópera italiana, nacida en Madrid, y se le consideró como una de las cantantes más destacadas de finales del siglo XIX.²⁴⁷ (Ver ilustración 2).

²⁴⁶ *Ibidem*, p. 339.

²⁴⁷ Hija de padres italianos. Su padre, Salvador Patti, era profesor de música y buen tenor, y su madre, Catalina Chiesa, estaba contratada en Madrid, al venir al mundo Adelina, como *prima donna* del teatro del circo de dicha capital. Aunque estuvo casada varias veces, no tuvo hijos. Sus dos hermanas, Carlota y Amalia se dedicaron a la misma carrera que Adelina. Murió el 27 de septiembre de 1919. (“Adelina Patti”, en *Enciclopedia Vniversal Ilvstrada Evropeo Americana*, Madrid, Espasa-Calpe, 1995, t. 42, pp. 914-916). Imagen disponible en línea en: <http://godsandfoolishgrandeur.blogspot.com/2017/06/prima-donna-portraits-of-adelina-patti.html>, consultado el 19 de julio de 2019.

La otra mujer que ilustra la belleza de Gabriela es la emperatriz Eugenia²⁴⁸ (1826-1920) cuyo nombre real fue María Eugenia Palafox Portocarrero y Kirkpatrick, cuya belleza y elegancia eran indiscutibles. Un dato interesante que se relaciona de alguna manera con el contexto histórico de este trabajo, es que, al ser esposa del Emperador Napoleón III, promovió y aprobó la invasión francesa de México, y dio su total apoyo al emperador Maximiliano de Habsburgo, cuyo desenlace terminó con el fusilamiento del emperador y la restauración de la república.



Ilustración 3.
La emperatriz Eugenia.
Foto: Gérard Blot / Rmn-grand Palais

Como podemos ver, la belleza de Gabriela se relaciona con la aristocracia y con el mundo del espectáculo; por si fuera poco, la belleza de Gabriela está engalanada con otras virtudes y talentos, entre ellos sabía tocar el piano, otras veces “tejía o leía y revisaba sus periódicos de modas”, aun con todas esas cualidades Gabriela no era presumida ni altanera:

Habituada al trato de personas cultas y distinguidas; educada con esmero; rodeada de cuanto la opulencia y el amor paternal pueden ofrecer a una niña de su clase y condiciones, la señorita Fernández ni estaba engreída con su elegancia, ni pagada de su hermosura, ni satisfecha de sus raras habilidades. Tocaba el piano como una profesora y se creía una pobre aficionada; dibujaba magistralmente. [...] Obediente, sumisa a la voz de sus padres, jamás se oponía a sus mandatos, como suelen hacerlo las señoritas de las clases elevadas, que gustan de ser caprichosas y se complacen en ser mimadas por los suyos. La vida de Gabriela estaba consagrada a sus padres. Obsequiarlos, tenerlos alegres y contentos era su único deseo, y de seguro que nunca dejó de agradecerlos.²⁴⁹

²⁴⁸ Fue emperatriz de los franceses, hija de los condes de Montijo. Por su nacimiento, por su extraordinaria belleza, por la delicadeza de sus sentimientos y por su exquisita educación, todo hacía presagiar en ella un envidiable porvenir, y se cuenta que a los trece años una gitana le dijo la buenaventura le auguró que sería reina, y diez años más tarde el abate Brudinet, en ocasión semejante, advertía una corona imperial en su mano. El 29 de enero de 1853 se casó por lo civil con Napoleón Bonaparte en el Palacio de las Tullerías, y el 30 de enero llevaron a cabo el matrimonio religiosos en la catedral de Notre Dame, convirtiéndose así en emperatriz de los franceses. Murió a los 94 años en el Palacio de la Lira en Madrid, el 10 de julio de 1920. (Emperatriz Eugenia, en *Enciclopedia Vniversal Ilustrada Evropeo Americana*, Madrid, Espasa-Calpe, 1995, t. 22, pp. 1318-1320). Imagen disponible en línea en https://www.nationalgeographic.com.es/historia/grandes-reportajes/eugenia-montijo-glamour-del-imperio-frances_12240, consultada el 19 de julio de 2019.

²⁴⁹ *Ibíd.*, p. 340.

Se puede ver que Gabriela es un modelo de hija ejemplar, y además tiene talentos que muestran un tipo de educación que va más allá de la educación ligada con el servicio doméstico, pues es educada y sabe tocar el piano, lo cual evidencia que durante este régimen “apenas un reducido grupo, conformado por jóvenes pertenecientes a familias ilustradas y ricas, tenían acceso a estudios “superiores” mediante una formación privada dentro del hogar”.²⁵⁰ Es por estos atributos que Gabriela también representa prototipo de la mujer ilustrada:

Si la figura del ángel de hogar fue la de más largo aliento durante el lapso que nos ocupa, en cambio, la de la mujer ilustrada vino a ser el producto más representativo del discurso liberal decimonónico y la que tuvo una más exacta correspondencia con el proyecto de modernización nacional, habida cuenta de su caracterización como sujeto culto, racional, amante del orden y la higiene, ajeno a todo fanatismo, útil a su familia y, a través de ésta, a la sociedad. [...] No alteró en su esencialidad la concepción patriarcal sobre la mujer, por cuanto ésta siguió siendo un sujeto-para-los-otros, limitado al espacio hogareño o, aún más, concebido en función exclusiva de éste; aunque ahora tal dependencia fuera el elegante resultado de una sabia y prudente elección de la misma y no de su carencia de alternativas.²⁵¹

La descripción anterior nos ayuda a entender el comportamiento de ella hacia su familia. El modo de ser de Gabriela no encajó entre las mujeres de Villaverde quienes la veían con desprecio:

—¿Gabriela Fernández? ¡Más orgullosa! ¡Más frívola! ¡Qué pagada de sí! ¡Qué entonada! ¿Qué se estará creyendo? Si creerá que en Villaverde no hemos visto lujo ni elegancia.... Sí, sí, ya sabemos que dice que esta población es una hacienda grande.... Creerá que viene a deslumbrarnos con sus exterioridades y sus trajes. ¿Y todo por qué? Porque sabe tocar el piano. Allí está Luisita Castro Pérez que toca tan bien como ella, y sin embargo es modesta y humilde. Pues se engaña; no hemos de visitarla ni por una de estas nueve cosas. ¡Que gocen de su lujo y de su dinero! ¡Que luzca Gabrielita sus trapos caros! Para nada necesitamos de ella. ¡Qué gusto! —repetían las envidiosas— ¡Qué gusto! Todos los muchachos de aquí salen con cajas destempladas. ¡Mejor! ¡Mejor! ¡Quién les manda enamorar marquesitas! Y bien visto, ¿quiénes son los enamorados? ¡Eduardito... sólo Eduardito! El muy tonto, como tiene dinero, como su padre es rico, está seguro de que le hará caso.²⁵²

La mala impresión de las villaverdinas es motivada por la envidia, pues en realidad Gabriela no es nada de lo que dicen. Entonces, como es natural, esta mujer queda fuera de las pretensiones amorosas de Rodolfo, pues el abismo que hay entre los dos no sólo es

²⁵⁰ ALVARADO, María de Lourdes, “La educación superior...”, p. 14.

²⁵¹ MONTERO SÁNCHEZ, Susana. A., *La construcción simbólica...*, p. 95.

²⁵² DELGADO, Rafael, *Angelina*, p. 105.

económico y social, sino que también de tipo amoroso, ya que Gabriela en el pasado tuvo un novio en el que aún piensa:

Me hizo una confidencia; me refirió que había estado enamorada de un joven muy rico y apuesto, mas, por desgracia, dado al juego y a los vicios. “¡Le quise mucho! —me decía entristecida,— pero fue preciso olvidarle.... ¿Olvidarle? No, no le olvido aún. Fue preciso poner término a esos amores que no eran del agrado de mi papá; pero le confieso a usted, Rodolfo, que le quise mucho, ¡mucho!”...²⁵³

A la pena amorosa que aqueja a Gabriela hay que añadirle que tiene un hermano jorobado, quien debido a su defecto físico, es indisciplinado y grosero:

Era corcovado y tenía color de cadáver. Causóme dolorosa impresión la figura de aquel pobre niño enfermizo y lisiado. Su rostro era el rostro de un polichinela: naricilla de poeta satírico, boca grande y sarcástica, sonrisa burlona. El cráneo voluminoso, bien conformado, acusaba rara inteligencia, aterradora precocidad. [...] El pobre niño, lisiado, enfermizo, horrendamente precoz, era ruin, mezquino, insolente, atrevido y deslenguado. Como todos le halagaban y le complacían, y no había capricho que no consiguiera ni falta que no le fuese perdonada, imperaba en aquella casa como soberano absoluto, como señor de vidas y haciendas, siempre dispuesto a hacer el mal, complaciéndose en atormentar a los animales que caían en sus manos, gozándose en insultar y calumniar a los criados, en burlarse de todos, y en repetir las palabras más soeces aprendidas en la calle o de labios de los cocheros. La señorita Gabriela, objeto frecuente de las iras del niño, a causa, sin duda, de que sólo ella le corregía y le castigaba, pasaba ratos muy amargos. El corcovadito la aborrecía de muerte, como a todos cuantos se oponían a sus caprichos y deseos, y a la menor corrección la insultaba con dichos y palabras de taberna.²⁵⁴

Es evidente que en Gabriela se cumple el dicho aquel que dice: “aunque la jaula sea de oro, no por eso deja de ser prisión”, su pasado amoroso y lo que vive a diario, a causa de las maldades de su hermano, hacen que su vida sea bastante difícil, de modo que en más de una vez ella llora y se lamenta por su condición. La vida de Gabriela muestra un aspecto que a veces pasa desapercibido, el de que los ricos también lloran:

—¿Que no llore? —murmuró enjugándose los ojos—. ¡Cómo no he de llorar! Quiero a Pepillo con toda mi alma. Día y noche le tengo en la memoria.... Su desgracia es la eterna amargura de mi vida. ¡Deforme, enfermizo, y... malo! Sí, Rodolfo; ese niño es malo. ¿A quién ha salido? ¿De quién ha heredado esa perversidad de corazón? ¿Qué será de él si llega a hombre? Me odia, me detesta, y yo le amo.... Ya usted ha visto cómo me trata.... ¡Y todas las gentes me envidian, y todos dicen que soy la más feliz de las mujeres!... [...] —Todos me envidian y codician mis riquezas, pero, a decir verdad, amigo mío, ¿de qué me sirven lujo, comodidades y bienestar, si en medio de todo eso soy víctima de ese pobre niño, de mi hermanito, de mi único hermano a quien amo y compadezco?²⁵⁵

²⁵³ *Ibidem*, p. 368.

²⁵⁴ *Ibidem*, pp. 227; 340-341.

²⁵⁵ *Ibidem*, p. 342-343.

Y Gabriela no es la única que lamenta este hecho, el mismo señor Fernández se duele de la condición del chiquillo: “—Si este niño tuviera salud y robustez como esos chiquitines que pasan por ahí... ¡aunque fuésemos tan pobres como un mendigo!”.²⁵⁶ Pero a pesar de las adversidades que a diario enfrenta, Gabriela muestra su donosura para con los demás como en cierta ocasión en la que se expresa bien de Angelina:

—Papá: ¿conoces a esa joven?
—No; —respondió el caballero— pero debe ser muy hermosa, y sobre todo muy estimable... porque tú nos hablas de ella a cada instante.
—¿Verdad, señor, —dijo la señorita dirigiéndose a mí— verdad que Angelina es una muchacha muy inteligente y muy cariñosa? Es compañera mía en la Conferencia, y todos la queremos mucho, ¡mucho!... Y, dígame usted: ¿por qué es tan retraída? Yo siempre empeñada en llevarla a casa, y ella excusándose. Cuando usted la vea, dígame que la quiero mucho; que la estimo en todo lo que vale; y que hace mal en no corresponder a mi cariñosa amistad.²⁵⁷

Salvo en el detalle, de relacionarse con un chico que tiene algunos vicios, la vida de Gabriela es aparentemente perfecta, ella cumple con el estereotipo una señorita porfiriana que consiste entre otras cosas, en ser educada, elegante y de familia acaudalada, que está sujeta en obediencia a sus padres mientras espera la llegada de un buen marido.

En Gabriela también se muestra una actitud similar a la de Angelina, es decir, la creencia del amor como redención. Aunque para Rodolfo y la tía Carmen, Gabriela era el ideal de mujer con la que pudiera casarse, ella nunca conoció las pretensiones amorosas de Rodolfo y termina confesándole el probable regreso de su antiguo novio, Ernesto...

—Diga usted, Gabriela... —dije muy quedito...
—¡Me ha escrito! ¡Me ha escrito! ¡Una carta muy tierna, una carta muy sentida!
—¿Quién?
—Ernesto.
—¿Sí?
—¿Le sorprende a usted?
—No... pero no lo esperaba. La resolución de usted... los deseos de don Carlos...
—Mi padre cederá... En cuanto a mí... Soy mujer, esto es, soy débil. Ernesto me ama, ¡estoy segura de ello!... Ahora me escribe, implorando mi perdón. Ruega, suplica, y no puedo despreciarle porque le amo... Puede mucho una mujer... Yo mataré en el corazón de Ernesto esa pasión funesta... yo seré su ángel tutelar... y cuando le vea yo regenerado, cuando haya dejado para siempre ese vicio horrible... ¡le daré mi mano! Dicen que soy hermosa, dicen que soy inteligente, que soy amable... Pues bien, todas esas cualidades me servirán para redimirle...²⁵⁸

²⁵⁶ *Ibidem*, p. 331.

²⁵⁷ *Ibidem*, p. 325.

²⁵⁸ *Ibidem*, p. 404.

Aunque Gabriela se reconoce débil por ser mujer, hará uso de todas sus virtudes para poder redimir al hombre que ama. Si bien aunque en realidad nunca se dio un triángulo amoroso, entre Angelina, Rodolfo y Gabriela, (pues Rodolfo no tuvo el valor suficiente para declararle su amor), entre la gente del pueblo se comentaba en un principio que Rodolfo andaba perdido por Gabriela y cuando se va a trabajar a la hacienda de la familia Fernández el rumor cobró más fuerza:

Mis paisanos no tardaron en advertir que, tarde a tarde me pasaba yo las horas oyendo tocar a Gabrielita. Una noche, al entrar en la botica, oí que hablaban de la señorita Fernández, y que decían algo de mí. Pronto supe que en todos los corrillos, en todos los mentideros, en cada casa, decían y repetían que estaba yo enamorado; que me bebía los vientos por la hija del acaudalado dueño de Santa Clara. [...] Todos lo decían en Villaverde, pero no era verdad. Me gustaba la rubia, a qué negarlo, pero nada más; mi corazón era de Angelina.²⁵⁹

Las principales promotoras de este rumor fueron las señoritas Castro Pérez, después ya se sabía en todos lados. Pero en realidad, nunca se concretó una relación amorosa entre los tres, pues se apegaron a los preceptos sociales: Gabriela, aunque veía en Rodolfo ciertas características que le recordaban a Ernesto y hace de Rodolfo su confidente, nunca se enteró de que Rodolfo la amaba; Rodolfo comprendió lo imposible de su relación con Gabriela, pues por ser pobre, Gabriela es inalcanzable para él; Angelina se hace a un lado para no entorpecer un probable matrimonio entre Gabriela y Rodolfo, ignorando que nunca se correspondieron de manera afectiva.

La última mención de la refinada señorita Fernández la hace el mismo Rodolfo, cuando a manera de epílogo nos cuenta el final que tuvieron las personas más cercanas a él:

Gabriela [se] casó con Ernesto, y es madre de dos niños tan hermosos como ella. ¿Es feliz? Creo que sí. La rubia señorita era muy lista e hizo de su novio un marido discreto, laborioso y de excelentes costumbres.²⁶⁰

Como se observa, Gabriela termina como su buena educación y abolengo la habían predestinado, es decir, se convierte en un modelo ideal de hija, y más tarde, con su conducta y entrega, llega a ser excelente madrepasa que cumple con su papel de mujer casada. No hay que olvidar que “la mujer, en virtud de la obediencia que juraba al marido en el matrimonio, en virtud de su obligación de cohabitar con él dondequiera que fijara su

²⁵⁹ *Ibidem*, pp. 105-106; 175.

²⁶⁰ *Ibidem*, p. 424.

residencia, se involucraba en cuerpo y alma en su nueva situación”,²⁶¹ y Gabriela para eso fue educada.

3.3. Carmen y Pepa, las madres vírgenes

En *Angelina* hay un par de mujeres que por sus acciones y por el infinito amor que le tienen a su sobrino cumplen con el rol de mujeres abnegadas, me refiero a Carmen y Pepa las tías de Rodolfo. La historia de estas mujeres está marcada por dos cuestiones particulares: por un lado, son dos mujeres ya ancianas y enfermas que han caído de posición social, debido a la precaria situación económica en la que viven, y por otro, una de ellas, Carmen, sufre la amargura ocasionada por un amor mal correspondido.

Una primera sorpresa que se llevó Rodolfo al regresar a su pueblo natal es enterarse que debido a la situación económica por la que pasaban sus tías tuvieron que vender la casa en la que había nacido para subsistir, así se lo manifiesta Andrés, un antiguo empleado de la familia:

—¿A dónde vas? ¿Ya no conoces tu tierra?

—A casa.

—Si ya no viven donde antes.

—¿Cuándo mudaron de casa?

—¡Uh! ¡Hace tiempo! Como vendieron la casita.... Yo les dije que no lo hicieran; pero fue preciso.... [...]

Estas palabras del antiguo servidor de mis padres fueron para mí como un rayo de luz. Todo lo comprendí. La situación de mis tías era, sin duda, por extremo precaria. Ahora me daba yo cuenta de la tristeza que informaba sus cartas; ahora estimaba yo en lo justo la magnitud de sus afanes y de sus sacrificios.

Andrés prosiguió:

—Están muy pobres. No han querido decirte nada para no afligirte. ¡Las pobrecitas te quieren mucho!²⁶²

La situación era tan precaria en la casa, que incluso se evidencia en los muebles que tienen:

Entramos en la salita. ¡Qué pobre y qué triste! De una ojeada, a la luz de la vela que traía la joven que nos abrió la puerta, aprecié lo que encerraba: algunos muebles vetustos; sillas seculares de alto respaldo y garras de león, resto de antiguos esplendores domésticos; dos rinconeras con sus nichos de hoja de lata; un sofá tapizado de cerda.²⁶³

²⁶¹ RAMOS ESCANDÓN, Carmen, “Cuerpos contruidos...”, p. 84

²⁶² DELGADO, Rafael, *Angelina*, p. 15.

²⁶³ *Ibidem*, p. 17.

La pobreza en la que viven las dos mujeres es por partida doble, pues no sólo están pobres económicamente sino que también su salud está afectada, principalmente la de la tía Carmen, así se lo hace saber la tía Pepa a Rodolfo:

Carmen no ha dormido en toda la noche, pensando en ti, muy contenta de haberte visto. ¡Tiene tu tía unas cosas! Dice que pronto liará el petate; que ya viniste y que, tal vez, eso nada más espera Dios para llevársela. Así sucede todos los días; siempre amargándonos la vida con tristezas, siempre haciéndonos llorar.²⁶⁴

En este primer acercamiento que el autor nos hace de las dos mujeres, nos deja ver que las tías de Rodolfo son pobres y una de ellas está enferma. Ambas han subsistido gracias a la ayuda de Angelina y Andrés. El personaje de Andrés es muy significativo en el desarrollo de la trama; pues sirve como sostén de las tías, además, guarda algunas similitudes con Angelina y con Filomena, la criada de doña Dolores Collantes en *Los parientes ricos*; Rodolfo reconoce lo que Andrés ha hecho por su familia:

La generosidad de aquel servidor, fiel en todo tiempo a sus amos, me llenó de admiración. Andrés no tenía familia; no conoció a sus padres; le dejaron huérfano en muy temprana edad, y pasó la infancia en el campo, desempeñando rudísimas labores, al servicio de gentes que lo trataban mal. Solía recordar las amargas de esa época, y contaba minuciosamente sus trabajos y sus penas; pero nunca le oímos quejarse de la aspereza de sus primeros amos, ni jamás se le escapó una palabra en contra de ellos. Mi padre le sacó del rancho donde vivía, le tomó a su servicio, y el mancebo fue bien pronto digno del cariño de todos nosotros.²⁶⁵

Como podemos ver, el tema de la orfandad es recurrente en las novelas de autor, en sus cuatro novelas hay personajes huérfanos que enfrentan las adversidades de la vida con trabajo y sacrificio. Andrés decidió no casarse, pues consideraba, al igual que Filomena, que la familia de sus amos era también la suya, debido al buen trato que le daban. Su agradecimiento es tan grande que, cuando la familia vino a menos, se fue a otro pueblo para poner un negocio y así ayudar a las tías de Rodolfo:

Cuando la familia vino a menos, y mis tías no pudieron ya retribuir sus servicios, Andrés, más por ser útil a nosotros que por deseos de medro, nos dejó y fue a establecerse en un pueblo cercano. Con sus ahorros, ya muy mermados por haber subvenido secretamente a las necesidades de la familia, puso una tienda, y allí, a fuerza de trabajo y de economías hizo un piquillo, que, —como decía,— le bastaba para vivir y auxiliar a las señoritas.²⁶⁶

²⁶⁴ *Ibidem*, p. 28.

²⁶⁵ *Ibidem*, p. 81.

²⁶⁶ *Ibidem*, pp. 81-82.

Así, Andrés terminó convirtiéndose en el proveedor de las mujeres, cuando la tía Carmen cayó enferma, malbarató su negocio y se fue a radicar a Santa Rosa con tal de estar más cerca de las mujeres y ayudarles con lo que necesitaran. Finalmente, él se estableció de nueva cuenta en Villaverde:

El fiel servidor, establecido en Villaverde, allá por el barrio de San Antonio, en una tienda que se llamaba *La Legalidad*, fue, como siempre, una providencia para las tías. Desde luego resolvió que ellas le asistieran, y por ello pagaba más de lo justo. —Que nada falte; —repetía— veremos hasta dónde alcanza la pita. Nada de esto me dijo; lo supe más tarde de boca de la tía Pepa. El buen viejo se limitó a ofrecerme lo que acaso no le era dable hacer—gastarse cuanto tenía.²⁶⁷

El retrato que el autor hace de la servidumbre en sus novelas, refleja que las personas del servicio doméstico son fieles, honradas y trabajadoras. Angelina, Andrés y Filomena son ejemplo de ello. Las acciones de estas personas son muy loables, sobre todo cuando han dejado todo, incluso su propia vida, con tal de dedicarse a servir y a agradar a las personas que los tomaron a su servicio.

La pobreza y la enfermedad han sido la causa por la que la tía Carmen haya tenido un cambio importante en su manera de ser, pues de ser una dama osca y dura, ahora ha cambiado su actitud:

Siempre fue adusta y severa; jamás lisonjeaba, nunca tenía una frase dulce y afable. La enfermedad había quebrantado aquel carácter entero, férreo, como de una pieza. Ahora tenía ternuras y delicadezas que conmovían profundamente.²⁶⁸

Conforme avanza la historia, nos vamos enterando de las vivencias del pasado de cada una de las hermanas. La historia de la tía Carmen es la siguiente:

La pobre anciana, aunque dulce y cariñosa, en realidad fue siempre áspera y severa, acaso agria. Contábase en la familia, que en su primera juventud se distinguía de mi madre y de mi tía Pepa en lo festivo de su conversación, en lo dulce de su trato. Alegre y bulliciosa, muy dada a fiestas y saraos, encanto de toda buena sociedad, a los veinte años se tornó silenciosa, reservada, melancólica. ¿A qué se debió tal cambio? Ello es que la Carmelita, (así la nombraba el abuelito), renunció a los espectáculos, moderó su lujo en el vestir, se apartó del trato de sus compañeras, y engrosó las filas de las solteronas, innumerables en Villaverde. Pero no era, como ellas, murmuradora y amiga de censurar a toda bicho viviente, vicio de cortijos y poblachones, donde no se vive más que para espiar a los vecinos y relatar diariamente cuanto éstos hacen o dejan de hacer.²⁶⁹

²⁶⁷ *Ibidem*, p.83.

²⁶⁸ *Ibidem*, p. 18.

²⁶⁹ *Ibidem*, p. 35.

La amargura que rodeó a la tía Carmen fue causada por a un mal de amores. Aunque fue pretendida por algunos galanes de la región, ella, al ser la hija de un militar y político influyente, fijó sus ojos en el capitán Fuenleal:

Sucedió lo que tenía que suceder, [...] que un gallardo capitán, guapo, discreto, elegante como el que más, logró clavar una saeta en aquel corazoncito de roca, y consiguió que la rubia Carmita pusiera alma y vida en tan brillante y codiciado oficial.²⁷⁰

A punto de casarse, con motivo de una revuelta, el capitán partió para cumplir con sus deberes militares, no obstante nunca regresó. Los rumores que se suscitaron por el incidente hicieron que la tía Carmen quedara enclaustrada de por vida:

La familia hizo de ello un misterio, y los murmuradores se contentaron con repetir que el capitán Fuenleal estaba loco por mi tía, pero que ésta envanecida y orgullosa de su hermosura, jugaba con el corazón de su amartelado, sin dejarse coger en las amorosas redes, sin dar prenda que la comprometiese más tarde. Pasaron los días, los meses y los años y nada supo Pluviosilla del capitán Fuenleal. Unos contaban que había muerto en campaña, después de batirse como un héroe; otros que pereciera en un duelo a que le llevó una aventura escandalosa; quienes que se había casado en Guadalajara con una rica heredera; quienes que estaba procesado por un delito que la Ordenanza castiga con pena de muerte. Hasta que un día la rubia Carmita dio en vestir lutos, y lutos fueron por toda su vida. Parece cierto —así lo asegura don Basilio— que Fuenleal pereció en un duelo; pero no garantiza que fuera por causas de escandalosos amoríos ni por altos motivos de pundonor militar. Mi tía permaneció fiel a la memoria de su único amor, fiel a su brillante y apuesto capitán.²⁷¹

Carmen nunca supo la verdad del porqué ya no volvió su enamorado, sin embargo, permaneció fiel a la promesa de matrimonio que nunca se concretó. Se quedó solterona y poco después le vino la enfermedad. En contraste, a la tía Pepa se le describe como una mujer que a pesar de las circunstancias, conserva un carácter alegre:

Mi tía Pepa, muy risueña y parlera, me esperaba sentada a la mesa [...] La buena de mi tía, no me dejaba hablar. Suelta de lengua, viva, ingeniosa, era difícil cortarle el hilo una vez que principiaba a hablar.²⁷²

Sujeta a la soltería por voluntad propia, la tía Pepa vive para agradar a su sobrino y para cuidar de su hermana enferma. En su papel de ama de casa, se encarga de que todo funcione a la perfección y pone especial énfasis en que Rodolfo sea atendido como ellas creen que lo merece, sin embargo, el mismo Rodolfo comprende lo triste de la situación:

²⁷⁰ *Ibidem*, p. 37.

²⁷¹ *Ibidem*, p. 38.

²⁷² *Ibidem*, pp. 28-29.

Acaricié a mi pobre tía, y pasé al sitio donde me esperaban. Las buenas señoras quisieron tratarme a cuerpo de rey, y sin embargo, ¡qué cena tan modesta y tan triste!²⁷³

Para que en casa no faltara el sustento, para costear los gastos generados por los estudios de Rodolfo en la capital y la enfermedad de su hermana Carmen, la tía Pepa tuvo que someterse incluso a una de las humillaciones más denigrantes de la época: se puso a trabajar; de ser hijas de un militar con cierto prestigio, pasaron a vivir en la precariedad y a trabajar en lo ajeno:

Vinieron las escaseces, la pobreza y la miseria. La enferma iba de mal en peor. Las convulsiones eran diarias, y duraban dos o tres horas. El brazo izquierdo no le servía para nada; las piernas fueron debilitándose, y la buena señora no pudo caminar sin el auxilio de ajena mano. A las amarguras de la pobreza se juntaron en mi pobre tía otras mayores: las que le causaba ver que su hermana trabajaba del día a la noche, sin que ella la pudiese ayudar. Tía Pepa hacía flores, cosía, y daba lecciones de lectura y de catecismo a una veintena de niños.²⁷⁴

Me llama la atención que la hija de un militar, que pertenecía a cierto estatus social y económico, aunque en más de una ocasión se menciona que no eran ricos, se gane la vida con los oficios de la clase baja, es decir cosiendo, haciendo flores y dando lecciones de catecismo. Sin embargo, a pesar de la situación económica en la que vivían, Rodolfo insiste en que sus tías no perdieron la dignidad:

Mis tías conservaron siempre en su pobreza su amada dignidad. Nunca pidieron ni un real a sus amigos, (y eso que los tenían muy ricos y dispuestos a socorrerlas) y prefirieron imponerse las más duras privaciones, antes que molestar a nadie. Se privaron de cuanto les pareció superfluo, —y nada superfluo había en aquella casa— y hasta de lo más necesario. Me duele el corazón cuando lo recuerdo; se me humedecen los ojos al apuntarlo aquí: mi tía Carmen se negó a medicarse para que no me faltase nada.²⁷⁵

Un detalle que destaca Marguerite Dunnell es la marcada diferencia entre las dos hermanas: por un lado, señala la practicidad con la que tía Pepa intenta resolver las dificultades: “for to her practical mind, a possible loss of prestige is less important than not having enough to eat”,²⁷⁶ en contraste, la tía Carmen, es orgullosa, pues para ella guardar las apariencias era más importante: “Doña Carmen’s snobbishness makes it difficult for her

²⁷³ *Ibidem*, p. 20.

²⁷⁴ *Ibidem*, p. 77.

²⁷⁵ *Ibidem*, pp.77-78.

²⁷⁶ DUNNELL, Marguerite Lucille, *The female characters in the novels of Rafael Delgado*, Thesis to obtain the Degree of Master of Arts, University of Texas, at El Paso, Faculty of the Department of Modern Languages of Texas, Western College, 1953, p. 34.

to reconcile herself to the loss of prestige and respectability that her family has suffered. She is concerned with keeping up appearances, and she gives this as the reasons for having made sacrifices for her nephew”,²⁷⁷ la comparación que hace Dunnell nos permite ver las motivaciones que ambas tías tienen para actuar según las circunstancias:

Desde entonces pesó sobre la tía Pepa todo el trabajo, el cual, como es de suponerse, no bastó a las necesidades de aquella casa, ni para sostener al sobrino, para sostenerme en el colegio. Tía Pepa dijo:

—«¡Que se venga! ¡Que no siga estudiando! Aquí le buscaremos un empleo, cualquier destino en que se gane alguna cosa». Pero la enferma se opuso a ello:

—«Que acabe el año, —replicó— ¡Dios dirá! Acaso para entonces nos paguen la pensión».²⁷⁸

Mientras para la tía Pepa la solución era que Rodolfo regresara y se pusiera a trabajar; para Carmen era más importante que su sobrino continuara estudiando y confiaba en que pronto recibirían la pensión que creían el gobierno tenía que darles por los años de servicio militar que su padre había dado al gobierno; sin embargo la pensión les fue negada.

Una preocupación importante para las tías de Rodolfo era que él encontrara una señorita digna y de buena familia para casarse, para tía Pepa, Angelina era una buena candidata:

—¡Ay, Rorró! Si alguna vez piensas casarte... busca una mujer como Angelina.

[...]

—¿Le gustaría a usted que me casara con Angelina?

—¡Cómo no! —exclamó alborozada— ¡Si es tan buena! ¡Si te quiere tanto!²⁷⁹

Y en otra ocasión la tía Pepa también le comentó:

No sé si Angelina habrá nacido para ser casada, pero, la verdad, Rorró, si te casaras con Angelina a mí me daría mucho gusto, mucho, mucho; sí, porque la quiero tanto como a ti, como ella se lo merece; porque así todo quedaría en casa; porque a esa niña la miro como algo nuestro, como persona de la familia.²⁸⁰

El tema de los noviazgos y casamientos no pasaba desapercibido para las tías de Rodolfo, ellas sólo querían lo mejor para su sobrino, no obstante, las muchachas de Villaverde no las convencían:

Ocurrióseme una vez tratar de las muchachas más lindas de Villaverde. Tía Carmen se prestó a la conversación, y estuvo ese día de muy buen humor. En ocasiones como aquella, se complacía en charlar como una polla y en agotar el frívolo y

²⁷⁷ *Ibidem*, p. 35.

²⁷⁸ DELGADO, Rafael, *Angelina*, p. 76.

²⁷⁹ *Ibidem*, p. 97.

²⁸⁰ *Ibidem*, p. 148.

gastado tema de noviazgos y bodas. No dejamos de nombrar a ninguna de las niñas casaderas. ¡Ninguna fue del agrado de mi tía. Unas le parecían tontas, coquetas, feas, sin gracia; otras, aunque bellas, superficiales y vanas; algunas, buenas muchachas, pero de *mala rama*, —como decía la enferma— esto es, de familias desconceptuadas e incorrectas; cuales simpáticas, pero de mala educación; cuales bien educaditas, pero vanidosas y muy pagadas de su letra menuda. ¡La educación! —decía—. ¡La educación antes que nada!²⁸¹

El fragmento anterior es importante, porque evidencia las maneras de enjaular los cuerpos de las mujeres; es decir, las mujeres son clasificadas al menos en tres rubros diferentes: son juzgadas por su apariencia física, por su forma de ser y por sus antecedentes familiares. Para la tía Carmen, las señoritas de Villaverde no están a la altura de lo que ella quiere para su sobrino, y la única que en su opinión, cumple los requisitos para casarse con Rodolfo es Gabriela Fernández:

—¡Esa sí! —exclamó la buena señora—. ¡Esa sí me gusta! ¡Tan bonita, tan inteligente, tan buena, tan sencilla! Es rica, y tiene la sencillez de una pobre; es inteligente e instruida, y no hace alarde de ello; es hermosa, y no está pagada de su belleza. ¡Ay Rorró! —agregó después de elogiar con mucho entusiasmo a la niña. Es una perla. Así quiero una mujer para ti. El otro día se lo dije a Pepa: ¡para Rodolfo, solamente Gabrielita! No temas, no temas; yo sé lo que te digo. Ya sabes que para esas cosas tengo yo buenos ojos. Eres pobre... ¡cierto! pues estoy segura de que Gabrielita te preferiría a cualquier villaverdino.²⁸²

Gabriela, como ya evidencié, cumple con el estereotipo de la época, es decir, es bonita, es de buena familia y es una mujer sencilla; sin embargo, de acuerdo con el contexto en el que se desarrolla la trama, Rodolfo tiene el agravante de ser pobre, motivo por el cual no está a la altura para pretender a tan magnífica y grata señorita. Pero la tía Carmen no quita el dedo del renglón y le insta a buscar el amor de Gabriela a pesar de los obstáculos:

Mira; oye mis consejos, que no te irá mal. Aunque eres pobre te casarás, sí, porque no te has de quedar soltero, como don Román, tu maestro, ni has de ser sacerdote. Te casarás, y... ¡cuánto le pedimos a Dios que haga buena elección! Cuando busques esposa atiende a encontrarla fina, bien educada, modesta, prudente, de buena familia. Atiende, sobre todo, a la educación; mira que por falta de ella se pierden muchos matrimonios. Lo sé bien, lo sé bien; yo sé lo que te digo. Ante todo la educación y la prudencia. Una mujer prudente es la bendición del Cielo para su esposo, y la educación suele hacer veces de la prudencia. Por eso Gabriela me gusta para ti.²⁸³

²⁸¹ *Ibidem*, p. 132.

²⁸² *Ibidem*, pp. 132-133.

²⁸³ *Ibidem*, p. 134.

Las cualidades que enumera la tía Carmen evidencian el ideal femenino de la época, una mujer debía ser fina, bien educada, modesta, prudente y de buena familia para recibir el visto bueno de sus futuros parientes; además de ello, como ya señalé en páginas anteriores, la mujer debía ser buena administradora y saber realizar y cumplir con las labores domésticas. A la tía Carmen le faltó tiempo, pues ya no estuvo para ver que su sobrino nunca se casó con Gabriela y que se quedó solterón al igual que su maestro Román. Ella murió con la esperanza de que su sobrino, aun con todo y su pobreza, pudiera casarse con la señorita Fernández:

¿Te ríes? Ya lo veo; te ríes tristemente. Ya te entiendo; piensas que eres pobre, y que por eso no puedes aspirar a ser amado de esa niña. Pues bien, si hoy eres pobre, acaso mañana serás rico. ¡Y aunque no lo seas! Pobre, muy pobre, más pobre de lo que eres, por tu familia, por tu educación, por todo, eres muy digno de ser esposo de Gabriela.²⁸⁴

Los achaques de la tía Carmen se agravaron, y la repentina partida de Angelina hace que las cosas se compliquen aún más en la casa de las dos mujeres, sobre todo para la tía Pepa quien cargaba con toda la responsabilidad de la casa. La tía Carmen se despide de Angelina en los siguientes términos:

—Niña: ven a platicar conmigo; mañana te vas, y acaso no volverás a verme, porque, desengáñate, hija, mi mal no tiene remedio. El doctor dice que nervios; pero yo no creo nada de eso. El mejor día sabrás que me he muerto....²⁸⁵

Finalmente, la tía Carmen murió y nada pudo hacer por cambiar la vida de su sobrino. Las dos tías comprendían que su precaria situación económica era el principal impedimento para que su sobrino cambiara su estatus social. Como nunca se casaron y su sobrino quedó huérfano desde pequeño, se convirtieron en la madre que Rodolfo nunca tuvo. La señorita Fernández, aunque cumplía con “los requisitos” que ellas creían indispensables, es decir, ser bella, educada, rica y de buena familia, no pudo corresponder al amor de Rodolfo, primeramente, porque él nunca le declaró su amor, sólo fue una especie de amigo y consejero, y además por el factor económico, pues como dijera Ramón, personaje de la novela *Los parientes ricos*: “Los ricos con las ricas se casan”.

Como en las otras novelas del autor, la muerte se encarga de terminar con los conflictos, primeramente murió la tía Carmen:

²⁸⁴ *Ibidem*, pp. 134-135.

²⁸⁵ *Ibidem*, p. 247.

Unos cuantos minutos y estaría yo a la cabecera de la enferma. Las pulmonías y las fiebres perniciosas son terribles en Villaverde, pocos ancianos las resisten, y mi pobre madrina, achacosa, débil, extenuada por largos padecimientos, tendría que sucumbir. Pero no, por qué, si la queríamos tanto... si era tan buena, tan cariñosa... ¡si era una santa! [...] El zaguán estaba abierto. Por una de las ventanas salía un torrente de luz. Lo comprendí todo. Sentí que se me desgarraba el corazón, que la sangre se me subía al cerebro. Al apearme del caballo vi, sin quererlo, el cadáver de mi madrina. Estaba velado con un lienzo blanco. [...] Tía Pepa salió a mi encuentro, reclinó en mi hombro la encanecida cabeza, y sin decir una palabra me abrazó fuertemente.²⁸⁶

La vida de las tías de Rodolfo representa, sin lugar a dudas, las diferentes circunstancias y peripecias que enfrentaban las mujeres decimonónicas. Ellas son presentadas como unas solteras ya envejecidas y cuya precariedad económica hace que cambien de estatus.

Carmen, la tía que alguna vez se enamoró, quedó relegada al encierro del cual sólo se libró con la muerte, primeramente para no enfrentar los chismes sobre su noviazgo, luego por los achaques generados por la enfermedad. La tía Pepa, al tomar las riendas de la familia, enfrentó la ignominia de trabajar, ayudada por Angelina y por el generoso Andrés, un sirviente fiel que al quedar en la orfandad no tuvo otra familia más que la que encontró en la familia de Rodolfo. Cuando la situación se tornó insostenible él contribuyó con los gastos de la casa y les ayudaba con dinero, víveres y consejos; es importante notar que estas acciones reflejan en términos generales, un altruismo que también se encuentra en las otras novelas de Rafael Delgado: en *La Calandria* muchas de las mujeres se ayudan de manera desinteresada, como doña Pancha y otras de las mujeres de la vecindad; en *Los parientes Ricos*, Filomena y las hermanas Pradilla son ejemplo de ayuda y fidelidad.

Rodolfo narra el final de la tía Pepa y de Andrés:

Andrés y tía Pepilla vivieron todavía mucho tiempo tranquilos y contentos. Tuve la dicha de cerrarles los ojos, y les di cristiana sepultura junto a la tumba de mis padres.²⁸⁷

La historia de estas dos mujeres es un ejemplo de sacrificio y abnegación, todo lo soportaron por amor a su sobrino, y llegaron a ser un ejemplo digno de imitar, pues su vida transcurrió dentro de los límites de la moral y las buenas costumbres.

²⁸⁶ *Ibidem*, pp. 417-418.

²⁸⁷ *Ibidem*, p. 424.

En síntesis, puedo afirmar que en la novela *Angelina* se presenta un grupo de mujeres que cumplen con el estereotipo de mujeres fieles y abnegadas. La historia de Angelina y Gabriela terminó conforme a lo establecido por su conducta, es decir, Angelina se dedicó a ayudar a los necesitados a través de su consagración a la vida religiosa y Gabriela acabó siendo una feliz esposa y ama de casa, que logró, por medio de su amor, redimir al hombre que amaba. Las tías de Rodolfo, pese a la adversidad, hicieron cuanto estuvo de su parte para asistir a su sobrino: le ayudaron con los gastos del colegio, lo mantenían, e incluso, una de ellas se puso a trabajar con tal de que no faltara el sustento en la casa; se pusieron, sin embargo, a pesar de sus buenas intenciones, no pudieron lograr que su sobrino terminara sus estudios. No obstante, la historia de estas mujeres nos permitió observar algunos de aspectos del ser femenino *du fin de siècle*.

3.4. Doña Dolores, la viuda dolorosa

En *Los parientes ricos* (1901), tercera novela del autor veracruzano, se nos presenta a un grupo de mujeres que por las diferentes circunstancias que les tocó vivir hace que se posicionen en su papel de mujeres sufridas y abnegadas. Inicio este recorrido con el personaje, que es, por antonomasia, la representación del dolor y la abnegación, me refiero a Dolores Buruaga viuda de Collantes.

La historia de doña Dolores inicia sin más preámbulos con la llegada de un par de clérigos que van a su casa en Pluviosilla como mediadores para que perdone a su cuñado Juan. El impacto que tendrá la llegada del capitalista recién desembarcado de Europa en la vida de doña Dolores y su familia pondrá al límite la apacible vida de una mujer que es viuda y está a cargo de velar por el bienestar de sus cuatro hijos: Pablo, Margarita, Elena y Ramón. Lo trascendental de la trama consiste en que “it is not only the story of the impact of the arrival of rich relatives upon the family of Doña Dolores Collantes, but also a satir on life at the end of the period dominated by Porfirio Díaz. The rich relatives represent the Mexican class which, at that time, lived with its eyes fixed on Europe.”²⁸⁸ Entonces, el encontronazo entre los parientes ricos y los pobres no sólo es económico, también se manifiesta en ídoles de tipo moral y cultural.

²⁸⁸ DUNNELL, Marguerite Lucille, *op. cit.*, p. 17.

Algo que se pone de manifiesto desde el principio, y a lo largo de la novela, es la influencia que tienen los sacerdotes sobre doña Dolores. Esto se entiende al recordar que:

La Iglesia mantuvo en el siglo XIX mexicano, continuando la tradición del virreinato, una importancia fundamental en la vida de las mujeres. En primer lugar, porque la Iglesia es una de las instancias morales y religiosas que definen el papel de la mujer para las sociedades católicas. En segundo, lugar porque la religión es una actividad en que las mujeres tienen un gran papel como monjas o como fieles.²⁸⁹

Doña Dolores es representada como una mujer fiel y devota, a decir de Marguerite Dunnell: “Dolores’ devotion is demonstrated not only by her goodness, but by the frequency with which she goes to church for help and consolation, and by her habit of consulting with her priest.”²⁹⁰ Esta actitud se demuestra desde el principio, pues los dos clérigos que la visitan, esperan obtener, debido a su influencia, una respuesta positiva de doña Dolores hacia su cuñado:

Mira, Lola, humíllate; humíllate, hija mía, en bien de tus hijos. Mi tocayo está dispuesto a favorecerte, a auxiliar a ustedes; a prestarte ayuda, y ayuda eficaz, para que la situación de ustedes varíe desde luego, y para que puedas atender a la educación de tus hijos. Puedes estar segura de ello: no tendrás mucho que hablar. Apenas digas a mi compadre media palabra, te concederá cuanto le pidas, ¡cuánto le pidas!²⁹¹

Esta petición, disfrazada de engaño, será un arma de doble filo para la vida de doña Dolores, porque queda a merced de la voluntad de su cuñado egoísta y voluble, como veremos más adelante. Pero antes, hay que fijarnos cómo es descrita físicamente esta señora:

Cincuenta años tenía doña Dolores, pero estaba bien conservada y parecía de menor edad. Había sido hermosísima, una de las mujeres más guapas de Villaverde. Pálida, con cierto aire de elegancia y distinción, con grandes ojos negros, con gesto agraciado y abundosa cabellera, en la cual, sobre la frente, brillaban unas cuantas hebras de plata, no había perdido mucho de su belleza juvenil. Guesa, sin obesidad, sana y robusta, doña Dolores, más que la madre de Margarita parecía su hermana mayor.²⁹²

Doña Dolores no sólo es sobria en su modo de ser sino que también en su atuendo y es algo en lo que también la imitan sus hijas, por ejemplo cuando van a encontrarse con Juan Collantes, su indumentaria se describe de la siguiente manera:

²⁸⁹ CARNER Françoise, “Estereotipos femeninos...”, p. 100.

²⁹⁰ DUNNELL, Marguerite Lucille, *op. cit.*, p. 63.

²⁹¹ DELGADO, Rafael, *Los parientes ricos*, pp. 50-51.

²⁹² *Ibidem*, p. 61.

Ni Dolores ni Margarita, cuando acaeció lo que vamos contando, iban ataviadas con los suntuosos adornos que da la opulencia, o por lo menos con las galas que proporciona amplio y seguro bienestar. La madre llevaba negra saya de gro; la hija ligero y sencillísimo vestido de muselina blanca, sembrada de florecillas azules, cortado a maravilla, que hacía lucir la grácil esbeltez de su dueña. La señora, tocado de blondas y cintas del color de la saya; la joven, lindo sombrero de paja, decorado con cintas crema y con una guía de rosas veraniegas. Una con guantes oscuros; la otra sin ellos.²⁹³

Hay un aspecto que destacar en doña Dolores, puesto que es viuda y su marido no le heredó bienes, ni ella ni su familia tienen empacho alguno en trabajar, debido a la terrible situación económica por la que atraviesa la familia:

—Cierto es que mientras Pablo trabaja, nosotras no estamos mano sobre mano. Algo ganamos. Margarita y yo cosemos... Esa pobre niña tiene muy buen gusto y ella es quien viste a las principales señoritas de la ciudad. Pero esto, como supondrás, no me agrada; me apena verla días enteros cortando, cosiendo y entregada a tan ruda y penosa labor. Ella fue siempre trabajadora. Jamás, o en muy rara ocasión, tuvo modista, ni en vida de su padre, ni en épocas de abundancia... Elena, la infeliz Elena, no puede prestarnos ayuda y eso le entristece y le aflige... Ramón estudia. Es mi gran esperanza... El pobrecillo nada pide, antes por lo contrario, hasta se priva de diversiones y espectáculos que, a su edad, son para un muchacho diaria y constante tentación... ¿Vestir bien? ¡Ni quien piense en ello! A mí poco me basta, muy poco; yo nada necesito; con todo me conformo; a cualquier cosa me avengo. Pero, esas niñas... Esa pobre Elena es mi constante amargura...²⁹⁴

Coser era una manera honrada de ganarse la vida, pero para la familia de doña Dolores es humillante, en cierta manera por la bonanza económica que tuvieron antes, pero, sobre todo, por la pérdida del estatus, pues una familia antes acaudalada, ahora debe trabajar para ganarse el sustento. Los únicos exentos de trabajar eran Elena y Ramón, la primera, por su ceguera, y el segundo, por ser el más pequeño de la familia y ser estudiante.

Así que, cuando se presentó la oportunidad de cambiar de estatus y mudarse a la Ciudad de México, doña Dolores no vio con buenos ojos dejar su casa para irse a una ciudad que simbolizaba la perdición de la época. Esto significaba para la familia un gran contraste, pues irse a la capital implicaba un cambio, no sólo de lugar de residencia sino de estilo de vida y de costumbres, por tal motivo, al padre Anticelli no le agrada la idea de que se vayan a México:

—¿Y qué vais a hacer en México, en esa vuestra Babilonia tan bulliciosa y tan... maloliente? ¿Serviréis allí a Dios mejor que aquí, en vuestra silenciosa y embalsamada Pluviosilla? En fin: conformémonos con los secretos designios de la

²⁹³ *Ibidem*, p. 62.

²⁹⁴ *Ibidem*, p. 75.

Providencia, ¡que no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad del Señor! No me gusta este viaje, hijas mías. El corazón tiene su voz misteriosa, que suele decirnos: sí o no.²⁹⁵

Los temores del sacerdote Anticelli son fundamentados, de acuerdo con Adriana Sandoval: “la ciudad en *Los parientes ricos*, es un lugar de vanidad, de frivolidad, de desperdicio, de apariencias, de enfermedades, de peligros, de perdición, de tentaciones”,²⁹⁶ es por ello que antes él previene a la viuda de los peligros que va a enfrentar:

—Bien, Dolores: ése es tu deber. A cada cual lo suyo, mas por modo discreto, como la canela en la leche. Mantén en tus hijas la piedad; modera en ellas la tendencia hacia el lujo, hacia la ostentación y hacia la vanidad. Las grandes ciudades, la alta sociedad no son más que feria de vanidad y de miserias deslumbrantes. Que vivan en decorosa modestia; que en trajes y vestidos se guarden de modas contrarias al pudor. Y en cuanto a amistades... ¡Mucho cuidado, Dolores, mucho cuidado! ¿Pretendientes? Vengan enhorabuena si son buenos cristianos. Que esas niñas no se paguen de riquezas en ellos... Piensa que, aunque de oro, una jaula es siempre una prisión... *carcere duro*, como decimos en Italia.²⁹⁷

Debido a las advertencias de Anticelli, doña Dolores está en un malestar constante, pues no augura nada bueno de su estancia en la capital, su presentimiento se basa en que “aunque las pasiones humanas surgen y se desarrollan en cualquier sitio, no cabe duda de que estas pasiones se profundizan y estallan en el ambiente capitalino, encontrándose la solución en el regreso al ambiente provinciano”,²⁹⁸ es por ello que doña Dolores manifiesta sus planes de volver a Pluviosilla en cuanto ve que la vida en la capital no cumple con sus expectativas; por ejemplo, cuando sabe que su cuñada Eugenia, (quien en un inicio es conocida como Angustias), la heredó, ella manifiesta lo siguiente:

Mas pienso en que lo conveniente, ya que la generosidad de Eugenia ha venido en auxilio nuestro, es que volvamos a nuestra tierra. La vida de México no es para nosotras... Se gasta mucho. Aquí... las exigencias son mayores. ¡No estoy aquí contenta! No sé qué me dice el corazón, pero presiento alguna desgracia... No sé por qué vivo sobresaltada...²⁹⁹

Considero que más que las tentaciones que pueda ofrecer la ciudad, en realidad el verdadero peligro que debe enfrentar doña Dolores y su familia es la perniciosa influencia de la familia de su cuñado. El problema consiste en la forma en que ambas familias se conducen en la vida, es un choque social entre lo mexicano contra lo europeo. Mientras que

²⁹⁵ *Ibidem*, pp. 165-166.

²⁹⁶ SANDOVAL LARA, ADRIANA, *Vertientes narrativas*, p. 217.

²⁹⁷ DELGADO, Rafael, *Los parientes ricos*, p. 168

²⁹⁸ FLORES OLEA, Aurora, *et al.*, *op. cit.*, p. 911,

²⁹⁹ DELGADO, Rafael, *Los parientes ricos*, p. 288.

doña Dolores intenta cuidar el buen nombre y honra de su familia, la familia de su cuñado es lo opuesto, como argumenta Adriana Sandoval “la familia de don Juan es rica, afrancesada, frívola, no tiene empacho en apartarse de lo que dictan las buenas costumbres y la religión con tal de no perturbar su vida social; lo que primero aparece como generosidad hacia los parientes pobres, pronto se convierte en algo similar a una minitiranía: el que paga manda”.³⁰⁰ A partir de que doña Dolores empieza a ver la forma de vida tan disipada que lleva la familia y su cuñado, comienza a lamentarse por haber aceptado su propuesta de mudarse a la capital:

Doña Dolores begins to regret leaving Villaverde [*sic*], (where temptations as well as opportunities had been few) as she sees her children come completely under the domination of Don Juan and his children, Juanito, Alfonso and Maria, who are all contaminated by the defects of the class which they represent —materialism, superficiality, greed, vanity, malice and total lack of moral scruples.³⁰¹

Doña Dolores se percata de que la convivencia de sus hijos con la familia de su cuñado no es buena, debido a los diferentes estilos de vida que ambas familias tienen. A diferencia de su cuñada Carmen, quien tiene un marido rico que la respalda, Doña Dolores es una mujer viuda que a causa de su pobreza debe aceptar situaciones que van contra sus principios, de las cuales hablaré más adelante. Aunque ella ya tiene dos hijas en edad casadera, cree que quizás Pablo, por ser el mayor, sea el primero que desee casarse. Al igual que la tía Carmen en *Angelina*, doña Dolores sueña con un ideal de esposa para su hijo, totalmente opuesto a La Calandria o a Conchita Mijares:

¿Y si a Pablo se le mete en la cabeza casarse? Pues bien, que se case, con tal que sea con persona que le convenga, con una muchacha modesta y sencilla, sin vanas aspiraciones de lujo... ¡Con tal que sea buena, aunque sea pobre! Y... bien visto el caso; pudiera ser rica. María Durand es rica, riquísima, y sin embargo es una excelente esposa. Así quiero yo una joven para mi Pablo.³⁰²

Este ideal femenino de una mujer bella y rica con la cual casarse aparece en las novelas, aunque no siempre se cumple, ya que muchas de las que desfilan en las diferentes historias eran pobres; sin embargo, doña Dolores sólo quiere el bienestar de su hijo, de ahí que desee una señorita distinguida y bien educada para que se case con su hijo; aunque Pablo sentía cierta atracción hacia una chica de su pueblo, no deseaba casarse, pues tenía la

³⁰⁰ SANDOVAL LARA, ADRIANA, *Vertientes narrativas*, p. 214.

³⁰¹ DUNNELL, Marguerite Lucille, *op. cit.*, p. 18.

³⁰² DELGADO, Rafael, *Los parientes ricos*, p. 95

responsabilidad de ayudar a su madre, mayormente cuando se enteró de que su tío los había despojado de la herencia de Eugenia:

—Mis hermanas, mientras yo viva, tienen estos brazos, y estas manos, y esta cabeza... que... ¡para algo sirve!

[...]

—Vea usted, mamá: no pienso... ni he pensado... Sí; lo he pensado... He pensado en casarme... Vea usted que allá en la tierra, en el terruño, hay unos ojitos, ojazos, que... lo diré, lo diré... porque tengo que decirlo... unos ojos, mamita... que parecen dos soles; una carita risueña, en la cual resplandecen en celestial consorcio la pureza, la bondad, la dulzura y la alegría. Pues bien, pues bien, una niña de cuerpo esbelto, muy bien educadita, muy cariñosa con sus padres y con sus hermanos, muy piadosa (sin gazmoñerías), con un rostro rociado de lunares, y con un alma tan grande y tan tierna... me tiene cautivo... y... por usted, por mi Margot, por mi Elena, hasta por ese tarambana de mi hermanito Ramón, no pienso en casamiento. Y... ¡vea usted!, ¡sería yo tan feliz! ¡Tan feliz!³⁰³

La actitud de Pablo para con su familia lo empata, de cierto modo, con Gabriel y Rodolfo, pues como veremos, Gabriel es hombre honesto y trabajador que vive con su mamá y la apoya con lo que ella necesite; Rodolfo deja los estudios debido a la precaria situación económica por la que sufrían sus tías, al regresar a su pueblo natal y ver las carencias de sus tías decide ponerse a trabajar.

Para Doña Dolores el qué dirán es muy importante y no sólo de la gente sino también de sus confesores, por lo cual se mantenía en contacto constante, por medio de cartas, con el padre Anticelli. En una de ellas, el padre la reprende por no estar al pendiente de lo que hacen Ramón y Pablo:

Un pajarito es quien me ha contado que Pablo está empleado en el despacho de su tío, y que Ramón se pasa los días subiendo y bajando. Santo y bueno que el muchacho se divierta; pero cuida de que no se aficione a perder el tiempo. Procura que, mientras llega el nuevo año, se ocupe en algo de provecho. La ociosidad, ya lo sabes, es enemiga de todas las virtudes, y una gran ciudad, como ésa, tiene mil peligros para la inexperta mocedad. ¿En qué sendas extraviadas anda Pablo? Te digo esto por algo que leí en un periódico. Ya sabes que yo hago diariamente el sacrificio de leer los periódicos, para saber lo que pasa, y aunque ciertas cosas mundanas no me interesan, suelo leer lo que se refiere a teatros y demás pompas de Satanás, y en no sé qué papel leí que mi señorito don Pablo, en compañía de su primo, se permite regalar objetos de lujo a las *divas* de la zarzuela. Apártale de esos caminos y cuida de que no pierda sus buenas costumbres.³⁰⁴

³⁰³ *Ibidem*, p. 392.

³⁰⁴ *Ibidem*, p. 259.

Esta observación que hace el sacerdote, nos deja ver la influencia que poco a poco van teniendo los hijos de su cuñado sobre su familia; por lo tanto doña Dolores debe estar alerta y evitar que sus hijos se contaminen.

Si acaso un defecto se pudiera encontrar en esta mujer, es la debilidad de carácter. Doña Dolores no sabe decir que no. Se siente presionada, por un lado, intenta agradar en todo a la familia de su cuñado, aunque ello implique una violación a sus principios; por ejemplo, doña Dolores no ve bien que sus hijas vayan a la ópera, pues están de luto por la muerte reciente de su cuñada Eugenia, sin embargo, cede ante la insistencia de Conchita, (ahijada suya y amiga de sus hijos), y la de sus parientes, y permite que sus hijos vayan a la ópera. La muerte de Eugenia confronta a las dos familias: por un lado, doña Dolores guarda luto como si la muerte de su cuñada hubiera sucedido en México; por el otro, para la familia de su cuñado Juan, la muerte de Eugenia no significó nada, únicamente les serviría de pretexto para volver a interactuar con la alta sociedad al mandarles esquelas, pues como ya tenían planeada la fiesta de cumpleaños de don Juan Collantes, no pensaban arruinarla con la estorbosa preparación de una ceremonia luctuosa; por tal motivo, fingen que no ha pasado nada y sus hijos en lugar de guardar el luto se van a la ópera, hecho que aflige a la viuda:

No bien hubo partido el coche en que se fueron con Pablo las tres señoritas, doña Dolores se arrepintió de haber dado su consentimiento para que sus hijas asistieran a la ópera. Y pensaba:

«Aquí nadie conoce a las muchachas, como no sean unas cuantas personas, las cuales, de seguro, no estarán en el teatro. No temo la desaprobación de nadie, porque nadie desaprobará que reciente como está el fallecimiento de Eugenia las niñas hayan dejado el luto, y anden ya en fiestas y espectáculos; pero lo cierto es que no estoy contenta de mí; he sido débil en ceder a los deseos de mis parientes y a las súplicas de Concha».³⁰⁵

Otra situación de la misma índole, ocurre cuando es la fiesta de cumpleaños de su cuñado; en primer lugar, la familia de doña Dolores no tiene la ropa necesaria para asistir al evento, y en segundo lugar, ella misma no toma a bien que su familia ande en fiestas, pero vuelve a ceder ante las presiones:

—¡Nada! Con toda claridad dijo que no debíamos ir; mejor dicho: que no nos invitaba a la comida, porque era de etiqueta... ¿No me preguntó si Pablo y Ramón tenían frac?

—Y no le tienen —dijo la señora—, que ni están para eso, ni en ciudades chicas se tienen exigencias tales.

³⁰⁵ *Ibidem*, p. 277.

—¡Pues yo no iré mañana! No iremos.
—Irán, hijas mías, muy a mi pesar; irán, porque... ¡es preciso! Yo soy la que no ha de ir. Me fingiré enferma... Eso ayudará a ustedes para regresar temprano...
—¡Pero, mamá! —respondió Margot.
—Irán —contestó doña Dolores en tono decisivo—. Evitemos un disgusto.³⁰⁶

Un aspecto loable en doña Dolores es que es una mujer de buenos sentimientos, para ella la muerte de su cuñada Eugenia no fue un asunto menor, muestra de ello es su reacción al enterarse de su muerte:

Llenáronse de agua los ojos de doña Dolores, la cual, durante unos cuantos minutos, trató de dominar su dolor, y luego, sollozante y bañado en lágrimas el rostro, se levantó para caer en brazos de Margarita, que se apresuró a recibirla, y la acarició amorosamente, sin decirle una sola palabra.³⁰⁷

Hasta aquí podemos ver cómo es la vida de una mujer que es viuda y los distintos problemas que enfrenta al quedarse sin marido, uno de los principales es de aspecto económico, sin embargo, también están el cuidado y educación de sus hijos. Doña Dolores, fiel a las normas de la época, no discute con los hombres, si acaso manifiesta cierta inconformidad por los eventos del pasado; pero cuando intenta hablar para reclamar sus derechos primeramente, es silenciada por los clérigos, después por su hijo Pablo.

Su gran respeto y devoción en lo tocante a lo religioso hacen de ella una mujer muy manipulable, este tipo de comportamiento en doña Dolores, engloba muy bien lo que Pilar Gonzalbo Aizpuru afirma respecto a la religiosidad femenina decimonónica:

Los controles sociales, la legislación represiva, la influencia de la Iglesia secular y los paradigmas de comportamiento devoto, expuestos en sermones y lecturas ejemplares, fueron cauces de expresión representativos de una forma de religiosidad que no se limitaba a las creencias ni a las prácticas piadosas, sino que aspiraba a moldear las formas de convivencia entre los individuos.³⁰⁸

Este estricto control, difuminado mediante preceptos religiosos, es del que se vale el cuñado de doña Dolores para quedar impune cuando le quita la herencia. Pues en Cosme Linares y en el ambicioso padre Grossi, Juan Collantes encuentra los aliados idóneos para terminar deshaciéndose de su cuñada y de su familia.

La importancia de la herencia de su cuñada Eugenia consistía en que para Dolores era un medio para solucionar sus problemas económicos y recuperar su independencia:

³⁰⁶ *Ibidem*, p. 224.

³⁰⁷ *Ibidem*, p. 221.

³⁰⁸ GONZALBO AIZPURU, Pilar, *op. cit.*, p. 54.

—Con ese dinero —dijo al concluir, y mientras el muchacho le presentaba la pluma para que firmara— con ese dinero que, según me dices, casi quedará duplicado por el cambio, habrá para vivir modestamente; volveremos a Pluviosilla, volverás a tu empleo... y Dios dirá...³⁰⁹

Sin embargo, cuando Dolores se entera de que su cuñado se quedó con la herencia, va a pedir ayuda al doctor Fernández, para que logre que su cuñado Juan tenga clemencia con ellos, pero no encuentra ni siquiera lo que la gente anhela hallar en un hombre piadoso: consuelo. El sacerdote sólo le recomienda ser prudente:

—¡A qué brindarnos favor y auxilio! ¡A qué traernos! Señor: el carácter de Juan, bien me lo decía mi esposo, es muy desigual.

—Algo hay de ello, Lola.

—¿Qué me aconseja usted?

—Nada, hija mía... como no sea que tengas mucha prudencia, mucha. Comprendo tu pena, comprendo tu contrariedad... pero... ¡mucha prudencia! ¡Mucha, hijitas!

[...]

—Que usted... usted que tiene tanto ascendiente sobre mi cuñado, le hable, y le diga (de modo que no comprenda que lo hace usted por indicación mía), le diga: ¡que sea generoso con nosotros! Yo no tengo codicias ni ambiciones —decía llorando la señora—, pero ¡hemos sufrido tanto; hemos pasado tan amargos días; hemos padecido pobreza tales, que deseo calma, sosiego, descanso, tranquilidad!...³¹⁰

Hacia el final, doña Dolores sufre el impacto brutal de la realidad de las cosas, al darse cuenta que la supuesta ayuda de su cuñado era una mentira, que lo único que deseaba Juan Collantes era cobrarse una deuda del pasado contraída por su hermano Ramón; llevarse a la familia de su hermano con él sólo fue una treta para que la cuenta pudiera quedar saldada. Dolores Collantes, una mujer antes adinerada y de respeto, termina siendo una víctima del destino, pues el progreso prometido por su cuñado nunca llegó, sus esperanzas se esfumaron sin que nadie fuera en su ayuda:

—Y yo... que había soñado en regresar a Pluviosilla, y allí comprar unas casitas; y que Ramón allí estudiara, y que Pablo volviese a su empleo en la Fábrica del Albano, donde le recibirían gustosos... y huir de aquí, de este bullicio, de este vértigo, de estas frivolidades, de esta vanidad, que en todo y por todo impera...³¹¹

El golpe bajo que aún estaba por recibir, le llega justo antes del final, cuando se entera de que su hija Elena está embarazada; la pena es doble, no sólo por la deshonra de la muchacha, sino porque ella es ciega y tendrá un hijo bastardo de su primo Juan:

³⁰⁹ DELGADO, Rafael, *Los parientes ricos*, p. 286.

³¹⁰ *Ibidem*, p. 351.

³¹¹ *Ibidem*, p. 380.

—Y bien —exclamó la señora, trémula, y bañada en llanto, mirando angustiada a sus hijos...—, esto acabará con mi vida por mucha que sea la fortaleza que Dios me dé para sobrellevar este infortunio. Tras de la pobreza (acaso la miseria)... vino... la deshonra. [...] ¿Y con ese niño, o niña, lo que sea? —preguntó doña Dolores, ahogando un sollozo. [...] —¡Pobre criatura! —sollozó la dama—. ¡No en mis días! Será la única alegría de mi vejez. Pero... ¿qué diremos cuando alguien pregunte de quién es ese niño?³¹²

Ante lo grave de la situación, doña Dolores sólo piensa en el qué dirán. Ahora el regreso a su pueblo natal implica el escarnio público. De esta manera es como Rafael Delgado termina con la historia de una mujer a quien la adversidad y la ambición de un hombre terminó por quitarle el valor máspreciado para una mujer de su edad: la honra. Con la historia de doña Dolores podemos comprobar que “Rafael Delgado se muestra como un severo crítico de corte moral en lo que respecta a las costumbres de la oligarquía porfirista y en *Los parientes ricos* observa el México moderno que ha traído consigo un deterioro de los valores tradicionales de la sociedad”.³¹³ Pero Dolores no es la única que resulta afectada de la confrontación entre estas dos familias, también sus hijas Margarita y Elena son perjudicadas de manera colateral como a continuación se verá.

3.5. Margarita, una Antígona muy decimonónica

Margarita Collantes, conocida también como Margot, es una de las dos hijas de doña Dolores viuda de Collantes. Margarita compartirá con Angelina y Gabriela Fernández muchas de las características que hacen de ella una mujer abnegada, pues es una mujer que sacrificará todo, incluyendo su amor, por salvar la honra de su familia. El autor describe los atributos físicos de esta mujer de una manera soberbia:

En la gentil Margarita, había la soberbia altivez de una estatua griega. Pálida, con palideces de lirio, de púrpura los labios, de flor de lino las pupilas había en ella cierta suprema majestad de princesa. Parecía una piadosa Antígona que guiara no a un Edipo desventurado, sino a la más bella de las jóvenes tebanas cegada por la implacable crueldad de los dioses. En la rubia toda la dulce y regocijada hermosura de la azucena...³¹⁴

Si para la creación de Angelina y Gabriela el autor echó mano de la belleza de la estética renacentista y de dos mujeres célebres de finales del siglo XIX, para describir a

³¹² *Ibidem*, pp. 428-429.

³¹³ FLORES OLEA *et al.*, *op. cit.*, p. 912.

³¹⁴ DELGADO, Rafael, *Los parientes ricos*, p. 42.

Margarita se remontó a la mitología clásica y se basó en el personaje de Antígona para darle a Margarita ciertos toques que nos remiten de inmediato al mito de Edipo. Como es sabido, “cuando Edipo, conocedor de sus crímenes por el oráculo de Tiresias, se hubo quitado la vista y decretado su propio destierro de Tebas, emprendió la marcha, ciego y mendigando el pan por los caminos. Antígona se constituyó en su compañera”.³¹⁵ Este será el papel que más se destaque en Margarita: ser la guía de su hermana Elena que es ciega.

Margarita junto con Angelina y Gabriela Fernández conforman una triada de mujeres cuya belleza está empatada con sus acciones, es decir, son bellas físicamente pero sus acciones para con los demás también son dignas de alabarse. Me refiero en especial a ellas tres porque, aunque también existen otras mujeres bellas en las novelas de nuestro autor como Carmen, Conchita Mijares o Leonor Quintanilla, su conducta dejaba mucho que desear y en más de una de ellas su belleza fue un incentivo para que terminaran mal, ganándose con ello la deshonra pública. Pero en este caso, Margarita pertenece a una familia cuya belleza es reconocida como un toque generacional:

La joven, desbordante de juventud y de gracia, alta, esbelta y graciosa, rubia la cabellera como haz de trigo maduro, azules los ojos, de carmín los labios, dulce la sonrisa, delgada la cintura, donairoso el andar, era, al decir de muchas gentes, verdadero retrato de su abuela materna, y más que de ésta, de una hermana de don Ramón, muerta en la flor de la vida. Efectivamente, en la blonda y simpática señorita perduraban, como una herencia de familia, la hermosura y rasgos típicos y fisonómicos comunes a todas las hembras de su linaje paterno. En Pluviosilla y en Villaverde, desde antaño, es proverbial este dicho: «las Collantes: hermosas las de ahora e iguales a las de antes».³¹⁶

A mi ver, el hecho de que el autor remarque la belleza de algunos personajes femeninos obedece a que desea crear un ideal a seguir entre sus lectores. Margot comparte con Gabriela su gusto por tocar el piano. Esta actividad marca, como ya he mencionado, un estatus social alto de refinamiento y distinción. En Gabriela evidencia la opulencia y la educación con la que fue criada; en el caso de Margot, aunque le da cierto estatus frente a sus familiares ricos, es señal de que algún tiempo fueron una familia acomodada, pues es uno de los pocos enseres de valor con los que llegan a vivir a la Ciudad de México: “en un

³¹⁵ GRIMAL PIERRE, *Diccionario de mitología griega y romana*, Traducción de Francisco Payarais, Barcelona, Paidós, 1989, p. 61.

³¹⁶ DELGADO, Rafael, *Los parientes ricos*, p. 61.

ángulo del saloncito, el piano, muy fresco y flamante, esperaba a sus dueños. Margarita no pudo resistir a la tentación; abriole, recorrió el teclado, y tocó un trozo de Chopin.”³¹⁷

Margarita es una mujer que posee, al igual que su madre, buenos sentimientos; cada acción que realiza la hace pensado en el bien de su familia. Algunas cualidades que ella tiene son: es buena amiga, es honesta, sabe escuchar y dar buenos consejos, además es generosa, (sobre todo con Conchita Mijares), e intenta llevar a cabo los buenos consejos que le da a su familia el padre Anticelli; tiene talento para la música y gusto por la lectura; estas virtudes la convierten en una mujer inteligente, como señala Marguerite Dunnell:

Margarita Collantes, Doña Dolores’ older daughter, is perhaps the most intellectual of all Delgado’s female characters. Dominated by intellect rather than feeling, she is more analytical and philosophical than ardent and impulsive; she, therefore, seems somewhat cold. Although Margarita is beautiful and good, her most salient attribute is a cultivated intelligence.³¹⁸

Esta inteligencia cultivada en Margarita de la que habla Dunnell se manifiesta en algunas ocasiones en las que Margot hace gala de un firme razonamiento y apego a sus creencias; por ejemplo, cuando se entera de la muerte de su tía Eugenia, no comprende la hipocresía en la que viven sus parientes, pues considera que todos deberían de estar de luto:

Aquella alegría y aquella música eran tormentosas para Elena y para la blonda señorita. Ésta no comprendía cómo las exigencias sociales podían ahogar así una impresión dolorosa; cómo un hermano, al saber el fallecimiento de una hermana querida, callaba la noticia, y se disponía para la fiesta; no acertaba a explicarse aquella falta de sentimientos, aquella entereza y aquella frialdad que observaba en su tío. «No era así mi padre», pensaba; «no era así él, que tanto quería a todos los suyos; que el menor dolor en sus parientes le afligía y le angustiaba; él, en caso como éste, estaría bañado en lágrimas, y ¡qué festejos ni qué alegría! No me agrada esto. ¡Dios mío, qué falta de corazón! ¡Qué serenidad esta que me aterroriza y me repugna!»³¹⁹

Sin embargo, a pesar de mostrar buenos sentimientos y ser inteligente, Margot debe callar o hacerse la desentendida de las acciones que realizan sus familiares, pues sabe que por su condición de parientes pobres dependen de la generosidad de su tío. A partir de que ella comprende la situación que enfrentan como familia, comienza en ella una batalla interna entre lo privadamente correcto y lo públicamente aceptable, por tal motivo se consagra a ayudar a su madre y cuidar a su hermana; pero cuando ve que su opinión puede

³¹⁷ *Ibidem*, p. 205.

³¹⁸ DUNNELL, Marguerite Lucille, *op. cit.*, p. 67.

³¹⁹ DELGADO, Rafael, *Los parientes ricos*, p. 215.

ser de utilidad expresa lo que piensa, como cuando aconseja a su madre que no se deje despojar de la herencia de su tía Eugenia:

—¡Mamá! —interrumpió Margarita con suma vehemencia—. ¡Por Dios no sea usted débil! Procure usted que Pablo asista a esa conferencia. A las mujeres nos engañan con facilidad. El legado de mi tía y el obsequio de mi tío no son gran cosa pero esas cantidades nos darán independencia y tranquilidad, que mucho necesitamos.³²⁰

O cuando advierte a su hermana Elena que sus amores con Juan terminarían mal:

—No debes ocultarme nada... ¿Qué mejor amiga que yo? ¿No te inspiro confianza?
—¡Por Dios, Margarita! ¡Piensa que me apenas y me acongojas!
—Lena... No puedo callarlo más... Tú has correspondido al amor de Juan...
—¿Yo?
—Sí.
—¿Quién te ha dicho eso? ¿Alfonso?
—No. Lo he comprendido yo. Esos amores, Elena, van a ser tu desgracia.
—¿Por qué?
—Porque sí.
—¿Crees que Juan es malo?
—No sé si es malo o si es bueno; pero creo que en esos amores no está tu felicidad.³²¹

Otro aspecto que también la empata con Gabriela Fernández es el doloroso recuerdo de un amor fallido. Tiempo atrás, Margot estuvo enamorada de Adolfo Ramírez, un joven que no supo corresponderle, pues al mudarse a la ciudad, sucumbió a los vicios que encontró ahí:

Y se acordó de Alfonso, y pensó entristecida en aquel joven a quien había amado, en aquel estudiante inteligente y amable, que un día dejó la tierra natal para venir en busca de ciencia y de fortuna, y que había naufragado, como tantos otros, en el pantanoso lago de la gran ciudad, en la charca infecta en que perecen tantas y tantas almas generosas, dignas de altos y felices destinos; pensó en aquel mancebo infeliz, a quien había visto ese mismo día envilecido, repugnante, degradado, en compañía de una mujer infame...³²²

Mientras que Ernesto, el pretendiente de Gabriela, se convirtió en un jugador empedernido, Adolfo se refugió en la bebida de manera que quedó irreconocible, así lo menciona Conchita Mijares en una carta que le envió a Margot:

Se me olvidaba contarte algo interesante. Aquí está Adolfo Ramírez. ¡Pobre muchacho! ¡Qué lástima me da! No tiene remedio. Lo de siempre, Margot, lo de siempre. Vino a visitarme hace dos días. No le conocía yo... ¡así está! ¿Te acuerdas qué guapo era en antes? ¡Pobre! ¡Maldito vicio ese de la bebida! Acabará con él.

³²⁰ *Ibidem*, p. 313.

³²¹ *Ibidem*, p. 272.

³²² *Ibidem*, p. 271.

Me parece que el infeliz te quiere todavía. ¿Y tú le amas aún? Dice Adolfo que una mañana te vio en Chapultepec; que ibas del brazo de un lagartijo; que tú no le viste, o no le conociste, o no te diste por entendida. ¿Con quién ibas? Me supongo que con Alfonso.³²³

Margot vive con la nostalgia del recuerdo de un amor no correspondido, pero ni siquiera el hecho de haber visto pasar a Adolfo en Chapultepec ni que Conchita le haya dicho que había ido a buscarla para saber de ella, logran despertar esa pasión que alguna vez tuvo por él. Para Margarita, su primo Alfonso significará una nueva oportunidad de volverse a enamorar.

Alfonso es el segundo hijo varón de Juan Collantes, es un chico que se distingue por su excelente educación:

Era inteligente el mancebo, y no sólo inteligente, sino culto: hablaba inglés, francés e italiano; seguía con empeño el movimiento literario de Francia; se sabía de memoria versos de Lamartine, de Musset, de Hugo, de Verlaine, de Baudelaire y de todos los poetas de la última generación; sabíase los muy bien, y los recitaba con acento netamente francés, y por modo muy elegante y artístico, como que había recibido lecciones de Coquelin, de quien había sido predilecto discípulo.³²⁴

Desde que vio a Margarita quedó prendado de su belleza:

Cautivábanle la hermosura y el ingenio de Margarita; le seducían su talento y su natural y modesta expedición, y le tenían rendido la gallarda y la singular belleza de la joven.³²⁵

Tanto Margarita como Alfonso tienen afinidades en común: ambos saben tocar el piano, y si de literatura se trata, los dos son excelentes conocedores; pero al igual que Margot, mientras él vivía en Francia, tuvo una desilusión amorosa con una joven judía llamada Ruth, hija de un banquero. La relación con ella terminó no por cuestiones religiosas, sino porque ella prefirió a un joven inglés, que tenía una riqueza superior a la de su familia; por esa razón Alfonso cerró las puertas del amor. Cuando llegó a México, él ya traía planes concretos sobre su proyecto de vida, pero al conocer a Margot sus perspectivas cambiaron:

Vine a México deseoso de tranquilidad, soñando con dar aquí a mi corazón cansado el reposo que en Europa no encontraría yo para él; y mil veces, a bordo, bajo el espléndido cielo de las Antillas, contemplando el mar sereno que me parecía como sembrado de estrellas, acariciaba yo el pensamiento de conseguir que papá, cediendo a mis ruegos, adquiriese una finca cerca de Pluviosilla, o en alguna de las

³²³ *Ibidem*, p. 298.

³²⁴ *Ibidem*, p. 237.

³²⁵ *Ibidem*, p. 238.

regiones inmediatas, y allí sepultarme en vida, y allí pasar los años, entregado a rústicas labores, a la caza, y a la lectura. Nunca creí que el amor... Prima mía: tu belleza me atrajo; tu bondad me tiene loco de amor...³²⁶

Así, Alfonso y Margarita inician un discreto romance del cual casi nadie se percataba:

Mientras tanto, Alfonso se mostraba de lo más discreto en sus amores con Margot. La seriedad de la joven, cuya dulzura y cuya rubia belleza tenían loco al muchacho, eran un poderoso estímulo a nobles ideales y a sencillas, pero graves aspiraciones. Nada de apasionamientos líricos; nada de galanteos frívolos; nada de miradillas mortecinas ni de romanticismos cursis. Margot estaba en su puesto; Alfonso en el suyo, y ni el más perspicaz se habría dado cuenta del amor del joven y de su blonda prima.³²⁷

Esta relación incluso es aprobada por doña Dolores: “—Tú, hija, si Dios quiere, te casarás con Alfonso... El muchacho es bueno y te hará feliz. Yo no me intereso en este asunto por mí, sino por ustedes”.³²⁸ Sin embargo, las aspiraciones amorosas de la joven pareja terminan en cuanto Margot se entera de que Juan embarazó a su hermana Elena y se había fugado con Conchita Mijares. Margot es determinante, sabe que la afrenta por la que pasa su familia será el principal impedimento para que pueda realizar una vida estable al lado de Alfonso. Ella está consciente de su nueva situación, que es en sí más vergonzosa que la anterior, pues aunque pobres su honra era reconocida y su familia era respetada en Pluviosilla, ahora sabe la deshonra de su hermana traerá consigo el oprobio público hacia su familia:

—Y ahora, ¿qué nos falta ya? Nada. ¿Desgracias? ¡Hemos tenido tantas! Por algo se llevó Dios a nuestro padre. ¿Pobreza? La tenemos; pero la hemos llevado noblemente, y la sufrimos con alto decoro. Bajamos, no de la opulencia, pero sí de una buena posición y, entonces, como antes, supimos siempre conservar y seguir mereciendo la estimación y el respeto de todos. Ahora... ¿qué nos queda? El recurso de ir a ocultar nuestra deshonra y nuestra vergüenza en el rincón de una aldea... Y eso será lo único que, tal vez, nos haga dignos de una sombra de respeto, de un sentimiento compasivo. Un retiro olvidado... será para nosotros la única ambición.³²⁹

Margarita sabe que el embarazo de su hermana traerá sobre su familia el descrédito y la murmuración constante, por tal motivo ella renuncia a las sinceras propuestas amorosas de Alfonso:

³²⁶ *Ibidem*, p. 265.

³²⁷ *Ibidem*, p. 284.

³²⁸ *Ibidem*, p. 313.

³²⁹ *Ibidem*, p. 407.

—Margarita mía: te amo con toda mi alma. En ti he encontrado un ángel redentor. [...] Te amo y me amas... Pues bien... pediré tu mano, y serás mi esposa... Esto, en lo cual pienso desde hace muchos días, vendrá a tiempo, y resolverá en parte la tremenda dificultad en que estamos... Nos casaremos, se casará Juan con Elena, y la tempestad habrá pasado. Mañana pediré tu mano.

—¡Jamás! —exclamó la blonda niña, irguiéndose con dignidad regia—. ¡Jamás! Juan ha abierto entre nosotros dos un abismo. Te amo, sí, te amo. No porque eres guapo e inteligente y rico... ¡Te amaría aunque fueses un mendigo! ¡Te amo porque eres bueno! ¡Te amo, te amaré siempre... hasta la hora de mi muerte... y después, más allá, en el Cielo! Pero no puedo ser tu esposa. El decoro me lo impide... Me lo veda la dignidad. La vida que te había consagrado tiene ya otro destino. Hace un momento, mientras tú callabas, y yo jugaba con este pañuelo, lo he resuelto.

—¿Un convento?

—¡No he nacido para monja!...

—¿Qué destino es éste?

—¡Ser para ese niño infeliz una madre abnegada y cariñosa!³³⁰

Al igual que Rodolfo en *Angelina*, quien veía en el amor de la huérfana un medio para salir de sus depresiones; Alfonso ve en el amor de Margarita el medio para redimirse, de salir de la situación también depresiva en la que había estado por un amor mal logrado, con el paso del tiempo, el amor de Margot hacia Alfonso lo iba transformando, él había dejado de ser el muchacho depresivo y solitario que antes solía ser; así lo dice Margot:

Me amas, lo sé, me amas. Estoy segura de tu cariño. Y estoy segura de otra cosa, de que mi amor te hace feliz... Desde que me amas, eres otro. No hay en ti la tristeza que trajiste de Europa... Suele velar tu rostro algo sombrío, pero unas cuantas palabras mías disipan esa nube, y vuelve a tu rostro la sonrisa, y te veo plácida y noblemente soñador. Y esa alegría tuya me alegra, y esa dicha tuya es mi dicha... ¡y te amo, y te adoro, y te amo, y te amaré toda mi vida!³³¹

Pero ante el inesperado golpe que significa para la familia la deshonra de Elena, los planes amorosos han cambiado y para la señorita Collantes es más importante salvar la honra de su hermana, que unirse a un hombre que le profesa un cariño sincero. Al igual que *Angelina*, Margot renuncia a su felicidad para dedicarse a cuidar de otros, en este caso, al hijo de su hermana Elena:

—Dicho y resuelto está. Mi dignidad de hermana y mi decoro de mujer que se complace en vivir por sobre los fangos de este mísero mundo, me apartan de ti. ¡Guárdeme Dios de que diera yo motivo para que alguien tuviera derecho a decir que yo tolero o disimulo lo que la sociedad ignora aún, y que tal vez no quede oculto! ¡Guárdeme el Cielo de parecer que transijo con ciertas cosas!³³²

³³⁰ *Ibidem*, pp. 409-410.

³³¹ *Ibidem*, p. 317.

³³² *Ibidem*, pp. 411.

Este sacrificio que Margot hace por hermana muestra que ella cumple con ideal femenino de las mujeres porfirianas, en las cuales debía haber una predisposición para el sacrificio y la abnegación. Creo que si la familia de Alfonso hubiera consentido que ambos se casaran, Margot se habría convertido, sin lugar a dudas, en una madre abnegada y en el ángel del hogar que tanto promovía el discurso decimonónico; pero su sacrificio por su hermana también la enmarca dentro de ese tipo de mujeres que son elogiadas por su virtud y cualidades, que llegan a encarnar el ideal de modelo femenino que sirve como ejemplo y como mecanismo de control en una sociedad conservadora y machista, de ahí que su renuncia al amor sea irrevocable:

—¡No insistas! Esta noche (Dios me dará fortaleza) sabrán mi madre y mis hermanos lo que pasa. Me escucharán (siempre me escuchan y siguen mis consejos), y nos iremos de aquí, muy lejos de aquí, a ocultar nuestra desgracia y nuestra vergüenza.³³³

De este modo termina la historia de Margarita, lleva consigo la ignominia a costas, causada por la deshonra de su hermana, y al igual que la Antígona griega, se convertirá en la guía de su hermana y en una madre sustituta para su sobrino.

3.6. Filomena, la fidelidad al servicio de la casa

Existe en la historia de la familia Collantes una mujer que por su origen y sus cualidades le otorga un lugar especial en la obra de Rafael Delgado, estoy hablando de Filomena, la empleada doméstica de la familia Collantes.

Similar a Angelina y a Andrés, Filomena es una huérfana que llega a vivir a la familia de doña Dolores cuando todavía no caían en la pobreza:

La pobre muchacha, huérfana desde la infancia, encontró en don Ramón y en doña Dolores algo de los afectos que el Cielo le había quitado, y en Margarita y Elena, así como en Pablo y Ramoncito, hermanos cariñosos. Como hermana la veían y la trataban; pero ella procuraba no salir del sitio en que la suerte la tenía colocada, y no era más que una criada afectuosa, obediente, fiel y sumisa.³³⁴

En Filomena se destaca sobre todo su buen humor y sus cualidades de servicio: “La criada, una muchacha de buen hablar, limpia, fresca y sonrosada, un si es no es

³³³ *Ibidem*, pp. 410-411.

³³⁴ *Ibidem*, p. 153.

modosita”.³³⁵ Cuando la pobreza llegó a la familia Collantes, comprendió bien la situación de sus patronos y ante todo se mostró fiel, sumisa y generosa:

Cuando la familia vino a menos, y fue preciso despedir uno por uno a los demás criados, Filomena no lanzó una queja, y en el momento más oportuno dijo a doña Dolores:

—Señora: escúcheme usted lo que tengo que decirle. Comprendo que estos tiempos no son como los de antes; sé muy bien que ahora es preciso vivir de otra manera... Yo a usted, lo mismo que al señor don Ramón, que estará en el Cielo, les debo todo; ustedes me recogieron, me criaron y me educaron; aquí aprendí todo lo que sé; ustedes han sido como mis padres; las niñas y los niños han sido como mis hermanos, y todos me han querido mucho, y yo lo agradezco mucho, mucho, como puedo, con todo mi corazón y con toda mi alma. Ustedes han sido tan buenos conmigo que, no conformes con haber hecho por mí tantas cosas, me señalaron sueldo, y buen sueldo, como si yo fuera una extraña de esas que sólo sirven por la paga, y que sólo por interés del dinero atienden bien a sus amos... Ahora son otros los tiempos: no quiero sueldo; ni usted me lo ha de dar, ni yo, si usted me lo diera, lo había de recibir. Que se vaya la otra criada. Yo me quedaré sola, pero no importa, mejor que mejor y, como dicen, mientras menos bultos más claridad. Yo me basto y me sobro para el quehacer de la casa. ¿Qué necesidad hay de que criadas extrañas, de esas que no caben en ninguna parte, que hoy están aquí y mañana allá, que andan de casa en casa, que son, como decía en ocasiones el señor, enemigos domésticos, que cuentan en todas partes lo que hacen y dicen en las familias donde están ellas sirviendo, qué necesidad de que vean nuestras pobreza y nuestros apuros?³³⁶

El fragmento anterior muestra la fidelidad y el agradecimiento de una muchacha que supo corresponder con sus servicios a la bondad de la familia que le ayudó cuando más lo necesitaba. Filomena representa un antiguo tópico que ha aparecido a lo largo de la literatura: la fidelidad de los criados; con su actitud, de permanecer fiel a su patronos en momentos difíciles, nos trae a la memoria al personaje de Nina, protagonista de la novela *Misericordia* de Benito Pérez Galdós. En esta obra cuando la familia cae en extrema pobreza, la fiel Nina es capaz de pedir limosna, pedir prestado e incluso hacerse pasar por viuda, con tal de ayudar a su patrona a quien la vergüenza le impide dar a conocer su situación adversa.

Andrés en *Angelina* y Filomena en *Los parientes ricos* son una muestra genuina de criados fieles y bondadosos para con su patronos, pues ante la adversidad, se quedaron con la familia que los ayudó y se comprometieron a permanecer con ellos; además de que proveen, en la medida de lo posible, con lo necesario para el sostenimiento del hogar.

³³⁵ *Ibidem*, p. 35.

³³⁶ *Ibidem*, pp. 153-154.

El servicio doméstico, a lo largo de los años, ha sido señal de poder adquisitivo, por ello, el sacrificio de Filomena es loable, si bien lo hace como un gesto de agradecimiento, también por evitar que se difame a la familia. Esta mujer es tan bondadosa que incluso, si la ocasión lo ameritara, trabajaría en otra parte para que con su sueldo ayudara a la familia:

Me quedaré sola, sí, solita. Y si cree usted que no soy útil, me iré, no ha de faltarme acomodo, que yo no soy ingrata, y no porque me vaya me he de olvidar de ustedes, y las he de querer como siempre, y vendré a verlos seguido, siempre que pueda; y hasta podré auxiliar a usted con lo que yo gane; que yo procuraré que me paguen bien mi trabajo, pues para eso me mandó usted a la amiga, y me enseñaron acá a ser mujer de trabajo y para todo. ¡Pero —y la excelente muchacha, llenos de lágrimas los ojos, trémula y con la garganta anudada, no sabía cómo seguir hablando—, pero... considere usted, yo no quiero separarme de esta casa, no quiero, no puedo, no puedo! ¿Verdad, señora, que no me dejará usted irme? Si me voy ha de ser para auxiliar a ustedes con lo que yo gane... ¡Si no, no! [...]

La joven secó sus ojos con la punta de su limpio delantal, y sin mirar a su señora siguió diciendo: —Yo creo..., hace muchas semanas que me paso las noches pensando en esto, sin poder dormir, asustada, como si me fuera a pasar una desgracia... Yo creo que si me separo de ustedes me voy a morir.³³⁷

A pesar de ser una sirvienta, Filomena se siente parte de una familia que la quiere como a una más de sus miembros, pues como se observa, la familia también se preocupó por su educación. Ella es la primera que se da cuenta del gran contraste que hay entre las dos familias Collantes, sobre todo cuando llega a la capital y don Juan la trata como a una criada más:

—¡En el landó iremos nosotros! —murmuró don Juan—. Que Elena venga también... En la berlina irán los demás. La criada que se vaya con Pancho. ¡Él la llevará a casa!

Subieron todos a los carruajes, y el lacayo condujo a la pobre Filomena a un coche de sitio.

—Aquí espere usted —le dijo—. Entre usted.

Y abrió la portezuela.

—¡Pase usted, señorita, pase usted! —se apresuró a decir el cochero cortésmente, sorprendido de la núbil belleza de la muchacha. Filomena entró en el carruaje, muy asustada y temerosa.

¡Aquello no le gustaba! ¡No le gustaba! ¿Por qué la habían dejado sola? ¿Por qué la abandonaban así, en un coche de sitio, con gentes desconocidas, con un mozo a quien no había visto, y con un auriga malévolo, mal vestido y maloliente, y que había lanzado sobre ella un aliento fétido, como de bebedor de pulque? ¿Por qué la dejaban así? ¡Ella no merecía eso, que a la infeliz muchacha le causaba una impresión como de menosprecio y desamor!³³⁸

³³⁷ *Ibidem*, pp. 154-155.

³³⁸ *Ibidem*, p. 187.

Puedo decir que Filomena representa bien el papel de lo que Verena Radkau define como *mujeres de pueblo* y que son aquellas “mujeres que no se han hecho acreedoras a distinciones entre la multitud”,³³⁹ pero que existen y están activas en distintos lugares del estrato social. Aunque la autora se refiere únicamente a las mujeres de campo y a las mujeres indígenas, considero que este mote —mujeres de pueblo— tiene cierta relación con las mujeres que trabajan como empleadas domésticas en las casas, pues generalmente, es de la provincia y de los pueblos más pobres, donde se reclutan a este tipo de mujeres para trabajar en las ciudades. Algo que es característico de estas mujeres es la primera impresión que tienen cuando llegan a la ciudad. En la novela, el autor retrata bien los temores de Filomena antes de llegar a la ciudad:

La idea de la próxima partida la tenía inquieta y en desazón. En nada encontraba consuelo. Parecía que aquel viaje era hacia remotísima tierra, como a comarcas extranjeras, donde todo era distinto, donde cosas y personas serían extraordinariamente extrañas y raras; donde hablarían las gentes una lengua que ella no entendería; donde, a juzgar por lo que le habían contado, por lo que le habían referido en presencia suya otras criadas, que habían ido a México llevadas por sus señores, todo era embuste y fraude, oropel y mentira. Muchos palacios, muchos paseos, muchos teatros, muchos coches de lujo, como nunca los habría en Pluviosilla; tiendas magníficas, llenas de artículos de subidísimo precio; dulcerías que parecían salones de baile, así de lujosas e iluminadas; muchas gentes, muchas, como en Pluviosilla en días de grandes fiestas, como en las que llamaron «de Colón», las fiestas del centenario del descubrimiento de América... Pero al lado de tanto lujo y de tanto dinero, una pobreza como no la había en ninguna ciudad veracruzana; almas perversas; personas falsas; gentes codiciosas; rateros, timadores, mujerzuelas... Todo muy caro, de manera que allí se necesitaba de mucho dinero para vivir... ¡El recado carísimo! ¡Las casas, lo mismo! La ciudad inmensa, muy bonita, es cierto, pero hedionda, pestífera. Allí había siempre tifo y pulmonías...³⁴⁰

Los temores de Filomena evidencian los contrastes de la vida urbana en una ciudad como México a finales del siglo XIX. El principal mal que se reitera a lo largo de la novela es el tifo, por tal razón se ve a la ciudad como un lugar insalubre.

Filomena no es la única que ve con malos ojos el que la familia se mude a la capital, el padre Anticelli ve a la ciudad como un lugar donde la moral y las buenas costumbres se pierden a causa de las muchas tentaciones que ahí se ofrecen, de ahí que siempre aconsejara a doña Dolores tratar de superar los peligros que enfrentarían sus hijos.

³³⁹ REDKAU, Verena, *op. cit.*, p. 2

³⁴⁰ DELGADO, Rafael, *Los parientes ricos*, pp. 155-156.

La familia de Juan Collantes, acostumbrada al trato con criados franceses, no pueden tener empatía con la humilde servidora de doña Dolores, para ellos Filomena es sólo una sirvienta, e incluso se cuestiona lo pobre de su indumentaria frente al lujo de los criados de los Collantes:

¿Qué haría ella, humilde y pobre servidora, acostumbrada a la vida modesta de Pluviosilla, tan conforme con la pobreza, entre aquellos criados de tanto rumbo? Como los criados serían las criadas. Y si aquéllos vestían así, tan ricamente, ¿cómo vestirían éstas? ¡Linda iba a estar ella con su enagua de percal y su rebozo barato! Filomena pensaba en todo esto, y consideraba que lo natural era que sus amos se fueran con sus parientes en aquellos coches tan hermosos... Sí; eso era lo debido. Pero... que no la hubieran dejado sola. Ella no era ingrata; se había portado bien; no merecía aquel trato.³⁴¹

Aunque tiene mucha confianza con los hijos de doña Dolores, Filomena nunca hizo un mal comentario sobre Juan, a pesar de que ella se daba cuenta de cómo era él. Cuando se enteró por la misma Elena de que estaba embarazada de Juan, la humilde muchacha consideró que sería mejor echar sobre sus espaldas la deshonra de Elena, pues por su condición de huérfana a nadie le importaría su desvergüenza:

Y la pobre Filomena consideraba la desventura de Elenita, la cual, por su desgracia, parecía libre de un mal matrimonio, y a salvo de una seducción. ¡Con razón ella no pasaba al Juanito, que era tan insolente y tan despótico, y tan burlón! ¡Cuánto no habría dado por ser ella la víctima! Ella, al fin, no tenía ni padres, ni hermanos, ni parientes... Para ella la sociedad no significaba nada... ¿Qué era ella en el mundo? ¡Un cero, nada! Ella habría huido con su amante, habría escapado para ocultar muy lejos su vergüenza. ¡Ella! ¡Ella! ¿Qué importaba? A la desdicha suya, a su orfandad, bien podía unirse la deshonra... Así suele suceder con las huérfanas...³⁴²

Como se aprecia en la cita anterior, la deshonra y la vergüenza eran, la mayoría de las veces, consecuencias directas de la orfandad. Los pensamientos de Filomena revelan la condición social de la época, pues como se ve, las mujeres pobres, sin clase, ni apellido podrían sufrir cualquier tipo de abuso; después de todo, ¿quién podría respetar a una mujer que no contaba con el apoyo de una familia?, ¿quién no se sentiría tentado a abusar de una muchacha que no tenía el apellido de su padre y mucho menos su apoyo? La preocupación de la muchacha era doble, pues le dolía la pena de Elena, pero más le afligía el desprestigio que se avecinaba sobre la familia:

Mil ideas contrarias, mil sentimientos encontrados le atenaceaban el cerebro; mil dardos se le clavaban en el pecho. ¡Qué cosas suceden! ¡Qué iba a pasar!

³⁴¹ *Ibidem*, p. 188.

³⁴² *Ibidem*, pp. 332-333.

Primeramente la vergüenza, la amargura de la familia... ¡Qué no dirían de ella las gentes, qué no dirían de la familia de don Ramón, hasta entonces irreprochable! [...] Si de mí se tratara... qué me importaría ser vista como la peor de las mujeres. ¡Qué me importaría que la señora y los muchachos, y la niña Margarita, y la misma niña Elena, me despreciaran!³⁴³

Finalmente, la mayor prueba de lealtad se da cuando Filomena decide sacrificarse por la familia entera y cagar con la deshonra de Elena:

—¡Perdónenme el atrevimiento!... ¡Dispéñseme usted, niño Pablo! Si preguntan de quién es el niño... Pues... digan que es de usted... y mío.³⁴⁴

La historia de Filomena es otro ejemplo de fidelidad y abnegación. Fue una mujer que en todo tiempo se mostró agradecida con la familia que la adoptó. Su fidelidad estaba aprueba de todo, no había en ella reproches ni desagrado, su sacrificio para salvaguardar la ya inexistente honra de Elena fue una muestra más de lealtad.

3.7. Las hermanas Pradilla

En *Los Parientes ricos* aparecen, de manera breve, un par de hermanas cuya ayuda y generosidad merecen ser mencionadas en este capítulo, me refiero a las hermanas Pradilla, Teresa y Asunción. La presencia de estas mujeres destaca, porque muestran esa labor altruista que las buenas amigas muestran a favor de alguien que ha caído en desgracia, son las únicas que muestran una actitud compasiva ante la situación que estaban viviendo doña Dolores y sus hijos. Previo a que doña Dolores cambiara de domicilio, son estas mujeres quienes la visitan; ellas son descritas de la siguiente manera:

Fueron las primeras en ir a verla, unas amigas de la juventud, en todo tiempo fieles y cariñosas, siempre afectuosas con ella lo mismo en épocas de felicidad y de abundancia que en aquellos últimos años de pobreza y de amargura; dos amigas, unas buenas señoras, ambas solteras y pobres desde que doña Dolores las conoció, que fueron para la familia de don Ramón Collantes, durante la enfermedad de éste, y en los días en que Ramoncito se vio al borde del sepulcro, como dos ángeles de incomparable caridad. Si buenas fueron siempre con Dolores en días prósperos y alegres, en los días aciagos y de aflicción dieron muchas y supremas muestras de la alteza de su alma y de la bondad de su corazón. Instaladas en la casa, tomaron desde el primer momento la dirección de ella, para dejar a doña Dolores y a sus hijas cerca del enfermo. Y no se limitaban a esto: lo mismo se entendían con Filomena,

³⁴³ *Ibidem*, pp. 332; 334.

³⁴⁴ *Ibidem*, p. 430.

con la desinteresada Filomena, prodigio de abnegación, de fidelidad y de cariño y lo mismo atendían a las pocas personas que acudían a condolerse de los infortunios de aquella casa, que cuidaban al enfermo, le consolaban, le daban ánimo y aliento, o se pasaban las noches velándole el sueño y atentas a su llamado o a sus quejas.³⁴⁵

La cita anterior es importante porque evidencia la unión que existe entre mujeres para ayudarse de manera mutua. Aunque en el universo literario que Rafael Delgado crea en sus novelas lo que más se denuncia es la afición de las mujeres al chisme (lo cual se comprueba con algunos de los personajes que se pasean en las diferentes historias, como Juan Jurado o las señoritas Castro Pérez) el caso de las hermanas Pradilla, nos permite ver que no todas las mujeres son así. Cuando doña Dolores estaba temerosa por la idea de cambiar de casa e irse a vivir a la capital, ellas fueron las únicas que se mostraron sensatas y compasivas:

Las buenas amigas concedieron toda la razón a doña Dolores. También temían la volubilidad de don Juan, y también recelaban de su carácter tornadizo, pero no se atrevieron a manifestar sus temores y sus celos, en vista de que la pobre y afligida señora se hacía lenguas de su cuñado, y no cesaba de alabar a doña Carmen y de poner por las nubes a sus sobrinos. Teresa y Asunción, al despedirse, ofrecieron volver, y aunque tenían en su casa no pocos quehaceres (las pobres vivían de coser), prometieron venir a ayudar a su amiga en la ruda faena de hacer bultos y embalar cosas.³⁴⁶

Esta breve aparición de las hermanas Pradilla ilustra muy bien lo que Verena Radkau define como la capacidad de las mujeres de crear redes de sobrevivencia. La autora sostiene que “con toda justicia podemos hablar de que existía una cultura femenina doméstica que consistía básicamente en establecer vínculos con otras mujeres, ya de la familia más extensa o del vecindario, que pudiesen ayudar en caso de alguna emergencia, prestando dinero, alimentos o cuidando niños”.³⁴⁷ Esta red de ayuda entre mujeres también se observa con las mujeres que viven en la vecindad de San Cristóbal en la novela *La Calandria*, y es un ejemplo claro de ayuda mutua y desinteresada.

³⁴⁵ *Ibidem*, p. 112.

³⁴⁶ *Ibidem*, p. 115.

³⁴⁷ RADKAU, Verena, *op. cit.*, pp. 24-25.

RECAPITULACIÓN

En este capítulo abordé el tema de las mujeres fieles y abnegadas que existen en las novelas de Rafael Delgado. Al examinar las novelas del autor, me pude percatar que sólo en dos de las cuatro novelas existen este tipo de mujeres.

En *Angelina*, el personaje central, que le da nombre a la segunda novela del escritor veracruzano, cumple con el ideal femenino decimonónico; es decir, es una mujer dócil y abnegada que siempre está al pendiente de los demás. Un rasgo curioso es que ella cumple con el rol de ama de casa a pesar de que no esté casada. Junto a Angelina están otras dos mujeres: Carmen y Pepa, las tías de Rodolfo, quienes son dos solteras que, al quedar en la pobreza, hacen todo lo que está a su alcance con tal de que su sobrino tenga una mejor vida y consiga una mujer ejemplar con la cual casarse. Una de ellas, Pepa, se pone a trabajar con tal de que a su sobrino no le falte nada y para suplir las necesidades de su hermana enferma. Las tías de Rodolfo son un ejemplo de honestidad y sacrificio, pues nunca rebasaron los límites socialmente establecidos y se conformaron con el infortunio que les tocó vivir.

En este capítulo también hablé de Gabriela Fernández, personaje de gran trascendencia que aparece en *Angelina*. Aunque la señorita Fernández es hija de una familia acaudalada y es despanpanantemente bella, no es feliz. Sin embargo, su buena educación y su increíble paciencia, hacen de ella una hija ejemplar que está sujeta a la voluntad de sus padres, que tolera los insultos y berrinches de su hermano menor y que está lejos de ser una mujer frívola. Gabriela es la única mujer en todas las novelas del autor que se casa y vive feliz.

Así, tanto Angelina como Gabriela llevan ya en sus nombres la reminiscencia de lo celeste, por lo cual sus buenas obras respaldan el simbolismo de sus nombres. Las cuatro mujeres que aparecen en esta novela se hermanan, ya sea por el sufrimiento o la desgracia: Angelina es pobre y huérfana; las tías de Rodolfo son hijas de un militar cuya familia vino a menos; en el caso de Gabriela Fernández se empata con ellas en el sentido de que vive insatisfecha con la vida que lleva, pues al igual que Carmen, una de las tías de Rodolfo, vive con la zozobra de haber tenido un amor no correspondido; pues como vimos Ernesto

se dejó llevar por el vicio, sin embargo, para Gabriela, este sufrimiento temporal queda resarcido cuando se casa con Ernesto.

En la tercera novela de Rafael Delgado, *Los parientes ricos*, pudimos observar que hay un grupo de mujeres que cumplen, de maneras distintas, el mismo rol femenino, es decir, son mujeres abnegadas que se sacrifican por el bien ajeno. En primer lugar, aparece doña Dolores viuda de Collantes, una mujer que ama profundamente a sus hijos, pero que no puede impedir que la mala influencia de la familia de su cuñado Juan termine por dañar a su familia. Por amor a su familia y por su pobreza, doña Dolores fue capaz de irse a vivir a la Ciudad de México, y dejar la vida sencilla y apacible de Pluviosilla y de no reclamar la herencia que su cuñada le había dado y que por derecho le correspondía. Es tal la abnegación de la viuda que, cuando se enteró de la deshonra de su hija Elena, decide marcharse de la ciudad e irse con su pobreza y su oprobio a costas.

Mención aparte merece Margarita, pues como se evidenció, ella es una señorita bella, inteligente, trabajadora y con una espíritu de sacrificio enorme; primeramente, para ayudar a su familia y después para intentar borrar la deshonra de su hermana ciega, para ello, Margarita, a pesar de que vivía con la herida de un amor que no la supo valorar, fue capaz de sacrificarse por su hermana y renunciar al amor sincero de Alfonso.

Filomena, la empleada doméstica de la familia, es una mujer que al igual que Angelina, fue capaz de sacrificarse por la familia, que en el pasado le brindara casa, vestido y sustento; sus principales cualidades son ser muy trabajadora, comedida, honesta y tener una gran disposición para ayudar cada que la situación lo amerite. Es ella quien termina por sacrificarse cuando se entera del embarazo de Elena. Finalmente, en esta novela también aparecen las hermanas Pradilla: Teresa y Asunción, mujeres leales que son ejemplo de ayuda, colaboración desinteresada y sincera amistad.

Las historias de estas mujeres ejemplares son una muestra del ideal femenino de la época, pero también evidencian que cumplir con lo socialmente establecido no era garantía para disfrutar de una vida plena y alejada de sinsabores, como doña Dolores y sus hijas lo muestran. Pero, ¿qué sucedía con las mujeres que de manera abierta renunciaban a ser esa mujer ideal que tanto promovía el discurso decimonónico? ¿Cuáles eran las consecuencias que enfrentaban las mujeres que no se sujetaban a lo socialmente establecido? Estas y otras cuestiones se abordarán en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO 4. ENTRE EL DEBER SER Y EL QUERER SER: MUJERES TRANSGRESORAS

En las novelas de Rafael Delgado existen mujeres que contravienen las normas sociales y morales de la época, pues no se sujetan al rol establecido por la sociedad, motivo por el cual son mal vistas y duramente criticadas, ya que sus acciones o su conducta las ponen en entredicho. Este capítulo está dedicado a analizar este tipo de mujeres.

4.1. Carmen, la hija ilegítima

El personaje con el que inicio este análisis es el de Carmen, quien es, sin duda, el más estudiado y analizado por ser la protagonista de la novela más conocida de Rafael Delgado: *La Calandria*.

Carmen, hija natural de una lavandera y de un hombre rico, le hará frente a los sinsabores de la vida desde el mismísimo día en que su madre, Guadalupe, muere víctima de tuberculosis. Uno de los muchos obstáculos que ella debe enfrentar es vivir sola, ya que al no ser reconocida por su padre no puede irse a vivir con él. Esta situación levanta murmuraciones entre las mujeres de la vecindad, aun antes de que su madre muera:

—Bueno; pero yo pregunto —dijo la Petrita—: y si se muere la enferma, ¿con quién se queda Carmen? ¡La pobre no tiene ni quien vea por ella!...

—Y luego —hizo notar doña Pancha— ¡con esa carita de manzana, tan coscolina y tan alegre!

—Carne para lobos, hija...³⁴⁸

Para salvar del peligro inminente en el que se encuentra Carmen, el padre González aconseja a don Eduardo lo que se debe hacer con la huérfana:

Convendría ponerla a cargo de una familia cristiana y respetable. Su edad, su inexperiencia, su hermosura acaso la expondrán a mil peligros, y la única manera de precaverla contra ellos es colocarla bajo el amparo de personas graves y de buenas costumbres.³⁴⁹

³⁴⁸ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, p. 2.

³⁴⁹ *Ibidem*, p. 11-12.

A pesar de los consejos del sacerdote, el padre de Carmen no toma acciones de manera inmediata para salvaguardar la honra de su hija, es por ello que Carmen, al quedarse en el total desamparo y verse sola, tomará decisiones que no son convenientes para ella, como señala Carmen Ramos Escandón al hablar de *Santa* y de *La Calandria*: “en *La Calandria* a la muerte de su madre Carmen, la heroína, cambia de temperamento, de amistades, de galán y de forma de ser”, estas mujeres, como señala la autora “acaban siendo víctimas de las circunstancias de su vida familiar”.³⁵⁰ En el caso de Carmen “su condición de hija natural determina que no sea aceptada en ninguno de los dos mundos sociales en los que se mueve la novela”.³⁵¹ Ello se evidencia conforme avanza la historia, Carmen no es aceptada en la vecindad, porque la tachan de alzada, y en el mundo de opulencia en el que vive su padre tampoco es bien recibida por ser pobre y por su origen ilegítimo. Esta clase de circunstancias se van dando mediante una serie de acontecimientos que van perjudicando la vida de Carmen, hasta hacerla una mujer despreciable. En este caso, Carmen es una mujer desamparada por ser huérfana de madre y no reconocida por su padre, lo cual la pone en desventaja frente a hombres sin escrúpulos, como bien señala Adriana Sandoval: “la ilegitimidad de nacimiento condena automáticamente a Carmen a una posición en la que no está protegida por los derechos de la legalidad, en la que es susceptible de ser seducida sin mayores miramientos sociales”.³⁵²

A lo largo de la novela, Carmen es descrita como una mujer hermosa. Esta cualidad representa para ella un peligro, pues su belleza la pone en la mira de hombres malintencionados:

Carmen también era bella. [...] Hermoso talle; formas escultóricas que pregonaban sus hechizos a través de la falda; seno redondo y abultado; rostro dulcemente pálido; nariz respingadilla, de anchas y abiertas fosas; cabellos negros y quebrados, delatores de algunas gotitas de sangre líbica, y sobre todo, cierta indolencia felina y cierta vibración del cuerpo rítmica y sensual. Tal era la Calandria.³⁵³

En muchas ocasiones se reitera la belleza de Carmen, quizás con el fin de atenuar sus malas decisiones o para justificar el hecho de que ella anhele una vida diferente. Por

³⁵⁰ RAMOS ESCANDÓN, Carmen, *Del cuerpo social al cuerpo carnal: Santa y La Calandria o el inconsciente colectivo de una sociedad reprimida*, Estados Unidos de Norteamérica, The University of Texas, 1991, pp. 20-21.

³⁵¹ *Ibidem*, p. 50.

³⁵² SANDOVAL LARA, Adriana, *A cien años...*, p. 39.

³⁵³ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, p. 99.

ejemplo, la siguiente descripción se da como preámbulo a una discusión que Carmen tiene con Gabriel, cuando él le advierte que su amistad con Magdalena no es del todo sana:

La joven estaba hermosísima. La luz de la vela daba de lleno en su rostro; el óvalo magnífico de su cara, rodeado por los pliegues del rebozo, tenía la palidez del marfil; sus rasgados ojos centelleaban de alegría; los rizos negros que caían sobre la frente hacían resaltar la blancura purísima de las mejillas, y al sonreír los graciosos y gruesos labios dejaban ver dos medios aros de perlas.³⁵⁴

No obstante su belleza, Carmen tenía un defecto: el llevar un apodo; el apodo le viene por su gusto por cantar, pero contraviene las normas de la época, pues hacen de ella una mujer pública y conocida de muchos, lo cual no es bien visto:

—[...] Para qué quiere usted buscarse ruidos. La muchacha es bonita, pero muy alegre de ojos; a todos les enseña los dientes, con todos se ríe, y no hace más que cantar; por eso le pusieron el apodo.

—No Petrita: eso sí que no; bien que ayudaba a la enferma; lava que es un gusto, y en cuanto a planchar, no hay pero que ponerles a las camisas que salen de sus manos. ¿Qué le gusta cantar?... ¿y eso qué? Por eso es lo del apodo [...] Que porque a la pobrecita le gusta cantar, y Enrique López la acompaña con la vihuela, ahí tiene usted, mi alma, que le puso el apodo. [...] ¡Harta desgracia tiene con lo que le ha pasado y con lo que le está pasando... ¡La Calandria! ¡Usted dirá! ¡La Calandria! ¡Porque canta y tiene para eso un aquel, que ni las del teatro! Pues no le hacen favor: canta mejor que una calandria...³⁵⁵

Como se puede apreciar, Carmen es una mujer trabajadora, pero no es conveniente que lleve un apodo. Cuando doña Pancha, la madre de Gabriel, discute con él acerca de sus pretensiones amorosas para con Carmen, lo primero que le aconseja es que se busque una mujer que no tenga apodo: "... no como Carmen, tan igualada y fantasiosa, que hasta apodo tiene. Ya sabes, hijo, lo que dice el adagio: *mujer con apodo de ningún modo*".³⁵⁶ A propósito del apodo, Marguerite Dunnell precisa lo siguiente: "The *apodo*, given to a girl in Mexico, seems to have something of the significance of the old saying: A whistling girl and a crowing hen always come to some bad end",³⁵⁷ es decir, aunque Carmen tenga la virtud de ser una mujer hermosa, el hecho de que lleve un apodo no le beneficia para nada, pues vaticina que terminará mal.

Otra virtud que Carmen posee es ser una mujer trabajadora, no sólo le ayudaba a su madre a ganarse el sustento diario sino que, siempre que había oportunidad, ella

³⁵⁴ *Ibidem*, pp. 45-46.

³⁵⁵ *Ibidem*, p. 5.

³⁵⁶ *Ibidem*, p. 119.

³⁵⁷ DUNNELL, Marguerite, *op. cit.*, p. 15.

demostraba que era una mujer hacendosa; por ejemplo, cuando llegan a la casa cural en San Andrés es Carmen quien se encarga del quehacer doméstico:

Empleó Carmen las primeras horas de la mañana en el arreglo de la recámara y en la colocación de los viejos muebles recibidos la víspera. Tempranito, apenas salió doña Mercedes para ir a misa, principió la faena. La joven, en traje de hacer sábado, iba y venía diligente y activa. Las enaguas viejas de percal azul y el pañuelo de hierbas con que se había cubierto la cabeza, despertaban en la muchacha el ardor del aseo, la rabia de la limpieza, en tal grado, que era otra cuando se echaba encima tales prendas. Nada quedaba en su sitio. Plumero en mano, limpiaba techos y paredes, o armada con la escoba de palma ruidosa y cantante, en los ojos la alegría y en los labios la polca favorita, no había telarañas que se le escaparan, ni hendiduras donde quedara oculto un átomo de polvo. Con razón el Cura, cuando en el púlpito discurría del examen de la conciencia, indispensable para una buena confesión, no dejaba nunca de comparar el acto importantísimo de limpiar el alma con la diaria faena mujeril.³⁵⁸

Esta obsesión por la limpieza le sirve a Carmen como distractor cuando cae en depresión por haber cambiado a Gabriel por el catrín de Alberto Rosas, pero, de manera personal, considero que este afán por la limpieza revela otros rasgos de su personalidad:

La joven no era perezosa. Desde chica aprendió a no estar mano sobre mano, y además no gustaba de parecer una carga en casa ajena. Tenía un defecto, nacido acaso de la viveza y fogosidad de su imaginación: todo lo tomaba con ansia, con un empeño y un ardor extraordinarios, y a pocas vueltas le entraba cansancio y desaliento, abandonaba lo emprendido, y en mucho tiempo no se acordaba de ello. Los quehaceres domésticos eran en ella una necesidad, una costumbre; pero tantos afanes mostrados en la casa cural de Xochiapan, si bien procedían del deseo de hacerse grata, tenían por objeto la divagación y el olvido de penas que contristaban aquella su alma dolorida, en lucha con dos pasiones formidables: el amor y la ambición, a las cuales, aunque débil, se juntaba el despecho provocado por la conducta del ebanista.³⁵⁹

Este fragmento nos permite observar algunos aspectos interesantes: a pesar de sus virtudes domésticas, es decir, ser “mujer de hogar”, Carmen se debate en una lucha emocional interna. El fragmento anterior nos permite percibir sus emociones y sentimientos, su lucha entre el amor verdadero y su ambición por un cambio de vida que ella creía alcanzar si se casaba con Alberto Rosas, ya que para Carmen, “Alberto era para ella el bienestar, el lujo, la vida cómoda y brillante, como ella la merecía, como correspondía a una joven decente y hermosa...”,³⁶⁰ sin embargo, “a pesar de esta suma de virtudes domésticas y semiprofesionales, su personalidad está escindida entre esa actividad

³⁵⁸ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, p. 154.

³⁵⁹ *Ibidem*, p. 140.

³⁶⁰ *Ibidem*, p. 141.

tradicional y disciplinada y su afición al canto y al lujo, a la vida social con la que sueña y a la cual no puede acceder por su origen bastardo”.³⁶¹

Un obstáculo que enfrenta Carmen es el de vivir a la sombra de su hermana Lola, la hija legítima de don Eduardo. Es doña Pancha quien nota este defecto, cuando piensa si Carmen es una buena muchacha para su hijo Gabriel:

Puede que a Gabriel le convenga la muchacha. Es limpia, trabajadora, vamos muy mujer. Harían buena pareja. Ella es linda como una rosa, y él muy bien parecido. ¡Lástima que Carmen sea así, tan alzada! Sí, porque eso sí, es muy alzada. Siempre con que si su hermana es la más bonita; con que su padre es muy rico, y que ella es muy decente...³⁶²

El hecho de que Carmen sea tachada de alzada se debe a que ella sabe de quién es hija. El que su padre sea un hombre adinerado motiva a que ella anhele una mejor posición social por encima de las mujeres de la vecindad, ello hará que de manera constante sea comparada con su media hermana:

—Enterita a la cara de su hermana, la hija de ese señor don Eduardo... el vivo retrato... ¿no es verdad, doña Pancha?
—¿No la conoce usted, Petrita? La que pasó por aquí a caballo el otro día; la del sombrero alto, como el del doctor... ¡vaya!
—¡Vaya si la conozco! Póngale usted a Carmen los vestidos de la otra, el peinado alto, el sombrerito, y no hay diferencia. ¡Pobre muchacha!³⁶³

Y no sólo las vecinas murmuraban al respecto, sino que en muchas de las discusiones que Carmen tuvo con Gabriel, él le reclamaba que ella anhelara la vida de su hermana:

—Dime: ¿verdad que te gustaría más vivir con tu hermana, tratada como ella, vestida como ella, que es tan lujosa? [...] Dime que sí; que sientes ser pobre y no vivir como ella, y no tener esos vestidos, y no ir a esos bailes de los decentes, como ella va. El otro día, cuando pasamos por la casa de tu papá y nos detuvimos a curiosear el baile, me pareció que te pusiste muy triste al ver a tu hermana...³⁶⁴

Coincido con Ramos Escandón cuando señala que “el conflicto de Carmen consiste en querer ocupar el lugar de su hermana, en querer ser rica y respetada cuando no es sino una artesana”,³⁶⁵ en este sentido, es su origen ilegítimo lo que condiciona la vida de Carmen, de tal manera que ni su mismo padre acepta que ella viva con ellos:

³⁶¹ RAMOS ESCANDÓN, Carmen, *Del cuerpo social...*, p. 47.

³⁶² DELGADO, Rafael, *La Calandria*, pp. 36-37.

³⁶³ *Ibidem*, p. 2.

³⁶⁴ *Ibidem*, pp. 39-40.

³⁶⁵ RAMOS ESCANDÓN, Carmen, *Del cuerpo social...*, p. 16.

Por el camino iba pensando en el olvido y alejamiento en que había tenido a Carmen, casi en la miseria, cuando Lola gozaba de abundancias y bienestar. Bien visto, ambas eran hijas suyas y no había razón para que la una hubiera vivido en la opulencia, mientras la otra pasaba el día en el trabajo, ayudando a Guadalupe, y luego a doña Francisca. Aquello no era justo; pero no había modo de remediarlo. ¿Traerla a su casa, a vivir con Lolita? No, ¡cómo!... Lola era muy buena, cariñosa, compasiva, cierto, pero al lado de la señorita, Carmen aparecería siempre como una criada... ¡Ni pensar en ello! Carmen carecía de buenos modales. Guadalupe la educó bien, sin duda, para vivir modestamente, pero no para tratar con gente fina... ¡Bastante hizo la pobre mujer! No, ni pensar en ello. Era mejor arreglar aquello como lo había pensado... El padre González le ayudaría... ¡era tan amable, tan obsequioso!...³⁶⁶

Don Eduardo evade su responsabilidad de hacerse cargo de Carmen, estuvo al pendiente a la distancia, sin comprometerse con ella, y se justificó por el qué diría su hija Lola; es por ello que cuando Carmen cayó en dificultades, simplemente se deshizo de ella y la mandó a vivir con el padre González.

A mi juicio, la obsesión de cambiar de clase social, detonará en Carmen una rebeldía que contraviene las normas de la época; es decir, Carmen, en su afán por salirse del lugar que tenía asignado socialmente por ser pobre, huérfana e hija natural, comenzó a tomar decisiones que no la llevaron por el buen camino y fue justo ahí cuando inició su lucha entre el deber ser y el querer ser.

En este sentido, las decisiones de Carmen son motivadas por deseos personales. Su deseo de cambiar de estatus está basado en la condición social que tiene su padre, quien es un hombre adinerado, por esta razón

Se trata de un personaje escindido entre dos posibilidades de conducta femenina que cohabitan en la misma persona. Por una parte Carmen es una muchacha limpia, trabajadora, vamos, muy mujer, y por la otra es coscolina. El origen social de Carmen, la disparidad entre su crianza y la situación social de su padre, determinan la diferencia en sus dos posibilidades.³⁶⁷

Carmen puede hacer su vida a lado de Gabriel y vivir como una mujer, que, aunque de origen humilde, tiene el respaldo de un hombre, tal como lo exigían las normas y la ideología de la época, o vivir bajo el peligro latente de ser una mujer joven y bella sin nadie que la proteja. Un agravante que tiene la Calandria es su ambición por el lujo, pues más que vivir en compañía de su padre y su hermanan Lola para formar una familia, lo que se pone de manifiesto es que ella anhela tener acceso a un estilo de vida rodeado por el lujo y ser

³⁶⁶ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, p. 126.

³⁶⁷ RAMOS ESCANDÓN, Carmen, *Del cuerpo social...*, p. 45.

aceptada y respetada como hija de un hombre acaudalado para ganarse el estatus social que por su nacimiento ilegítimo tenía perdido. Adriana Sandoval, al debatir sobre esta conducta del personaje menciona que:

En los miembros de una clase social deben reconocer y aceptar su lugar en la sociedad y seguir las reglas del grupo al que pertenecen. Aspirar a un acenso social y adoptar las reglas —en este caso del atuendo— de otro grupo significa una transgresión que no será bien vista ni aceptada por los dos grupos sociales en cuestión: el que se desea abandonar y el que se aspira a ingresar.³⁶⁸

En este caso, Carmen no es bien vista ni por la gente de su misma clase y condición, ni por los de aquella a la que pretende ascender, pues mientras ella es criticada por querer ascender a algo mejor, los miembros de la clase a la que ella aspira no la aceptan por su origen y condición, por lo tanto Carmen no se identifica ni con uno ni con otro grupo; en ella sólo pervive el deseo de pertenecer a otro estatus, su apariencia así lo manifiesta cuando en una noche se encuentra con Gabriel:

Vestía de blanco, como en otro tiempo. No estaba cubierta con aquel rebozo que tan bien sentaba a su juvenil hermosura y que cuadraba maravillosamente con la sencilla condición de la muchacha. Esta vez venía envuelta en un pañolón de merino negro. La dulce avecilla canora cambiaba de plumaje; no era ya la humilde lavandera. La hija del pueblo aspiraba a parecer una señorita. La coquetuela no sabía que con aquellas galas estaba menos bella.³⁶⁹

Una circunstancia que detona un cambio radical en La Calandria es su amistad con Magdalena, pues considero que es ella quien la catapulta hacia la perdición. Será en casa de Magdalena, de quien me ocuparé más adelante, donde Carmen encuentra esa libertad que en casa de doña Pancha y al lado de Gabriel no tenía. Carmen asistió a una cena que Magdalena amenizó en su casa y cuando Gabriel regresa y sabe que ella está cantando en casa ajena se molesta mucho:

Al llegar Gabriel esa noche, vio con disgusto que la huérfana no estaba en casa, y al oírla cantar en la de Magdalena no pudo ocultar su desagrado.
—Mamá —dijo entre colérico y grave—: ¿por qué deja usted a Carmen que se trate con esa mujer?
—¿Y eso qué, hijo?
—¿Qué? ¿No la conoce usted? Es una mala amistad. Una amiga que no le conviene.
—¿Por qué no le conviene?
—Porque esa mulata gordiflona no es buena, ni puede serlo. ¿Cómo vive, señora madre? Mal. ¿Se acuerda usted de cuando la tuvo el gachupín de La Santanderina?
¿Se acuerda usted cuando el teniente la echó de su casa a patadas?

³⁶⁸ SANDOVAL ADRIANA, *A cien años...*, pp. 37-38.

³⁶⁹ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, p. 119.

—¡Gabriel! ¡Gabriel! ¡Qué lengua tienes!
—No, no es mala lengua... Lo que yo digo es la verdad, ¡la purita verdad pelada!
Pero, en fin, usted sabe lo que hace; a mí no me lleva el interés... ¡para qué hablar y estar porfiando!³⁷⁰

El que Carmen esté en casa de Magdalena y después asista a una cena que ella organiza, pone a La Calandria en peligro y la expone al escarnio público, no sólo por la mala fama de Magdalena, sino porque esa noche conoció a Alberto Rosas y además se emborrachó:

—¡Ahora, a la mesa! —Male... que pongan la sopa... Mi buen amigo don Alberto ya tendrá mucho apetito.
—Espere usted —interrumpió Rosas, acercándose a la Calandria—; la señorita no ha hecho más que besar la copa...
—No, señor; si ya tomé... poco, es cierto, porque luego... como soy débil de cabeza...
—No importa, señorita... ya va usted a comer... No quiero que beba usted mucho, mas no tan poco... imite usted a la señora que no ha dejado nada.
—¡Sin cumplidos, Carmen! —murmuró Magdalena, saliendo de la sala.
—Sí, señorita: este caballero tiene razón... —agregó Arévalo.
—¡Sí! ¡sí! ¡sí! —repitieron todos.
—¡Sin miedo!
Y la Calandria apuró la copa.
—¡Gracias! ¡Mil gracias! ¡No esperaba yo menos de la bondad de usted, señorita!³⁷¹

Aunque en realidad Alberto Rosas ya se había fijado en Carmen en el parque, es en la fiesta de Magdalena donde Alberto tiene un acercamiento directo con ella:

¿A qué cansar con la narración de lo que allí pasó? La comida fue alegre, franca, con la alegría y la franqueza que reinan donde no hay que guardar las leyes de la cortesanía. Alberto, que le acompañó dignamente en las libaciones, no perdió tiempo. Carmen, tímida al principio, fue adquiriendo confianza poco a poco, con el galanteador lechuguino, quien acabó por hacerle una declaración clara, terminante, apasionada y culta.³⁷²

Ese efímero momento que vivó Carmen en casa de Magdalena marca de manera contundente su vida, pues a partir de ahí comienza su desprestigio:

Había hecho mal, muy mal en todo; lo mismo la víspera... ¡Cómo la veían las vecinas! Algunas, cuando pasaba, sonreían, pero no todas. Otras la miraban con ojos espantados, como si fuera la culpable de un gran delito...³⁷³

³⁷⁰ *Ibidem*, p. 61.

³⁷¹ *Ibidem*, pp. 68-69.

³⁷² *Ibidem*, p. 69.

³⁷³ *Ibidem*, p. 82.

Ahora bien, el cambio que se opera en Carmen no sólo se da en su manera de vestir, sino que también, poco a poco, su conducta y su manera de ser va tornándose ajena al tipo de muchacha tranquila y amable que en un principio era. Un ejemplo de ello ocurre cuando Carmen discutió con doña Pancha por haberse emborrachado en casa de Magdalena, pues todo lo que ocurrió en la cena fue contado a detalle y con exageración a Salomé por Petrita, la hija de la casera, y doña Pancha se enteró de inmediato, lo cual generó una fuerte discusión entre ella y Carmen. Ambas se ofendieron, pero Carmen se puso más a la defensiva argumentando que a doña Pancha no debía importarle lo que ella hiciera:

—¿Disgustos?

—¿Pues cómo le llamas a lo de ayer? ¿Te parece bueno lo que ha pasado? Cuatro veces te mandé decir con Ángel que vinieras, y no hiciste caso.

—¡Sí le hice a usted caso! No vine porque no me dejaron.

—Y ¿en qué paró todo? En que viniste cayéndote, mejor dicho, en que te trajeron porque no podías dar paso. Dios te tenga de su mano... para que no te eches por la calle de en medio. Con esas amistades no has de tener buen fin...

—¡Bueno!... Será lo que usted quiera... pero a usted no le interesa.

—¡Desgraciada! ¡Ingrata! Mientras vivas aquí, a mi cargo, sí me interesa, porque tu padre descansa en mí.³⁷⁴

Se observa cómo ha cambiado la conducta de Carmen, ya ni siquiera le importa lo que dijeran de ella. Conforme avanza la discusión Carmen pasa de la altanería a la insolencia para ofender a doña Pancha:

—Hija, hija... de todas maneras, no me conviene que sigas en esta casa... Hoy hablaré con tu padre y... él dispondrá.

—¡Irá usted con los chismes!

—Yo le diré lo que ha pasado, para que vea dónde te pone... Él es tu padre... y yo no quiero echarme cargos en la conciencia...

—No faltará una casa a donde yo me vaya... Para las miserias que hay aquí... Me iré con mi padrino... o me iré con mi padre... ¿por qué no? o en último caso con Malenita, que me ha ofrecido su casa.³⁷⁵

De nada sirvieron los consejos y amonestaciones de doña Pancha, Carmen decidió irse a vivir a casa de Magdalena. A partir de que se instala en esa casa se van desencadenando una serie de eventos donde la más perjudicada será ella. Primeramente, tanto doña Pancha como Magdalena intentaron hablar con don Eduardo para informarle de la situación, pero no pudieron conseguirlo, porque él andaba de viaje. Doña Pancha buscó el consejo del padre González y él la calma al decirle que hablará con el padre de la

³⁷⁴ *Ibidem*, pp. 78-79.

³⁷⁵ *Ibidem*, p. 80.

muchacha. Gabriel se siente traicionado por Carmen e intenta olvidarla. Carmen y Magdalena asisten a un baile a casa de Pancho Solís y ahí Gabriel la ve en compañía de Magdalena, intentan aclarar lo que ha pasado y hasta le propone matrimonio:

—Mira, Carmelita; olvida todo. ¿Quieres volver a mi casa?... Yo te ofrezco arreglarlo todo, en dos por tres, mañana tempranito... No quiero que estés en esa casa, ni un día más, ni una hora, ni un minuto. ¿Quieres volverte con nosotros? Anda, yo te ofrezco que luego que el señor don Eduardo llegue voy a verlo... y nos casamos... pobrememente, como se pueda... Mira: en la hacienda donde estuve me ofrecen trabajo, casa, y buen sueldo ¿Quieres?... Respóndeme.³⁷⁶

Carmen nunca le dio un sí y cuando Gabriel le propone que se vean para platicar a solas llegó Magdalena para decirle que ya había llegado Alberto Rosas. Quiero detenerme un poco aquí para describir a Gabriel y Alberto Rosas, pues la disyuntiva para ella queda representada en los dos personajes masculinos que la pretenden.

Al igual que Carmen, Gabriel es hijo de una lavandera, pero él es huérfano de padre, su madre vive para agradarlo en todo. Gabriel es presentado como un muchacho trabajador, respetuoso y amigero:

Gabriel era vanidoso. Vanidades pueriles eran las suyas, pero al fin vanidades. Se creía guapo, simpático, elegante; pretendía ser muy hábil en su oficio, y se preciaba de consumado jinete. Cuanto a lo primero, puede decirse que no andaba el mozo lejos de lo cierto. Se comparaba con sus amigos y compañeros y por fuerza tenía que creerlo así. Éstos, celosillos y hasta envidiosos, no podían negar la superioridad del muchacho y le otorgaban sin escrúpulos la palma de la guapeza obreril. [...] Todos le querían y se disputaban su amistad. Seco y áspero en su casa, fuera de ella pecaba de comunicativo y amable. Cuando estaba de buen humor conversaba con cierta gracia y donosura, y no había poder humano que le cortara la hebra. En el fondo era irascible. Pocas veces se atufaba; mas cuando llegaba a montar en cólera, era un león exasperado; ciego por la ira no reparaba en nada y nadie podía detenerle.³⁷⁷

Aunque a simple vista pareciera que Gabriel tiene cierta ventaja sobre Alberto, pues Carmen vive en su casa, lo cierto es que Gabriel se muestra sensato e incluso renta otro cuarto para evitar las murmuraciones, pero él sabe que está en desventaja para conseguir el amor de Carmen, debido a la posición social de su padre,

La suerte le había puesto en el camino de la huérfana, que joven, bella y hacendosa, parecía como creada de propósito para él; pero una sombra empañaba los risueños proyectos de felicidad futura. —¿Por qué —se decía—, por qué es hija de un rico? Si lo fuera de un artesano, como, por ejemplo, de don Pepe Sierra, para quien mi

³⁷⁶ *Ibidem*, p. 93.

³⁷⁷ *Ibidem*, pp. 26; 27-28.

honradez y mi trabajo valieran algo, no estaría yo tan inquieto y triste. Ese señor Ortiz no ha de quererme, estoy cierto de ello.³⁷⁸

Gabriel sabe que la diferencia de clases será el principal impedimento para que su amor por Carmen llegue a buen puerto. Aunque Carmen está entre los de su clase, él se siente inferior ante la familia de Carmen.

Por otra parte, Alberto Rosas, el otro pretendiente de Carmen es descrito de la siguiente manera:

Era éste un pollo tempranero, precoz, de buena casta, delgado, con la extenuación y la triste palidez que caracterizan a la juventud libertina. Mas aquel mismo aspecto demacrado de su rostro y la diafanidad de sus mejillas le daban cierto airecillo interesante, muy en tono con lo distinguido de sus modales y la corrección de sus vestidos. Alberto Rosas se tenía por un calavera, y fiaba, no sin razón, en la hermosura de sus ojos negros y de su barba nazarena, no muy tupida ni sedosa, que prestaba a la debilidad de su rostro algo de viril energía, todo el éxito de sus triunfos con las mujeres de clase superior; pero tratándose de las hijas del pueblo el secreto de su fortuna estaba no sólo en su dinero, sino en el poder de su palabra culta, audaz, a las veces llena de malicia y siempre dulce y halagadora. El aristocrático calavera, con su elegante traje, sus breves pies calzados cuidadosamente, sin que los botines de forma americana consiguieran afeárselos, la palidez de su cara, el refinamiento de sus maneras y su lenguaje culto, fueron desde el primer momento poderoso atractivo para la huérfana, y también para Magdalena, quien de mil amores habría cambiado a su don Juan por el decente pillastrín...³⁷⁹

El fragmento anterior nos permite ver el tipo de persona que es Alberto Rosas. Si bien al igual que Gabriel, Alberto también es atractivo y hace uso de su apariencia física para seducir a las mujeres de su clase. Sus armas para conquistar las mujeres de baja condición social son su apariencia física, su dinero y el uso de la palabra como elemento seductor. Este tipo de “habilidades” hacen de él un hombre sin escrúpulos que sólo se aprovecha de mujeres incautas.

El retrato que el autor nos ofrece de los dos pretendientes de Carmen nos permiten ver las dos caras de la misma moneda: por un lado, Gabriel representa a la clase trabajadora decente y honrada pero pobre, por lo cual, aunque enamorado de Carmen, ve difícil que pueda casarse con ella; en contraste, Alberto Rosas representa el lado de la opulencia porfiriana, su ropa, sus modales e incluso su apariencia física evidencian que él pertenece a otro estrato social; esta posición le permite a esos “señoritos” darse cualquier clase de

³⁷⁸ *Ibíd.*, p. 20.

³⁷⁹ *Ibíd.*, p. 94.

gustos, y por supuesto tener a la mujer que deseen. Al analizar los personajes de Gabriel y Alberto, Adriana Sandoval considera que:

Alberto Rosas puede consumir la seducción de Carmen porque maneja las aspiraciones de la joven. Alberto es deseado por Carmen, no tanto como persona, como objeto de su deseo sexual, sino por lo que representa en tanto que un modo de vida al que ella aspira, en tanto que un mundo de atractivas apariencias a las que ella siente tener derecho. Carmen se convierte así en el objeto perfecto de la seducción de Alberto, en la medida en que la estrategia de la seducción es la de la ilusión.³⁸⁰

Por su posición social, Alberto representa para Carmen el cambio de estatus, el acceso a otro estilo de vida y ser una mujer reconocida con todo y apellido. Aquí, es importante destacar que a lo largo de la novela hay una diferencia de clases remarcada por el apellido; es decir, a los personajes que pertenecen a una clase social acomodada o tienen un cargo público se les identifica con el apellido, por ejemplo don Eduardo Ortiz de Guerra, Alberto Rosas o el padre González, esta distinción, enfatizada por el apellido, es algo que Rafael Olea Franco remarca al decir que

La actitud dubitativa de la protagonista se manifiesta incluso en el hecho de identificar a Gabriel sólo por su nombre de pila, al igual que hace el narrador con la mayoría de los personajes de ese estrato social; en cambio, Alberto Rosas sí tiene apellido, a semejanza de todos sus amigos. Por eso Carmen dejará de ser vulnerable cuando adquiera el apellido de su progenitor, con lo que abandonará el mundo de los honrados para ingresar al de los decentes.³⁸¹

A partir de lo que Olea Franco afirma, puedo deducir que aunado a la vida acomodada que Carmen anhela, también ella desea un apellido, pues de haberse concretado sus ilusiones, Carmen pasaría de ser la hija de una simple lavandera a ser una mujer de clase y con apellido, esto habría significado un verdadero cambio y ejemplo de movilidad social para su época. Así, conforme avanza la trama, Carmen vive escindida entre esas dos opciones: un amor sincero, manifestado por Gabriel, o un cambio de vida y ascenso social, representado por Alberto:

Alberto le era simpático: la deslumbraba con la elegancia de su traje, con su aristocrático porte, con sus maneras cultas, con su palabra graciosa y ligera, pero amor, amor, ¡no le inspiraba amor! Alberto era para ella el bienestar, el lujo, la vida cómoda y brillante, como ella la merecía, como correspondía a una joven decente y

³⁸⁰ SANDOVAL LARA, Adriana, *A cien años...*, p. 113.

³⁸¹ OLEA FRANCO, Rafael, “*La Calandria*: de sentimientos y tradiciones literarias”, en JIMÉNEZ DE BÁEZ, Yvette, (editora), *Varia Lingüística y Literatura*, 50 Años del CELL, t. III. *Literatura: siglos XIX y XX*, México, El Colegio de México, 1997, p. 228.

hermosa... [...] Alberto le había dicho: —Conmigo, Carmelita, lo tendrás todo: amor, lujo... ¡todo, todo!³⁸²

Es evidente que Carmen pospone sus sentimientos ante la posibilidad de cambiar de vida, pues, aunque ella no siente amor verdadero hacia Alberto, se conforma por lo que él representa: una vida que anhelaba desde hace tiempo promovida de manera constante por las continuas comparaciones que la gente hacía entre ella y su media hermana Lola. Para Alberto, quien es un calavera en busca de aventuras, en sus pretensiones amorosas para con Carmen la tiene fácil, pues como menciona Adriana Sandoval: “no se incurre en faltas a la moralidad ni a la ley al seducir a una mujer que, desde su nacimiento mismo, vive en un estado de inmoralidad e ilegitimidad independientemente de que ella sea o no responsable”.³⁸³

Es por ello que, influenciada por Alberto y Magdalena, Carmen cambia su personalidad y poco a poco se fue apagando la imagen de esa mucha inocente, para dar luz a una mujer que quiere un cambio de vida radical:

Alberto y Magdalena habían transformado a la Calandria. Ya no era aquella joven de otros días tímida, soñadora y sencilla; quedaba en ella todavía algo, como un reflejo, de la regocijada ingenuidad de otro tiempo; ingenuidad rayana en ligereza, a través de la cual un observador profundo habría descubierto fatales tendencias, y que era como el encanto principal de aquella hermosura pálida y de aquella juventud siempre festiva, iluminada por unos ojos negros, rasgados, en cuyas pupilas centelleaba a veces deslumbrador relámpago de lúbricos anhelos.³⁸⁴

Es pertinente señalar que con su deseo de querer cambiar de estatus, Carmen va perdiendo esas características que determinaban el ser femenino de la época porfiriana. Como se ve en la cita anterior, ella ha dejado de ser tímida, soñadora y sencilla, cualidades que se relacionan con el ideal femenino asociadas a la fragilidad de las mujeres, para dar paso a una mujer distinta. De esta manera, Carmen pasó de ser una mujer de nobles sentimientos a ser una mujer cuyo único interés era cambiar de estatus, lo cual no es conveniente, pues se sale de las normas sociales establecidas.

Otro agravante que pone en desventaja a Carmen en su relación con Gabriel, es su rechazo hacia los niños, lo cual la convierte en una mujer transgresora para la época, pues su forma de ser no encaja con las normas socialmente aceptadas, de ser una mujer maternal.

³⁸² DELGADO, Rafael, *La Calandria*, p. 141.

³⁸³ SANDOVAL LARA, Adriana, *A cien años...*, p. 39.

³⁸⁴ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, p. 97.

Ello se demuestra cuando, en cierta ocasión, al estar en el parque con Petrita, doña Pancha y Gabriel, manifiesta que no le gustan los niños:

Doña Pancha le dio un beso, Petrita otro, y Gabriel le hizo una caricia. Sólo Carmen permaneció muda y fría ante las gracias y belleza del niño.

—¿Qué no le gustan a usted los niños, Carmen? —Preguntó Gabriel a la huérfana, sentándose a su lado.

—No... Dan mucha guerra... molestan mucho.

—Pues a mí sí. ¡Son tan zalameros y agraciados!...

—A mí no... ¡Dios me libre de sufrirlos!

El mozo hizo un gesto de desagrado y se quedó pensativo.³⁸⁵

Su rechazo hacia los niños es ofensivo, pues la máxima prioridad dentro de la ideología decimonónica era educar y condicionar a las mujeres para ser madres y educar a los hijos. Es evidente que Carmen, al no querer tener hijos, se rebela contra toda una ideología que asignaba y determinaba los roles de las mujeres y contra la función social más preponderante: ser madre, pues “lo específico de la actividad biológica de la mujer, su función reproductora, determina en gran parte la forma en que es concebida por la sociedad y, en fin de cuentas, cómo se concibe la mujer a sí misma”,³⁸⁶ por este motivo, Carmen al manifestar su rechazo hacia los niños se rebela contra las normas morales de la época y, de manera indirecta, queda fuera de la legislación decimonónica, pues:

La maternidad está privilegiada en la ley como el fin último no sólo del matrimonio, sino de la vida de la mujer. Es decir, la regulación del cuerpo de la mujer, en cuanto que es capaz de producir otro cuerpo, es objeto de una legislación cuidadosa, específica del sexo femenino. El cuerpo de la mujer tiene como propósito el embarazo y la reproducción. La maternidad es considerada el objetivo fundamental de la vida femenina. Sin embargo, el producto del embarazo, el hijo, aunque sea un producto del cuerpo de la mujer, no se ve como suyo, sino como propiedad de la sociedad conyugal, y por lo mismo el control sobre el mismo no es exclusivo de la mujer.³⁸⁷

Es evidente que esta legislación les otorga a las mujeres el papel de proveedoras de hijos para sus maridos; negarse a esa función asignada implicaba también rebelarse a un aparato jurídico ya establecido. Al abordar el papel de las mujeres en la sociedad porfirista, Verena Radkau cita un periódico de la época, del cual extrae un fragmento anónimo en el que se define la importancia del rol femenino de ser madre:

La madre es la primera institutriz práctica de sus hijos, quien les inspira las primeras elevaciones del alma hacia Dios, las primeras aspiraciones del corazón,

³⁸⁵ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, p. 56.

³⁸⁶ CARNER, Françoise, “Estereotipos femeninos...”, p. 97.

³⁸⁷ RAMOS ESCANDÓN, Carmen, “Cuerpos contruidos...”, p. 95.

hacia lo bueno [...] la madre ejemplar... es el ángel del hogar, que conserva bajo sus alas benditas los futuros hijos de la Iglesia, los futuros defensores de la patria.³⁸⁸

A la luz de la cita anterior, podemos ver que Carmen queda escindida de la sociedad, pues de manera deliberada decide renunciar al ideal femenino de la época que era ser madre.

Finalmente, aparece don Eduardo y junto con el padre González determinan que Carmen se vaya a vivir a la casa cural de San Andrés Xochiapán, en compañía del sacerdote y la madre de él, doña Mercedes. Esta especie de retiro obligatorio servirá para que Carmen reflexione sobre sus acciones. La soledad en la que vive hace que irremediablemente piense en Gabriel y en Alberto. Una serie de mal entendidos entre ella y Gabriel propicia que su relación amorosa no se concrete, pues cuando Gabriel intenta verla para aclarar su situación, la mira a lejos hablando con Alberto; lo cual termina por sepultar sus pretensiones amorosas.

Otra actitud negativa que se observa en Carmen es su astucia para lograr sus objetivos, pues aunque ella ya vive en San Andrés Xochiapán y está en compañía del padre González y doña Mercedes, se las ingenia para escribirle a Gabriel, mientras tanto Alberto indaga dónde encontrarla. Esta reclusión forzada resulta en un terrible aburrimiento, sólo se dedica a coser y a hacer sus labores domésticas, algunas veces amenizaba las tardes cantando; al estar sola, Carmen reflexiona sobre su vida e incluso algunas veces llega al arrepentimiento:

Yo, en casa de Gabriel, lo fui: amaba y era amada. ¡Tonta de mí! Entonces ambicionaba lujos y grandezas, las grandezas y lujos de mi hermana. Acaso yo, pobre, lavando todo el día, trabajando toda la semana, era más feliz que Lola. ¡Para qué me creí de Alberto! La culpa es mía, sí, mía. Magdalena me dijo tanto, tanto de él... que me fasciné, me deslumbré con la elegancia de su traje, con su porte aristocrático, y di oído a sus palabras... pero no lo quería yo, y no lo quiero... Yo amaba a Gabriel, al pobre Gabriel que tanto me quiso, que me quiere aún, sí, me quiere todavía. ¡Él me lo dijo, casi con las lágrimas en los ojos, aquella horrible noche! Y aunque no me lo hubiera dicho... mi corazón me lo repetía a cada instante.³⁸⁹

A propósito de la estancia de Carmen en San Andrés, quiero señalar que aquí el autor inicia con un sesgo que caracterizará a algunas de las mujeres que aparecen en las novelas, me refiero a la afición de éstas por la literatura, un hecho que marca de manera

³⁸⁸ RADKAU, Verena, *op. cit.*, p. 19.

³⁸⁹ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, p. 146.

directa su forma de ser. En el caso de Carmen, al estar en la casa cural intenta evadirse del tedio que la acecha leyendo el periódico:

Algunas veces, para matar el tiempo y ahuyentar el fastidio, tomaba el periódico, un periódico que, al decir del padre González, era excelente, sapientísimo; pero que a la joven le parecía cansado, soporífico. En vano buscaba en las columnas del grave y discreto diario cuentos entretenidos, novelitas cortas, poesías amorias.³⁹⁰

Como es evidente, el periódico no logra que Carmen se evada, por medio de la lectura, de lo que vive ahí. Esta actitud evidencia otra característica que tenían algunas señoritas de la época: la afición a la lectura por distracción. En el caso de Carmen es el aburrimiento lo que propicia que ella busque algo en que entretenerse:

Un día, mientras el cura estaba en la iglesia, y doña Mercedes dormía, y Angelito bregaba en el corredor con la indómita logomaquia del Nebrija, entróse Carmen a la recámara del párroco en busca de un libro más ameno que aquel periódico. Había en los estantes obras en latín, en castellano, en francés, y, como era natural, predominaban las de ciencias eclesiásticas.³⁹¹

Es obvio que la biblioteca personal del padre González no ofrezca a Carmen obras que le resulten atractivas, pues al tratarse de un eclesiástico resulta lógico que la mayoría de los libros sean de corte religioso; no obstante, al ir hurgando más en el estante Carmen encuentra otro tipo de libros:

Carmen iba revisando los anaqueles: *Gury... Mach... Munguía: «Sermones»... «El liberalismo es pecado»... Perujo: «La Fe Católica»... Manterola: «El Santísimo»... Mir: «Harmonía entre la ciencia y la fe»... Draper... «La Ilustración Espirita»... En otro estante gruesos volúmenes en latín: *Scripturoe Sacrae*... En otro: *E. Pardo Bazán: «San Francisco de Asís»... Poesías de Pesado... Carpio... ¡De memoria se sabía ella este libro!*³⁹²*

Sin embargo, Carmen no tiene plena la libertad para leer lo que ella desee, pues cuando el sacerdote la sorprende hurgando entre sus libros la amonesta de la siguiente manera:

—¡Ah! ¡Muy bonito! ¡Muy bonito! Siga usted... siga usted. Pero... pero... otra vez, Carmen, no tome usted ningún libro sin mi permiso. No todas las obras que hay allí —añadió, señalando la recámara— son a propósito para una joven...

Me llama la atención el hecho de que el narrador precise que Carmen se sepa de memoria un libro del poeta Manuel Carpio; al respecto, Manuel Sol considera que:

³⁹⁰ *Ibidem*, p. 144.

³⁹¹ *Idem*.

³⁹² *Idem*.

Las causas de la influencia de la letra escrita sobre el ánimo y la personalidad de Carmen no se encuentran ciertamente a partir de su estancia en San Andrés Xochiapán, sino que hay que buscarlas también muchos años atrás, en aquellos momentos de su infancia y adolescencia que el novelista escamotea en parte, pero que ahí están latentes y presentes en algunas retrospectivas, que juntas vienen a formar lo que podría llamarse la prehistoria del personaje.³⁹³

Me llama la atención que Carmen se sepa un libro de memoria, pero no logra comprender lo que dicen otros, en especial uno sobre poesía bucólica:

Habían caído en manos de la joven las poesías bucólicas de un amable Académico [...] ¡Y qué cosas tan bonitas decía el poeta de los arroyuelos y de las flores, de los rebaños y de las colinas, de los zagales y de las arboledas! [...] Regocijada con el hallazgo corrió la joven a tomar asiento en el sofá. No leía, devoraba las brillantes y pintorescas estrofas. [...] Varios días pasó leyendo las bucólicas. No alcanzaba a entender muchas cosas de aquellas poesías, en las cuales solía encontrar palabras desconocidas, expresiones raras; mas para evitar demoras, ella les daba oportuno y apropiado sentido.³⁹⁴

Me atrevo a pensar que quizás por el hecho de que a Carmen le guste cantar, encuentre en la lectura cierta inspiración, pero el autor no nos deja saber los motivos reales ni iniciales de su afición por la poesía. Carmen, en su estancia en San Andrés, busca en la lectura una manera de evadirse del tedio que la rodea.

Pero ni la estancia en otro pueblo lejos del suyo ni el estar alejada de malas compañías como Magdalena, ni los momentos de reflexión que alguna vez tuvo Carmen lograron evitar que cometiera el error que la arrastró hacia la perdición: fugarse de la casa cural para irse en pos de Alberto Rosas, acción que sepultará de manera definitiva sus aspiraciones a un mejor estatus social, ya que Carmen rompe por completo con el rol de mujer decente que debe estar sujeta a lo que su padre determine para ella, en tanto que no se case.

El motor principal que obligó a Carmen a tomar esa decisión fue el despecho ocasionado por la carta que le mandara Gabriel en la cual le reclama que ella no lo haya querido tanto como él, que la desprecia y se arrepiente de haberse fijado en ella. Al verse privada del amor sincero de Gabriel, Carmen decide, a manera de venganza, hacerle caso a Alberto Rosas:

³⁹³ SOL, Manuel, “El bovarismo en *La Calandria* de Rafael Delgado”, en JIMÉNEZ DE BÁEZ (editora), *Varia Lingüística y Literatura*, 50 Años del CELL, t. III. Literatura: siglos XIX y XX, México, El Colegio de México, 1997, p. 255.

³⁹⁴ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, p. 145.

¡Y me verás, sí, me verás elegante, lujosa, muy bien vestida, sin que me falte nada, dichosa, feliz, casada con un hombre igual a mí! ¿Dicen que es calavera, que es un perdido? ¡No importa! Yo, con mi cariño, con mi ternura, haré que sea bueno y lo será. Dicen que el que no la corre antes la corre después. Pues, mejor, llevo esa ventaja. Alberto no vivirá sino para mí... Por mí dejará a sus amigos: a ese Pepe Muérdago que es tan repugnante, y a Frisler, y a Cortina... ¡Ah, Gabriel, cómo voy a vengarme de ti!³⁹⁵

Carmen al igual que otras de las mujeres en las novelas, de las cuales hablé con anterioridad, cree que mediante el amor redimirán las conductas negativas de los hombres con quienes entablan una relación de tipo amorosa. No obstante, para la Calandria, su afán de venganza terminará por hundirla por completo en el descrédito, lo cual motivara su ruina entera.

Además de ello, el padre González es víctima de difamación en un periodiquillo local donde se insinúa que vive en amasiato con Carmen y Muérdago, el amigo de Alberto, se encarga de expandir el rumor. Para solucionar de manera definitiva la situación, el padre de Carmen determina llevársela a vivir con él, pues ya cuenta con la aprobación de su hija Lola:

—¡Así era de esperarse! —exclamaba el cura—. ¿Recuerda usted que repetidas veces le dije que la señorita Lola accedería con gusto?

—Sin embargo, amigo mío, fue duro el paso: se encendió, bajó el rostro entristecida, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas... ¡Dos lágrimas que sentí caer en mi corazón como dos gotas de plomo derretido!

—Era natural...

—Pero luego, un instante después, vino hacia mí, sonriente y cariñosa, y me abrazó diciendo: «¡Con mucho gusto, papacito! ¿Por qué no? ¿No es también hija tuya? ¿No es hermana mía? Si quieres vamos por ella...» Y desde anoche no piensa en otra cosa, y hace mil proyectos para lo futuro con respecto a Carmen. Temprano puso a la servidumbre en movimiento, y dispuesta queda una elegante alcoba al lado de la suya. ¡Estoy contento de mi hija! ¡Así era la madre... generosa hasta el sacrificio!³⁹⁶

A pesar de estas buenas intenciones, para Carmen era ya demasiado tarde, antes de partir, su padre se enteró de su fuga con Alberto Rosas, lo cual fue motivo de rechazo hacia su hija:

—¡Rosas! —prorrumpió en tono despreciativo—. ¡Me lo temía!... Él fue sin duda, el autor del suelto...

—No puedo explicarme cómo ha sido esto... ¿Qué piensa usted hacer?

—Nada.

—¿Nada?

³⁹⁵ *Ibíd.*, p. 204.

³⁹⁶ *Ibíd.*, p. 207.

—Padre: hay cosas que no tienen remedio... y ésta es una de tantas.
—Pero...
—Cada uno abre a sus pies el abismo de su propia desgracia... Carmen no ha sido la excepción de la regla... Para mí... ¡como si hubiera muerto!³⁹⁷

Vale la pena analizar la actitud del padre de Carmen. En el capítulo 2 de la novela se habla de don Eduardo como un hombre que supo abrirse camino en medio de la adversidad y logró hacerse de una fortuna considerable; no obstante, su nueva posición social le transformó:

La vida no tenía para nuestro soldado del imperio más que una sola faz digna de atención: aquella que daba hacia los campos del dinero, para muchos áridos y penosos y para él poéticos, llanos, fecundos en comodidades y bienestar. Había llegado en todo al *summum* de la sabiduría; todo lo demás le importaba un ardite. [...] Las grandes luchas de la vida moral, los grandes combates en que el corazón lidia el primero, luchas y combates largos y terribles, pero gloriosos para el alma, habían sido eliminados por Ortiz, para quien todo lo que no fuera el *negocio*, apenas merecía su atención...³⁹⁸

Su condición de capitalista le otorgó impunidad, haciéndole vivir una doble moral. Le preocupaba que su imagen frente a su hija Dolores quedara manchada al enterarse que tenía una hija fuera del matrimonio, por ello no se ocupó de Guadalupe, una mujer que para sacar adelante a su hija vivía de lavar ajeno; tampoco reconoció a la hija que tenía viviendo en la miseria, siempre huyó de sus deberes, hay que recordar que cuando Carmen se va de la casa de doña Pancha, él se encontraba en México. No cumplió con la responsabilidad de hacerse cargo de Carmen ni darle su apellido por cuestiones de apariencias, del qué dirán. Con su actitud, don Eduardo evidencia un comportamiento machista en el sentido de que engaña a su esposa y engendra hijos fuera del matrimonio, pero no se hace cargo de ellos. Dejó en el abandono a la madre de Carmen y cuando era tiempo de que enfrentara su responsabilidad y se hiciera cargo de su hija, él simplemente se lavó las manos, al culpar a Carmen de su propia ruina, de ahí que se haya negado a darle una segunda oportunidad.

Aspirar a una vida mejor, rodeada por los lujos y las comodidades que podía darle su padre por ser rico, ser reconocida como una hija más de don Eduardo Ortiz de Guerra, al igual que su hermana Lola, no querer ser madre y equivocarse en la elección de un hombre para hacer su vida futura con prestigio, fueron los pasos que poco a poco lanzaron a la Calandria, a un abismo del que nunca habría de salir.

³⁹⁷ *Ibidem*, p. 208.

³⁹⁸ *Ibidem*, p. 7.

Como preámbulo de su final, una noche Carmen, a manera de presagio, tuvo una pesadilla en la que:

Soñaba que después de ser la querida de Alberto, éste la abandonaba, y extenuada, enferma, haraposa, entraba en un hospital para morir allí, como mueren esas desventuradas que arrastran su vida miserable por el hediondo fango de los lupanares... Gabriel, sólo Gabriel tenía compasión de ella y le veía con ojos compasivos; pero esto era muy duro y penoso, porque la bondad del muchacho despertaba en su alma remordimientos horribles; a la compasión del ebanista prefería el desprecio y el olvido de todos, el odio y la venganza del ofendido amante. Estaba en el hospital: había llamado e iban a abrirle la puerta de aquel edificio sombrío de donde no saldría jamás. Quería gritar y no podía: la voz le faltaba; se quejaba y ninguno prestaba atención a sus quejas; necesitaba llorar y sus ojos estaban secos, quemados por la fiebre. Hizo por fin un esfuerzo supremo para gritar y... despertó.³⁹⁹

En mi opinión, considero que no es gratuito que Carmen haya tenido ese mal sueño, el cual revela el estado emocional en el que se encontraba, la lucha interna al sopesar las promesas de sus dos pretendientes, pero más que nada, sirve como preámbulo del desenlace que tendrá la protagonista. Es aquí cuando algunas de las advertencias que en el pasado le hicieran a Carmen comienzan a cumplirse, por ejemplo, cuando ella discute con doña Pancha porque se quiere ir a vivir a casa de Magdalena, doña Pancha le advierte:

—¡Cállate, respondona! Mejor sería que no fueras como eres... tan... ¡Has de tener el mismo fin de Guadalupe! ¡Y si no ya lo veremos!⁴⁰⁰

También Gabriel le advierte que si elige a Alberto Rosas no tendrá la vida que ella anhela, pues para él, ella sólo es un juego:

—¡Eso no es amor! ¡Y si es amor, lo desprecio, te desprecio a ti! ¡Si me quisieras no habrías dado tu corazón a ese roto, que será rico, bien parecido, elegante, cuanto quieras, pero que no te ama como yo! ¿Crees que ese hombre, que es un perdido, un borracho, te ha enamorado con buen fin? ¿Piensas que se ha de casar contigo? Es rico, sí, y yo soy pobre... Es decente, sí, y yo soy un miserable artesano... ¡por eso lo quieres! Puede darte cuanto le pidas, ponerte un palacio, vestirme como una reina... sí... ¿pero te ama como yo? No, y no se casará contigo. Tú eres decente, de su misma clase; tu padre no se avergonzaría de ese yerno; cierto que los dos son iguales... pero los ricos con las ricas se casan, los decentes con las que son decentes por padre y madre... Tu padre no se avergonzará de él; pero don Alberto sí tendrá vergüenza de ti... ¡Ese señor, cuando quiera casarse, buscará una muchacha que no lo rebaje; y esa infeliz, porque infeliz ha de ser casándose con ese borracho, esa catrina, no eres tú! En ti no ha visto más que, como ellos dicen, una gata bonita, que no tiene quien vea por ella, abandonada y alegrona, buena para querida...⁴⁰¹

³⁹⁹ *Ibidem*, p. 106.

⁴⁰⁰ *Ibidem*, p. 80.

⁴⁰¹ *Ibidem*, p. 121.

Gabriel pone frente a Carmen las desventajas que tendrá si se decide por Alberto, la única arma con la que él cuenta para luchar por el amor de la Calandria es su amor sincero; él se asume como pobre pero honrado, frente a la opulencia pero la deslealtad de los ricos, en este caso representados por Alberto.

Otra observación en torno a lo mal que puede terminar Carmen la hace el padre González, cuando habla con don Eduardo sobre la actitud que ella ha tenido desde que se fue a vivir con ellos a Xochiapan, el padre cuenta lo siguiente:

Carmelita (así lo he comprendido por sus conversaciones) tiene una irresistible inclinación al lujo y al brillo. [...] El amor a las galas suele ser para las jóvenes a quienes la fortuna no ha visto con buenos ojos, la causa de lamentables extravíos, y no pocas veces motivo de perdición. ¿Qué cosa más natural que la primavera quiera flores?⁴⁰²

El sacerdote intenta persuadir a don Eduardo para que se lleve a su hija y que, en la medida de lo posible, vaya supliendo sus necesidades pero Carmen termina sola y desamparada.

Aunque en un principio Alberto no le propone a Carmen fugarse con él, sino que a través de una carta le prometió que iría por ella y la pondría en una casa para que viviera con una mujer respetable, sin embargo, una serie de infortunios hicieron que Carmen se fugara. En realidad, Carmen nunca se percató que Gabriel la había visto platicando con Alberto, este mal entendido hace que el ebanista la desprecie, pues piensa que en realidad ella lo está engañando. Carmen, sin saber lo que pensaba Gabriel, le escribió una carta en la que cifraba todas sus esperanzas; sin embargo lo que recibió por respuesta fue una carta llena de rencor y desprecio por parte de Gabriel. Además de ello, doña Salomé le dice que en el pueblo todos hablan de la próxima boda de Gabriel con Soledad. Esta serie de acontecimientos hicieron que Carmen tomara la decisión equivocada, pues cegada por el orgullo aceptó la propuesta de Alberto.

Aun antes de huir de la casa cural, Carmen tiene ciertos temores sobre lo qué sucederá y por el qué dirán:

Cuando el padre Alfonso sepa que me hui de su casa, ¿qué dirá? ¡Que soy una ingrata! ¿Y mi padre?... Pero yo les escribiré contentándolos, pidiéndoles perdón, y como son muy buenos, me perdonarán. ¿A qué casa me llevará Alberto? Yo, si no es una casa decente no he de aceptar; lo obligaré a que me lleve a otra, a cualquiera,

⁴⁰² *Ibidem*, pp. 163-164.

con tal que sea honrada. Si él me quiere lo hará así: no se ha de enojar conmigo por eso.⁴⁰³

Carmen cifra sus esperanzas en la idea de que será perdonada por su padre, que todo se arreglará para bien y que Alberto le dará respeto y legitimidad al colocarla en un lugar decente. Pero en realidad su verdadera motivación es el querer vengarse de Gabriel, ella sabe que las vecinas se encargarán de hacerle saber que:

Que soy de otro, que amo a otro, que estoy depositada en una casa muy decente, y que me voy a casar con Alberto. ¡Y me verás, sí, me verás elegante, lujosa, muy bien vestida, sin que me falte nada, dichosa, feliz, casada con un hombre igual a mí! ¿Dicen que es calavera, que es un perdido? ¡No importa! Yo, con mi cariño, con mi ternura, haré que sea bueno y lo será.⁴⁰⁴

Con Carmen se inicia un tópico que se repite en las otras novelas del autor: el amor como redención. Algunas de las mujeres que aparecen en las novelas tienen la idea que sus pretendientes dejarán sus malas conductas o vicios a partir de que contraigan matrimonio, no obstante esta expectativa no siempre se cumple.

Así, al dejar la casa cural e irse en pos de Alberto Rosas, Carmen rompe con las normas de la época, pues de ser una huérfana pobre y desamparada pasó a ser la querida de un catrín a quien ella no le importa. Si bien aunque nunca fue la intención de Carmen ser la querida de Alberto pues ella aceptó fugarse con él después de que le prometiera casarse, al final eso no se cumple pues para un calavera como Alberto dar su palabra de honor, en realidad no le obligaba a cumplirla.

Para Carmen, fugarse es una acción absolutamente transgresora que determinará la manera en cómo finaliza su historia. Para entender la situación por la que ella atraviesa, Françoise Carner precisa que: “la seducción sin intención de matrimonio es muy diferente del mecanismo de raptó para lograr el matrimonio. Se puede describir como el interés del hombre por adquirir los favores de una soltera, con el especial interés en que sea virgen, que una vez consumado daña el honor de la doncella y de su futuro marido”.⁴⁰⁵ Por esta razón Carmen es transgresora, pues es ella quien determina irse en pos de un hombre que la quiere para un rato. El simple hecho de que Carmen ni siquiera sea raptada, la coloca en el

⁴⁰³ *Ibidem*, pp. 203-204.

⁴⁰⁴ *Ibidem*, p. 204.

⁴⁰⁵ CARNER, Françoise, “Estereotipos femeninos...”, p. 98. «

descrédito público, pues cuando un hombre rapta a una mujer soltera, la mayoría de las veces la toma como esposa, pero a Carmen no le queda ni siquiera esa opción.

Poco tiempo después lo comprende, pero ya no había remedio. Para entonces, sufre el acoso de varios hombres, entre ellos, el amigo de Alberto, Pepe Muérdago, se queda sola y pobre, lo que da pie a que sea tratada como prostituta:

Aquello no era vivir... Encerrada entre cuatro paredes, con nadie trataba, a nadie veía, y no iba a ninguna parte. ¿Para qué? ¿Para qué todos la despreciaran y la vieran con mirada recelosa y ofensiva, como reprochándole su conducta?

Cuando pasaba salían a la puerta todas las vecinas, a verla y a murmurar de ella:

—¿Quién es?

—¡La Calandria!... La que ahora tiene don Alberto Rosas... ¡Vaya! ¿No la conoce usted?

—¡Muchacha más tonta!

—¡Tan bien que estaba en la casa del padre González!

—¿En qué vendrá a parar? ... El día menos pensado la deja ese señor y...

—Parará en lo que todas... ¡ya usted sabe!

Era preferible no salir. Y ni en la casa estaba tranquila: a media noche venían a llamar en su puerta, diciéndole, entre risas y desvergüenzas:

—¡Abre! ¡Abre! Ahora que no está Rosas... ¡abre!

Ella callaba, temblando de miedo y... de cólera.

—¡Abre! —repetían, y sonaban dinero, hasta que, cansados de porfiar, se iban, insultándola y diciéndole apodos.

Otras dos veces tuvo necesidad de echar de allí a una vieja que, bajo pretexto de vender alhajas y vestidos usados, le hizo proposiciones de esas que ofenden horriblemente a una mujer que se estima. Y no fue la única: con otras tuvo que hacer lo mismo. Aquello no se podía sufrir.⁴⁰⁶

Aunque en las novelas de Rafael Delgado no se plantea el tema de la prostitución de manera abierta, es en *La Calandria* donde se deja entrever este mal social del México decimonónico. Carmen y Magdalena son tratadas como prostitutas, no porque hayan ejercido el oficio, sino porque sus acciones morales les quitaban esa respetabilidad que tenían las mujeres honradas. En el caso de Carmen, al no sujetarse a una vida sosegada en casa de doña Pancha, tener una amiga mulata, cuya reputación es cuestionable, y hacerse querida de Alberto la deja en total indefensión, motivo por el cual, ya hacia el final, recibe el trato de una mujer ramera.

Al presentar la ideología decimonónica sobre lo femenino, y en especial al hablar sobre el tema de la prostitución, Françoise Carner argumenta que “respecto a las mujeres, el espectro fatal de la prostitución trastorna el pensamiento de todo el siglo sobre los problemas sociales y específicamente femeninos que conducen a ella. La educación sería

⁴⁰⁶ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, p. 209.

una medida preventiva aunada al encierro, la disciplina y el trabajo”.⁴⁰⁷ En este sentido, como ya he comentado, por lo ilegítimo de su origen, por su condición de mujer pobre y por sus malas decisiones, considero que el destino final de Carmen habría sido convertirse en prostituta. Hastiada de todo lo que le tocó vivir y para remediar sus males, Carmen decide suicidarse. Pienso que esa decisión fue la mejor, pues para Carmen fue preferible morir que vivir repudiada. Hasta para su padre ella ya era cuestión olvidada, las últimas palabras con las que don Eduardo se refiere a su hija fueron:

—Cada uno abre a sus pies el abismo de su propia desgracia... Carmen no ha sido la excepción de la regla... Para mí... ¡como si hubiera muerto!⁴⁰⁸

El sentirse engañada por Alberto, (pues él ya andaba con otra mujer), y quedarse en el desamparo y el olvido de las personas que algún día la quisieron, fueron los factores que propiciaron que Carmen se suicidara:

Carmen volvió llorando a su casa, resuelta a todo. ¿Qué esperanzas le quedaban? Ya lo había pensado muchas veces: en Xochiapan, aquella noche, cuando volviendo de la casa de Antonio, pasaron por el camposanto; en Pluviosilla también, pero siempre tuvo miedo; ahora ya estaba cansada de padecer. Ese día, antes de ir a cerciorarse de lo que le habían contado, leyó en *El Contemporizador* la historia de una joven de Chihuahua, que así lo hizo. Sería una infeliz como ella, sin ilusiones y sin esperanzas, abandonada, y prefirió morir. Carmen leyó el periódico otra vez. —¡Pobre muchacha! ¡Qué simpática! Tuvo razón... era preferible morir... El periódico dice que tomó el veneno en café con aguardiente... Así no sabrá tan mal...⁴⁰⁹

Considero que en la decisión de Carmen de suicidarse influye una cuestión de honor, aunque ella no es ni aristócrata ni hija legítima de una familia importante, existe en la época un honor femenino y socialmente aceptado que Françoise Carner precisa de la siguiente manera: “el honor femenino es más fácil de definir: consiste en conservar la honra sexual y la reputación de virtud. Sencillo de explicar pero difícil de vivir, pues, presupone coartar la libertad de movimiento, de palabras, de acción y, obviamente, de elección”,⁴¹⁰ como a Carmen ya no le quedaba nada de lo que caracteriza al honor femenino es entendible que decidiera quitarse la vida.

⁴⁰⁷ CARNER, Françoise, “Las ideas sobre la mujer mexicana en el siglo XIX”, en *Fem*, vol. 8, n.30, 1983, p. 38.

⁴⁰⁸ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, p. 208.

⁴⁰⁹ *Ibidem*, p. 210.

⁴¹⁰ CARNER, Françoise, “Estereotipos femeninos...”, p. 97.

No obstante, la caída de Carmen fue motivada por distintas circunstancias: quedó huérfana de madre, no tuvo un padre que respondiera por ella, se dejó influenciar por la mala amistad de Magdalena, no quiso ser madre (lo cual era mal visto por la ideología porfiriana pues uno de los principales objetivos para una mujer soltera era casarse y tener hijos); su anhelo de vivir la vida de su hermana y pensar que porque su padre era rico ella tenía derecho a vivir de la misma manera; rechazar el amor sincero de Gabriel y hacerle caso al calavera de Alberto, hacen comprensible su final. Al respecto Carmen Ramos Escandón sostiene que:

El deseo de salir de su clase y de su medio, terminan por volverse contra sí. Delgado pinta un personaje femenino en la que la iniciativa y la rebeldía le cuestan en última instancia la vida. [...] las aspiraciones de movilidad social de Carmen determinan su autodestrucción. Su deseo de vivir y su gusto por el canto, sus formas de escaparse de un destino gris, le merecen el sobrenombre de La Calandria.⁴¹¹

Lo señalado por Ramos Escandón concuerda con lo que Marguerite Dunnell precisa sobre la creación del personaje de Carmen, para la autora:

In the creation of Carmen, Delgado has portrayed a girl more sinned than sinner. Everything in her life seems to conspire against her —her heredity, environment, aspirations and outside influences, she lacks the strength of character to overcome her disadvantages, so the tragic ending of her life is inevitable. Self-deception, one of Carmen's weaknesses, makes her seem especially true to life as it is characteristic of egoist.⁴¹²

La intención de Dunnell, al hablar de las protagonistas de las novelas de Rafael Delgado, es evidenciar que esas mujeres son personajes de la vida real y no solamente personajes de una obra literaria, por ello la autora señala que uno de los personajes más logrados es el de Carmen. No obstante, para Ramos Escandón la representación que el autor hace de las mujeres en *La Calandria*, está determinada por parámetros fijos que imposibilitan su cambio de estatus, de esta manera:

La imagen de la mujer en esta obra de Delgado queda así escindida perpetuamente, parcelada. No hay alternativas, los personajes están esquematizados en dos: la mujer burguesa, rica, inmaculada, con sentimientos nobles y generosos y quien está dispuesta a recibir a su media hermana para cumplir con los deberes sociales y de conducta que su crianza y su clase le imponen o bien la mujer pobre, artesana trabajadora, sumisa. El que Carmen se niegue a conformarse a este esquema de conducta, le cuesta la vida.⁴¹³

⁴¹¹ RAMOS ESCANDÓN, *Carmen, Del cuerpo social...*, p. 50.

⁴¹² DUNNELL, Marguerite Lucille, *op. cit.*, p. 49.

⁴¹³ RAMOS ESCANDÓN, *Carmen, Del cuerpo social...*, pp. 48-49.

Así, el suicidio fue la única alternativa que le quedó a Carmen, una mujer con anhelos de trascender, que no se conformó con el lugar que aun antes de nacer ya tenía asignado: ser pobre e hija ilegítima de un capitalista y una lavandera. Sus aspiraciones a pertenecer a otro estrato social quedaron sepultadas junto con ella.

Es importante notar que en esta novela ni en las demás del mismo autor hay un castigo para los culpables. Don Eduardo queda impune por el engaño ocasionado a Guadalupe y por no hacerse responsable de su hija. Alberto también queda sin castigo y lejos de arrepentirse por el daño que le ocasionó a Carmen, su última aparición la hace celebrando con sus amigos el haber conquistado y deshonrado a la Calandria.

La estrepitosa caída de Carmen estuvo influenciada por una mala consejera, me refiero a Magdalena, pues es esa “maldita mulata”, como la llama Gabriel, quien empuja a Carmen al deshonor, lo cual termina por costarle la vida, por lo tanto, Magdalena se convierte en un personaje decisivo en la trama de la novela y de la cual me ocuparé a continuación.

4.2. Magdalena, una mulata muy intelectual

Magdalena es otra mujer transgresora que aparece en la novela, al no cumplir con las normas sociales de la época, por haber estado con varios hombres sin casarse, aunado a que lleva en su color de piel el estigma de la maldad por ser mulata.

La aparición de Magdalena ocurre cuando muere Guadalupe, la madre de Carmen. En un principio ella es presentada como una mujer benefactora que ayuda a los necesitados de la vecindad y en especial a Carmen y a su mamá:

La dadivosa Magdalena, doña Magdalenita, o Malenita, como la llamaban en el patio, era muy gente con todas las vecinas. Con Guadalupe se había portado a las mil maravillas, y a ella y a unas señoras de la conferencia de San Vicente, se debió que la infeliz tísica de nada careciera. Justo es decir que las demás vecinas cooperaron a obra tan benéfica con el mayor empeño. ¿Se necesitaba ropa, aunque fuera usada? doña Magdalena. ¿Una medicina extraordinaria y costosa? doña Magdalenita. ¿Buen caldo, bistec jugoso y bien preparado? Malenita.⁴¹⁴

⁴¹⁴ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, p. 13.

Podríamos decir que una de las virtudes de Magdalena es su generosidad y su aparente desinterés por ayudar a los necesitados. Pero, a pesar de su altruismo, para Gabriel, Magdalena no es una mujer de fiar, pues como vimos, desde antes que Carmen se mudara a la casa de Magdalena, él, en más de una ocasión, tuvo discusiones con su madre por la amistad de Carmen con la mulata. Para Gabriel no es desconocida la vida que había llevado Magdalena, por eso le prohíbe a Carmen que la frecuente:

Si no tiene palabra buena, ni obra que no sea mala; ya se ve, su vida lo dice. Yo no me espanto de que las gentes sean así; ¡qué me voy a espantar! pero no me gustan las hipócritas... Mira tú: una mujer como ésa, que vive enredada, sí, Carmen, enredada con ese huizachero de todos los diablos, porque ésa es la verdá, y lo cierto se ha de decir. Yo la conocí cuando vivía con el gachupín de *La Santanderina*; después la tuvo Arriaga, el teniente, un macuache que todas las noches llegaba borracho y le daba unas tundas de Jesús me valga... Los dos la echaron a la calle, y entonces encontró su pichón, el huizachero... ¡si hay hombres que de a tiro pierden la vergüenza! Y la pasea, y la saca del brazo, y la lleva a los toros, y a la comedia... y ella muy ancha, como verdolaga en huerta de indio, y la da de honrada, y de rica, cuando no es más que una soberana...⁴¹⁵

La descripción que Gabriel hace de Magdalena la equipara con una prostituta por haber estado en mancebía con varios hombres, por tal motivo no acepta que Carmen tenga como amiga a una mujer de mala fama. Sus temores son justificados, pues él mismo señala: “dime con quién andas y te diré quién eres. Los que vean a Carmelita con esa mujer, dirán que es como ella”.⁴¹⁶ Gabriel no se equivocó al desconfiar de Magdalena, pues ella hace una especie de alianza con Alberto para que la seduzca de manera libre. A partir de que Magdalena ve el interés que Alberto tiene por Carmen, ella jugará el papel de alcahueta entre la pareja.

Pero volviendo a Magdalena, el autor no nos dice nada de sus antecedentes familiares, no sabemos de quien es hija ni si tiene o no otros familiares. Cuando aparece en la novela ya vive con Jurado, ella es descrita en los siguientes términos:

Doña Magdalena, éste era el nombre de la caritativa y generosa vecina [...] No tenía mala cara; era una morena de subido color y sospechosa conducta, sostenida a la sazón, con amplitud y hasta con lujo, por un tinterillo en auge, secretario del Juzgado de 1.^a Instancia, muy dado a la política e inapreciable factótum para una borrasca electoral, redactor oportunista de periodiquillos vehementes, y hombre muy de fiar para quien contara con el apoyo de arriba, es decir, para todo candidato oficial con promesa infalible de regir los destinos del Estado.⁴¹⁷

⁴¹⁵ *Ibidem*, p. 47.

⁴¹⁶ *Ibidem*, p. 62.

⁴¹⁷ *Ibidem*, p. 13.

Considero que la vida de Magdalena es escandalosa no sólo por el hecho de que haya vivido sin casarse con otros hombres, sino porque Juan, el hombre con el que aparece en la novela, tiene una pésima reputación. Susana Montero, al hablar sobre el estereotipo de las mujeres de raza negra en la literatura de la época, afirma que:

En las imágenes femeninas decimonónicas se observa un estereotipo más: el de las mujeres de raza negra, y una notable ausencia: la de las mujeres indígenas. En el primer caso, el condicionamiento de raza se tradujo, en la representación, en un estereotipo femenino identificado casi exclusivamente por su sensualidad transgresora [...] rasgo que implicaba de antemano su devaluación en tanto modelo.⁴¹⁸

Si como afirma la autora el color negro en las mujeres era asociado a la sensualidad, entonces podemos entender por qué en la novela la conducta de Magdalena no es aceptada socialmente, pues, como ya mencioné, al haber estado con varios hombres implica en sí un libre ejercicio de la sexualidad, lo cual rompe con la ideología decimonónica de la mujer fiel y dedicada al hombre con el que se había casado para toda la vida. Por su mala fama no es aceptada en el mismo círculo social en el que ella se mueve, de ahí que se sienta por encima de los demás, por ello cualquier consejo o favor que haga en beneficio de Carmen reeditarán en su deshonra.

Adriana Sandoval, al hablar sobre la amistad de Magdalena y Carmen, considera que Magdalena se equivoca al aconsejar a Carmen sobre sus pretensiones de ascenso social, para la autora: “no es casual que la equivocada sea una mujer totalmente carente de autoridad moral, ignorante pero con humos de culta, mujer de un tinterillo y periodista sin escrúpulos ni principios y, por añadidura, gorda y mulata”.⁴¹⁹ Frente a esas cualidades que posee Magdalena es natural que Carmen, en lugar de ascender a una mejor posición social, baje a una condición peor de la que antes tenía, pues la mulata no cumple en nada con las normas aceptadas socialmente. Una desventaja de la amistad entre Carmen y Magdalena estriba en la mala reputación que Magdalena tiene, pues para la ideología de la época

Una mujer debe ser buena y parecerlo; la buena reputación es el bien más frágil que posee y puede perderlo tanto por una conducta aparentemente ligera o inconsciente que provoque murmuraciones como los peligros más reales de ceder a la seducción, el rapto y el adulterio.⁴²⁰

⁴¹⁸ MONTERO SÁNCHEZ, Susana A., *La construcción simbólica...*, p. 118

⁴¹⁹ SANDOVAL LARA, Adriana, *A cien años...*, p. 41

⁴²⁰ CARNER Françoise, “Estereotipos femeninos...”, p. 97.

La cita anterior nos hace comprender por qué la amistad de las dos mujeres es mal vista, no obstante, ambas comparten un mismo objetivo: querer cambiar de estatus. Magdalena, al igual que Carmen, desea ser aceptada en otro estrato social, para ello el juego de la simulación es constante, y se manifiesta cuando Magdalena ofrece una cena en su casa, en la que intenta quedar bien con Alberto Rosas, como se muestra en el siguiente fragmento:

Después de comer se dio principio a la faena. Malenita tenía hechas las compras desde la mañana; don Juan vino muy cargado de botellas, una batería, como él decía, y Paulita y Petrita lavaron cuidadosamente la desigual vajilla. Platos blancos, azules, multicolores; unos de burda imitación chinesca; otros pintados con dibujos fantásticos: flores imposibles, frutas de otros mundos, juncos monstruosos y mandarines que parecían fetos; copas de mil figuras, vasos impares, cubiertos de todas formas, clases y tamaños; fuentes inmensas y garrafas disímiles, en fin, todos los tesoros del aparador. [...] Jurado no venía y el apetito iba creciendo a cada instante. Magdalena que a cada momento se levantaba para darse una vuelta por la cocina, salió una vez más. Al volver se detuvo junto a la mesita redonda y desde allí invitó a Arturo a tomar un tente en pie. Pronto quedaron servidas las copas, una docena, que en una charola de imitación japonesa estaban prevenidas para el caso, en torno de una botella de cognac y otras de anisete y jerez. Había una de tequila que era lo único que tomaba el tinterillo. No escaseaban, para abrir boca, aceitunas sevillanas, rajitas de queso holandés y bizcochos ingleses.⁴²¹

Al hacer uso de una vajilla de burda imitación chinesca y una charola de imitación japonesa, Magdalena intenta aparentar frente a sus invitados un aspecto de superioridad; no hay que olvidar que en el velorio de doña Guadalupe y en los ratos en los que Carmen vivió en casa de doña Pancha se mencionan los humildes enseres que utilizaban las personas; de ahí que Magdalena pretenda reafirmar que tiene una posición económica diferente a la gente de la vecindad, sin embargo, lo que no puede hacer es borrar su pasado, ni el hecho de que sea una mujer pobre con pretensiones de rica.

Las acciones que hace Magdalena tanto de manera pública como en privado las realiza con miras a que vean en ella cierto aire de superioridad, esta idea, la de cambiar de estatus cobra realce, porque es Magdalena quien aconseja a Carmen a cambiar de vida:

Lo que usted necesita es quien la aconseje en estos amores. ¡Es usted muy niña! No tiene experiencia, hijita, no tiene usted experiencia. A mí, con franqueza, no me gustan esos amores. ¿Qué le ha visto usted, hija, a ese muchacho? ¿Que es buen mozo? ¿Que es simpático? Conformes, hijita, conformes; pero, ¿qué esperanza, qué esperanza tiene usted con Gabriel? Es bueno, trabajador, hasta elegante... conformes, hija, conformes; pero para otra, no para usted; para otra, sí, para otra;

⁴²¹ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, pp. 58; 67.

para Petrita, aunque la pobre es tan así, tan sin gracia; para la hermana de Anastasio Romero, no para quien debe y puede aspirar a más. Tiene usted, hijita, la desgracia de no ser hija de matrimonio, es lástima; pero si esto no fuera y viviera usted con su padre, ¿quién de esos artesanitos se atrevería a mirarla? Oiga usted, Carmen, óigame usted; hay que salir de la esfera en que nacimos; los tiempos ya son otros; la ilustración pide, vamos, manda que procuremos subir... subir, hija, subir, ¡sea como fuere! ¿Qué esperanzas tiene usted en Gabriel? ¡Hija, desengáñese: un carpintero no dejará de ser toda la vida... un carpintero!⁴²²

Valiéndose de la inexperiencia de Carmen, Magdalena se autodefine como la consejera de Carmen y toma el papel de medianera entre Alberto y la Calandria. En su perorata, Magdalena apela al espíritu de la Ilustración para convencer a Carmen de la necesidad de un cambio. Ignacio Falgueras, al hablar sobre las ideas filosóficas en el periodo de la ilustración argumenta que el punto ideológico central del movimiento ilustrado es la emancipación del pensamiento, por el cual el hombre era capaz de criticar, a través de la razón, la visión del mundo que lo rodeaba.⁴²³ Como podemos notar, Magdalena apela a un movimiento ideológico pero no demuestra conocerlo a fondo, el objetivo para la mulata era subir y subir, de ahí que se dedique a aconsejar a Carmen que Gabriel no representa ese cambio tan anhelado en sus deseos de pertenecer a otro estrato social. Adriana Sandoval contextualiza las acciones y las pretensiones de Magdalena al afirmar que:

Magdalena es otro ser híbrido, como Carmen, pero en su caso es por elección y por nacimiento. La mulata aspira a pertenecer a otra clase que aquella en la que le tocó nacer, e intenta el cambio con brochazos de cultura —o lo que ella considera como tal—, de refinamiento social, de parecer decente al codearse con decentes, ante la imposibilidad de serlo.⁴²⁴

Desde mi punto de vista, Magdalena sólo fantasea con la posibilidad de un cambio, pero no puede lograrlo ya que por su origen queda fuera de los círculos sociales que la rodean: ella se cree muy superior a los de la vecindad, que está conformada por gente que se dedica a las labores más bajas del estrato social del Porfiriato: lavanderas y planchadoras, pero es mal vista por el círculo de gente al que ella pretende pertenecer, debido a la vida licenciosa que ha llevado y por su color de piel, pero sobre todo porque es pobre. No obstante, ella siente que tiene derecho a cambiar de nivel de vida de ahí que se

⁴²² *Ibidem*, p. 43.

⁴²³ FALGUERAS, Ignacio, *Ideas filosóficas de la Ilustración*, Málaga, 1988, p. 2.

⁴²⁴ SALDOVAL LARA, Adriana, *A cien años...*, p. 69.

sienta superior a los demás, este grado de envanecimiento es descrito por Marguerite Dunnell:

The most disreputable female character created by Rafael Delgado is Magdalena, or Malenita, as she is sometimes called. By her pretensions to gentility, culture and magnanimity, she seems to try to prove to the world that she is *una persona fina*, but the ostentation of her dress and manners, her maliciousness and the irregularity of her conduct all proclaim vulgarity.⁴²⁵

Lejos de ser esa persona que ella cree ser, es decir una mujer culta y refinada, Magdalena es mal vista por ser una mujer vulgar que vive con un hombre sin escrúpulos, pero que se cree influyente por trabajar en un periódico. Pero la crítica más fuerte que recibe Magdalena es por no cumplir con el estereotipo de ama de casa:

—Magdalena —como decía el portero, entre terno y terno—, era muy *leída y escrebida*. Había estudiado cuatro años en una escuela superior, y de allí sacó ciertas aficiones literarias que la llevaron derechito a los brazos del tinterillo. No sabía zurcir unos calzones, ni hacer una taza de chocolate; pero estaba repleta de sintaxis, de geografía y de historia, lo cual no era parte a librarla de ciertos disparatillos ortográficos. No era capaz de freír unos frijoles, pero sí de recitar y declamar con frenesí versos y más versos.⁴²⁶

Con todo y sus aires de grandeza, Magdalena no pudo escapar del juicio social que la señala como mala mujer, por no cumplir con las labores básicas que demanda el quehacer doméstico: guisar y remendar ropa. Por esa razón ella contraviene muchas de las normas de la época, el hecho de que ella destaque más por sus actividades académicas, que por las labores domésticas, la pone en entredicho a los ojos de la gente que la conoce, como afirma Juan Martínez de la Parra: “una mujer sabia era la que dirigía con orden su casa y gobernaba con prudencia a su familia si esto sabe, aunque no sepa latín ni historia, ni bachillerías, será mujer sabia y discreta”.⁴²⁷ No hay que olvidar que el ideal de la mujer virtuosa estaba posicionado en la época porfirista, la mujer debía ser, como ya he referenciado ese ángel de hogar, símbolo del que Magdalena está alejada por completo.

Ni los estudios que tiene la mulata ni sus aficiones literarias logran evitar que se le juzgue por no ser una buena ama de casa, además de ello no tiene hijos. El hecho de que ella esté preparada más “académicamente” que en las labores domésticas la pone en entre dicho. Es conocido el refrán aquel de “mujer que sabe latín... no encuentra marido ni tiene

⁴²⁵ DUNNELL, Marguerite Lucille, *op. cit.*, p. 55.

⁴²⁶ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, p. 41.

⁴²⁷ MARTÍNEZ DE LA PARRA, Juan, “Luz de verdades católicas”, citado por GONZALBO AIZPURU, Pilar, “Religiosidad femenina...”, p. 69.

buen fin”. Y al parecer es lo que le ha sucedido a Magdalena. Una mujer preparada académicamente es una amenaza para época, pues como di cuenta en el capítulo dos de este trabajo, la mujer debe prepararse sólo para las labores del hogar, el cuidado de los hijos y para complacer a su marido. Por tal motivo Magdalena no encaja en la sociedad que le tocó vivir. Si bien, aunque no es una mujer excelentemente preparada, pues cometía disparatillos ortográficos, tenía cierta educación por lo cual es criticada. Carmen Ramos Escandón define las desventajas que deben enfrentar este tipo de mujeres:

La mujer culta, preparada, por este sólo hecho pierde sus características de femineidad, según ésta se entiende en los parámetros de la época, que Delgado refleja al postular como lo específicamente femenino el trabajo y la abnegación, no el conocimiento ni la iniciativa. Malena resulta la encarnación del tipo de mujer mala de quien el texto sugiere que es casi una prostituta...⁴²⁸

En este caso, Magdalena no se ajusta a los parámetros de la época, pues su conducta no encaja en el perfil de mujer abnegada con atributos de santa, sino que más bien, al igual que Carmen y Conchita Mijares, de la que hablaré más adelante, se asocia más al estereotipo de la mujer alegre y popular que es sinónimo de prostituta.

El retrato que hace Rafael Delgado de los indígenas y de la gente de color no es nada favorecedor, pues en las novelas los indígenas aparecen como criados o como gente que se siente inferior, como el caso de Andrés en *Angelina*, y las dos mulatas que figuran en sus novelas son mujeres de mala reputación, como Magdalena, y Candelaria, personaje de la novela *Historia vulgar*, de la que hablaré después.

Magdalena, al igual que Conchita Mijares, tiene ciertas afinidades literarias y actitudes de cómica:

Después de la comida, cuando Jurado estaba ausente, Malenita sacaba del ropero un libro de pasta roja y dorada, las *Poesías* de Plaza o los *Versos* de Acuña, principiaba la sesión literaria. Magdalena leía en voz alta, con acento trémulo y cierto énfasis teatral, páginas y más páginas. *La Ramera* y el *Nocturno* merecían siempre los honores de la repetición. [...] Años atrás le habían confiado el papel de Lola en *Flor de un día*, y desde entonces cobró tal afición al teatro que de buena gana se hubiera metido a cómica. Cuando Enrique Guasp vino a los teatros de Pluviosilla, con Muñocito y Concha Padilla, tuvo en Magdalena una admiradora apasionada. En resumen: una romántica al uso. No se sahumaba con paja, ni bebía vinagre para estar pálida; no sufría la nostalgia del cielo; pero suspiraba por otro ambiente y se sentía infeliz en medio de una sociedad que no supo comprender a

⁴²⁸ RAMOS ESCANDÓN, Carmen, *Del cuerpo carnal...*, p. 52.

Acuña y de la cual dijo pestes sobre pestes el destorrentado Plaza, en quien veía la *culta* Magdalena el *non plus* de los poetas habidos y por haber.⁴²⁹

Es preciso señalar algunos aspectos que se desprenden de la cita anterior, en primer lugar, respecto a las aficiones literarias de Magdalena, creo conveniente puntualizar que no es gratuito que Magdalena admire los poemas de Antonio Plaza⁴³⁰ y Manuel Acuña,⁴³¹ pues ambos poetas fueron transgresores en su época.

En su artículo, “Antonio Plaza un poeta descastado”, Leandro Arellano sostiene que la vida y obra casi desconocida de este poeta se debió en parte a lo contestatario de su postura: “[de] espíritu inconforme y atormentado, Plaza pertenece al linaje de los poetas malditos. Reniega de la vida, desprecia a la sociedad, provoca a las buenas conciencias, alaba y elogia el vicio”,⁴³² esta actitud de choque ante una sociedad hipócrita se manifestó en muchos de sus poemas; sin embargo, Juan de Dios Peza, en la introducción que hizo a *Album del Corazón*, sostiene que Plaza solamente “dijo lo que sentía, herido por el mundo, desdeñado por la sociedad, minado por el hastío”,⁴³³ lo anterior se demuestra en fragmento de uno de sus poemas titulado “Crápula” en el cual demuestra su irreverencia por la sociedad en la que le tocó vivir:

Sociedad exigente y corrompida;
severa mojigata descreída,
Safo de sor Teresa disfrazada;
ramera de pudor enrojecida;
reina loca de cieno coronada;
adúltera que audaz alzas el dedo,

⁴²⁹ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, pp. 41-42.

⁴³⁰ En su edición crítica de *La Calandria*, Manuel Sol nos proporciona algunos datos sobre Antonio Plaza (1833-1882), quien “fue un poeta guanajuatense, de ideas liberales, que participó en la Guerra de Reforma y en la lucha contra la Intervención francesa y el imperio de Maximiliano. Sus poesías fueron popularísimas. Su *Album del corazón* ha sido reimpreso en numerables veces (DELGADO, Rafael, *La Calandria*, Edición, introducción y notas de Manuel Sol, México, Universidad Veracruzana, 1995, Clásicos veracruzanos, No. 5, p. 170).

⁴³¹ Manuel Acuña (1849-1873) fue un poeta romántico, de ideas liberales y positivistas. Ingresó a la escuela de Medicina de la ciudad de México en 1868; sus poemas parecieron publicados en algunas revistas y periódicos como *El Federalista*, *El Domingo*, *El Eco de Ambos Mundos*; y cuando sólo contaba con veinticuatro años de edad se suicidó por problemas de carácter emocional, entre los que mucho tuvieron que ver los amorosos, particularmente su relación con Rosario de la Peña, a quien le dedico su famoso “Nocturno”. Son también muy conocidos sus poemas “La Ramera” y “Ante un cadáver” (SOL, Manuel, *op. cit.*, p. 170.).

⁴³² ARELLANO, Leandro, “Antonio Plaza, un poeta descastado”, en *La jornada semanal*, domingo 17 de octubre de 2010, Núm. 815, s/p.

⁴³³ PEZA, Juan de Dios, “Introducción”, en *Album del corazón*, México, Libro-Mex Editores, 1982, p. 10.

yo, ni borracho, respetarte puedo.⁴³⁴

No es de extrañar que Rafael Delgado ponga precisamente a Magdalena a recitar los poemas de Plaza, uno de los cuales y acaso el más controversial sea titulado “A una ramera”. Compuesto por dieciséis estrofas, en este poema el autor hace una alabanza a una mujer cuyo oficio es ser prostituta, un trabajo despreciado por la sociedad conservadora, pero que en el Porfiriato se convertía en polvorín que había que cuidar, que, a mi ver, en labios de Magdalena resulta muy transgresor para la época. Uno de los momentos más álgidos dentro del poema ocurre cuando el autor cambia la esencia del amor materno por el amor de una ramera:

XI
Sólo tengo una madre. ¡Me ama tanto!
Sus pechos mi niñez alimentaron,
Y mi sed apagó su tierno llanto,
Y sus vigias hombre me formaron.
A ese ángel para mí tan santo,
Última fe de creencias que pasaron,
A ese ángel de bondad, ¡quién lo creyera!,
Olvido por tu amor... ¡loca ramera!⁴³⁵

Otra estrofa interesante es con la que concluye el poema, pues la voz poética proclama que si fuera una especie de deidad, todo lo dejaría por ponerse al servicio de una ramera:

XVI
Es tu amor nada más lo que ambiciono,
Con tu imagen soñando me desvelo;
De tu voz con el eco me emociono,
Y por darte la dicha que yo anhelo
Si fuera rey, te regalara un trono;
Si fuera Dios, te regalara un cielo.
Y si Dios de ese Dios tan grande fuera,
Me arrojara a tus plantas ¡vil ramera!⁴³⁶

Resulta curioso que el personaje de Magdalena a quien en la novela es tratada como prostituta sea quien se ponga a declamar este tipo de poesías en su propia casa, pues si en “A una ramera”, de Antonio Plaza se alaba a la mujer por ejercer ese oficio, en el poema

⁴³⁴ PLAZA LLAMAS, Antonio, “Crápula”, en *Álbum del corazón*, México, Libro-Mex Editores, 1982, pp. 50-51.

⁴³⁵ *Ibidem*, p. 72.

⁴³⁶ *Ibidem*, p. 73.

“La ramera”, de Manuel Acuña, se hace un reproche a la sociedad por convertir la vida inocente de una mujer en prostituta:

¡Filósofo mentido!...
¡Apóstol miserable de una idea
que tu cerebro vil no ha comprendido!
Tú que la ves que gime y que solloza,
y burlas su sollozo y su gemido...
¿Qué hiciste de aquel ángel
que amoroso y sonriente
formó de tu niñez el dulce encanto!
¿Qué hiciste de aquel ángel de otros días,
que lloraba contigo si llorabas
y gozaba contigo si reías...?
¡Te acuerdas!... Lo arrancaste de la nube
donde flotaba vaporoso y bello,
y arrojándola al hambre,
sin ver su angustia ni su amor siquiera,
le convertiste de camelia en lodo:
¡le transformaste de ángel en ramera!⁴³⁷

Considero que la importancia de estos poemas para la trama de la novela es que contribuyen a darle al personaje de Magdalena un toque de rebeldía, pues quien mejor que una mujer tachada de ramera se dedique a proclamar de viva voz este tipo de poesías relacionadas con el mundo de la prostitución. Conforme avanza la historia vemos que también ella es aficionada a otro tipo de literatura,

Pepe llevaba a la casa de Magdalena las noticias de la crónica escandalosa de Pluviosilla, el periódico con los últimos versos de Peza o con la revista de un baile famoso, y las novelas de Paul de Kock, amén de algunos otros libritos de altísima temperatura y subido color.⁴³⁸

Este gusto de Magdalena por una literatura que contraviene los principios morales de la época, no encaja con los buenos propósitos que tenían las “buenas” lecturas que debían leer las mujeres decimonónicas, antes bien, evidencia las consecuencias de leer sin la vigilancia de las personas con autoridad sobre las mujeres, como los padres, el marido o los confesores:

La lectura no estaba exenta de peligros, algunos de los cuales eran achacados a la superficialidad de las enseñanzas recibidas por las mujeres, lo que les hacía complicado hacer de ella un ejercicio serio. La tendencia femenina iba hacia la lectura de novelas, peligrosísimas a su alma, pues a través de ellas se construía un mundo irreal, que soltaba a la imaginación quimera monstruosa, causante de

⁴³⁷ ACUÑA, Manuel, “La Ramera”, en *Poesía completa*, México, CONACULTA, 2014, p. 29.

⁴³⁸ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, p. 167.

funestos males en las mentes juveniles, capaz de conducir las a peligrosos descarríos. Sólo se aceptaban las lecturas cuyas imágenes ayudaban a ver con horror, lo que se consideraba como prohibido, como pecado. A esto se le sumaba la convicción de que este género literario era una pérdida de tiempo y motivo de ocio, impensable en un mundo en el que el empleo del tiempo tenía un valor casi religioso.⁴³⁹

Lo que Valentina Torres pone en evidencia es que leer por placer literatura que no es del todo apropiada, corrompe, de alguna manera, los principios de quienes la leen. Hay que recordar que el tipo de lecturas dedicadas a forjar el carácter moral de las señoritas porfirianas eran de tipo religioso o aquellas que tenían que ver con su formación como amas de casas como los semanarios y manuales de conducta. Acercarse a otro tipo de lecturas ponía en peligro a las mujeres con buenos principios:

La ideología patriarcal aprendida en la escuela y el hogar se reforzaba con la lectura de un cierto tipo de publicaciones como las novelas románticas, los textos seleccionados por la Iglesia católica, los periódicos y revistas destinadas al bello sexo, en donde se exponían máximas normas de comportamiento y definición de actitudes masculinas y femeninas, especialmente dirigidas a las clases medias y a la oligarquía porfiriana que eran quienes sabían leer y escribir y tenían acceso a todo tipo de material impreso.⁴⁴⁰

Acaso por su vida disipada, pero sobre todo porque Magdalena contaba con ciertos estudios, se podía dar el lujo de leer lo que ella quisiera, su obsesión por literatura no apta para mujeres virtuosas y prudentes, denotan en ella la aceptación de comportamientos y valores no aceptados por la sociedad porfiriana, por ejemplo ella no toma a mal que Carmen sea seducida por un catrín como Alberto Rosas.

Otro aspecto que hay que señalar es el hecho de que Magdalena intente tener otra apariencia física, por lo cual considero que es importante ver los “recursos” que emplea para camuflajear su aspecto, para ello retomo un fragmento de la cita expuesta más arriba:

En resumen: una romántica al uso. No se sahumaba con paja, ni bebía vinagre para estar pálida; no sufría la nostalgia del cielo; pero suspiraba por otro ambiente y se sentía infeliz en medio de una sociedad que no supo comprender a Acuña y de la cual dijo pestes sobre pestes el destorrentado Plaza, en quien veía la culta Magdalena el non plus de los poetas habidos y por haber.⁴⁴¹

Los recursos empleados por Magdalena, es decir no sahumarse con paja ni beber vinagre, guardan cierto paralelismo con el personaje de Remedios, en la novela de Ángel de

⁴³⁹ TORRES SEPTIÉN, Valentina, “Un ideal femenino...”, p. 116.

⁴⁴⁰ BARCELÓ, Raquel, *op. cit.*, pp. 94-95.

⁴⁴¹ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, p. 42.

Campo, *La Rumba* (1890), en la cual la protagonista se espolvoreaba la cara con polvo de arroz y cambiaba su vestimenta, con tal de no ser identificada como una mujer de clase baja. Respecto a Magdalena es interesante echar un vistazo a su apariencia el día que acudió a un baile a la casa de Pancho Solís:

Magdalena, lista, maliciosa, burlona, rodeada de los mozos más apuestos, era la reina del baile. ¡Y qué lujosa que estaba! ¡Con razón! Si la muy ladina se gastaba en trapos buena parte de los cincuenta duros con que un gobernante, afecto a saumerios periodísticos, subvenía a la publicación de *El Radical*.⁴⁴²

Aunque el corsé era una prenda habitual de las mujeres acaudaladas en la centuria decimonónica, no creo que haya sido una prenda habitual en el guardarropa de Magdalena, pues como vemos en la cita, se gastó una cantidad considerable de dinero en su atuendo para esa noche. Más adelante no enteramos de las peripecias que tuvo para quitarse la prenda:

Magdalena se quitó el vestido y lo arrojó sobre una silla. En seguida, ante el espejo, principió a despeinarse, tirando al azar sobre los juguetes del tocador, lazos, flores, horquillas y peinecillos. Deshecho el peinado, sueltas las rizadas trenzas, Magdalena acometió la empresa de quitarse el corsé. La obra era difícil; tan ceñido estaba que era imposible destrabar los broches, y fue menester desatar los cordones que ajustaban la torturadora cotilla, dentro de la cual vivía prisionero, de la mañana a la noche, el tronco femenino más exuberante que se ha visto.

—¡Carmela!

La joven que estaba cerca de su lecho, desnudándose también, acudió presurosa.

—¡Desata aquí, hija, que yo no puedo conseguirlo, desata que no puedo!

Acercóse la huérfana. Los cabos estaban de tal modo añudados que en vano luchó y reluchó por soltarlos. Hubo que apelar a las tijeras.

—¡Corta, corta, hija!

[...]

—¡Aquí están! ¡Al fin di con ellas!

—¡Corta, corta, que no puedo más!

Acercóse la huérfana y cortó: oyóse al punto un crujido, algo como si debajo de un cojín estallara una vejiga, y cayó el corsé. Magdalena respiró ampliamente.

Libre de la cota, la mulata volvió al espejo, vióse en él, y a toda prisa se pasó la vaporosa borla por el rostro. Aliño nocturno y embriagante requerido por una naturaleza voluptuosa.⁴⁴³

Este fragmento muestra que Magdalena intenta disimular su gordura con el uso de un corsé que ni ella misma podía desanudar, lo más importante para ella era lucir bien en el baile pues ahí vería a Alberto y a sus amigos que eran para ella símbolo de estatus y bienestar.

⁴⁴² *Ibidem*, p. 90.

⁴⁴³ *Ibidem*, pp. 103-104.

Otro defecto que tiene Magdalena es ser una mujer hipócrita y sin escrúpulos, pues cuando la Calandria se va a vivir a la casa cural en Xochiapan y no se sabía nada de ella, es ella quien intenta persuadir a Alberto de que ya no se interese más en Carmen:

—¡Ingrata! —exclamó la de Jurado— Alberto: no vuelva usted a pensar en ella. Así son todas esas alzadas y vanidosas. A mí me debe favores... No lo digo por echárselos en cara; pero la verdad es que me debe favores y consideraciones, y no ha sido la muy ingrata para escribirme siquiera cuatro líneas, diciéndome: ¡aquí estoy! ¡Tomen ustedes cariño y protejan a quien no lo merece! Alberto, deme usted su palabra de honor de que no volverá a pensar en ella...⁴⁴⁴

Sin embargo, Magdalena persigue otros fines y no se detiene con tal de alcanzarlos, para ello comete lo que yo considero una terrible traición contra Carmen, pues a sabiendas de que Alberto pretende a Carmen y ella misma le ha aconsejado que es una buena opción, Magdalena termina convirtiéndose en una amante más de Alberto. La situación ocurre cuando, en cierta ocasión, Alberto va a casa de Magdalena a pedir informes sobre Carmen, y la plática entre ambos se alargó lo suficiente como para que él le coqueteara:

Y siguieron hablando de Carmen, de Jurado, a quien Malenita calificó de tonto, y de otras muchas cosas... La conversación fue haciéndose más y más viva, más y más íntima. Magdalena, alegre, festiva, irónica, desenvuelta... Alberto, afable, cariñoso, lleno de malicia... Él, galanteando discretamente a la trigueña; ésta dejándose galantear. [...]

Lo de siempre. Días después, contaban los pacíficos moradores de aquella calle, que desde el día en que voló la Calandria, noche a noche, dada la una, salía Alberto Rosas de la casa de su grande y buen amigo don Juan Jurado.⁴⁴⁵

La última parte del fragmento evidencia que Magdalena no corresponde para nada con el ideal femenino de la época, pues ella no es una mujer que sea recatada, honesta ni honrada. Junto con Alberto traicionan por partida doble a Jurado y a Carmen, para ella lo importante era subir, subir y subir, su descaro es tal que se da el lujo de comprarse un amante:

Alberto siguió cultivando la amistad de Magdalena. Todas las noches iba a visitarla, y no se retiraba de allí antes de las doce. Algunas veces le acompañaban sus amigos. De todos ellos, el más simpático para la mulata fue Pepe Muérdago. ¡Qué bien que congeniaron la sabidilla y el parásito! Las crudezas y malicias del uno eran el encanto de la otra; las cursilerías y el furor lírico de la de Jurado daban al muchacho mucho que hacer y de qué reír. Magdalena estaba muy pagada de la amistad de Pepe. Éste no tenía escrúpulos, ni se paraba en pelillos. Estaba listo para todo, siempre que se trataba de su amiga; la sufría con paciencia, la llevaba al teatro y a los toros, con el mayor gusto. Ya los concurrentes y parroquianos de la cantina

⁴⁴⁴ *Ibidem*, pp. 168-169.

⁴⁴⁵ *Ibidem*, p. 138.

le decían, en son de chanza, que había heredado la encomienda, y hasta solían llamarle con el apellido del director de *El Radical*. Pepe contestaba con una sonrisa, y no se le daba un ardite cuanto dijeran en su contra. Él sabía adónde iba. Magdalena pecaba de generosa, y frecuentemente, en calidad de préstamo, recibió el parásito algunos duros de mano de su amiga. «¡Los préstamos del Gobierno! — murmuraba ésta—. Pero, ¿cómo negar un favor a tan amable joven?» Cuando el bolsillo de Pepe estaba exhausto, y el mozo quería ir al teatro... ¿qué hacer? ¡Cosa más fácil!⁴⁴⁶

Este comportamiento de Magdalena se entiende cuando vemos que “la ideología del siglo XIX, fundamentalmente de su segunda mitad, enfatiza la idea de que la mujer tenía tendencias ocultas a adoptar comportamientos alejados de los dictámenes morales, y su desidia la había convertido en un ser falaz, capaz de reconocerse a sí misma en la intimidad y caer en la perfidia sexual”,⁴⁴⁷ la aseveración anterior se cumple en Magdalena, al pagarse un amante.

Muchas de las actitudes negativas de Magdalena evidenciadas con antelación, no fueron del todo ajenas para Carmen. En la casa cural cuando Carmen reflexiona lo que ha pasado con ella y al recordar a Magdalena ve los defectos que ella tiene:

Magdalena aborrece a muchas personas, sin que éstas la hayan ofendido, ni le hayan hecho mal. A una no la quiere por bonita; a la otra porque es fea o no es elegante. Todo le repugna, todo le cansa. Es que Magdalena se paga de exterioridades, es ambiciosa, y envidia cuanto ve.⁴⁴⁸

Lo que Carmen evidencia es que muchas de las acciones que hace Magdalena son realizadas por la envidia, de ello también da cuenta Marguerite Dunnell cuando habla de la actitud egoísta que tiene Magdalena: “A more consummate egoist than Magdalena can hardly be imagined. Everything she does is aimed at self-gratification of the desire for superiority, for power, for the vindication of a real or imagined insult”.⁴⁴⁹ Pienso que esta es la razón por la cual Magdalena ni está contenta en la vecindad ni sus vecinos la toleran, como bien precisa Adriana Sandoval: “tal vez Magdalena esté satisfecha con su propia

⁴⁴⁶ *Ibidem*, p. 167.

⁴⁴⁷ GARCÍA LESCAILLE, Tania, “La belleza frente al pecado: dos ópticas de representación del cuerpo femenino (1870-1918)”, en TUÑÓN, Julia (comp.), *Enjaular los cuerpos. Normativas decimonónicas y feminidad en México*, México, El Colegio de México, Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM), Centro de Estudios Sociológicos (CES), 2008, pp. 431-432.

⁴⁴⁸ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, p. 146.

⁴⁴⁹ DUNNELL, Marguerite Lucille, *op. cit.*, p.61.

situación, pero no goza de la aprobación de los habitantes de la vecindad. La toleran pero no aprueban su modo de vida”.⁴⁵⁰

Finalmente, cuando Carmen enfrentó la peor crisis de su vida, ni su amiga de antaño le prestó ayuda, acaso porque ella ya la veía no como una amiga sino como una rival, pues para entonces Magdalena ya era la amante de Alberto Rosas:

Los recursos se iban agotando. Fue preciso empeñar la ropa: hoy esto, mañana aquello, así todo. Trabajaba, cosía, lavaba, tejía; pero poco. Nadie le daba quehacer porque desconfiaban de ella. Apeló a sus amigas, y en vano. Magdalena se hizo la desconocida; Paula y Petrita perdieron la calle por no hablarle. La única que solía visitarla era Carlotita Marín, y eso de cuando en cuando; le daba costuras y le prestaba dinero... Enrique López no había variado; pero luego que ella le dijo que Alberto era raro y celoso no volvió.⁴⁵¹

La última mención que se hace de Magdalena es cuando se está preparando el velorio de Carmen:

Las vecinas del patio de San Cristóbal, luego que tuvieron noticia del suceso, acudieron a prestar sus servicios. Con don Eduardo no se pudo contar porque hacía ocho meses que estaba en México; pero aquellas buenas gentes lo arreglaron todo. Malenita se portó con la generosidad acostumbrada: ofreció pagar el entierro, el carro fúnebre y los tranvías. Al fin no hizo más gasto que el de cuatro cargadores.⁴⁵²

El personaje termina como inicia, es decir, haciendo un acto de generosidad. El autor no somete a juicio el comportamiento de la mulata, ella comparte la misma suerte de los hombres que son burladores en las novelas de Delgado, quedan impunes no hay castigo por sus malas acciones. Esto lo remarca Dunnell cuando afirma que:

She is the only female character in Delgado's novels to whom the author failed to give at least one redeeming trait; yet it is impossible to hate her because what she does always seems to be done, somehow, in self-defense. Magdalena wants to be important and the only way she knows to accomplish this is to defame those who make her feel inferior.⁴⁵³

Si para la Magdalena bíblica, a pesar de sus malas acciones y su vida *non santa*, hubo un momento de arrepentimiento, el cual le permitió enderezar el sendero, para la Magdalena de *La Calandria*, no existió oportunidad ni de redención ni de arrepentimiento. Magdalena continuó con su aparente generosidad, y ayuda desinteresada, después de todo,

⁴⁵⁰ SANDOVAL LARA, Adriana, *A cien años...*, p. 40.

⁴⁵¹ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, pp. 209-210.

⁴⁵² *Ibidem*, pp. 212-213.

⁴⁵³ DUNNELL, Marguerite Lucille, *op. cit.*, p. 61.

este personaje confirma el antiguo adagio que dice: “detrás de la cruz, siempre está el diablo”.

Antes de terminar quiero hacer mención de otra mulata que aparece en las novelas de Delgado, me refiero al personaje de Candelaria de la novela *Historia vulgar*. Lo que sabemos de este personaje es referido por otra de las chismosas del pueblo, Mónica Ferreira, de quien hablaré después. A diferencia de Magdalena, de quien no sabemos sus antecedentes familiares, de Candelaria se sabe que:

La mulata era hija de un empleado del Resguardo Marítimo, y actualmente residía en Veracruz, y Candelaria (tal era el nombre de la mujer) tenía otras hermanas, tres, una mayor que ella y dos menores, las cuales eran de la misma vida, de la misma índole, y todas habían tomado camino semejante.⁴⁵⁴

Lo que se le critica a Candelaria es que viva en unión libre con Luis Gamboa, lo cual era mal visto en un tiempo en el que el matrimonio civil y religioso eran importantes, pues, como evidenció en el capítulo 2, otorgaba cierto estatus. Es por ello que Candelaria es mal vista por ser la querida de Luis. Y doña Mónica cuenta los pormenores de esa relación:

Vamos, Luis se la había traído de Tlacotalpan, donde la conoció el 2 de febrero, en tiempo de fiestas, como dicen allá, y... ¡vaya!... Los muchachitos, ¡pobres criaturitas!, eran el vivo retrato de su padre... [...] Cuarenta pesos le daba Luis cada quince días; él pagaba la casa, y no tenía el dinero para no gastarlo en aquella familia postiza. Los chiquillos andaban muy bien trajeaditos, no con elegancia, porque la mulata no entendía de esas cosas, pero, eso sí, muy limpios y arreglados. La casita aquella (en la calle de la Huerta de San Francisco, detrás de las ruinas del convento), muy bien ajuarada, y como una tacita de plata. Sí señor, así, porque Candelaria era muy hacendosa. Guisaba muy bien, de chuparse los dedos y enrejillaba y hacía unos retazos, que... ¡no había más que ver! ¡Eran de verse aquellas fundas que ella hacía, y aquellos pañuelos!⁴⁵⁵

Dos aspectos de consideración se desprenden de la cita anterior: en primer lugar, a diferencia de Magdalena, Candelaria tiene tres hijos a los cuales cuida y atiende con esmero; en segundo lugar, esta mujer cumple de manera cabal con las labores domésticas que las mujeres debían cumplir de acuerdo a la ideología decimonónica. A Magdalena se le juzgaba por no saber guisar ni zurcir; en Candelaria estas labores no son motivo de reproche, pues las realiza de manera eficiente. Sin embargo, estas cualidades no serán suficientes para que ella pueda casarse con Luis Gamboa. Hacia el final de la novela vemos que un acuerdo entre Luisa Quintanilla y Luis dejan a Candelaria sola:

⁴⁵⁴ DELGADO, Rafael, *Historia Vulgar*, pp. 330-331.

⁴⁵⁵ *Ibidem*, p. 331.

—¿Romperá usted esos lazos que le deshonran y le avergüenzan? Me lo dice claro el rostro de usted.
—Hoy mismo.
—¡Y esos niños! ¡Hijos son de usted... y no deben vivir lejos de usted! Comprendo que la madre... ¿Podría educarlos convenientemente?
Luis con un movimiento de cabeza dijo que no.
—No, sin duda. Pues los recogerá usted, y los llevará a nuestro lado. Yo seré para ellos como una madre.⁴⁵⁶

Luis deseaba tener una estabilidad emocional y Luisa buscaba un estatus social, pues no quería terminar solterona como sus hermanas; el único impedimento para que se pudiera concretar era Candelaria, la solución era dejarla sola y sin sus hijos.

En síntesis, Rafael Delgado retrata dos tipos de mujeres mulatas: Magdalena es una mujer cuya vida y conducta la asemejan a una prostituta, pues no cumple con el rol de ama de casa, porque para ella es más importante ocuparse de otras cosas, como vivir una vida de ocio y vivir el momento entre bailes, tertulias y mal aconsejar a Carmen; en contraste, Candelaria, aunque es una mujer que se dedica al hogar y al cuidado de sus hijos, no es suficiente como para que un hombre de posición acomodada como Luis Gamboa la tome como mujer y se case con ella. Por tal razón, cuando él quiere formalizar una relación estable la deja y se va a vivir con todo y sus hijos con Luisa. La historia de estas dos mujeres mulatas en las novelas de Delgado representan en sí las condiciones que vivían este tipo de mujeres en el siglo XIX, pues por ser mulatas y de baja condición social tenían escasas posibilidades de cambiar su estatus en la sociedad.

4.3. Conchita Mijares, la monologuista

Otro de los personajes femeninos que comparte ciertas características con Magdalena es el de Conchita Mijares, de la novela *Los parientes ricos*. Conchita irrumpe de pronto en la historia, justo cuando la familia de su madrina, doña Dolores de Collantes, está a punto de mudarse a la Ciudad de México. A ella no le importan las tribulaciones por las que está pasando la familia ni se interesa en brindar algún tipo de ayuda, lo que ella hace es planear un viaje lo más pronto posible para pasar una temporada con ellos en México:

⁴⁵⁶ *Ibidem*, p. 340-341.

—Ustedes estarán allá a principios de julio... Pues bien, junio, julio, agosto, septiembre... ¡En septiembre me tendrán ustedes allá! En septiembre principiará la ópera... Iré a las fiestas patrióticas... El 11 o el 12 estaré allá. Y... ¡desde hoy se los digo! Me iré a vivir con ustedes. Me ponen una cama en la alcoba de las niñas, y... ¡tan contenta! Subiremos, bajaremos, me llevarán a la ópera... a oír a Tamagno. ¡Dicen que es divino! ¡Divino!
—Pero, hija —replicó la señora—. ¿Quién sabe si nosotras estaremos para óperas?
—¡Cómo no! ¡Cómo no! ¡Allá voy! ¡Ya saben que yo, con este carácter tan alegre que Dios me ha dado, soy capaz de alegrar un entierro!⁴⁵⁷

Como podemos notar, un rasgo característico de la personalidad de Conchita es ser imprudente. Aunado a eso, la muchacha tiene, al igual que Magdalena, gusto por el teatro, pero, a diferencia de Magdalena, quien sólo interpretó una vez el papel de Lola en la obra *Flor de un día*,⁴⁵⁸ Conchita está dedicada a la escena teatral de tiempo completo, pues pertenece a una compañía teatral y, en cuanto tiene oportunidad, no vacila en presumir lo que ha hecho, en una carta que le escribe a Margot ella le cuenta lo siguiente:

Mi buena y cariñosa amiga:

Ya me imagino lo que dirás de mí, que no he sido ni para escribirte cuatro renglones. Tienes razón, mucha razón, en quejarte de mí; pero, hija, considérame: figúrate que las fiestas han seguido en casa de Arturo; con motivo del santo de su mamá, primero, y luego para celebrar el cumpleaños del señorito de la casa. Tuvimos varios bailes, que todos salieron de lo más bonitos. Hemos dado tres dramas: *Despertar en la sombra*, aquel drama que hacían tan hermosamente Concha Padilla y don Enrique Guasp; repetimos *Un drama nuevo*, y estrenamos *El esclavo de su culpa* y *El sombrero de copa*. Ahora estamos ensayando *El gran galeoto*...⁴⁵⁹

La vida de Conchita transcurre entre fiestas y puestas en escena, no sabemos qué es de su vida fuera de los eventos sociales, ella sólo está para paseos, salidas a bailes y a teatros. Esta activa vida social contrasta mucho con la de las hijas de doña Dolores, lo cual hace ver a Conchita como una mujer “ligera de cascos”. Pero el problema de Conchita también radica en un amor no correspondido, por un lado, es pretendida por Arturo, un miembro de la compañía teatral a quien sus familiares no miran con buenos ojos:

Tengo mucho que contarte, mucho, mucho, y de contártelo tengo siempre que me prometas no burlarte de mí y de lo que tú llamas mis sensiblerías. Hija: ¡qué quieres!... ¡Sin amor no se puede vivir! Ya te contaré: he pasado días muy tristes, y estoy padeciendo mucho. No por él, que es bueno, y me quiere con toda su alma,

⁴⁵⁷ DELGADO, Rafael, *Los parientes ricos*, p. 116.

⁴⁵⁸ *Flor de un día*: Drama en un prólogo y tres actos del poeta y político catalán Francisco Camprodrón (1816-1870). *Flor de un día* fue representado en el Teatro español de Madrid, en 1851; se trata de un drama que, a pesar, de su romanticismo exagerado y de sus abundantes ripios y barbarismos, alcanzó un gran éxito en España. (SOL, Manuel, *op. cit.*, p. 172.).

⁴⁵⁹ DELGADO, Rafael, *Los parientes ricos*, p. 254.

sino porque tanto mi mamá como mi tía se oponen a estos amores, de tal manera que ya no querían dejarme ir a casa de Arturo, y de las posadas no les hables. Pero como ya sabes que yo siempre me salgo con la mía, conjuré la tormenta, y ahora están más tolerantes, y por quitarme de la cabeza estos delirios, como ellas dicen, no me contrarían en nada, y al tratarse de ir a México se han mostrado de lo más propicias.⁴⁶⁰

Para alejarla de la mala influencia de Arturo, la familia de Conchita no pone ningún tipo de obstáculo para que ella vaya a la capital. Esta actitud de *salirse con la suya* contraviene las normas de la época, pues una mujer soltera no podía andar fuera sin la compañía de su madre, alguna hermana o un chaperón; por lo tanto Concha se expone a los peligros que rodean a las mujeres, el principal de ellos es ser seducidas por hombres sin escrúpulos. Pero es ella misma quien anda en busca de un novio y tiene interés en Óscar, a quien ella misma describe como “un muchacho muy bien parecido, finísimo y cariñoso como el que más”,⁴⁶¹ pero aunque el joven tiene esas cualidades, tanto su tía y su mamá se oponen a esa relación.

Hasta aquí, podemos ver cómo el autor nos va presentando un tipo de mujer que no se apega a las normas sociales que la rodean: ella no toma en cuenta las circunstancias por las que pasa la familia de su madrina; pertenece a una compañía teatral y toma la iniciativa para buscarse un novio, a pesar de que sus familiares no estén de acuerdo con ello.

Otro aspecto que comparte con Magdalena es que por su conducta y sus acciones se refieren a ella con motes, siendo el de monologuista el que más se repite, por ejemplo, cuando Margot decide regalarle una planta se da una situación que es motivo de críticas:

—Pues entonces, ¡mi linda Margot!, ¡mi encantadora Margot!, ¡entonces... esta palma! ¡Es tan aristocrática!
—Tuya es.
—Oye, y... ¿cómo se llama?
—*Euterpe edulis*.
—¡Pero, mujer! ¡Qué nombrecitos! ¡Eso parece latín de curas!
Chocó a todos la última exclamación. Ramoncito se apresuró a decir:
—¡Conchita, por Dios! ¡Cómo se echa de ver que vas en camino de ser... la señora Mijares... de... Sánchez!
—¿Por qué?
—Porque te vas volviendo librepensadora como tu... flamante novio. Como Arturo.⁴⁶²

⁴⁶⁰ *Ibidem*, p. 255.

⁴⁶¹ *Idem*.

⁴⁶² *Ibidem*, p. 151.

En realidad lo que Margot hace es referirse a la planta, que en este caso es una palmera, no por su nombre “popular”, sino por su nombre científico,⁴⁶³ motivo por el cual, Conchita le reprocha. Otro defecto que Conchita posee es ser irreverente, y ni siquiera en la iglesia se detiene para hablar de sus planes teatrales:

—Caí en la tentación —respondióle la bachillera—. Las Sánchez vinieron y me vi obligada a venir. ¡Figúrate tú que son ya las seis y media, y que a las ocho se ha de levantar el telón! Y a mí me toca principiar. No sé cómo hacer para estar lista a esa hora. Tengo que peinarme, y que mandar las cosas, el vestido de baile, y... ¡todo! Esto lo decía en voz alta, con horrorosa precipitación, olvidándose del sitio en que estaba, y causando escándalo en las devotas que la oían.
—¡Por Dios, Concha! ¡Calla! Reflexiona, que estás en la iglesia.⁴⁶⁴

Conchita no tomó en cuenta que estaba en un recinto sagrado cuando se puso a hablar de cosas tan frívolas e irreverentes como son sus planes teatrales. Pero otro aspecto que es característico en Conchita es ser hipócrita, como menciona Marguerite Dunnell: “Conchita’s egoism is marked by almost complete disregard for other people —unless they are rich”,⁴⁶⁵ al igual que Magdalena, Conchita sólo se siente contenta cuando está con gente acaudalada, esta aseveración se hace evidente cuando la familia de Juan Collantes la llenan de regalos:

Como la monologuista era simpática y muy zalamera, don Juan, doña Carmen y María estaban encantados con el carácter ligero y bullicioso de la muchacha. Supieron que era pobre, y la colmaron de atenciones y de obsequios. Tuvo vestidos, guantes y sombrerillos que María y doña Carmen le regalaron; don Juan la obsequió con unos pendientes de perlas; Juan le mandaba dulces y flores, y hasta Alfonso se mostró dadivoso con la joven, a quien ofreció, ricamente encuadernados, libros de Alfonso Daudet y una obrita de Cocquelin, acerca del arte dramático, libro que fue muy del agrado de la señorita.⁴⁶⁶

Considero que debido a su condición de pobre y por pertenecer a una familia que no supo ponerle límites, Conchita es egoísta y como ella misma reconoce: siempre se sale con la suya. Es por eso que cuando ella no es el centro de atención o las circunstancias que le

⁴⁶³ “Palmera jucara”: Comúnmente llamada palmito, palmito dulce, palmitero o también ensarova y jussara, es una especie perteneciente a la familia de las palmeras (Arecaceae), nativa de Bolivia, Brasil, Paraguay, Perú y Argentina (en Misiones exclusivamente) que vegeta solamente en suelos arcillosos y húmedos y protegida de la luz solar. Nombres vulgares: Palmera jucara, Palmito, palmitero, ensarova, jussara. Nombre científico: *Euterpe edulis*. **Fuente:** EcuRed, disponible en línea en: https://www.ecured.cu/Palmera_jucara, consultado el 18/julio/2019.

⁴⁶⁴ DELGADO, Rafael, *Los parientes ricos*, p. 134.

⁴⁶⁵ DUNNELL, Marguerite Lucille, *op. cit.*, p. 74.

⁴⁶⁶ DELGADO, Rafael, *Los parientes ricos*, p. 282.

rodean la sacan de su estado de confort, ella muestra su malestar, por ejemplo cuando recibe una carta donde se le avisa que su madre está enferma se molesta demasiado:

Llegó Ramón con la monologuista. La muchacha venía disgustada.
—¡Qué he de hacer! Me iré, pero ya verán ustedes cómo la inquietud de mi tía no tiene motivos. ¡Si así es siempre!... ¡Más asustadiza y más temerosa no he visto yo otra mujer!
Y Conchita, rabiando, se quitó el sombrero, y se descalzó los guantes...⁴⁶⁷

En realidad, pienso que la molestia de Conchita se debe a que le duele dejar el lujo y la comodidad con la que vive al lado de la familia Collantes, pues considera que puede escalar una mejor posición tanto social y artística a lado de una familia con una estabilidad económica y social respetable. A su gusto por una vida acomodada, hay que añadir una sed de fama. Conchita quiere y desea figurar como una gran actriz, sin embargo, los miembros de la compañía dramática no tienen talento, es Ramoncito quien cuenta sus lances escénicos:

Acabada la cena se charló en la sala. Se habló mucho de las «fiestas dramáticas» de Arturito Sánchez, y de los talentos de Concha Mijares para los monólogos de suprema elegancia. [...] Arturito era muy dado a la tragedia, y había llegado hasta la audacia piramidal de poner en escena *El gran galeoto* y *La esposa del vengador*. Si las obras del insigne dramático español no impusieron respeto en aquel grupo de aficionados, menos le impusieron la de nuestro Peón y Contreras, y *La hija del rey* y *Hasta el cielo*, salieron hechas añicos de manos de Arturo, que era el primer actor, y de Concha, que era la primera dama de aquella compañía «estudiosa y modesta». Concha deseaba vivamente, pero no se le había logrado el deseo, «trabajar» alguna vez en el único teatro de la ciudad, en el Gran Teatro del Progreso (el primero del estado), en noche solemnísimas, con cualquier motivo, en alguna fiesta patriótica o en alguna función de beneficencia. Arturo no le iba en zaga a su amiga y compañera, y había que verlos —decía Ramón, remedando a una y a otro— cuando representaban el *Drama nuevo*, en aquella soberbia escena de Shakespeare con Alicia y Edmundo. Hacía el Shakespeare un pobre muchacho, empleado de cierta imprenta, en quien lo innoble del aspecto corría parejas con lo áspero y herrumbroso de la voz; Alicia, esto es, Conchita Mijares, lucía su rostro agraciado y su cuerpo de lagartija; Arturo se había vestido fatalmente, y a las trusas acuchilladas juntó no sé qué prendas chambergas para dar al traje «mayor visualidad». El célebre diálogo —obra incomparable del arte escénico— resultó en labios de aquellos intérpretes vil sainete y desastrada loa.⁴⁶⁸

Para lo único que le ha servido a Conchita ser miembro de la compañía teatral es para crearle mala fama, se le califica como a una muchacha que es ligera de cascos y que le ha faltado dirección.

⁴⁶⁷ *Ibidem*, pp. 288-289.

⁴⁶⁸ *Ibidem*, pp. 143-144.

Sólo doña Dolores puede reconocer los defectos y virtudes de Conchita, ella entiende muy bien porqué la muchacha es así:

Esta criatura, ¡Dios la tenga de su mano!, corre gran peligro. Es lista, tiene cierta cultura, es muy superior a su familia, a toda la cual se impone siempre, y el mal es gravísimo porque Concha no tiene seso. Además, falta de padre, o como si tal fuera, la mimaron desde chiquilla, es por extremo voluntariosa, y cuando se ve contrariada, cuando cualquier cosa le impide la realización de un deseo o de un capricho, calla, sí, calla, mas persiste en su idea y en sus intentos, y por este o por el otro motivo, como ella suele decir, se sale siempre con la suya. El sentido moral es en Concha muy débil, caedizo, inestable; en ella cualquier propósito bueno es efímero. El sentimiento religioso es en ella limitado; parece devota, pero en ella la devoción es fuego fatuo; la fe... algo así como vulgar costumbre... El trato con ese Arturo Sánchez, que la da de librepensador y jacobino, me tiene extraviada a Concha... y todo esto es malo, malísimo.⁴⁶⁹

Como podemos ver, Conchita es el resultado de una serie de factores que le han hecho ser una muchacha inmadura, entre los cuales se destacan: la falta de un padre que la corrija, ser caprichosa, no tener un sólido sentido moral, no estar apegada a la religión y las malas compañías; con semejantes agravantes, no es difícil entender porque la señorita Mijares no es una señorita que cumple con las normas sociales de la época. Conchita no es ni de lejos el tipo de mujer que está en su casa, pendiente de su familia, que cumple con sus deberes y que está bajo obediencia y sujeción, mientras espera la llegada de un marido que la tome por esposa.

Además, la mala influencia de Arturo la ha trastornado tanto, que muchas de las veces ni se acordaba de sus amigas, así lo menciona Margot:

Anda muy entretenida con Arturo Sánchez. Los monólogos la traen perdida, y Arturo la tiene mareada con tantos versos. Anoche, en la casa de los primos, en un periódico que estaba en una de las mesas de la antesala, leí los versos aquellos que oímos aquella noche... El modesto... poeta busca fama en los diarios metropolitanos. No le bastan los aplausos de don Juan Jurado.⁴⁷⁰

Arturo Sánchez, al igual que Juan Jurado, el “marido” de Magdalena, es un escribientillo venido a menos. Jurado trabajaba para un diario local, Arturo es un hombre que quería trascender en el mundo de las letras y el espectáculo teatral.

Aunque el autor no profundiza en la relación de Juan Jurado y Arturo Sánchez, no hay que olvidar que tanto la historia de *La Calandria* como la de *Los parientes ricos* ocurre en el mismo lugar, en Pluviosilla. Pienso en lo ambicioso que son las pretensiones de

⁴⁶⁹ *Ibidem*, pp. 299-300.

⁴⁷⁰ *Ibidem*, p. 207.

Conchita cuando uno de los miembros de la compañía teatral, en este caso Arturo, es amigo de un tipo de la calaña de Juan Jurado, el “esposo” de Magdalena. En este sentido, como ya mencioné, Conchita comparte muchos de las “cualidades” de Magdalena, entre ellas no tener humildad:

Conchita, unlike many of Delgado's women, has no feeling of inferiority, despite her poverty and lack of *dignidad*. Because all her life she has been allowed by her doting family to *salir con la suya*, she has great confidence in her charm and her ability. Her weakness is a love of luxury, and she is willing to set aside all scruples to satisfy it.⁴⁷¹

Dunnell insiste en que Conchita no se detendrá ante nada con tal de conseguir lo que desea, en este caso salir de la pobreza y ser una actriz reconocida. Aunque sus aspiraciones son honestas, Conchita, al estar rodeada de personas que tienen una nula calidad moral, como algunos miembros de la familia de Juan Collantes, será mal vista en una sociedad en la que se señala a las mujeres que tienen que ver con el mundo de la farándula.

Si bien aunque el personaje de Conchita Mijares proviene de una estrato social bajo, ella rompe con la idea de que ser pobre es sinónimo de ser humilde. Pues a pesar de su origen y su pobreza, Conchita es muy alzada, sobre todo, desde que es cortejada por Juan Collantes junior, pero Pablo se encarga de ver la realidad entre Concha y su primo Juan:

Yo quiero mucho a mi primo, mamá; pero le conozco muy bien... No se casará jamás, y menos con una muchacha así como Concha... Juan no ha nacido más que para vivir de fiesta en fiesta, de placer en placer. Si algún día se le ocurre casarse, será con una rica... Es ambicioso, pero no trabajará nunca. Gastará lo que herede... y entonces ya procurará casarse con alguna rica heredera...⁴⁷²

Concha no alcanza a comprender que sólo es un juego ocasional para el primogénito de Juan Collantes. Este calavera, de quien me ocuparé más adelante, ve en ella a una mujer con la cual pasar el rato. Quiero resaltar que Conchita Mijares es la única mujer en las novelas de Delgado que es pretendida por tres hombres: ella está interesada en Óscar, pero muchos creen que quizás se haga novia de Arturo Sánchez; no obstante será con Juan Collantes con quien se fugará con la esperanza de cambiar su estatus social y económico. Como ya he mencionado, Conchita proviene de una familia pobre y fracturada, su padre la abandonó y ni su madre ni sus tías la han podido corregir; además de eso, la pobreza de la casa en la que vive le avergüenza, sobre todo cuando la visita Juan Collantes:

⁴⁷¹ DUNNELL, Marguerite Lucille, *op. cit.*, p. 78.

⁴⁷² DELGADO, Rafael, *Los parientes ricos*, p. 287.

A poco se dio a comparar la modestia y sencillez de aquella casa tan humilde con el palacete de don Juan. ¡Qué diferencia! ¡Qué diferencia! ¡Cómo se entristeció Conchita al contemplar su pobre sala! El suelo de ladrillo, muy limpio, es cierto, pero desolador y vulgar; la media docena de sillas de pino, barnizadas y enteras, pero delatoras de una gran pobreza; cuatro sillones de rejilla, con velos tejidos de gancho y adornados con cintas de seda, en las cuales Concha puso toda su coquetería; una consola vetusta, y en ella dos jarrones de cristal azul, llenos de flores, obsequio de Arturo, un día de la Purísima; un espejito biselado, a cuyos lados lucían sus grullas y sus crisantemos —*crisantemas*, decía la monologuista—; sendos pares de abanicos japoneses de muy dudosa procedencia; bajo la consola un lebril de barro, como en atisbo de un gazapo; en los muros, en distintos sitios, en ingenios de alambre, retratos de amigos y parientes. [...] En el centro de la estancia, una mesa circular, llena de monitos de porcelana y de figuritas de barro, producto de la industria de Puebla; y en medio un quinqué con una gran pantalla de papel encarrujado. A la derecha, en las sillas próximas a la ventana, un par de bastidores que delataban el trabajo largo y penoso de la bordadora. Las vigas pintadas de gris, las paredes desconchadas. En la ventana, en el desportillado pretil, dos lindos caracoles, y un silloncito, trono vespertino y nocturno de la ventanera Conchita. Tristísima sala. ¡Cuán diferente de aquella casa, de aquel palacio de los Collantes!⁴⁷³

La presencia de un catrín como Juan en su casa es humillante para Conchita, por el gran contraste entre ricos y pobres, pero en especial en Conchita, pues ella está consciente que la humilde casa en la que vive, jamás se podrá comparar con el lujo de los Collantes; de ahí que haya quedado deslumbrada con todo el lujo y la comodidad en la que viven los familiares de su madrina. Esta tendencia de aspirar a vivir entre el lujo y la comodidad en las muchachas de clase baja no es bien vista en la época, porque ello implica una movilidad social, algo que no estaba permitido ni aceptado en una sociedad en la que se asignaba el rol y la posición social desde el nacimiento. Vemos que estas determinaciones sociales guardan un gran paralelismo con la ideología y praxis social medieval, el destino y función social de las personas se determinaba desde el nacimiento y no había posibilidades de cambio.

En su acucioso estudio sobre la educación femenina en el siglo XIX, María de Lourdes Alvarado rescata una opinión de un editorialista del *Diario de México*, que en 1810 advertía sobre lo nocivo que era el apego de la mujer por el lujo; de acuerdo con el editorialista: “la propensión femenina al lujo, es origen de toda clase de males, desde la pérdida de la felicidad personal y familiar, hasta el deterioro de las constituciones

⁴⁷³ *Ibidem*, pp. 337-338.

fundamentales de los imperios y obra a la larga de totales trastornos”.⁴⁷⁴ Esta tendencia que se califica como mala es un agravante en la perdición definitiva de la muchacha, pues sus ilusiones de vivir una vida acomodada y sus sueños de ser una actriz reconocida serán el aliciente principal del que se valdrá Juan para deslumbrarla con un futuro a su lado viviendo en París:

Entonces el mancebo trazó a grandes rasgos, con palabra viva, ardiente, rápida, insinuante, tentadora, mareante, embriagadora como veneno somnífero, el deslumbrante cuadro de la vida de París, de los encantos de una sociedad culta y elegante, dueña de mil bellezas y de mil diversas elegancias... La navegación feliz... las noches a bordo, sobre cubierta, bajo el constelado cielo de los trópicos... como dos recién casados que hacen viaje de novios, envidiados de todos aquellos que los ven... Después... Europa... El vértigo de los bulevares... fiestas, espectáculos... Los domingos en el campo, a las orillas del Sena... las barcas, el almuerzo bajo las parras, el vino de Champagne, centellante en las copas, el regreso al fin del día, en el tren repleto de burgueses que vuelven ahítos y regocijados... Lujo... elegancia, trajes suntuosos... la existencia cosmopolita de la ciudad suprema... el arte... la Gran Opera... el Teatro Francés... los grandes artistas... los dramáticos célebres... la cena íntima en el restaurante de moda... ¡los hermosos días! Todo esto, dicho hábilmente, aunque con mil y mil giros y frases francesas... desplegando ante la chica un programa tentador de satánica urdimbre, que exponía ante Conchita magias y prestigios, siempre por ella presentidos, y millones de veces precisados por libros de viajes y novelas francesas...⁴⁷⁵

Mejor oportunidad de trascender en la esfera social no se habría ofrecido jamás una muchacha de pueblo. Conchita cedió ante el hiperbólico manejo de un discurso fantasioso presentado por Juan y la esperanza de ver sus sueños hechos realidad. Antes de decidir su destino, Conchita tiene un atisbo acaso de arrepentimiento, pero puede más lo que Juan le dice:

Vacilaba la joven. Tenía miedo; pero no se daba cuenta de que estaba al borde de un abismo. Repentinamente la razón, en un relámpago, la hizo ver claro.
—Y... —dijo, no atreviéndose a expresar su pensamiento. Juan la interrogó con un gesto. Concha no respondió, y pensativa se ocupó en plegar su sombrilla.
—¿Y qué?
—Y... ¿el mundo?... ¿la sociedad?... ¿mi familia?... ¿los padres de usted?
—¿De quién? —replicó Juan sonriendo.
Concha le miró sin comprender lo que le decía su amante.
—Dices... —contestóle Juan dulcemente—, dices... «los padres de usted».
—¡Ah! —exclamó Conchita riendo graciosamente aunque cejijunta y cabizbaja—. ¡Ah! —repitió—. ¡Tus padres! —y agregó—: ¡La falta de costumbre...!
[...]
—¿Y después? —tornó a preguntar la joven.

⁴⁷⁴ ALVARADO, María de Lourdes, “La educación superior...”, p. 46

⁴⁷⁵ DELGADO, Rafael, *Los parientes ricos*, pp. 361-362.

—Después... ¡Los padres... todo lo perdonan!... y... llevarás mi nombre... Sólo de esta manera podremos vencer las ideas de mi familia. ¡Es tan rara!, ¡tan caprichosa!... Para ella no hay más que el dinero... Y yo te quiero porque... ¡precisamente porque no eres rica! Respóndeme... No hay tiempo que perder...⁴⁷⁶

Conchita rompe, al igual que Carmen, con las normas sociales y se fuga con el novio de su amiga Elena. El escándalo que se armó fue mayúsculo, si de por sí ya andaba en boca de la gente por su forma de ser, por sus dotes de cómica y por sus pretensiones de ser famosa, al fugarse con Juan, Conchita se puso de manera definitiva al escarnio público, una de sus tías opina de ella lo siguiente:

—¡Pero, Dios mío, qué muchacha esa tan alocada y caprichosa! Siempre estoy yo con ella: «Concha: ¡por la Virgen Santísima!, que tengas más juicio y más cordura». Pero la niña no hace caso... Es nuestra cruz.⁴⁷⁷

La expresión utilizada por su tía: “es nuestra cruz”, indica que la muchacha ya era una carga para ellas. En el contexto mexicano, esta expresión se utiliza para hacer referencia a una “pena o dolor que se sufre de manera intensa y prolongada”,⁴⁷⁸ tanto su familia como doña Dolores veían que el comportamiento de la muchacha no la llevaría a nada bueno, pero tampoco hicieron nada para detenerla.

Pero para Conchita quien no estuvo sujeta a las normas sociales de su tiempo, el haberse fugado con Juan significó la realización de sus sueños e ilusiones, eso es lo que manifiesta en una carta que escribió a su mamá antes de partir:

Yo volveré. ¿Cuándo? ¡Cuando sea yo la esposa de Juan! Entonces, los que ahora me censuran (pues ya me imagino lo que de mí dirán al saber de mi salida inopinada), me disculparán y serán bondadosos. El dinero es el rey del mundo, y todo lo puede. La vida de Pluviosilla me era fastidiosa, y justo es que, ya que ahí no pude encontrar un buen partido, yo me lo haya buscado hasta hallarlo. A las tristezas de aquí sucederán las alegrías de París y de Europa... ¡Viajes! Viajes en Italia... en España... Las corridas de toros en Madrid y en Sevilla... La Grande Opera, y sobre todo... las representaciones del Teatro Francés, mi sueño dorado.⁴⁷⁹

El fragmento anterior muestra la decadencia social que está presente en las cuatro novelas del autor, pues en ninguna de las ciudades de provincia hay oportunidades para los más jóvenes. ¿Qué se podía esperar de un lugar en el que una señorita no podía encontrar pretendiente que se comprometiera con ella y la tomara por esposa? Óscar no era de

⁴⁷⁶ *Ibidem*, pp. 362-363.

⁴⁷⁷ *Ibidem*, p. 382.

⁴⁷⁸ LARA, Luis Fernando, *Diccionario del español de México*, vol. 1, A - Guzgo, México, El Colegio de México, 2011, p. 540.

⁴⁷⁹ DELGADO, Rafael, *Los parientes ricos*, p. 389.

Pluviosilla, él llegó a trabajar a ese poblado; Arturo no llenaba las expectativas de la muchacha, por lo tanto, Conchita salió a buscarse un galán adinerado, un hombre que le pudiera cambiar su futuro. No la detuvo ni el qué dirán ni los temores de verse algún día abandonada por Juan, para ella, su fuga significó un remedio a su situación económica y social y una manera de garantizarse el porvenir:

¡Ya sé que diréis que Juan me abandonará cualquier día...! ¿Eso?... ¡lo veremos!, porque yo tengo más talento que él, ¡vaya! ¡Más de aquello con lo cual se hacen los sermones! Yo sabré bien lo que debo hacer. El resultado será el que yo quiero, el que yo me propongo que sea; y ése será, y no otro. Ésta es la situación, y no hay que engañarse; que a la larga, «a la fin y a la postre» (como sabe decir el padre Anticelli), yo he de triunfar, porque pueden mucho los ojos de una mujer. [...] Todo se arreglará, aunque para el arreglo tenga que pasar algún tiempo. Entonces, ni yo ni ustedes, tendrán que lavar, que planchar ni que hacer la cocina; entonces... ¡adiós bastidor! ¡No más bordados! ¡No más romperse los pulmones, bordando cifras para quienes van a casarse, o para que las novias, a excusas de sus padres, obsequien a sus pretendientes. Entonces nos reuniremos... Y... ¡qué de comodidades, qué descanso, qué días tan alegres! ¡Nada de inquietarse, nada de afligirse, mamá! Ahora no hay que hacer caso de lo que digan. Y volveré a Pluviosilla, y entonces daré recepciones y fiestas, y los que ahora murmuran de mí se tendrán por dichosos si los invito alguna vez [...] Estoy contenta, muy contenta, porque soy dueña del porvenir.⁴⁸⁰

Ni en lo más álgido de la situación Conchita dio marcha atrás. Lejos de lamentarse ella sabía que irse con Juan era la puerta por la que cambiará su futuro y el de su familia. A ella no le importaron las murmuraciones y ve que su descrédito sólo será pasajero. Confía en su poder de seducción para hacer que Juan cambie y deja en claro que ella volverá cuando todo haya salido tal como lo imaginaba. Si acaso un dejo de nostalgia se percibe en la carta es cuando ella recuerda su pobreza y los momentos difíciles que ha pasado con su familia:

Pero si he de decir verdad, si he de decirla, en estos momentos siento que mis ojos se llenan de lágrimas, al pensar en ustedes, en aquella casita nuestra, donde hemos pasado tantas dificultades, tantas pobreza, ocultadas noblemente; donde hasta miserias y hambres hemos padecido; sí, se llenan de lágrimas mis ojos, y siento que se me anuda la garganta, y que la pluma se me escapa de las manos. Me ocurre decirle a Juan: «¡Vete, yo me vuelvo a mi casa!». Pero el paso está dado. ¡Valor! Y... ¡adiós! ¡Adiós, mamacita! ¡Adiós mis buenas tías! ¡Adiós!⁴⁸¹

Varios fueron los factores que propiciaron la fuga de Conchita con Juan, entre ellos se menciona la falta de educación y, al igual que Carmen, se habla del abandono del padre:

⁴⁸⁰ *Ibidem*, pp. 389-390.

⁴⁸¹ *Ibidem*, p. 390.

¡Adiós! A mi papá, si algún día va por allá, decíle que lo quiero, a pesar de que él tiene la culpa de todo, porque no me ha dado más que las siete letras de mi apellido; sí, que lo quiero; pero que no me acuse ni me acrimine, porque, al hacerlo, él se acusaría y se acriminaría.⁴⁸²

Como se hace evidente, Conchita sabe que si su padre reconoce su deshonra es porque él fue responsable de ella. El abandono del padre, aunado a la pobreza, las malas compañías y la falta de autoridad, tanto de su madre como del círculo de familiares más íntimos a ella, su ambición por el lujo y un mejor estilo de vida fueron los factores que llevaron a Conchita hacia el desprestigio. Quiero señalar aquí lo que María de Lourdes Alvarado cita de un fragmento de un artículo publicado por Saint-Pierre (1737-1814) en el semanario *El Panorama* (1842), en el que se enuncian algunas de las malas influencias en la conducta de las chicas, el autor destaca que “los libros, las novelas, el teatro eran igualmente peligrosos, por lo que el único recurso recomendable, el único fiel a las leyes naturales era la educación materna y las especulaciones con las artes domésticas”.⁴⁸³

A la luz de la cita anterior, no es difícil entender el porqué del actuar de Conchita, pues nunca estuvo sujeta a la autoridad paterna, siempre fue voluntariosa, además, se movía en el ambiente teatral; lo que le generaba mala reputación.

Considero que no es casual que Rafael Delgado cree este tipo de personajes, pues no hay que olvidar que uno de los objetivos de la novela realista consistía en evidenciar la realidad inmediata; en este sentido, los malos ejemplos que aparecían en este tipo de narraciones, se realizaban con miras a evidenciar las consecuencias que sufrían aquellas mujeres que no obedecían las normas existentes para regular la conducta femenina. Al fugarse y no adaptarse a ese deber-ser femenino Conchita se convirtió en una mujer transgresora, Susana Montero describe la transgresión en los siguientes términos:

La transgresión de cualquiera de los caracteres enumerados se entendiera, en el contexto del discurso hegemónico en cuestión, en términos de pérdida de la feminidad (como en el caso de las soldaderas), o de traición a la familia y, en última instancia, a la patria (como en el caso de las adúlteras), o, incluso, como carácter lesivo de la identidad (femenina) nacional (como las “bachilleras” o las “lionas”).⁴⁸⁴

Es decir, una mujer que con su comportamiento transgrede las normas sociales a las que debe estar sujeta, rompe con su entorno y afecta de manera directa a su familia

⁴⁸² *Ibidem*, 390.

⁴⁸³ ALVARADO, María de Lourdes, “La educación superior...”, p. 64

⁴⁸⁴ MONTERO SÁNCHEZ, Susana A., “La construcción simbólica...”, p. 106

primeramente, pero también a la sociedad a la que pertenece, en este sentido, la transgresión de Conchita es triple: traiciona a su familia, a una de sus amigas y, finalmente, cae en el descrédito público, lo cual implica la pérdida de valores ligados a lo femenino:

¿Cómo se habló de Concha? ¿Cómo fueron pasados por tamiz los antecedentes, méritos, cualidades y virtudes de todos los Collantes habidos y por haber? ¿Cómo la guapeza de Conchita fue puesta en tela de juicio, y cómo se la juzgó por la murmuración justiciera, la que no raja ni desuella, y se viste de Temis, y pronuncia sentencias y falla ex cátedra? [...]

¿Cómo lamentaban muchos (piadosamente, por supuesto), el extravío de la muchacha, seducida por un chico sugestivo y por la tentadora perspectiva de un viajecito ameno a la deslumbradora Lutecia! ¡La mala educación —decían otros—, la mala educación que es la única que produce tales peras! ¡La falta de religión! —repetían los de más allá—. ¡La educación jesuítica! —voceaban en el grupo jacobino, a la sazón muy ardoroso, crudo y batallador.⁴⁸⁵

En mi opinión, las habladurías que la gente del pueblo hizo sobre Conchita Mijares evidencian la doble moral de una sociedad hipócrita, pues se recrimina la mala educación, la falta de religión y hasta la influencia de la educación jesuita en la muchacha, pero no hay ni siquiera un reclamo hacia el joven seductor que se dedica a engañar a jóvenes incautas bajo la promesa de que a su lado todo estará bien; tampoco es motivo de reproche la actitud de los padres que dejan a su suerte a las hijas que engendran, tal es el caso Eduardo Ortiz de Guerra, el padre desobligado de Carmen, y el padre desconocido de Conchita. Así, Conchita se embarcó en un viaje sin pronto retorno, dejando tras de sí las cosas que la tenían cautiva en ese pueblo donde nunca fue comprendida y donde vivía señalada por su conducta poco recatada.

En tres de las novelas de Rafael Delgado se crítica a las mujeres que se dedican al espectáculo. Como ya vimos, en *La Calandria*, nos dice el narrador, que Magdalena, a partir de que participó sólo una vez en una puesta en escena, “tuvo tal afición por el teatro que se habría metido de cómica”. En *Los parientes ricos* ya hemos atestiguado la mala fama que ganó Conchita por pertenecer a una compañía teatral. También en esta misma novela aparece una mujer que se dedica al entretenimiento en el teatro Principal al que Juan y Pablo asisten por las noches a ver una obra llamada *La verbena de la paloma*, y cuya protagonista es una mujer a la que varios hombres colman de regalos, este hecho es publicado en una gaceta local:

⁴⁸⁵ DELGADO, Rafael, *Los parientes ricos*, pp. 386-387.

La elegante e inspirada actriz recibió de sus amigos y admiradores soberbios presentes. Del señor Armando Chauvier doce botellas de champagne Ayala, colocadas en graciosa cesta de mimbre dorado, decorada con cinta de seda; del señor Santiago Zavall una sombrilla con el puño de brillantes; del señor Pedro Ibarrena un rico estuche de tocador; del señor Carlos Cepeda una caja de guantes suecos; del señor Pablo Collantes un biombo japonés; del... señor don Juan Collantes y Aguayo... un brazaletes de perlas y esmeraldas...⁴⁸⁶

Como ya vimos, es el padre Anticelli, confesor y consejero de la familia de Dolores Collantes, quien previene a la viuda de que su hijo frecuente a este tipo de mujeres pues considera que representan un peligro y que corrompen las buenas costumbres. Su juicio está sustentado en la autoridad moral que le otorga su cargo de sacerdote, es por ello que previene a doña Dolores de lo perjudicial que pueden ser estas mujeres.

Otra mujer que se dedica al mismo oficio aparece en la novela *Historia vulgar* y se le relaciona con Alejandro, el único hermano de las hermanas Miramontes. Alejandro ha llevado una vida entregada al juego y al vicio, es un desobligado y no hace nada por ayudar a que la situación económica de sus hermanas mejore, por el contrario, a sus malas acciones se le suma el hecho de que se haya ido a vivir con una corista, por ello a las hermanas de Alejandro lo mejor que les podría haber sucedido es encontrar un buen marido, así lo menciona Clotilde Orcillés:

¡Dios les dé marido! Eso resolvería todas las dificultades, porque el hermanito (estarás enterada de todo) no sirve para nada, como no sea para embriagarse en las cantinas. Hace más de un año, que como si no tuviera hermanas... ¡Antes iba poco... pero desde que el muy cínico se echó a vivir con esa perdida... la corista aquella de los ojazos, aquella que traía mareados a tantos y tantos! ¡Pobres muchachas! ¡Si tú supieras lo que pasa...!⁴⁸⁷

Podemos ver que el único hombre que le hizo caso a esa corista, que traía perdidos a varios hombres; fue el desobligado de Alejandro; quien dejó a sus hermanas a la deriva con tal de irse con esa mujer.

Estos dos últimos ejemplos nos dejan ver que las mujeres dedicadas al mundo del entretenimiento son vistas como vividoras, de ahí que se les mal mire, pues por ser mujeres públicas, al dedicarse al espectáculo, contravienen con el rol social de mujeres decentes que debían estar en sus casas sujetas a la autoridad paterna y ocupadas en las labores propias de su sexo.

⁴⁸⁶ *Ibidem*, p. 258.

⁴⁸⁷ DELGADO, Rafael, *Historia vulgar*, p. 338.

RECAPITULACIÓN

Este capítulo nos permitió ver a tres personajes: Carmen y Magdalena de la novela *La Calandria*, y a Conchita Mijares, personaje de la novela *Los parientes ricos*. En términos generales, se pudo evidenciar que estas tres mujeres no se adaptaron a las normas sociales de la época que les tocó vivir. Su manera de ser, marcada por una necesidad de cambiar de estatus, las orilló a cometer errores que, en el caso de Carmen terminaron costándole la vida. Magdalena lleva en sí el desprestigio social por sus ideas de librepensadora y por una conducta bastante amoral, además de que en su color de piel lleva en sí la marca de la discriminación por ser mulata. Conchita es la última en esta triada que demuestra con sus acciones un rompimiento con el ideal femenino de la época, no tuvo nadie quien le marcara un alto, tanto su madre como su tía fueron débiles para corregir a la muchacha que desde un principio se mostró caprichosa e interesada. A propósito de Carmen y Conchita Mijares, Valentina Septién rescata una cita del *Tratado de la educación de las hijas* (1769) de don Francisco Salignac de la Motte Fenelon, que ejemplifica muy bien las causas del porque cayeron Carmen y Conchita Mijares:

El amor mudable de las mugeres, la afición a los vestidos, la pasión a las modas, juntas con el amor a la novedad, tienen para con ellas tanto poder, que llegan a trastornar las clases y a corromper las costumbres. Desde que se vive sin regla en trages y muebles, se vive también casi sin distinción de personas. Las mesas de los particulares son un lujo, casi esento de la autoridad pública, cada uno las arregla por su dinero y muchas veces sin tenerlo, por su gula y vanidad. Este fasto arruina las familias, y a la ruina de las familias se sigue la corrupción de costumbres...⁴⁸⁸

Carmen, Conchita y Magdalena anhelaron una vida con lujos, y en su afán por conseguirla no les importó romper los esquemas sociales: Carmen traicionó el amor sincero de un joven artesano; Magdalena propició la caída y el descrédito de Carmen, y Conchita Mijares se volvió descarada o de “cascos muy ligeros”, como ella misma se autodenomina, con tal de acceder a lo que tanto anhelaban: un cambio de estatus social y económico; por lo tanto, ellas se vuelven “transgresoras de la propuesta hegemónica en cuanto al deber-ser

⁴⁸⁸ FENELÓN, *Tratado de la educación de las hijas*, citado por TORRES SEPTIÉN, Valentina, en “Manuales de Conducta...”, p. 279.

de las mujeres, a sus roles, a su domesticidad y a las relaciones de jerarquía intergeneracionales.⁴⁸⁹

A mi ver, Carmen, Magdalena y Conchita son las mujeres más transgresoras que aparecen en las novelas de Rafael Delgado, por no cumplir con lo socialmente establecido y por ir en contra de los roles que como mujeres tenían que cumplir, pues ya estaban establecidos aun antes de nacer.

Pero además de las mujeres ejemplares y las mujeres transgresoras, aparecen en las cuatro novelas otro tipo de mujeres a las que considero pertinente analizar, pues también reflejan otra forma de ser y de entender lo femenino en este periodo.

Mujeres que vivieron entre luz y sombra: las hay honestas y trabajadoras; otras que, al fiarse de un hombre que no las valoró o porque sus maridos murieron, tuvieron que enfrentar la vida desde el abandono o la viudez; y también aparecen mujeres cuya afición al chisme las hace figurar en este rubro; hay otras que eran movidas por la envidia y algunas que vivían en la frivolidad absoluta, de ellas daré cuenta en el siguiente capítulo.

⁴⁸⁹ MONTERO SÁNCHEZ, Susana A., “La construcción simbólica...”, p. 117.

CAPÍTULO 5. ENTRE LA LUZ Y LA SOMBRA: MUJERES HONESTAS Y TRABAJADORAS; BURLADAS Y ABANDONADAS; CHISMOSAS, ENVIDIOSAS Y FRÍVOLAS

Como ya pudimos ver, en las novelas del autor prevalecen dos tipos de mujeres, por un lado, las mujeres que son fieles, sacrificadas y abnegadas, y por el otro, hay mujeres que se rebelan contra el lugar que tienen asignado en la sociedad. Pero al mirar con detalle, vemos que también dentro de las historias hay mujeres que se quedan en el intersticio, es decir, existen mujeres que no cumplen con las características de esas mujeres abnegadas que todo lo sufren por amor o convicción, ni tampoco se rebelan a su papel asignado socialmente, son mujeres que existen entre luz y sombra. Este capítulo está dedicado a analizar este tipo de mujeres.

5.1. Mujeres honestas y trabajadoras

Una de las cualidades que es motivo de alabanza en las mujeres decimonónicas es su honestidad y disponibilidad para el trabajo, siempre y cuando su trabajo estuviera relacionado con el cuidado y bienestar de la familia a la que pertenecían. En las novelas aparecen mujeres que son honestas y trabajadoras, de las cuales daré cuenta a continuación.

5.1.1. Las planchadoras y lavanderas de la vecindad de San Cristóbal

Inicio este apartado hablando de las mujeres de la vecindad de San Cristóbal, ya que *La Calandria* es la primera novela del autor. En esta vecindad viven unas mujeres que se dedican a lavar y a planchar, lo cual es un trabajo honrado y con el que se ganan la vida. El lugar de reunión era el patio de la vecindad:

En cuyo centro, bajo un techo de tejas requemadas y entre una red de cuerdas y *tendederos*, treinta laboriosas mujeres lavaban por centenares, cada semana, la lencería de toda una ciudad veracruzana, con lo cual queda dicho que no era poco productivo el trabajo confiado a su incomparable habilidad.⁴⁹⁰

⁴⁹⁰ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, p. 3.

Este grupo de mujeres descrito como “piadoso y compasivo”, estaba compuesto por la flor y nata de las lavanderas y planchadoras de la población”.⁴⁹¹ Hay que observar la manera en que el autor califica al grupo de mujeres, pues utiliza los adjetivos “piadoso” y “compasivo”; y considero que no es casual, porque tanto la piedad como la compasión han sido virtudes asociadas al comportamiento femenino desde la perspectiva religiosa, pues son algunas de las prerrogativas de la virgen María. Hay que recordar que “la virgen actúa como protectora y a menudo se le muestra como la virgen de la misericordia”,⁴⁹² así, este grupo de mujeres, a pesar de su baja condición social en el periodo porfirista, demuestra su solidaridad para con quienes lo necesitan; por ejemplo, la novela inicia con la muerte de Guadalupe, la madre de Carmen, y son las vecinas las que lo preparan todo para el velorio:

Tras los acostumbrados rezos, las buenas lavanderas tomaron posesión del cuarto mortuorio. [...] Doña Pancha, doña Manuela y Petrita hábilmente secundadas por la casera, procedieron a tender el cadáver en el pobre lecho, sobre una sábana blanquísima. [...] Entre tanto, doña Pancha y la casera preparaban lo necesario para el velorio. Los preparativos consistían en proveerse de pan, bizcochos, azúcar, café y de algunas botellas de aguardiente añejo, del mejor, para obsequiar, de medianoche en adelante, a los doloridos asistentes.⁴⁹³

Otra virtud que tienen estas mujeres, es su puntualidad y compromiso con el trabajo, en contraste con los hombres de la región, pues en más de una ocasión se menciona que ellos “hacen san lunes”, sin embargo, ellas lavan todos los días, pues están conscientes de que deben cumplir con su deber.

5.1.2. Soledad Sierra

Una mujer que aparece la novela *La Calandria* es Soledad, la hija de don Pepe Sierra, el patrón de Gabriel. Esta mujer, de la que en realidad sabemos poco, a no ser por las menciones que hacen de ella otros personajes de la trama, está a la altura de las expectativas amorosas y sociales de Gabriel. Sin embargo, aunque nunca tiene la trascendencia como para hacer un verdadero triángulo amoroso entre Carmen y Gabriel, es una mujer que se relaciona de manera directa con ellos. Cuando los amigos de Gabriel ven

⁴⁹¹ *Ibidem*, p. 3.

⁴⁹² CARR-GOMM, Sara, *op. cit.*, p. 240.

⁴⁹³ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, pp. 12-13.

que él está triste por las discusiones que ha tenido con Carmen, ellos le aconsejan que ponga los ojos en otra muchacha, Enrique le sugiere que enamore a Soledad:

Confórmate, chico: enamora a otra; pártete a la hija de don Pepe. Le paras con modo, y verás cómo entra; olvidas a la Calandria y te casas con Chole. El mejor día truena el viejo, y heredas el taller, la casa, y ¡cátate tú!... ¡ya no tienes por qué apurarte!⁴⁹⁴

Enrique ve que Gabriel tendrá posibilidades de cambiar su estatus económico si se casa con la hija del patrón. Gabriel es un muchacho honesto y trabajador, pero vive en una vecindad, lo que evidencia su condición social; de ahí que Chole sea un buen partido para el ebanista. Al irse agravando los problemas con Carmen, Gabriel le promete a su madre que quizás se case con Chole:

Para no pensar en ella más... ¡no, eso es imposible!... ¡para olvidarla, me iré de aquí, lejos, muy lejos!... ¡Si yo en cualquier parte estoy bien!... [...] ¡Lo que sobran mujeres! ¡Y mejores! Ahí está Chole, la hija del maestro. No es echada, señora madre; pero si yo le paro los pies y le digo... pues... yo le aseguro a usted que... ¡vamos, qué responde!...⁴⁹⁵

Gabriel considera que la mujer ideal para sustituir a Carmen es Chole, incluso Carmen sufre al pensar que Gabriel la pueda cambiar por ella:

Al recordar el taller de don Pepe, Carmen, sobrecogida de tristeza, veía cruzar ante su amante una figura de mujer graciosa y simpática: Chole, la hija del maestro. Un presentimiento doloroso oprimía el corazón de la pobre doncella. —¿Sería cierto que Gabriel veía con buenos ojos a Chole Sierra? No... ¡qué había de ser cierto!⁴⁹⁶

Chole se convierte en rival de amores de Carmen, no porque haya tenido una relación formal con Gabriel, sino porque los chismes de la vecindad lo dan por hecho. Angelito le cuenta a Carmen los rumores que hay: “—¡Dicen allá, en el patio, que se quiere casar con la hija de don Pepe... con Chole”.⁴⁹⁷ Pero es doña Salomé, la madre de Angelito quien le dice a Gabriel que ya todos saben que anda perdido por Chole:

—Todo el mundo dice que Chole Sierra te trae perdido... ¡Y como don Pepe te quiere mucho, es asunto arreglado!...⁴⁹⁸

Es ella también quien le dice a Carmen que Gabriel se va a casar con Chole:

—¿Pues qué se va a casar?
—¡Hasta ahora lo sabes!...

⁴⁹⁴ *Ibidem*, p. 108.

⁴⁹⁵ *Ibidem*, pp. 118-119.

⁴⁹⁶ *Ibidem*, p. 150.

⁴⁹⁷ *Ibidem*, p. 166.

⁴⁹⁸ *Ibidem*, p. 186.

—Angelito me contó...
—¡Ay, hija! ¡Qué atrasada estás de noticias! ¡En Pluviosilla hasta los gallos lo cantan!...
—¿Y con quién?
—¿No lo adivinas?... ¡Con Chole, con la hija de don Pepe!...
—¿De veras?
—Como te lo estoy diciendo. ¡Cosa arreglada! Gabriel ha salido bueno para el oficio, y don Pepe lo quiere mucho... Allá, en el patio, cuentan que ya está haciendo la cama...⁴⁹⁹

Gabriel era responsable y trabajador, cualidades que lo hacían ser un buen pretendiente para una muchacha de su misma clase. Sin embargo, para Carmen, Chole no representaba una rival digna para competir por Gabriel:

Y como si todo esto no bastara, ni fuera suficiente a satisfacer las iras del mancebo, para humillarla hasta lo último, le decía, con despreciativa y ultrajante vanidad, que iba a casarse, como jactándose de haber dado su corazón a otra mejor que ella, digna de ser amada, tal vez más hermosa.
—¿Chole Sierra? —se preguntaba la Calandria—. ¡Bah! ¡Soledad es una trigueñita graciosa, simpática, y nada más!...⁵⁰⁰

Finalmente, los rumores del probable casamiento de Gabriel y Soledad eran simplemente chismes, Carmen se enteró de la verdad por medio de una criada:

La criada le contó que no era cierto, como decían, que iba a casarse con Chole Sierra. El novio era Ramón Pérez, y el día de la boda estaba próximo, porque ya el modisto de la calle de la *Sauceda* estaba haciendo las donas.⁵⁰¹

Las referencias que se hacen de Soledad Sierra demuestran que era una mujer sencilla y quienes la conocían hablaban bien de ella; la buena fama era una característica esencial que debían tener las mujeres de acuerdo con la ideología de la época.

5.1.3. Angustias o Eugenia Collantes

En la novela *Los parientes ricos* aparece una mujer llamada al inicio Angustias y después Eugenia, quien es la cuñada de doña Dolores. La historia de esta mujer es importante porque deja ver otro aspecto de la vida de algunas mujeres en el Porfiriato, es decir, una mujer que deja México y se va a radicar Francia.

⁴⁹⁹ *Idem.*

⁵⁰⁰ *Idem.*

⁵⁰¹ *Ibidem*, p. 210.

Después de que se casara con un militar, Eugenia se fue a vivir a París. El matrimonio con el militar francés fue la causa de la ruptura familiar de los Collantes, especialmente los hermanos Juan y Ramón, pues su matrimonio fue algo que nunca aprobó Ramón, porque consideraba que el marido de su hermana era un enemigo de la patria; no obstante, para Juan fue la oportunidad de hacer fortuna. Sin embargo, Eugenia nunca tuvo hijos, por eso veía con afecto a las hijas de doña Dolores, así lo manifestó la viuda cuando se enteró que Eugenia había muerto:

—Mucho sentiremos a Eugenia. ¡Ha sido tan buena con nosotros! No escribía frecuentemente, pero sí cada año, allá por nochebuena, ahí estaban su carta y su regalo. Ya tú sabes que Ramón la quería mucho.⁵⁰²

Por este motivo a doña Dolores le afecta saber que su cuñada está muy delicada de salud, Carmen, la esposa de Juan Collantes, atribuye sus males a la vida parisina:

—Sí; por un mensaje que recibimos anteayer, sabemos que Eugenia está muy grave. No estaba de lo mejor cuando venimos. Al llegar aquí nos encontramos carta suya. En ella me decía que iba a tomar aguas a Vichy, y que iba mejor. Pero una amiga mía, y amiga suya, me escribió diciéndome que los médicos habían perdido toda esperanza.

—¿Y qué tiene?

—Los setenta cercanos. Ya recordarás que no era un mecido de buena salud. Para Augusto va a ser esto un pesar atroz. ¡La adora, hija, la adora! Y como no han tenido familia, el amor es doble. Él tampoco anda de lo mejor. La vida de París, que toda se va en fiestas y comidas, y las agitaciones de la política, acaban a las gentes. Desde la caída del emperador, Augusto se retiró de la política, pero de pocos años a esta parte, por razones bonapartistas, volvió a la lucha. No lo dudes, si Eugenia se muere, tras ella se irá su marido.⁵⁰³

Carmen evidencia la otra cara de la moneda de la vida europea: aunque París era considerada como la ciudad del progreso y la cultura, y Francia era vista como un país digno de imitar por su progreso económico, político y cultural; la vida disipada, que de acuerdo con Carmen ahí se vive, tarde o temprano cobra la factura. La cuñada de Dolores es alabada por sus buenas obras, así lo comenta el padre Grossi:

Hay que sembrar, hay que sembrar virtudes y caridad para recoger óptimos frutos de salvación. No conocí a la generala; pero me dicen todos que madame Surville era un ángel de bondad y de dulzura, un tesoro de piedad... ¡Ya habrá recibido en el Cielo la merecida corona!⁵⁰⁴

⁵⁰² DELGADO, *Rafael, Los parientes ricos*, p. 193.

⁵⁰³ *Ibidem*, p. 192.

⁵⁰⁴ *Ibidem*, p. 245.

Su última buena obra consistió en heredar a la familia de Dolores, un acto en el que la viuda veía un gesto de gratitud y una probable solución a sus problemas.

La excelente señora, cariñosa, como siempre, con los suyos, y teniendo en cuenta las circunstancias pecuniarias de la familia, había hecho modificaciones a su testamento, pocos días antes de morir y dejaba para dotar a Margarita y a Elena, pero directamente a doña Dolores, cincuenta mil francos; que dentro de pocas semanas se procedería al arreglo de todo, y en su oportunidad, la mencionada cantidad quedaría a disposición de quien debiera recibirla.⁵⁰⁵

Esa fue la breve, pero honesta vida de Eugenia Collantes. Una mujer que aunque vivía en Europa nunca se olvidó de sus lazos familiares. Aquí quiero recalcar que Eugenia hace realidad el sueño de Conchita Mijares: pues después de haber sido la deshonra de la familia, se vuelve alguien muy respetable por su solvente situación económica.

5.1.4. Las hermanas Quintanilla

En *Historia vulgar* (1904), la última novela de Rafael Delgado, se nos presenta un pequeño universo que está centrado principalmente en dos grupos de mujeres: Las Quintanillas y las Miramontes. La vida de estas mujeres nos remiten, sin lugar a dudas, a temáticas ya antes planteadas en sus novelas anteriores, tales como la pobreza, la falta de oportunidades, la orfandad, la lucha por la supervivencia y, sobre todo, la batalla, que de manera personal, algunas mujeres debían enfrentar contra un estigma que para la época simbolizaba un fracaso: quedarse solteras.

El autor sitúa los hechos en Villatriste, un pequeño poblado en el que viven unas hermanas conocidas como las Quintanillas:

Las niñas Quintanillas —muy señoras mías y de todo mi respeto—, se morían de fastidio en su casita vetusta, recientemente enlucida y enjalbegada; se morían de tedio —ellas que eran tan amigas de subir y bajar—, deseosas de salir por aquellas callejas a dejarse ver; que lo bueno y hermoso fue creado para que lo alumbre el sol, y no para estar guardado en un rinconcillo de la casa. Mientras la mayor, Carolina, cosía en la máquina, y Rosa cortaba un vestido arrodillada en el tapete, Leonor devoraba, que no leía, una novela que desde muy temprano la traía en vilo: *Los celos de una reina*.⁵⁰⁶

⁵⁰⁵ *Ibidem*, p. 250.

⁵⁰⁶ DELGADO, Rafael, *Historia Vulgar*, p. 283.

Hay dos cosas importantes que vale la pena retomar del fragmento anterior: en primer lugar, el autor dice que estas mujeres que ya no se conformaban con vivir una vida de encierro, sino que eran dadas a salir y a andar de paseo; en segundo lugar, evidencia las ocupaciones de algunas mujeres decimonónicas: coser, hacer vestidos o leer. Pero también deja ver que las mujeres en Villatriste no tienen aspiraciones, pues al igual que el pueblo de Villaverde en *Angelina* no hay ambición de nada, el único pasatiempo es el chisme, así lo comenta Leonor:

—¿A dónde irá Pepe López? —preguntó vivamente—. ¿A dónde? ¡A la cantina o al billar! ¡A jugar albures! ¡A la ocupación diaria de esta elegante, dorada juventud! ¡Y bien visto! —prosiguió— ¿qué han de hacer estas gentes? Una puede vivir, si vivir es morir de fastidio, aquí entre las cuatro paredes de esta casa; pero... ellos... Yo no los culpo. ¿Qué hacerse en una tierra donde la única distracción consiste en chismear y, cuando no llueve, oír en la plaza, dos veces por semana, los danzones oliscos y las mazurcas fósiles de la *Banda Municipal*?⁵⁰⁷

Leonor, al inquirir sobre la vida de los demás, evidencia la existencia de ciertos pasatiempos que hay en el pueblo, aunque el panorama es desolador, pues la única distracción que tienen es el chisme. En *La Calandria* y en *Angelina*, los hombres van a las cantinas y conviven en lugares públicos, como el parque, para ver a las muchachas; pero el lugar de convivencia para ambos sexos son los salones de baile, el teatro y las fiestas religiosas. En *Los parientes ricos*, el teatro es el lugar de distracción por excelencia, tanto para hombres como para mujeres, pero se señala a las mujeres por no respetar ciertas convenciones sociales, por ejemplo, cuando muere la tía Eugenia, se ve mal que las mujeres vayan a la ópera, pero los hombres no son mal vistos por hacer lo mismo, así lo comenta Alfonso:

—Es cierto, mamá —replicó Alfonso que, sentado cerca de Margarita, hojeaba un álbum de acuarelas—, pero... me parece una incorrección que vean a ustedes en el teatro dos meses después de los funerales de mi tía... En nosotros los hombres nadie repara... pero en las señoras sí.
—¡Magnífico! ¡Magnífico! —exclamó María—. ¡Lo de siempre! Para las pobres mujeres la exigencia más dura, la tiranía, la censura cruel... ¡Para ustedes tolerancia, libertad, disculpa!...⁵⁰⁸

El señalamiento de María es acertado, pues demuestra, de manera explícita, la diferencia entre hombres y mujeres cuando no se adhieren a lo socialmente aceptado. Pero

⁵⁰⁷ *Ibidem*, p. 284.

⁵⁰⁸ DELGADO, Rafael, *Los parientes ricos*, pp. 252-253.

volviendo a la historia de las hermanas Quintanilla, la descripción física de las tres hermanas se presenta de la siguiente manera:

Carolina, Rosa y Leonor...

¡Tres perlas! —en opinión de don Patricio Terreros, vecino de tan buenas personas—. ¡Y qué perlas! De las mejores, de las que no abundan en Villatriste, de las que pronto no hallaréis, ni para remedio, ni en Villaverde y ni en Pluviosilla... —dice el viejo.

¿Edades? No es de correctos el tema cronológico; pero, a fuer de historiadores imparciales y de cronistas verídicos, debemos tratarle con el honrado propósito de cimentar debidamente esta novela.

Carolina: treinta y cinco, bien llevados, sin canas, ni arrugas impertinentes, ni obesidad inoportuna.

Rosa (Rosita, como la llaman todos): treinta y dos, muy frescos y floridos.

Leonor: veintinueve (aunque ella afirma que aún no cumple los veintisiete).

Lozanas, sugestivas y núbiles, si hemos de dar crédito a ese pícaro de Luis Gamboa, lengua rayada y amigo de ponderaciones galantes.

Total: una jamona incipiente; una muchacha avanzadita, y... una joven retrógrada, enemiga reflexiva y franca de los estudios cronológicos. Pero, eso sí, las tres muy simpáticas y amables, llenas de gracia y de saberes, capaces de cortar un cabello en el aire y a lo largo.⁵⁰⁹

Este retrato que nos traza el autor nos permite ver cómo son estas mujeres, y para no perder la costumbre, también se nos informa que son huérfanas de madre; que su tía Refugio las cuidó hasta que murió de cirrosis; que viven en compañía de su padre, don Antonio, y que tuvieron un hermano que murió a causa de su afición a las carreras de caballos, a las corridas de toros, a fiestas y parrandas. Me parece interesante que el padre de ellas no quiera que sus hijas se casen:

Don Antonio, modelo de oficinistas y ejemplo de resignación y de entereza, vive complacido de sus tres hijas, y si no quiere dejar pronto este valle misérrimo, tampoco desea que se le casen las muchachas. “¡Para qué! —suele repetir en la receptoría, cuando se trata de eso—. “¡Vivimos tan felices! ¡Qué hijas! ¡Dios me ha bendecido! ¡En mi casa no hay disgustos, señores; en mi casa no hay novios, ni líos, ni entrantes ni salientes; en mi casa no hay fiestas ni bailes!”⁵¹⁰

A mi juicio, las ideas de don Antonio, de no querer que sus hijas se casen ni que tengan novio, rompen con el esquema social de la época, pues una de las máximas aspiraciones que tenían la mayoría de las mujeres era el matrimonio, pues “el matrimonio es el marco social adecuado y moral de la reproducción de la vida y el único lugar posible de las relaciones sexuales. Pero también permite formar una red familiar de ayuda y apoyo

⁵⁰⁹ DELGADO, Rafael, *Historia vulgar*, pp. 284-285.

⁵¹⁰ *Ibidem*, p. 285.

mutuo, establecer una unidad doméstica”.⁵¹¹ El padre de las Quintanilla es un hombre que no acata las normas sociales, pues al no querer que sus hijas se casen, rompe el paradigma del matrimonio como único medio para que sus hijas trasciendan socialmente.

El pasatiempo de las Quintanilla consistía en ir a bailes, de vez en cuando, y hacer tertulias en su casa, en esas reuniones asisten hombres y mujeres, y es aquí donde el autor introduce a otras mujeres que serán decisivas en la trama de la novela y de las que me ocuparé más adelante:

Suelen ir de tiempo en tiempo las señoritas Miramontes, un par de profesoras, dueñas del Colegio Católico de Santa Isabel de Hungría, y a las veces van a echar su párrafo hasta las diez, doña Mónica Ferreira, jamona perdurable y devota que sabe todo y cuenta cuanto sabe, y su sobrinita Magdalena, una criatura de veinte años, bisoja y enclenque. Conversan allí que es una gloria, y entre un *jaque a la reina* y un *me como ese cuaco*, se hace la crónica diaria de cuanto acaece en la pacífica ciudad.⁵¹²

Puesto que su padre no gana lo suficiente, las hermanas Quintanillas le ayudan con los gastos, es decir, su condición social de mujeres pobres hace que se dediquen a trabajar para ganarse la vida. A diferencia de las tías de Rodolfo y de doña Dolores y sus hijas, para las Quintanillas trabajar no significa una afrenta, entre otras cosas, ellas se dedican a organizar eventos públicos, fiestas, bailes o eventos religiosos:

Hacen pastas y conservas, arreglan y adornan sombrerillos, venden libros, estampas, cintas y telas que las Quintanillas compran en México por medio de un su amigo, y que luego colocan con buena ganancia entre las familias de Villatriste. ¿Hay un baile? ¿Quién se encargará de cuanto se refiere a la bucólica? ¡Pues... ya se sabe, las Quintanillas! Ellas preparan los jamones en dulce, los emparedados ligerísimos y sabrosos, las aceitunas adobadas, los bizcochos de almendra, los pastelillos rellenos de crema y de pasta de membrillo o de mermelada de albaricoques, y unas gelatinas tan gratas al paladar como a los ojos, trémulas, límpidas, incitantes, las unas como gigantescos topacios; las otras, las de leche, como grandes florones de alabastro o de ágata.

Las Quintanillas se pintan para eso; preparan todo, ponen y arreglan la mesa, y corren a su casita a ponerse guapas para volver a la fiesta en la cual tienen vara alta, dirigen las cuadrillas y se portan discreta y elegantemente.

¿Se trata de una fiesta religiosa? Allá están ellas, adornando altares, vistiendo santos y angelitos, haciendo ramilletes y poniendo en el altar, para evitar torpezas de sacristanes, cirios y candelabros. Sólo en Pluviosilla, en Santa Marta, serían superadas las Quintanillas. Y en todo ganan, no sólo estimación y simpatía, sino algunos durillos, los cuales sirven para cubrir el déficit, para comprar vestidos y para embellecer la casita, que parece de personas que viven desahogadamente.⁵¹³

⁵¹¹ CARNER, Françoise, “Estereotipos femeninos...”, p. 97.

⁵¹² DELGADO, Rafael, *Historia Vulgar*, p. 286.

⁵¹³ *Ibidem*, p. 285.

El fragmento anterior retrata las diferentes maneras en las que las mujeres podían emplearse, pues como se observa, estas mujeres son: reposteras, diseñadoras de moda, vendedoras y organizadoras de eventos sociales y religiosos; estos oficios, socialmente aceptados, eran una manera decente para las mujeres de ganar dinero, que en el caso de las Quintanilla trabajar era algo necesario. No hay que olvidar que “el trabajo de las mujeres sólo podía entenderse como una obligación y un mal necesario para evitar mayores desgracias, para aquellas infelices nacidas en cuna humilde u originarias de familias decentes venidas a menos”.⁵¹⁴

Como ya es costumbre, en las novelas de Rafael Delgado, el tema del amor no correspondido también está presente en esta novela y esa es la pena que aqueja a las dos hermanas de Leonor, a continuación se describe su situación amorosa:

El doctor Velarde, malogrado pretendiente de Carolina; un mozo de buen parecer, inteligente y de fácil palabra, el cual se ausentó de pronto, se fue a Villaverde, y allí, el mejor día se casó con una joven modosita y pacata, heredera de cuarenta o cincuenta mil duros. Carolina no chistó ni mistó. Para bromas, condolencias y alusiones, tuvo sonrisas y disimulos, y... adelante con la soltería, que no es mal estado al decir de los moralistas. Y allí está el Apolo, diciendo a todas horas a Carolina que no hay que fiarse de los hombres. Rosita fue novia de un sobrino de don Patricio, escribientillo de notario, un pelinegro, de ojazos muy vivos, bien trapeadito, bailaror excelente, muy dado a las modas últimas, y que se echaba encima cuanto se ganaba en la corachuela. Pero Ernesto, tal era el nombre del galán, cogió ley a las cuarenta, y éstas, infieles y pérfidas, le arrastraron por senderos de irremediable perdición. Rosita se quedó muy campante, al saber la fatal noticia se compadeció de los infortunios del muchacho y cortó por lo sano. Cuentan que Paquito Redondo no la ve con malos ojos. Paquito es tonto, pero tiene dinero y carece de vicios, y acaso, si se atreve a declarar su atrevido pensamiento, diga Rosa que sí, y tengamos boda.⁵¹⁵

El fragmento anterior nos permite ver el panorama sentimental que vivían algunas mujeres; si bien a lo largo de las novelas el autor nos presenta las cualidades y defectos de las mujeres, también nos habla de cómo eran los hombres que estaban en contacto con ellas. Carolina se enamoró de un doctor que sólo la engañó y se casó con otra sólo por interés; mientras que Ernesto está más al pendiente de la moda y se envició con las apuestas de los naipes, en lugar de tener un compromiso formal. Estos amores no realizados, como ya hemos visto, determinan la condición social de las mujeres; en el caso de Carolina y

⁵¹⁴ RADKAU, Verena, *op. cit.*, p. 29.

⁵¹⁵ *Ibidem*, pp. 287-288.

Rosita se quedan solteras, como la oportunidad de formalizar una relación mediante el matrimonio ya se les ha escapado, se tienen que conformar con hombres que no cumplen sus expectativas, tal es el caso de Paquito Redondo. Mención especial merece Leonor Quintanilla de quien me ocuparé más adelante, por tratarse de una mujer que es temida por todos en Villatriste.

5.1.5. Las hermanas Miramontes

Otras mujeres que destacan en *Historia vulgar* son las hermanas Miramontes: Luisa y Genoveva. Su historia es sobresaliente porque revela el ámbito educativo de la época y sobre todo, cómo era la manera de vivir de las mujeres que, aunque ya tenían una profesión no podían ejercerla; en el caso de ellas, porque no se habían actualizado con los métodos modernos de enseñanza.

Cabe destacar que el problema de la educación de las clases bajas es un tema presente en las cuatro novelas del autor. Recordemos que en *La Calandria* se aborda el tema cuando Angelito, el hijo de doña Salomé, intenta aprender la educación básica para que en un futuro pueda ingresar al seminario y ordenarse como sacerdote. En esta novela los aspectos educativos versan más sobre la educación religiosa, la cual era muy importante en siglo XIX, el siguiente fragmento nos da un pequeño panorama de ese contexto:

El maestro de la Escuela de la Purísima Concepción de María Santísima, a cuyos cuidados y ciencia estaba confiado el niño, para que de sus doctos y piadosos labios aprendiera las primeras letras, en las horas que le dejaban libres sus deberes eclesiásticos, se quejaba grandemente de Angelito, y, reclamando por su impuntual asistencia a la escuela, solía decir a la madre:

—Doña Salomé... el muchacho no es tonto; en un santiamén se aprende la lección, pero con tantas faltas no sacará buey de barranco.⁵¹⁶

Aunque la educación básica de Angelito era impartida por un sacerdote, pues el anhelo de su mamá era que el niño ingresara al seminario; el siguiente fragmento nos permite ver, de manera breve, las condiciones de la educación religiosa, en especial cuando el sacerdote reprende a Angelito, porque le dan quejas de él y, a manera de reprimenda, el padre le jala las ojeras:

⁵¹⁶ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, p. 33.

Y volviéndose al chico y tirándole suavemente de las orejas le decía, entre serio y risueño:

—Sé bueno, muchacho; sé bueno. Mira: hay santos de todas clases, profesiones y oficios, hasta soldados y cómicos, menos acólitos. Procura ser bueno para que luzcas, el primero, en los retablos, el manto rojo y el roquete del coloradito. ¡Toma este medicito nuevo por la misa que me acabas de ayudar, y vete con Dios!⁵¹⁷

Pero es en *Angelina* donde el tema de la educación se toca más a fondo, en la figura del maestro Román López. Rodolfo fue su alumno en la escuela del pueblo, al llegar a su casa él lo recuerda con nostalgia:

Abrí los libros. Aun conservaban en sus guardas la caricatura del maestro, don Román López, el pomposísimo Cicerón, como le llamábamos porque nunca hablaba del orador de Túsculo sin aplicarle rimbombante epíteto, y legibles todavía, notas, significados de inusitadas voces, sólo usadas de tal o cual poeta; listas de condiscípulos condenados a ser detenidos dos o tres horas, por no haber acertado con no sé qué dificultades horacianas.⁵¹⁸

El que Rodolfo recuerde a su profesor de la infancia, si bien en un principio resulta como una anécdota más dentro de la historia, termina convirtiéndose en un evento revelador, porque nos permite ver cuáles eran las condiciones para el ejercicio de la docencia en las clases más pobres. Llama la atención que el lugar donde el maestro Román imparte sus clases ni siquiera pueda reconocerse a simple vista como una escuela:

Me detuve en un tenducho, y pregunté por don Román López. El tendero salió a la puerta, y señalándome una casa me dijo:

—¡Allí, joven, allí!... ¡En aquella casa pintada de amarillo! El ruido de los muchachos le dirá ¡dónde! ¡Allí está la escuela!

¿Y si mi buen maestro, si el pomposísimo no me recibía cariñosamente? Eché calle arriba, y llamé a la puerta de la Casa de Estudios. Así solía decir el dómine. No gustaba de que su establecimiento fuese equiparado ni con la “Escuela del Cura” ni con la “Escuela Nacional”.⁵¹⁹

Es curioso notar que en el pueblo haya tres colegios, pero la Casa de Estudios del maestro Román pase casi desapercibida, ello demuestra el atraso de los lugares en los que se imparte la enseñanza. Otro aspecto que también es conveniente señalar es la apariencia física del profesor, porque evidencia su estatus social. El profesor Román es descrito de la siguiente manera:

Don Román vestía su eterno traje, su traje típico: pantalones anchos; larga levita negra, verduzca y mugrienta; chaleco blanco, pringado de rapé en las solapas; el cuello de la camisa altísimo, arrugado, sin almidón; ancho y apretado corbatín. Así

⁵¹⁷ *Ibidem*, p. 35.

⁵¹⁸ DELGADO, Rafael, *Angelina*, p. 23.

⁵¹⁹ *Ibidem*, p. 56.

le conocí cuando era yo niño, cuando mis buenas tías me confiaron a la férula resonante de aquel buen anciano, maestro de dos o tres generaciones de villaverdinos. Esto de la férula no es figura retórica; el pomposísimo la tenía, y muy sólida, de perdurable zapotillo, ennegrecida por el uso. Verdugo diligente e implacable, dispuesto a vengar en las manos infantiles el menor desmán, cualquiera osadía contra los poetas del siglo de Augusto, don Román no se andaba con chicas, ni tenía piedad; quien la hacía la pagaba, así fuera el hijo del alcalde.⁵²⁰

Rodolfo se sorprende al ver que su profesor no ha cambiado mucho, sigue usando la misma vestimenta y sigue con las mismas *normas disciplinarias*, es decir, es la época en la que los profesores golpeaban a los alumnos por algún tipo de indisciplina o por no aprender bien la lección. Pero si el aspecto físico del profesor es deplorable, el de la escuela no se queda atrás:

Eché una ojeada por el salón. En nada había variado. Los mismos muebles, los mismos objetos; las papeleras manchadas de tinta, con letreros en las tapas, grabados a punta de cortaplumas; el pizarrón, el mismo pizarrón de otro tiempo, en su caballete verde; la mesa del dómine ocupada por los mismos libros, todos muy bien colocados. Allí estaba la campanilla, con el mango roto, y el tintero circundado de plumas de ave, —don Román no usaba de otras— y al lado la palmeta de zapotillo. En las paredes, ennegrecidas y desconchadas, dos o tres mapas amarillentos; arriba del sillón magistral, muy pulido y resobado, la Virgen de Guadalupe, la patrona de la escuela.⁵²¹

La precariedad de la escuela deja ver las extremas condiciones de pobreza por las que atravesaba el profesor Román, a ello hay que añadir que al maestro le duele mucho que la gente diga que ya está viejo y no sólo él, sino también su método para enseñar:

—¿Te he dicho que estoy pobre? Pues estoy más pobre de lo que tú puedas imaginártelo. Tengo pocos discípulos. ¡Ya viste cuántos! Sólo faltaron dos; unos bribones que se van a salar todos los días; unos pícaros que no tienen remedio. ¡Qué hemos de hacer! Hijo mío, nadie quiere que sus hijos aprendan el latín. ¡Tú dirás! ¡El latín que es la llave de las ciencias! Ni latín, ni otras cosas; todo lo que puedo enseñar, todo lo que sé, cuanto aprendiste aquí. Dicen que estoy atrasado; que mi manera de enseñar es anacrónica, ¿has oído? ¿anacrónica? Eso lo dicen los pedantes de hoy en día; y todo porque mascullan el francés. Eso dicen los que aquí aprendieron todo lo que saben, y que ahora no quieren confesar que me lo deben todo. Dicen que ya no sirvo para nada.... ¿Para nada? Pues a que no se ponen delante de mí, y abren el Tácito, o el Terencio, y traducen el pasaje que yo les señale? Pero eso sí, sin que se ayuden de versiones francesas... Oye: lo que más me duele, lo que me llega a lo más vivo, lo que me desgarrar el corazón, lo que siento aquí, como la hoja de un puñal, es que dicen.... —el pobre anciano quería llorar; el rostro se le contraía dolorosamente, su voz se iba poniendo trémula, en sus ojos asomaba una lágrima— dicen... —hizo un esfuerzo y acabó —¡qué estoy chocho!

⁵²⁰ *Ibidem*, p. 59.

⁵²¹ *Ibidem*, pp. 61-62.

[...] —Y como dicen que estoy chocho, y como andan repitiendo eso por todas partes, me faltan discípulos, y faltándome discípulos me falta trabajo; y sin trabajo, como tú lo comprenderás, me falta dinero. ¡No hay remedio! Me moriré de hambre, y me enterrarán de limosna. Diez o doce discípulos, que pagan poco, ¡y es cuánto! Unas leccioncitas ¡y nada más!

Aquí podemos ver que se confrontan dos modelos de enseñanza, por un lado, el método tradicional en el que los alumnos, sobre todo varones, eran confiados a un profesor que les enseñaba de todo un poco, apoyado en la enseñanza de latín como lengua culta; por otro lado, existen ya escuelas que tienen métodos modernos de enseñanza en la que el latín deja ya de operar y es sustituido por el francés como la lengua culta y de la diplomacia.

El profesor Román comprende que por su edad, el cambio educativo que ya estaba iniciando, no le tocará a él, pues él mismo se describe como viejo, enfermo y pobre, y lo único que espera es la muerte:

—Sí, hijo mío, variarán los tiempos, quién lo duda, pero no para mí. No me queda más que prepararme para morir cristianamente. Pobrezas, miserias, hambres, contumelias, todo lo sufro con paciencia. Lo que me apena y me amarga, lo que me contrista y conturba es la ingratitud.⁵²²

Cosa muy diferente sucede en *Los parientes ricos*, pues cuando se trata el tema de la educación académica de los hijos de Dolores Collantes se hace de manera muy distinta. En este caso, por tratarse de gente adinerada, la instrucción que reciben es de calidad. También se observa que en un tiempo, antes de la ruina económica, las hijas de Dolores Collantes recibían clases particulares de piano. Aunque Elena no progresó mucho con las clases particulares ni en la ejecución del instrumento, alcanzó cierto virtuosismo en el piano y decidió retomar las clases cuando se quedó ciega. Sin embargo, Doña Dolores está empeñada en que su hijo menor, Ramón, continúe sus estudios de preparatoria una vez instalados en la capital:

Resolvióse todo de una manera definitiva. La familia se iría a México tan luego como levantara la casa; Pablo sería llamado, si era preciso, oportunamente; Ramoncito debía continuar sus estudios en la Escuela Nacional Preparatoria —lo cual no era muy del agrado de su mamá, siempre temerosa de riesgos y perdiciones para su hijo— y doña Dolores recibiría cien pesos cada mes para atender a las necesidades de su familia.⁵²³

⁵²² *Ibidem*, pp. 63-64.

⁵²³ DELGADO, Rafael, *Los parientes ricos*, p. 94.

En el caso de los hijos de Juan Collantes merece mención aparte, pues sus hijos, al vivir en Francia, recibieron la mejor educación en los mejores colegios, el más culto de sus hijos es Alfonso, de él se dice lo siguiente:

Era inteligente el mancebo, y no sólo inteligente, sino culto: hablaba inglés, francés e italiano; seguía con empeño el movimiento literario de Francia; se sabía de memoria versos de Lamartine, de Musset, de Hugo, de Verlaine, de Baudelaire y de todos los poetas de la última generación; sabíase los muy bien, y los recitaba con acento netamente francés, y por modo muy elegante y artístico, como que había recibido lecciones de Coquelin, de quien había sido predilecto discípulo.⁵²⁴

Esta digresión que he realizado para hablar acerca de la educación en las novelas de Rafael Delgado me sirve de pretexto para hablar del mismo tema en la última novela del autor. En *Historia Vulgar* se vuelve a abordar el tema de la educación al hablar de las hermanas Miramontes. Ellas tienen cierto paralelismo con el maestro Román, en lo que respecta a los métodos de enseñanza. Pero en el caso de las hermanas Miramontes, tendrán que enfrentar algunas dificultades para quedarse como maestras en una escuela pública del gobierno. El principal obstáculo es el desempleo, aunque ya estaban tituladas y listas para ejercer su profesión, nadie les quiere dar trabajo porque su método de enseñanza estaba ya rezagado:

Con mil trabajos acabaron las chicas, recibieron el título, y solicitaron una escuela. Luisa, menos tímida que su hermana, subió y bajó en busca de recomendaciones para con el alcalde y los ediles, pero nada pudieron conseguir, porque las tacharon de beatas y mochas —todo porque iban a misa y al sermón domingos y días de fiesta. Alguien dijo en una sesión, que ignoraban los métodos modernos; trino contra ellas un viejo regidor, jacobino hasta parecer energúmeno, y les negaron la escuela, en la cual cifraban las pobres muchachas suprema esperanza de bienestar.⁵²⁵

El fragmento anterior nos presenta un tema que es muy importante en el contexto de las mujeres decimonónicas, me refiero al tema de la discriminación. A las hermanas Miramontes se les discrimina por su filiación religiosa y por lo anticuado de su método de enseñanza. Pero en realidad, lo que subyace tras ese rechazo es una cuestión de tipo ideológica, las Miramontes se movían entre la corriente religiosa y la del estado, es decir, entre la corriente conservadora y la liberal:

Sugirióles alguno que aprendieran los métodos modernos, a fin de merecer protección del H. Ayuntamiento, el cual había dado colocación a otras profesoras; indicóles otro, que solicitaran amparo del cura para abrir una escuela católica, y no

⁵²⁴ *Ibidem*, p. 237.

⁵²⁵ DELGADO, Rafael, *Historia vulgar*, pp. 288-289.

faltó quien les dijera, para hacerlas ver claro, que estaban entre opuestos bandos irreconciliables: como quien dice entre la Iglesia y el Estado.⁵²⁶

Este enfrentamiento hará que las hermanas tengan una transformación real, que va desde su actitud personal frente a las circunstancias de su vida diaria, hasta su postura política. Como ya he mencionado, una de las oportunidades que las mujeres tenían para formarse en la educación superior era prepararse como profesoras, por lo tanto, la historia de estas hermanas resulta muy representativa, porque nos habla de lo que les acontecía a las mujeres una vez que terminaban su formación profesional y los diferentes obstáculos que afectaban de manera directa su desempeño profesional. A causa de su rezago pedagógico, son casi nulas las oportunidades laborales que tienen y que les reditúan en un buen ingreso económico, por lo tanto ellas deciden abrir un colegio religioso, pero eso tampoco les fue de provecho, pues aunque ellas impartían clases en una escuela para niñas, es deprimente ver lo que los padres pensaban de sus hijas en esa época:

Pero ni la piedad católica, por viva que fuese, subvenía caritativamente a las necesidades de la escuela, ni las familias querían pagar ni un centavo por la enseñanza de sus hijas. ¿Para qué han de saber mis muchachas —decían algunos padres— geografía, historia, gramática, francés, gimnasia, y tantas y tantas cosas? No se han de casar ni con sabios ni con ricos... Que aprendan a coser, a guisar, a remendar los trapos...⁵²⁷

Podemos ver cómo operaba la ideología de la época, es decir, las mujeres son más útiles si su educación está más orientada al servicio doméstico, pues la mayoría de las veces, para aprender a servir en casa no era necesario ir a la escuela, porque las labores domésticas se aprendían en el hogar. Ahora, estas labores domésticas también servían para que las mujeres las desempeñaran fuera de casa, de ahí la importancia de que las mujeres las aprendieran bien, pues eran una oportunidad para encontrar un trabajo remunerado. Al hablar sobre las diferentes oportunidades laborales de las mujeres pobres durante el Porfiriato, Carmen Ramos Escandón afirma que muchas de ellas “se desempeñaban como sirvientas, cocineras, recamareras, nodrizas, y otras labores del servicio doméstico, mayoritariamente femenino”,⁵²⁸ como es evidente, para tales oficios, la educación académica no era del todo importante.

⁵²⁶ *Ibidem*, p. 289.

⁵²⁷ *Idem*.

⁵²⁸ RAMOS ESCANDÓN, Carmen, “Señoritas porfirianas...”, p. 156.

Ya con una profesión terminada, Luisa no se da por vencida ni se integra al trabajo doméstico, sino que toma la iniciativa de actualizarse para cambiar los métodos de enseñanza y decide aprender los denominados métodos modernos; quiero precisar que con esta acción Luisa en realidad se está emancipando de la ideología educacional anticuada, para dar el salto y ponerse en un contexto de avanzada, es decir, a pesar de las burlas de su propia hermana, Luisa pensaba que apearse a las nuevas formas pedagógicas les traería finalmente el ansiado bienestar:

“¡Tonta! ¿Te ríes de mi charla? Pues piensa que todo esto habrá de convertirse en tranquilidad y abundancia. Dejemos la rutina, dejemos de labrar el mismo surco, y tendremos alegría, comodidades, bienestar, y pan blanco en la mesa, y vestidos nuevos, y hasta sombrerillos muy lindos. ¡Los métodos modernos serán nuestra salvación!”⁵²⁹

Como podemos observar, el pensamiento de Luisa es contestatario para la época, pues en lugar de ser esa mujer que está atendida a estirar la mano para que su marido le dé lo necesario para cubrir sus necesidades, ella apuesta a que con sus estudios mejorará su vida personal; además, su mismo entorno familiar orilla a las dos hermanas a buscarse un modo de ganarse la vida, pues son huérfanas, no tienen marido ni padre, y su hermano no se hace cargo de ellas. La mejora que espera Luisa a partir de que le den trabajo de maestra, se relaciona con cosas tan básicas como la comida, el vestido y el sustento. Finalmente las hermanas hacen su examen profesional respaldadas con toda la teoría de los “métodos modernos” y son aprobadas, lo cual deja impresionados a sus sinodales:

¡Qué adelantada que estaba! ¡Era natural! ¡Tenía tanto talento!
¿Por qué no las habían colocado en una escuela municipal? ¡Ya se enmendaría aquello!
Y el regidor, muy satisfecho, decía:
—¡Francamente, criatura, no creía yo que estuviera usted tan al tanto de los métodos modernos!
Uno de los profesores, don Ramón Ábaco, agregó:
—¡Qué lástima que desde el principio no hubiera usted sido de las nuestras!⁵³⁰

Considero que Luisa es un ejemplo de superación y tenacidad, pues no se comportó como una mujer sumisa y abnegada que está a la espera de que algún hombre le resolviera la vida, sino que se replanteó su proyecto personal de vida y, mediante el estudio, se abrió

⁵²⁹ DELGADO, Rafael, *Historia Vulgar*, p. 290.

⁵³⁰ *Ibidem*, p. 291.

camino en una sociedad que antes la rechazaba y la criticaba. Desde que ambas hermanas aprobaron el examen fueron tratadas de manera diferente:

Desde ese día fueron declaradas inteligentes, ilustradas, prodigio de saber. [...] Desde ese día dijeron en la supuesta sala de comisiones del Honorable, que las señoritas Miramontes, si continuaban estudiando con la misma aplicación los métodos modernos, serían, a no dudarlo, unas de las mejores profesoras con que habrían de honrarse el municipio y el Estado.⁵³¹

Aquí quiero destacar algo que considero importante, por primera vez en las cuatro novelas del autor, a dos mujeres se les reconoce ya no por su belleza o por ser buenas en el ejercicio de sus labores domésticas, sino porque son mujeres destacadas en el área del conocimiento pedagógico.

Si como ya evidencié antes, la educación académica de las mujeres también incluía materias que se relacionaban con su rol de amas de casa, como coser, tejer, algo de economía doméstica y algunos quehaceres domésticos, las hermanas Miramontes rompen con ese paradigma educativo y, según mi punto de vista, es más loable, pues aunque son egresadas de la Escuela Superior, para actualizarse en los llamados métodos modernos, lo hacen de manera autodidacta, como una forma de estar a la vanguardia educativa con miras a un mejor futuro; es decir, el tan proclamado lema del porfirismo “orden y progreso” les llegaría a las hermanas Miramontes por la vía del estudio independiente. No obstante, en esta novela también queda claro que se evidencia que “las mujeres con más estudios no son siempre las más inteligentes, sino las más pobres, puesto que se han visto obligadas, por su mala condición económica, a prepararse para sostenerse”.⁵³²

Sin embargo, ganarse una plaza como profesoras les habría de costar a las dos hermanas una afrenta pública, sobre todo a Luisa, pues la proponen como oradora en el cabildo para que dé un discurso dirigido a los jóvenes, algo a lo que ella se resistía desde el principio:

Negóse la muchacha. “¡Qué sabía ella de discursos! ¡Si sólo de pensar que entraba en una tribuna sentía ansias mortales! Una mujer... (acaso no tendría ella razón). No era grato ver a una mujer en la tribuna. Además —pensaba muy cautelosamente—, habrá que vestirse debidamente... Ella no habría de ir a la tribuna a ponerse en ridículo. En cuanto a decir el discurso... ¡Eso era lo de menos! Tendría mucho miedo... Iría temblando... ¡Pero a ella no le faltaban ni expedición ni bríos!”⁵³³

⁵³¹ *Ibidem*, p. 292.

⁵³² SANDOVAL LARA, Adriana, *Vertientes narrativas*, p. 222.

⁵³³ DELGADO, Rafael, *Historia vulgar*, p. 293.

Más allá de la apariencia o de su buen o mal desempeño a la hora de pronunciar el discurso, el temor de Luisa es motivado por un choque ideológico que contrasta de manera directa a sus creencias, por eso es que duda a la hora de aceptar la propuesta:

La joven, encendida y turbada, no sabía qué responder, no quería desagradar a sus amigos y protectores, pero sentía repugnancia invencible por andar en fiestas como aquéllas, en las cuales, bajo el pretexto de ensalzar los méritos de un repúblico, se hacía política municipal para asegurarse en las poltronas edilicias, se disparataba que era un horror en materias de religión, y monjas y frailes eran puestos peor que chupa de dómine, porque, para gozar fama de ilustrados, era preciso darla de irreligiosos, de impíos, de ateos y de no creer ni en la longevidad de los loros. ¡Qué cosas decían en aquellas *solemnidades los oradores y las oradoras!*⁵³⁴

Considero que Luisa no está dispuesta a entrar en ese submundo, donde para ser aceptada tiene que ir en contra de sus creencias religiosas, por esa razón, quienes la presionan para que acepte decir el discurso, arremeten contra ella para que vea lo necesario que es que ella cambie de ideología:

No se olvidaron de decirle que... acaso... tal vez, sin duda, sus ideas políticas y religiosas le vedaban aceptar el encargo; que ya era tiempo de ello; que se dejara de santurronearías y de cosas de la pelea pasada; que los tiempos eran otros; que a todos los cultos restos del estado teocrático, debía suceder el culto de la ciencia; que no había más verdades que las experimentales; que la Reforma había exaltado a la mujer más que al cristianismo, al presente vetusto, y por ende —por ende, dijo el buen Jurado de capa caída— que el feminismo era el porvenir, que la hembra (¡cómo lastimó a Luisa tal palabra!), que la hembra sería libre de preocupaciones y fanatismos, la reina del futuro. Mientras por tal manera charlaban y chachareaban los ediles, Luisa pensaba en sus apuros y miserias; en los tres meses de casa que debían; en sus trajes marchitos, conservados con más cuidado que flor de invernadero; en el porvenir oscuro, negro, muy negro, pavoroso, como la entrada de una caverna.⁵³⁵

Las preocupaciones de Luisa, que se evidencian en la última parte de la cita, manifiestan algo que revela el atraso de su condición social, pues mientras ella y su hermana no solucionaran sus necesidades básicas, no podían aspirar a otro nivel de vida. La ideología del feminismo, que “enraizado en el pensamiento liberal, [...] veía en la educación laica y racional de las mujeres el camino que permitiría alcanzar sus metas principales: la dignificación del papel de esposa y madre, y la ampliación de la influencia de las mujeres en la familia y de los márgenes de su autonomía individual”,⁵³⁶ no era aún

⁵³⁴ *Idem.*

⁵³⁵ *Ibidem*, p. 294.

⁵³⁶ CANO, Gabriela, “Más de un siglo...”, p. 345.

un medio por el cual ella pudiera acceder a una mejor calidad de vida. Sin ser feminista, Luisa ya había terminado sus estudios y luchaba por abrirse paso en su carrera profesional.

Pero en realidad, lo que los regidores se traían entre manos era la destitución de una maestra que estaba a cargo de una escuela para niñas:

Llegó el turno a las proposiciones. No se dio cuenta más que de una, la del Regidor Inspector de Instrucción Pública, referente a destituir a la directora de la Escuela número 7 para niñas. [...] que profundamente apenado, había hecho la proposición de la cual se trataba; que la señorita directora de la escuela en cuestión, por un error inexplicable, se olvidaba, a diario, del respeto que a la ley era debido, y llegaba no sólo a deprimir y criticar, muy acerbamente, las creencias de las alumnas, cuyos padres se habían quejado de ello repetidas veces, sino que llegaba hasta inculcarles doctrinas espiritísticas, lo cual estaba probado; que por tanto se imponía la separación de dicha profesora, y, como consecuencia de tal acuerdo, el nombramiento de otra igual o más idónea, a fin de poner la supradicha escuela en las condiciones requeridas por la ley en cuanto a neutralidad religiosa, y conforme a la pedagogía moderna.⁵³⁷

Este fragmento nos presenta la pugna ideológica que existía entre liberales y conservadores por los distintos paradigmas educativos de la época. El regidor argumenta que para él “la libertad era la hacedora de los grandes pueblos, y que ésta debía garantizar el respeto a todas las creencias religiosas; que la ley las respetaba, y que tocaba al cabildo vigilar por ese respeto tan grande y patente en la vecina República”,⁵³⁸ por ello no podía soportar que ideas contrarias al pensamiento religioso oficial fueran enseñadas a las niñas, por lo cual se hacía apremiante despedir a la maestra por no respetar la libertad de cultos. La Constitución política de 1857, garantizaba la educación libre: “ART. 3. La enseñanza es libre. La ley determinará qué profesiones necesitan título para su ejercicio, y con qué requisitos se deben expedir”.⁵³⁹

Por lo tanto, la maestra invalidaba lo estipulado por la Constitución al enseñar doctrinas espiritistas; quiero señalar que el espiritismo es una “doctrina y práctica que considera la evocación de los muertos como una actividad natural, prueba de conocimiento “científico” y de sabiduría”.⁵⁴⁰ En México, de acuerdo con José Ricardo Chaves:

⁵³⁷ DELGADO, Rafael, *Historia Vulgar*, pp. 297-298.

⁵³⁸ *Ibidem*, p. 297.

⁵³⁹ *Constitución Federal de los Estados Unidos Mexicanos de 1857*, p. 162.

⁵⁴⁰ GIBON, Yves de, “Espiritismo”, en POUPARD, Paul, *Diccionario de las religiones*, España, Herder, 2003, p.562. Otros aspectos que recupera Yves de Gibon aluden a que la doctrina espiritista se desarrolla en sentido opuesto a la magia. Se limita a hacer de “la enseñanza de los muertos” la fuente del conocimiento. Hay una “revelación” más importante que cualquier otra: el espíritu no es una entidad sobrenatural, sino la realidad del hombre que, habiendo perdido su cuerpo físico, mantiene su cuerpo etéreo, el “periespíritu”

Parece que no hay acuerdo sobre cuándo comenzó el espiritismo en México. Sergio González Rodríguez habla de primeros centros espíritas para 1857 en la capital, mientras que Antonio Saborit habla de Guadalajara como la cuna espiritista, también en la década de los cincuenta. Alguien como José Natividad Rosales lleva el origen más al norte, a Coahuila, la tierra natal de Madero, quizá la figura espírita más notable en los casi ciento cincuenta años de existencia oficial en México.⁵⁴¹

Aunque no se sepa con precisión cuando haya surgido el movimiento espiritista en México, lo cierto es que esta práctica estaba ya posicionada hacia finales del siglo XIX en México, pues

El espiritismo surgió en una época de crisis y renovación religiosa. Desde el siglo anterior, el de las Luces, el de la Ilustración, se venía dando un proceso de secularización de las ideas y de la visión del mundo, que supuso un cierto debilitamiento de las instituciones religiosas dominantes, esto es, cristianas. La Ilustración se transformó en positivismo en el siglo XIX, en tecnología y método científico, y esta certeza racionalista se comenzó a imponer como principio de explicación de la realidad, lo que vino a desprestigiar la explicación religiosa cristiana, que pasó a ser un mito más entre muchos.⁵⁴²

Aunque la novela no profundiza en el tema, me ha parecido importante ver que sea la misma directora de la escuela la que critique e infunda doctrinas contrarias no sólo al credo católico oficial sino que a la misma constitución, motivo que sirve de pretexto para que la destituyan de su cargo. Ahora bien, en la trama, nunca nos enteramos qué era lo que decía el discurso que pronunció Luisa, pero sí de los efectos de éste:

El famoso discurso de Luisita, digamos mejor el de Jurado, no agradó a muchos de los pocos que le oyeron. Estos salieron diciendo de él lo que entendieron y algo más: que era impío, jacobino, rojo, decían unos; que era elegante, elocuentísimo, decían otros.

En el medio piadoso de las gentes devotas, entre las socias de la Vela Perpetua, del Apostolado de la Oración y de la Asociación Católica fue, aunque no oído, comentado de mil maneras, todas enderezadas a desaprobar la conducta de Luisita. ¡Qué cosa tan fea! ¡Qué desagradable eso de que la profesora de un instituto católico, como el Colegio de Santa Isabel de Hungría, sostenido (sostenido decían) por las familias católicas, anduviera en tribunas políticas ¡y qué tribunas! haciendo la apología de Juárez y de la Reforma. ¡Aquello era intolerable! Ya pondría remedio el señor cura... Pero, bien considerado el caso, el cura tenía la culpa de todo, sí, él... ¿Quién sino él? Mil y mil veces se lo habían dicho: “¡Padre, no se fíe usted de las

hecho de materia sutil y portadora de fluido vital. La escala espiritista incluye tres categorías: los espíritus imperfectos, los buenos y los puros. A través de innumerables encarnaciones pueden alcanzar la beatitud final. Antes de ello, los espíritus llevan a cabo ciertas misiones entre los humanos. El médium es el hombre, ya sea capaz de desdoblarse, ya lo sea de emitir la energía de su periespíritu para ponerse en comunicación con los espíritus. (*Ibidem*, pp. 562-563).

⁵⁴¹ CHAVES, José Ricardo, “Espiritismo y literatura en México”, en *Literatura Mexicana*, vol. XVI, núm. 2, México, UNAM, 2005, p. 51.

⁵⁴² *Ibidem*, pp. 51-52.

Miramontes! No inspiran confianza ni pueden inspirarla. ¿No ha oído usted a Luisa lo presumida y charlatana que está desde que se ha metido a estudiar, como ella cuenta, los métodos modernos? El hermano es de la cáscara amarga; un perdido que no tiene por donde el Diablo lo deseche; es hombre de malas costumbres y de peores ideas; no es útil a sus hermanas, para nada les sirve, como no sea para llevarles malos libros y perversas doctrinas”.⁵⁴³

Aquí se pueden apreciar dos cosas que quiero comentar: en primer lugar, Luisa es criticada desde dos frentes, por un lado, los que están en el medio político la atacan por su supuesta filiación partidista e ideológica, por otro lado, la gente que tiene una ideología más conservadora, debido a sus creencias religiosas la ataca ya directamente a ella alegando que su discurso era impío, jacobino⁵⁴⁴ y rojo.⁵⁴⁵ Era un insulto para Luisa, que era una mujer muy apegada a sus creencias, ser relacionada con el jacobinismo⁵⁴⁶ pues tenía una connotación radical y de izquierda, ideologías con las que hasta ese momento no comulgaba.

Respecto al hermano de las Miramontes, quiero comentar lo siguiente: a lo largo de este trabajo he señalado de manera concisa la relación que tienen las mujeres con los hombres en las diferentes historias, pues determina, para bien o para mal, su condición social en las novelas. En el caso de Alejandro, hermano de las Miramontes, considero que es un caso perdido porque

Mientras Genoveva y Luisa trabajaban en la Escuela Superior, con esperanzas de llegar a profesoras, Alejandro se vivía en las cantinas, departiendo con sus amigotes, charlando con algún torero en ciernes, bebiendo anisado y jugando póquer, sin pensar en la escuela, ni en los libros, ni en que vuelan los días ni en que la juventud se va en un soplo. Murió su padre, un artesano acomodado y venido a menos, y la familia se quedó a un pan pedir.⁵⁴⁷

⁵⁴³ DELGADO, Rafael, *Historia vulgar*, p. 300.

⁵⁴⁴ Un jacobino era un miembro de “un club político y radical de la Revolución Francesa (1789-1794), se reunían en un convento de Sn. Jacobo, en París (“Jacobino”, en *Enciclopedia Universal Herder*, España, 1954, p. 1290).

⁵⁴⁵ Rojo: se aplica a las personas de ideas muy izquierdistas o revolucionarias; particularmente a los comunistas dentro y fuera de España (“Rojo”, en MOLINER, María, *Diccionario de uso del Español*, Madrid, 2007, t.2, j-z, p. 2607).

⁵⁴⁶ Jacobinismo: término derivado del club jacobino, el grupo más radical y más importante de la revolución francesa, que se refiere a una forma elitista, directa, firme y radical de ejercer el poder. Por un lado el jacobinismo, era portavoz de las libertades del individuo, por el otro, una minoría cerrada que quería imponer un poder fuerte y centralizado con base en una fuerte participación popular. [...] Hoy en día el Jacobinismo se emplea para denominar aspiraciones y conductas caracterizadas por el radicalismo, elitismo y fanatismo de sus protagonistas en la persecución de sus fines (“Jacobinismo”, en NOHLEN, Dieter, *Diccionario de Ciencia política*, México, Editorial Porrúa – El Colegio de Veracruz, 2006, t. 2, j-z, p. 787).

⁵⁴⁷ DELGADO, Rafael, *Historia vulgar*, p. 288.

Alejandro no es el hombre trabajador y comprometido con su familia, como Gabriel, Rodolfo o Pablo; tampoco puede igualarse a ser un calavera, como Alberto Rosas o Juan Collantes, por su situación económica; sino que es un hombre vicioso que vive en un derroche constante. Cuando la situación económica de sus hermanas era insostenible ellas tuvieron que correrlo de la casa:

Con lo poco que ganaban, tenían que mantenerse y que mantener a Alejandro, quien de día en día se destormentaba más y más. Fue preciso —y no sin grave pena ni mayor disgusto— que le hablaran claro al hermanito, el cual recibió pésimamente la advertencia, gritó, bufó, pateó —¡cosas del aguardiente!—, las llamó ingratas, presumidas, tontas y descastadas, y se fue, ¡a Dios gracias!, con la música a otra parte.⁵⁴⁸

Es por la vida disipada que lleva el hermano que las mujeres atacan a las Miramontes, ellas son criticadas por algo que no han hecho, pero que les afecta directamente, porque Alejandro es su hermano. Por si fuera poco, él daba motivo a murmuraciones:

Vivían muy difícilmente las Miramontes. Con Alejandro no había que contar: andaba en líos con una suripanta, y cuanto ganaba en un juzgadito de paz, donde le habían empleado, se lo gastaba con la sílfide, una morena de plasticidad superabundante, de tremendos ojazos, empeñada en prodigar no sólo en la escena sino en calles y plazas toda la sal de Andalucía, y el mozo no pisaba la casa de sus hermanitas, ni les daba un centavo. “¡Vale más! —solía decir Genoveva—. Mejor que viva lejos de nosotras.”⁵⁴⁹

Me llama la atención que sus detractoras tomen como pretexto la mala vida que lleva el hermano para difamarlas, lo único que ellas desean es un cambio de vida, ya que Alejandro es “un perdido que no tiene por donde el Diablo lo deseche; es hombre de malas costumbres y de peores ideas; no es útil a sus hermanas, para nada les sirve, como no sea para llevarles malos libros y perversas doctrinas”.⁵⁵⁰ De nada les sirvió a las hermanas tener alejado a su hermano, pues las de la Vela Perpetua consideraban que él y los libros servían de mala influencia. Yo creo que más bien lo que estas mujeres no les perdonaron a las Miramontes es que hayan sido mujeres diferentes y que hayan tenido la oportunidad de abrirse un espacio donde antes ellas fueron rechazadas, pues ellas también querían dirigir la escuela de niñas.

⁵⁴⁸ *Ibidem*, p. 289.

⁵⁴⁹ *Ibidem*, p. 292.

⁵⁵⁰ *Ibidem*, p. 338.

En síntesis, este apartado trató sobre las mujeres honestas y trabajadoras que aparecen en las novelas de Rafael Delgado. Se pudo constatar que, desde las lavanderas de la vecindad que aparecen en la novela *La Calandria*, hasta las hermanas Miramontes de *Historia Vulgar*, gracias a su trabajo y honestidad estas mujeres supieron abrirse camino en una sociedad que no las veía bien, ya sea por su situación económica o por su posición social. Sin embargo, hay otro tipo de mujeres que aparecen en las novelas del autor, mujeres que por diversos motivos viven en el abandono, el siguiente apartado dará cuenta de este tipo de mujeres.

5.2. Mujeres burladas, abandonadas o viudas

En el universo novelístico de Rafael Delgado existen algunas mujeres que enfrentan la vida desde otra perspectiva, ya que al quedar viudas son ellas las responsables de criar y educar a los hijos, algunas de ellas han sido burladas por confiar en las promesas amorosas de un hombre que nunca tuvo intención de cumplir sus promesas. Este apartado está dedicado a analizar este tipo de mujeres.

5.2.1. Guadalupe, la amorosa lavandera

La Calandria inicia con la muerte de Guadalupe, la madre de Carmen. Esta mujer, de origen humilde, fue seducida por Eduardo Ortiz de Guerra quien la abandonó a su suerte al saber que ella estaba embarazada. Guadalupe, lavandera de oficio, se dedicó a criar y a educar a su hija sin que el padre se ocupara de ambas, apenas si recibieron migajas de él, así lo comentan las vecinas el día que Guadalupe murió:

—Oiga usted, doña Pancha —preguntó la hija de la casera a la quintañona del mostacho—: ¿qué le dijo a usted ese señor, cuando lo fue usted a ver?

—¡Ay, hijita!... ¡ni me diga usted!... ¡qué había de decir! Me salió con que es cierto que él es el padre de Carmen; no, no, la verdad es que no se atrevió a negarlo; pero me dijo que él bastante había hecho por ellas; que las había protegido mucho; que les había dado un papel para que les fiaran ropa, aquella que compraron por Semana Santa... cuatro tiliches, ¿se acuerda usted? y que le habían pagado mal; que hoy día no tiene dinero... pero que si Guadalupe se muere que le avise yo.

—Buen consuelo. Usted dirá: ¡un hombre tan rico!

—¡Dueño de tantas casas!

—¡Quién lo había de pensar!⁵⁵¹

Considero que la actitud de don Eduardo es hipócrita, pues él estaba casado cuando pretendía a Guadalupe, sin embargo, este hombre, de posición acomodada, se olvidó de su hija y actuó como un cobarde, se casó con otra mujer y casi se olvidó de ellas, pues el qué dirán y lo que fuera a pensar su hija Dolores respecto a que tenía una hija ilegítima hicieron que las dejara en el abandono.

Con muchas penurias, Guadalupe educó a su hija, la única herencia que Carmen recibió fue el oficio de su madre, oficio del que recibió algunas alegrías y satisfacciones. Cierta día, al estar en la iglesia, Carmen recuerda lo que su madre había hecho por ella:

Pensaba en Guadalupe; en la enfermedad que la arrebató, en la miseria, en la horrible miseria en que vivió los últimos días. Repasaba en su memoria las palabras cariñosas, los consejos llenos de ternura, y los mimos, halagos y sacrificios de la pobre lavandera. Recordaba que una vez, siendo muy chica, al aproximarse la Semana Santa, estaban muy pobres; su padre no les había mandado nada, y, como era forzoso que la niña anduviera guapa los días santos, Guadalupe buscó costuras entre las vecinas, y de día lavaba y de noche cosía. Así reunió lo necesario para comprar a la niña un vestidito de lana y unos botincitos de cabritilla bronceada. Trabajó de noche para hacer el vestido, tanto, tanto, que el jueves, cuando ella volvió del jardín y de visitar los monumentos, a los cuales fue con unas vecinas, encontró a su mamá en la cama, muy enferma, echando sangre por la boca. Pero a los pocos días ya estaba buena, en el lavadero, alegre y cantando.⁵⁵²

Desde el día en el que murió su madre, Carmen quedó expuesta a malas amistades y peligros por ser huérfana y porque, aunque muchos sabían de quién era hija, no la respetaban del todo por ser hija ilegítima. Sin embargo, algunas veces, los consejos que en vida le diera su madre servían como amonestación hacia Carmen, así se lo recuerda doña Pancha:

Mira, Carmen; reflexiona; vas por mal camino. ¡Acuérdate de Guadalupe!... Si ella viviera... y te oyera... se caería muerta. Porque la pobre, con todo y... lo que hubo con tu padre, era buena... y te crió bien... Cuántas veces delante de mí, dándote consejos, te dijo que la amistad de Malenita no te convenía...⁵⁵³

Guadalupe murió a los 35 años de edad víctima de tuberculosis, tras su muerte dejó a su hija en la orfandad y con un recuerdo no muy grato de su padre, así lo recuerda Carmen cierta noche:

⁵⁵¹ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, pp. 1-2.

⁵⁵² *Ibidem*, p. 143.

⁵⁵³ *Ibidem*, p. 79.

Estaba hastiada, y más que hastiada asustadiza. Mil y mil cosas se le venían a la memoria: primero, su padre, para quien no tenía ni afecto ni cariño, y a quien temía. Guadalupe le había dicho muchas veces que era en extremo severo, y desde muy niña se acostumbró a verle con temor.⁵⁵⁴

La imagen que Guadalupe construyó de don Eduardo, no estaba del todo alejada, por ejemplo, él no consintió que Carmen se fuera a vivir a su casa, porque no encajaba con el estatus social de su hija Dolores:

Por el camino iba pensando en el olvido y alejamiento en que había tenido a Carmen, casi en la miseria, cuando Lola gozaba de abundancia y bienestar. Bien visto, ambas eran hijas suyas y no había razón para que la una hubiera vivido en la opulencia, mientras la otra pasaba el día en el trabajo, ayudando a Guadalupe, y luego a doña Francisca. Aquello no era justo; pero no había modo de remediarlo. ¿Traerla a su casa, a vivir con Lolita? ¡No, cómo!... Lola era muy buena, cariñosa, compasiva, cierto, pero al lado de la señorita, Carmen aparecería siempre como una criada... ¡Ni pensar en ello! Carmen carecía de buenos modales. Guadalupe la educó bien, sin duda, para vivir modestamente, pero no para tratar con gente fina... ¡Bastante hizo la pobre mujer!⁵⁵⁵

Considero que la actitud del padre de Carmen es injusta, pues él sabía quién era la mujer con la que de manera irresponsable tuvo una hija. Al no aceptar que su hija vaya a vivir con él evidencia una actitud egoísta, no ayudó a Guadalupe con la manutención ni con la educación de su hija y ahora, él mismo rechaza el producto de su relación ilícita con una lavandera. Guadalupe es la primera de algunas mujeres que por confiar en un hombre terminaron solas y abandonadas.

5.2.2. Las viudas Pancha, Salomé y doña Carmen

En la novela *La Calandria* aparecen algunas mujeres que son viudas. Estas mujeres se relacionan de manera directa con Carmen. La primera de ella es doña Pancha. Desde que Guadalupe cayó enferma y estaba próxima a morir, doña Pancha se ofreció a cuidar de Carmen y ayudarla en todo lo que le hiciera falta. Además de ello, junto con las vecinas se hizo cargo de los preparativos del velorio y del entierro. Y le pidió a su hijo Gabriel que hiciera el ataúd para Guadalupe. Las acciones de doña Pancha muestran que ella es una mujer generosa y que tiene un amplio sentido de responsabilidad.

⁵⁵⁴ *Ibidem*, p. 104.

⁵⁵⁵ *Ibidem*, p. 126.

Otro aspecto destacable en doña Pancha es que es una mujer prudente, desde que Carmen se mudó a su casa, ella se mantenía alerta para no darle a la gente de qué hablar, porque tenía a su hijo Gabriel y a Carmen, viviendo bajo el mismo techo; como medida precautoria Gabriel renta otro cuarto de la vecindad; no obstante, aunque sus intenciones eran buenas no pudo evitar que la gente murmurara, sin embargo, para Carmen vivir en casa de doña Pancha era una excelente opción: “allí hubo para ella ternura, mimos, halagos; en aquella modesta casa, siempre tranquila, tan diversa de las demás del patio, cada día turbadas por graves disgustos, venenosas rencillas y hasta procaces riñas”.⁵⁵⁶ Otro aspecto que también es loable en la viuda es lo bien educado que tenía a Gabriel:

A la formación de ese carácter, de por sí bueno y generoso, contribuyó, y no poco, el celo maternal. Doña Pancha, aunque vulgar e ignara, supo inculcar en su hijo, desde muy niño, profundo respeto a todo, tan profundo, que rayaba en timidez, e inspirar en aquella alma, de suyo tierna y cariñosa, un amor sin límites. [...] Doña Pancha tuvo la debilidad, muy disculpable en una madre, de mimarle demasiado; cierto es que el muchacho lo merecía, pero ella solía elogiarle más de lo debido. Acaso por eso resultó vanidosillo y pagado de su persona, de su habilidad en el oficio, de su apostura y de su elegancia.⁵⁵⁷

Doña Pancha siempre fue honesta en el trato con Carmen y con don Eduardo; en cuanto Carmen se va a vivir con Magdalena, doña Pancha buscó a don Eduardo para persuadirlo de que se llevara a su hija. Finalmente, en cuanto Carmen se va de ahí, la buena mujer queda intranquila porque ve que Carmen no terminará bien y que es malagradecida.

Otra mujer viuda que aparece en esta historia es Salomé, ella es la madre de Angelito, un aprendiz de monaguillo que sirve de mensajero entre Carmen y Gabriel. Salomé es descrita de la siguiente manera:

La madre del chico, viuda de un talabartero llamado en vida Pedro Vázquez, y después de muerto tu padre o mi difunto, según el caso, conservaba fielmente la tradición religiosa de la familia, y todo su anhelo hubiera sido que Angelito alcanzara a gozar de tiempos tan buenos como los que a ella le habían tocado, si más altas esperanzas no se abrigasen en aquel corazón maternal.⁵⁵⁸

Aunque ella tenía la firme convicción de que su hijo fuera sacerdote, algo falló, pues Angelito era muy mal educado, y más de una vez lo tuvo que corregir por las quejas que recibía a causa de su mala conducta:

⁵⁵⁶ *Ibídem*, p. 81.

⁵⁵⁷ *Ibídem*, pp. 160-161.

⁵⁵⁸ *Ibídem*, p. 33.

—Doña Salomé... el muchacho no es tonto; en un santiamén se aprende la lección, pero con tantas faltas no sacará buey de barranco. La madre no se descorazonaba: volvía a la casa, ajustaba cuentas al chico, le daba una tunda, y le recordaba, bañada en llanto, las virtudes de sus abuelos y su amor a la Iglesia, y luego, a solas, pedía a Dios que le hiciera entrar en santa vereda y le inspirase vocación religiosa.⁵⁵⁹

El gran anhelo de la viuda era que su hijo se ordenara sacerdote, de ahí que reprendiera al chico para que no se apartara del buen sendero:

Como el padre González distinguía al monago, manifestándole mucho afecto, Salomé esperaba que, merced a la intervención del vicario y a vueltas de pocos años, ingresara Angelito al Seminario de la Diócesis para salir de allí hecho un presbítero.⁵⁶⁰

Si bien aunque los anhelos y aspiraciones de Salomé tenían un buen propósito, el hecho es que Angelito estaba más interesado en otras cosas, como ser torero que en dedicarse al oficio del sacerdocio. Un defecto del que no puede escapar la mujer es que es muy dada al chisme, un ejemplo de ello es cuando Petrita le contó todo lo ocurrido con Carmen en casa de Magdalena, el día que ofreció la cena:

—¿Y qué tal estaba la Calandria?
—Figúrese usted... ¡anchísima!... Como ese señor se le apersonó desde luego para arrastrarle el ala... y la trataba con tanta exquisitez... ¡Así acabó! Copa y copa... ¡que por usted!... ¡que por mí!... ¡que por don Juan!... ¡que por Magdalena, y así, hija... pues tuvo que caer! [...] ¡Estaba más ancha la Calandria! Don Arturo le echó versos... y don Alberto se sentó junto a ella... y sólo porque lo vi lo creo, hija: ¡hay gentes que en dos por tres pierden la vergüenza! Pero ¡silencio! mejor es callar...
—No, Petrita, cuente usted, cuente usted... ¡si lo que es visto no es juzgado!
—Pues nada... que ese señor al principio estuvo moderado... inclinándosele, sí, pero no con franqueza: después, cuando el canto, cuando el viejo se puso a rascarle las tripas a la vihuela, entonces como si nadie los viera... ¡Y la palomita! ¡La que no sabía quebrar un plato! ¡La buena!
—¿Qué hizo?
—Nada, nada... pero le partía de un modo... que, hija... la verdad es que parecía una perdida...⁵⁶¹

Hacia el final de la novela tanto Angelito como doña Salomé terminan convirtiéndose en emisarios de Carmen. Angelito le lleva cartas y Salomé le cuenta las últimas novedades del pueblo y los rumores que hay sobre el probable casamiento de Soledad Sierra y Gabriel; de hecho Gabriel le manda una carta a Carmen con doña “Salo” y de paso le manda un mensaje diciéndole por qué la desprecia:

⁵⁵⁹ *Idem.*

⁵⁶⁰ *Ibidem*, p. 75.

⁵⁶¹ *Ibidem*, pp. 75-76.

—Pues esta noche se la traeré, y de palabra le dice usted que la aborrezco, que la odio; que si ayer cuando pasé y la vi hablando con ese señor, llevo la pistola, de seguro que la mato, y a él primero... ¡Que esto ya es mucho; que ni la más perdida se burla así de un hombre que como yo la quise tanto, tanto! ¡Que la odio, que la aborrezco! ¡Así se lo dice usted, así, doña Salo! Que voy a buscar una mujer que valga más que ella; sí, porque ella no vale nada; que en ella... ¡sólo la carita!... ¡Que yo encontraré una mujer como la busco y la deseo, y me casaré, sin pensarlo, luego luego! Así, como lo digo, se lo repite usted.⁵⁶²

Pero doña Salo, de manera hipócrita, al darle a Carmen el recado de Gabriel, le insinúa su relación con Alberto y le aconseja que Gabriel no le conviene:

—Hazte, hazte, hijita... Eres reservada... ¡está bueno, haces bien! Es rico... decente... Tú eres también de buena familia, y... no has de casarte con un carpintero. Eso se queda para nosotros, para Petrita, para Paula, para mí, no para ti. Y ni eso... Yo no me casaría con él. ¡Que se case, que se case, y que te deje a ti en paz, que tú bien sabes lo que haces!...⁵⁶³

Doña Salomé considera que Carmen, por ser hija de don Eduardo, merece casarse con alguien de mejor posición, que el carpintero estaba bien para las de más mujeres de la vecindad pero no para ella. Es interesante ver que algunas de las mujeres de la vecindad, ven en Alberto un medio para ascender socialmente.

Salomé es una mujer cuya ambición y porvenir está centrado en que su hijo se consagre al servicio religioso; los esfuerzos que hace están encaminados a lograr ese objetivo; su vida transcurre entre estar al pendiente de su hijo y enterarse y habar de la vida de los demás.

A diferencia de Salomé, doña Mercedes tiene un hijo que ya está dedicado de tiempo completo al servicio religioso, es el padre González. Doña Mercedes es presentada en la novela como una mujer ya anciana y compasiva:

Doña Mercedes —tal era el nombre de la anciana— advirtió la tristeza de la joven; sabía su origen, sus pesares, su orfandad, y la compadecía de todo corazón. Acaso la muchacha le impedía, en aquel momento, gozar, como debiera, de la hermosura de aquellos campos.⁵⁶⁴

Quizá por los achaques propios de la edad, doña Mercedes ve el lugar donde irán a vivir como un aburrimiento:

⁵⁶² *Ibidem*, pp.185-186.

⁵⁶³ *Ibidem*, p. 188.

⁵⁶⁴ *Ibidem*, p. 132.

—Todo es muy bonito, hijo mío; pero, la verdad, a mí me parece un desierto... El campo es agradable... por la mañana... La noche en el campo me causa un miedo horrible.⁵⁶⁵

Ninguno de los futuros planes y diversiones que proponía el padre González a su madre parecían alegrarla. Ya instaladas en la casa cural doña Mercedes intentaba ayudar en las labores domésticas:

Doña Mercedes y Carmen emplearon la semana en arreglar la casa. [...] La buena señora doña Mercedes no estaba ya para aquellos trajines. A poco se fatigaba y tenía necesidad de sentarse a descansar. Con la criada no se contaba; sobrados quehaceres la abrumaban en la cocina y en el lavadero.⁵⁶⁶

Doña Mercedes pasaba el tiempo leyendo el periódico que para ella era muy atractivo y para Carmen le parecía un fastidio; de vez en cuando se unía a las tertulias organizadas por su hijo y también acudía a misa.

Finalmente, doña Mercedes, la criada, doña Eusebia y Marcela, la hija menor del sacristán, sirvieron a Carmen de compañía para hacerle más ligeros los días de encierro a los que Carmen estaba sometida de manera temporal. No obstante, ninguna de ellas pudo sacar a Carmen de la melancolía en la que estaba. En vano fueron los esfuerzos de estas mujeres por hacerle una estancia más placentera en la casa cural y la última mención que se hace ellas es poco antes de que Carmen se fugue de ahí.

5.2.3. Elena Collantes, el rostro ciego del amor

Al analizar la vida aparentemente tranquila de una señorita de buena familia y con parientes acaudalados, sería quizás motivo de envidia en la sociedad porfiriana, y se pensaría que si no está contenta, al menos está conforme. Pero al ir adentrándonos en la vida de Elena Collantes nos damos cuenta de que las apariencias engañan, pues ella será un personaje cuyas acciones la convertirán en una mujer que por engaño es mancillada.

Elena Collantes es hija de don Ramón Collantes, ya fallecido, y de doña Dolores Buruaga de Collantes. Lena, como le llaman sus hermanos, vive en compañía de su madre, sus dos hermanos varones, Pablo y Ramón, y su hermana Margarita (Margot). Cuando aparece en la novela de *Los parientes ricos* lo hace en compañía de su hermana Margot,

⁵⁶⁵ *Idem.*

⁵⁶⁶ *Ibidem*, p. 138.

pero desde el inicio se marcan las diferencias físicas en ambas: “Dos lindas jóvenes, una alta y rubia, la otra baja y morena, sencilla y elegantemente vestidas, pasaron por el corredor hacia las habitaciones interiores”.⁵⁶⁷ Sin embargo, Elena es presentada como la antítesis de su hermana:

Una, la morena, de gran belleza, y en quien la juventud hacía alarde de todos sus dones y de su exuberante opulencia, era conducida por su hermana, ciega desde antes de cumplir quince años, a consecuencia de no sabemos qué enfermedad que la ciencia supo vencer en la niña, pero sin lograr que la luz volviera a las pupilas de ésta, inclinaba la frente al andar, y se encorvaba un poco, habituada a ir y venir en el interior de la casa, siempre a tientas y siempre apoyándose en las paredes o en los muebles. Brillaba en aquellos ojos fulgor mortecino, pero eran grandes, rasgados, límpidos; negras las pupilas; los párpados vivos y orlados de largas y levantadas pestañas.⁵⁶⁸

Rafael Delgado nos presenta una dupla de mujeres que se contraponen no sólo por su aspecto físico, sino que también se distinguen por su modo de actuar y de pensar. Elena es una mujer bella, sin embargo, es ciega. Pero esta deficiencia física no es impedimento para que su belleza pase desapercibida. La historia de Elena se remonta a una época remota y que el narrador nos la hace saber para conocer cómo era ella antes:

Elena era viva, cariñosa, afable, hasta dulce, y aunque apasionada e impetuosa en ocasiones, la menor advertencia era bastante para que la ceguezuela entrara en razón. De niña, cuando la reprendían por alguna travesura, por su falta de aplicación en la escuela o por algún capricho suyo que no era conveniente satisfacer, la chiquilla se rebelaba contra la autoridad materna, y rogaba, suplicaba, y volvía a rogar y volvía a suplicar, y a una nueva y terminante negativa, la muchacha exasperada lloraba, gritaba, se mesaba el cabello, y más de una vez arrojó lejos para hacerlo pedazos el primer objeto frágil que tenía delante, un plato, una copa, un vaso, o cualesquiera juguetes de los que había en la sala. Pero a los trece años mudó de carácter; se tornó bondadosa, dulce, dócil y sumisa. Parecía melancólica y triste, y tanto que aquellas añoranzas, impropias en niña de tan corta edad, llegaron a preocupar, muy seriamente, a doña Dolores, la cual pudo observar en su hija cierto arrebatado entusiasmo para todo aquello que emprendía la chica, siempre que le era presentado como nuevo y flamante. Una labor, una lección de música, un libro nuevo era motivo en Elena para que trabajara horas y horas; para que no dejase el piano hasta después de medianoche, o para que, leyendo el libro que la traía en vilo, no pensase ni en comer ni en dormir.⁵⁶⁹

Podemos notar que la conducta de Elena está dividida en dos partes, por un lado, tenemos a la joven que cumple con algunos de los atributos de la mujer virtuosa, o sea, ella es viva, cariñosa y afable, cualidades que se relacionan con la feminidad pasiva y

⁵⁶⁷ DELGADO, Rafael, *Los parientes ricos*, p. 39.

⁵⁶⁸ *Ibidem*, p. 41.

⁵⁶⁹ *Ibidem*, pp. 172-173.

correctamente aceptada. Pero, en contraste, la Elena de niña presenta un carácter caprichoso y voluntarioso con toques de indisciplina, que no son ni bien vistos ni aceptados; esta dualidad en el comportamiento de la chica afectará su reputación, pues con el paso del tiempo se va acentuando en ella un carácter difícil que la hace rebelde. Incluso su madre debe hablarle con cierta docilidad para que ella no se altere:

- ¡Bien, Lena!... ¡No hablemos más de esto! ¡Óyeme! Te ruego que me escuches dócilmente, sin esa rebeldía que constituye el fondo de tu carácter; rebeldía que siempre ha sido para mí causa de inquietud, lo mismo que para tu padre...
- Siempre me acusa usted de rebelde y de voluntariosa, como si constantemente me opusiera yo a obedecer a usted y a seguir sus consejos... No me han comprendido ustedes. Yo soy buena, sumisa, ¡vaya!, ¡hasta dulce de carácter! ¡Todos lo dicen, todos lo cuentan, todos me lo repiten!
- Nadie dice lo contrario, hija mía... pero, preciso es decirlo, a veces...
- ¿A veces qué?...
- A veces, cuando en ti está contrariada alguna pasioncilla... no aceptas consejo ni advertencia...⁵⁷⁰

Considero que la rebeldía de Elena está motivada por su doble condición, es decir, un carácter mudable y su incapacidad para ver, aunado al hecho de que cuando ella cree encontrar en su primo Juan un amor sincero, su carácter se torna irascible, pues nadie está de acuerdo en que ella entable una relación amorosa con él. Una clave para entender su actitud la hallamos al saber que ella nunca había sido pretendida por un hombre, así lo evidencia doña Dolores al pensar en la situación de su hija:

La pobre niña se ha interesado por su primo... Y yo me lo explico muy bien. Su desgracia la separa y aleja, en cierto modo, de la vida de su hermana. Nunca había escuchado una palabra amorosa, porque, como es natural, nadie, por lástima o por respeto, o porque hay cosas que son imposibles, ha puesto en ella ese afecto que une dos corazones y enlaza dos almas y las obliga a dejar a padres y hermanos para encender un nuevo hogar y crear una familia. Lena no ha tenido más que el cariño de la familia y de sus amigos, cariño profundo, a no dudarlo, pero que lleva en el fondo algo o mucho de penoso y compasivo interés.⁵⁷¹

Una cualidad que tiene Elena, es que al igual que su hermana Margot, no tolera la hipocresía en la que viven sus parientes, un ejemplo de ello ocurre cuando la familia de Juan Collantes manda a hacer un escudo de armas:

—¡Qué blasones ni qué nobleza! —repetía Elena cuando Juan le refirió lo acaecido—. No hay más nobleza que la de la inteligencia y la del corazón. Nosotros, por la rama paterna, descendemos de un honrado especiero que por muchos años vendió en Veracruz aceite y almendras, y que procedía de muy

⁵⁷⁰ *Ibidem*, pp. 273-274.

⁵⁷¹ *Ibidem*, pp. 278.

sencillos labradores oriundos de Ramales, allá por las montañas santanderinas; por la línea materna descendemos de unos andaluces cultivadores de tabaco en Villaverde, y establecidos en la Florida después de la expulsión de los españoles. Un zurrón de almendras, una botita de aceite y unas matas de tabaco vendrían como de encargo para el túmulo... ¡Qué blasones ni qué castillos! Para blasones, don Cosme Linares, y el otro don Cosme, que se dice descendiente de un virrey... Como que por eso llevan el mismo nombre... ¡Ni los Médicis!
Y Juan y Alfonso, y Ramón y Pablo, y Margarita y doña Dolores, reían a más no poder con las murmuraciones de la ceguezuela.
—¡Por Dios, Lena! —díjole la dama—. Calla, hija mía, que ya te vas pareciendo a Conchita Mijares.⁵⁷²

El comentario que hace doña Dolores hacia su hija evidencia que una mujer no podía decir abiertamente lo que pensaba, a riesgo de ser comparada con una mujer que contraviene las normas sociales, en este caso, Conchita Mijares. Habrían que pasar muchos años para que una mujer pudiera decir lo que pensaba o lo que sentía sin ser criticada.

Elena, al igual que muchas de las mujeres que aparecen en las novelas del autor, enfrentará una serie de conflictos derivados por su relación amorosa con un hombre que no la valora como mujer. En este caso, el pretendiente de Elena es su primo Juan, un hombre acostumbrado a la vida europea, por lo tanto tiene una forma de ser muy distinta a la de los hombres de Pluviosilla, por esta causa en más de una ocasión doña Dolores manifiesta su desaprobación:

—Pues, hija... cierra tu corazón a ese afecto. Ese hombre no es para ti... ¿Has advertido la ligereza de su carácter? ¿Te has dado cuenta de que para él no hay nada respetable? ¿Te has dado cuenta de sus ideas morales, de su falta de corazón, de sus ideas religiosas?...
—No, mamá. ¡Pobre Juan! No le conceden ni una sola cualidad... Ni Pablo se la concede...
—Por algo será.
—Juan no es malo... pero a fuerza de decir que lo es, han de conseguir que no sea bueno.
—Nadie le dirá nada.
[...]
—Pero, mamá... ¿No me basta con la desgracia de ser ciega? ¿Todavía se quiere que cierre yo mi corazón a un noble y sincero afecto?⁵⁷³

Lo que doña Dolores quiere evitar es que su hija se aferre a un hombre que no le corresponde, pues sabe que es un hombre que no se toma las cosas en serio:

Pero este amor será para la desdichada niña fuente de grandes dolores, de penosos días, de inagotables amarguras... No hay en Juan la alteza de carácter y el profundo

⁵⁷² *Ibidem*, pp. 246-247.

⁵⁷³ *Ibidem*, p. 276.

sentido moral que fueran del caso para que ese mozo uniera su destino a una joven bella, bellísima, porque mi hija lo es, pero incapaz, por su ceguera, de brillar y lucir. ¡Cuánta abnegación necesita un hombre para hacer la compañera de su vida, y la madre de sus hijos a una ciega!... Además mi sobrino es vanidoso y ligero; es un muchacho sin juicio, sin hábitos domésticos, sin amor al trabajo (que no por ser rico no debe amarle), y dado a la alta vida disipada, a las fiestas, a los teatros...⁵⁷⁴

A pesar de las advertencias y consejos de su madre, Elena hace caso omiso y acepta las propuestas amorosas de Juan. La muchacha no es interesada, pero cree que Juan es una salida a su vida de encierro a causa de su ceguera. Es interesante notar en esta novela que un hombre de la calaña de Juan sea amado por una mujer ciega, ello a mi ver, sirve para que los defectos de Juan no sean evidentes para la muchacha, pues en este sentido, Elena, literalmente, ve con los ojos del corazón.

Conforme va avanzando la trama, podemos observar que, a pesar de su ceguera, Elena es capaz de percibir cuando Juan le coquetea a Conchita Mijares.

—¡No he merecido, ni merezco ese pago! Estoy arrepentida de mi compromiso. ¿Crees que me han sido indiferentes tus atenciones a Concha? Has abusado de mi desgracia... Como no veo, y siempre procuras hablar con esa muchacha, lejos de mí, no podía yo saber hasta dónde llegabas.⁵⁷⁵

A partir de que se da cuenta de este engaño, Elena comienza a sufrir una transformación en su personalidad: se torna irascible y más sensible a las cosas que le rodean. Tanto doña Dolores como Pablo y hasta la misma Filomena se dan cuenta que Juan no es un hombre de fiar, pero no pueden hacer nada por evitar que Elena acepte sus propuestas amorosas. Elena argumenta que a él le han faltado oportunidades para mostrarse como un hombre de bien. Es por ello que cuando Elena le pide que formalicen su relación, él le hace una falsa promesa de boda:

Mira: ahora sí que no hay por qué ocultarle nada. Me voy a los Estados Unidos... (el viaje durará un mes); le hablaré a tía Lola; le hablaré a papá, y... en pocos días, Lenilla, serás mi esposa. ¡Linda boda! Dos hermanas casadas con dos hermanos... Una pareja apadrinando a la otra. ¡Y qué bella estarás, alma mía! Ya me parece que te veo vestida con el traje de boda.⁵⁷⁶

A mi juicio, esta actitud sarcástica por parte de Juan, al hacer un falso juramento de matrimonio, me recuerda mucho al personaje de don Juan de la obra *El Burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina. Como se sabe, don Juan va por el mundo engañando y

⁵⁷⁴ *Ibidem*, p. 278.

⁵⁷⁵ *Ibidem*, p. 292.

⁵⁷⁶ *Ibidem*, p. 293.

deshonrando doncellas, para él al igual que Juan Collantes no tienen temor de Dios y consideran que el castigo divino a sus fechorías está muy lejano, “tan largo me los fiais” era la frase favorita del don Juan de Tirso. Recordemos que el Burlador de Sevilla había engañado y burlado al menos a cuatro mujeres: en primer lugar, en Nápoles, engaña a la duquesa Isabela, al fingir que él era su novio, el duque Octavio. En Tarragona, don Juan comete dos felonías: pues seduce a la pescadora Tisbea, quien les había prestado ayuda y además de ello, le roba dos yeguas. En Sevilla, seduce a doña Ana de Ulloa, él se aprovecha para que su prometido, el marqués de la Mota, llegue una hora tarde a la cita que tenía con doña Ana y así intentar deshonorarla. Sin embargo, ella grita, por lo cual es descubierto y sale su padre a defenderla, batiéndose en duelo con don Gonzalo, el padre de doña Ana, al que Juan le da muerte. Finalmente, don Juan seduce a Arminta quien estaba próxima a casarse con Batricio, y tras un falso juramento de matrimonio logra seducirla.

Esta digresión que he realizado para hablar de *El burlador de Sevilla*, me sirve de marco para mostrar que Juan Collantes también es un burlador. Aunque dista mucho en el arte de seducir del Juan de Tirso, Juan Collantes es un hombre que también se burla de su prima, pues mientras era “el novio” de Elena, él le coqueteaba a Conchita Mijares; además de ello también tiene muchos defectos de los cuales todos se dan cuenta, por ejemplo, a Pablo le molesta su manera de ser:

A Pablo no le placían los modos de Juanito (así le llamaba) y en ellos veía cierta repulsiva insolencia y una característica frivolidad. Desagradóle en él, desde luego, cierta facundia irrestañable, que le llevaba de un asunto a otro, y de éste sucesivamente a cien y cien más, deshojando los asuntos, malogrando el tema de cualquier conversación, siempre con el anhelo de opacar y menospreciar cuanto tenía a la vista para exaltar y poner por las nubes las gentes y las cosas europeas. [...] Listo de lengua, vivaz de ingenio, pero superficial, frívolo, inconstante y baltronero, deshojaba todo y por todo pasaba, sin dar reposo ni tregua a quienes le oían y sin permitir siquiera que le escuchasen.⁵⁷⁷

Efectivamente, los señalamientos que hace Pablo son entendibles cuando nos damos cuenta que el primogénito de Juan Collantes vive en la más absoluta frivolidad, para él México es anticuado, la vida en París es mucho mejor; por ejemplo, cuando se cree que todos deben estar de luto a causa de la muerte de su tía Eugenia; él no le da importancia debida al duelo de la familia y considera que el luto no es impedimento para ir al teatro a disfrutar de la ópera:

⁵⁷⁷ *Ibidem*, p. 68.

—¿Por qué? —se apresuró a decir Juanito—. Eso no es más que una preocupación... Por eso me gusta a mí vivir en París... Allí se pierde uno cuando quiere, y no está uno obligado a respetar ciertas preocupaciones sociales...⁵⁷⁸

Pero Elena estaba enamorada y por ello cree en lo que le dice Juan, a pesar de que en más de una ocasión le han advertido sobre los defectos del joven. En pocas palabras, Juan es un muchacho irresponsable, a quien sólo le gusta vivir una vida disipada y según él, muy a la moda de París, aunado a ello, él no tiene idea de lo que es ser responsable y, además, es afecto a consumir cierto tipo de drogas:

Juan no tenía idea del deber; no acertaba a condolerse del dolor y de la desgracia de otros, y rebelde al menor pesar, irritado contra la menor dolencia, sabía buscar en la morfina, en el éter, en el cloroformo o en el alcohol, alivio para una enfermedad, consuelo para cualesquiera penas por insignificantes que fuesen, y olvido para un desengaño.⁵⁷⁹

A pesar de eso defectos, Elena se deslumbró por Juan, el arma que él comparte con el burlador de Sevilla es la seducción por medio de la palabra:

Estaba encantada del ingenio y de las genialidades de su primo. Jamás había tratado a un hombre así. El joven la atendía cariñosamente, atento a todos sus deseos, adivinándole el pensamiento, derramando sobre ella algo como una luz misteriosa cuyas ondas tibias la reanimaban en cualquier desmayo. [...] ¡Y qué bien habla de todo! ¡Y qué voz la suya tan agradable! ¡Y qué suave el cutis de sus manos, y qué perfume el de sus vestidos, que me embriaga como aroma de orquídea! ¡Si habla bien de todo, de todo; con gracia, con elegancia, con ternura! ¡Qué bien me ha descrito el altar y el túmulo!... Cuando me habla de París, de los paseos, de los teatros, de las calles, de las fiestas, de los espléndidos bailes, me parece que veo todo...⁵⁸⁰

Pero no a todos embelesaba Juan con su palabrería, Pablo se da cuenta de que su primo no tiene escrúpulos desde el momento en que se puso a contar los placeres que París ofrecía a la mocedad frente a su hermano Ramón, quien aún era inocente para saber sobre ciertas cosas; hasta la fiel Filomena pide informes sobre el comportamiento de Juan y es la portera quien le dice que:

Que el niño Juanito no llega a casa hasta la madrugada; que en ocasiones, como se acuesta a las cuatro o a las cinco de la mañana, duerme todo el día, y que a eso del mediodía va saliendo muy malhumorado, regañando a todos y diciendo horrores a su criado.⁵⁸¹

⁵⁷⁸ *Ibidem*, p. 252.

⁵⁷⁹ *Ibidem*, p. 355.

⁵⁸⁰ *Ibidem*, p. 84.

⁵⁸¹ *Ibidem*, p. 209.

Elena se defiende de aquellos, a los que según ella, no quieren a Juan, y justifica su actitud y comportamiento en México con el hecho de que Juan recién había llegado de Europa:

—Eres injusta, Margot; mamá también lo es. No sé yo por qué motivo no quieren a Juan. Juan es bueno. Bajo esa ligereza suya, que no es más que aparente, se oculta un corazón muy noble, un alma elevada, llena de cariño y de pasión. Ustedes le acusan de disipado... porque es amigo de divertirse, y porque no puede vivir sin fiestas ni teatros... Además, ¿qué culpa tiene él de haber vivido en París, de haberse habituado a la vida que allí hacen todos? En México se fastidia... ¡Nada más natural que procure divertirse!...⁵⁸²

Pero esa manera de divertirse no es sana ni mucho menos inocente, no hay que olvidar que Juan termina pretendiendo a una mujer que es actriz de zarzuela y a la que le ofrece presentes muy costosos. Es por ello que cuando doña Dolores se entera de que Juan se ha ido, da gracias a Dios:

—¡Bendito sea Dios! —siguió diciendo la señora—. ¡Bendito sea el momento en que Juan se fue! ¿Se fue? ¡Pues que no vuelva nunca! Te has enamorado de él, hija mía; sí, ésa es la verdad... Tú lo niegas, pero nada hay más cierto. No me causó extrañeza que tu hermana se enamorara de Alfonso, porque Alfonso es un muchacho de mérito... Pero Juan, hija, Juan no vale nada, como no sea por su dinero, esto es, por el dinero de su padre. Tú, niña, no sabes ni lo que es el mundo, ni lo que son algunos hombres... ¡Juan es un perdido, hija mía! Libreme Dios de que dieras oído a ese muchacho...

—Mamá: ¡eres injusta con él! Es ligero de carácter, frívolo, parlanchín, audaz, pero nada más. Nadie le quiere... ¡sólo Pablo!

—Ni Pablo. Ya sabes, porque la oíste de sus propios labios, la opinión en que le tiene...⁵⁸³

Pero ya era demasiado tarde, Elena lloraba por la partida del hombre que amaba sí, pero más que nada, por el abandono de quien es el padre de su hijo. Este embarazo repentino, agrava la situación de Elena. Aunque el autor nunca nos deja saber cuándo se embarazó, lo que sí pone en evidencia son los avatares y mortificaciones de Elena causadas por su embarazo. Al enterarse de los planes de Juan para irse a París ella teme su abandono:

—¡No te vayas, Juan, no te vayas! Tengo miedo de que te vayas. Me parece que ya no volverás. París te ha robado el alma... México te fastidia... ¿Qué haré sin ti; que hará tu Lena sin su Juan?

—Prima mía... pronto me tendrás de regreso. [...]

⁵⁸² *Ibidem*, p. 257.

⁵⁸³ *Ibidem*, p. 312.

—Si tú supieras... En mis ratos de ensueño, ¡que son tantos!... cuando, como yo digo, me pongo a hacer castillos en el aire, sueño con... sueño... ¡No; mejor no lo digo!... ¡No quiero decírtelo!

[...] Sueño que soy tu esposa; que vivo a tu lado; que por fin hay luz y alegría para mí: la luz de tu presencia, la claridad que a mi eterna noche habrá de darle la seguridad de que eres mío. ¡No te vayas!... Si te vas, no vendrás nunca... y es preciso que vuelvas... y pronto, pronto. Temo...⁵⁸⁴

Juan no prestó atención a los ruegos de Elena y la abandona. Ahora la única confidente de ella es Filomena, la empleada de su familia. A ella le confiesa que está embarazada. Al verse abandonada, embarazada y sin el respaldo del hombre que ama, Elena piensa en suicidarse, así se lo confiesa a Filomena:

—¿Sabes qué?

La criada contestó con un movimiento de cabeza diciendo que no. La ceguezuela, volviendo a todos lados sus ojos de mirada vaga e inexpresiva, dijo en voz baja, con miedo, como si temiera de sí misma:

—Me mataría.

—¿Y el niño? —se apresuró a exclamar Filomena.

—¡No! ¡No! —gritó Elena—. ¡Por él viviré! ¡Viviré para él, y sufriré todo, y padeceré cien mil martirios!⁵⁸⁵

A pesar de que en más de una ocasión le escribió cartas, Elena no obtuvo una respuesta positiva de Juan. Ella pensaba que debido a los negocios de su padre no podía contestarle. Sin embargo, la estocada final la recibe cuando Margot lee una carta que le envió su amiga Marta desde Pluviosilla, en ella se habla de la fuga de Juan con Conchita Mijares:

Concha Mijares ha dado la gran campanada... Es el platillo de todas las conversaciones. Da pena oír lo que dicen de ella. Yo no quiero ya oír lo que cuentan. Figúrate tú que de la noche a la mañana desapareció de su casa... [con] Juan Collantes, quien, según dicen, estuvo aquí pocos días, de paso para Europa. Anduvieron en paseos, y alguno vio a Concha, sola con él, una mañana en la Saucedá, el mismo día en que la pareja emprendió el vuelo. Salieron de aquí en la noche, en tren especial. Arturo Sánchez le contó a mi hermano Pepe que cuando él fue a despedirse de tu primo, cuyo repentino viaje supo por casualidad en el hotel, vio en el vagón a una mujer, cuyo aspecto no le pareció desconocido, ¡qué desconocido había de serle!, y que no era otra que nuestra amiga...

Un grito de Elena interrumpió la lectura. La pobre ciega se había desmayado...⁵⁸⁶

De todas las mujeres que habitan las novelas de Rafael Delgado, Guadalupe, la madre de Carmen y Elena son las únicas a las que deshonran y quedan embarazadas, por

⁵⁸⁴ *Ibidem*, pp. 310-311.

⁵⁸⁵ *Ibidem*, p. 374.

⁵⁸⁶ *Ibidem*, pp. 394-396.

ello, tanto don Eduardo como Juan se convierte en transgresores de la feminidad decimonónica al embarazar a mujeres y rechazarlas, pues “el interés de la sociedad católica de mantener un tesoro tan valorado como la virginidad, la formalidad de convenciones sociales circunscribían los contactos heterosexuales muy cuidadosamente. Las mujeres, 'como piezas de museos podían ser vistas pero no tocadas'”.⁵⁸⁷ Don Eduardo, al igual que Juan, no se casaron con las mujeres a las que engañaron y deshonraron. En el caso de Elena, Juan sólo abusó de ella; el único que realmente se dio cuenta de la fechoría que hizo fue su hermano Alfonso; aunque su padre también lo supo de ahí que lo haya mandado a Europa; sin embargo, para salvaguardar la honra de Elena y con el fin de recuperar el amor de Margarita, Alfonso intenta persuadir a sus padres para que obliguen a Juan a reparar el daño:

Se trata de que mi hermano se ha conducido mal; de que ha abusado de la confianza nuestra, y de la confianza de mi tía y de mis primos; de que ha robado el honor a una pobre muchacha, prima suya, ¡buena y digna de mejor suerte!⁵⁸⁸

En efecto, el comportamiento de Juan no fue honorable, pues traicionó la confianza otorgada por ser de la familia; pero, desde mi perspectiva, al final, él sólo estaba reproduciendo el papel de los padres; para su madre, el embarazo de Elena fue un ardid planeado para atrapar a su hijo y a su dinero; para su padre, no pareció importarle lo que su hijo haya hecho, él se propone darle a Elena, a manera de compensación, una mensualidad para sus gastos, en pocas palabras, don Juan Collantes pretende lavar la deshonra provocada por su hijo con dinero; de ahí que a su primogénito no le importe la suerte de Elena, él nunca supo respetar a una muchacha que en más de una vez le manifestó su amor sincero:

En mi desgracia, en mis infortunios, en las tinieblas en que vivo envuelta, eres para mí felicidad y ventura, dicha y amor; eres luz del cielo, luz incomparable, soñada, pedida, anhelada, luz de sol espléndido, el sol mismo. ¡Juan! ¡Quiéreme tanto como yo te quiero!⁵⁸⁹

Finalmente, Elena quedó humillada, Juan se fugó con Conchita a la que consideraban amiga de la familia; su hermana Margot, Filomena y Pablo ayudarán a tapar su vergüenza.

⁵⁸⁷ TORRES SEPTIÉN, Valentina, “Manuales de conducta...”, p. 284.

⁵⁸⁸ DELGADO, Rafael, *Los parientes ricos*, p. 413.

⁵⁸⁹ *Ibidem*, p. 294.

Antes de terminar, quiero mencionar que otra mujer a la que abandonan es la madre de Conchita. Aunque el autor no ahonda en darnos detalles sobre su vida, ni sus antecedentes familiares, lo único que sabemos de ella es que se quedó a cargo del cuidado de su hija y que, a través de sacrificio y trabajo, intentó darle a su hija lo más que pudo.

En síntesis, en este apartado hablé acerca de las mujeres que fueron burladas y abandonadas. Inicié este recorrido con Guadalupe, la madre de Carmen, quien fue seducida por don Eduardo y la dejó abandonada y con una hija a cuestas. Ella, con su trabajo de lavandera y con muchos sacrificios, intentó darle a su hija todo lo que deseaba, sin embargo, la muerte llegó de manera prematura y dejó a su hija en la orfandad, pues ni su padre se hizo cargo de ella.

Otro tipo de mujeres de las que también hablé en este apartado fueron las viudas. Mujeres que en medio de la viudez tuvieron que hacerle frente a los sinsabores de la vida: en *La Calandria*, aparece, en primer lugar, doña Pancha, la madre de Gabriel, quien tuvo a su cargo la educación de su hijo; de ella se sabe que es una mujer solidaria y que ayudó de manera desinteresada a Carmen. Otra viuda que aparece en la novela es doña Salomé, una mujer cuya ilusión es que su hijo fuera clérigo, y que le gustaba “informarse” de lo que sucedía en la vecindad, particularmente todo lo que pasaba con Carmen. Además de ellas, en la novela también aparece doña Carmen, la madre del padre González, una mujer que estaba ya casi en el ocaso de la vida y muestra algunos de los achaques propios de su edad.

Finalmente, la historia de Elena, la hija de doña Dolores, puso de manifiesto las condiciones que rodean a una joven incauta, a la que le rodean la pobreza y la ceguera, circunstancias de las que se vale Juan Collantes, para deshonorarla y abandonarla.

La historia de estas mujeres me permitió conocer las condiciones que tenían que enfrentar las mujeres que eran engañadas por un hombre al que le confiaron su amor o cómo enfrentaban la vida desde la viudez; el trabajo honrado fue el motor principal para que algunas de ellas pudieran salir adelante. En el caso de Elena, fue diferente, pues contó con el apoyo de su familia y de la fiel Filomena para mitigar un poco su pena y también su deshonra.

Pero en las novelas del autor veracruzano aparecen otro tipo de mujeres que evidencian algunos de los defectos que de manera instantánea y quizás hasta estereotipada

se relacionan con las mujeres, me refiero al chisme, a la envidia y a la frivolidad; acerca de esas “cualidades”, que poseen algunas de las mujeres en las novelas de Delgado, hablaré en el siguiente apartado.

5.3. Mujeres chismosas, envidiosas y frívolas

En las cuatro novelas de Rafael Delgado se hace hincapié que el chisme es una de las prácticas más comunes de los pueblos, así, Pluviosilla, Villaverde y Villatriste son lugares en los que el chisme cobra una gran relevancia y llega a ser, incluso, motivo de diversión. Otro aspecto que también se señala como propio de las mujeres es la envidia, aunada a la frivolidad, en este apartado hablaré sobre estos aspectos.

El chisme tiene una connotación negativa, porque revela el lado oscuro de lo femenino, es decir, una mujer no debe de andar de chismosa, porque se pone en descrédito, pues debe ser una mujer callada y recatada. Por ello es conocido el refrán popular que dice: “calladita te ves más bonita”, o también aquel que suena más agresivo, “ni al perro que mear, ni a la mujer que hablar, nunca les ha de faltar”, u otro que reza de la siguiente manera: “a lavar al río fui; mal dije de otras y peor dijeron de mí”. Estos refranes, posicionados en la colectividad popular, generan la idea de que el chisme es una actividad netamente femenina, quizás por ello las mujeres son mal vistas cuando transgreden la norma social de quedarse calladas.

Aunado a ello, no ser chismosa era un precepto bíblico que se tenía que acatar; el apóstol Pablo aconseja a su discípulo Timoteo, respecto a las viudas: “pero viudas más jóvenes no admitas porque [...] aprenden a ser ociosas, andando de casa en casa; y no solamente ociosas, sino también chismosas, y entremetidas, hablando lo que no debieran”,⁵⁹⁰ de ahí que en una sociedad machista y con una profunda ideología católica como la mexicana del siglo XIX fuera mal visto que las mujeres anduvieran de chismosas, tal vez por ello, sea que Rafael Delgado retrate en sus novelas que el chisme era una mal social fuertemente arraigado.

⁵⁹⁰ *Santa Biblia*, (1ra. Timoteo, 5:11; 13), p. 1492.

5.3.1. Las mujeres de la vecindad de San Cristóbal

En la primera novela de Rafael Delgado, aparecen mujeres que reflejan las condiciones de vida de la clase baja; recordemos que Guadalupe y Carmen vivían en una vecindad de lavanderas y planchadoras; mujeres trabajadoras sí, pero con defectos que el autor señala, el que más se reitera, a lo largo de la novela, es el chisme.

Y desde sus primeras páginas aparecen Manuelita, Petrita, Paulita, Tiburcita, hablando de la agonía de Guadalupe y del posible futuro de Carmen, de don Eduardo, el padre de la Calandria y de su media hermana Lola, lo cual se describe de la siguiente manera:

Así hablaban en grupo piadoso y compasivo, en el amplio portal del patio de San Cristóbal, importante casa de vecindad de un barrio extremo, la flor y nata de las lavanderas y planchadoras de la población.⁵⁹¹

Y es que en esa vecindad y en Pluviosilla, nada escapa a la lengua de las personas, cualquier acto o defecto físico es señalado, por ejemplo, cuando se habla sobre el apodo de Carmen, doña Pancha opina lo siguiente:

Que le gusta cantar... ¿y eso qué? Por eso es lo del apodo... ¿Y quién se lo puso? La bisoja de Candelaria: esa maldita envidiosa que a todos les tiene tirria. Que porque a la pobrecita le gusta cantar, y Enrique López la acompañaba en la vihuela, ahí tiene usted, mi alma, que le puso el apodo. ¡Como ella no tiene ni quien le diga! ¿Y quién le puso el apodo? Ella, que lo trae de herencia: sí, porque su padre, sus tíos y sus hermanos, todos, tienen un ojo a San Dimas y otro a Gestas... ¡usted dirá! [...] ¡Si le digo a usted que si esa enredadora y envidiosa bizca no se ha ido, el mejor día le ajusto las cuentas!⁵⁹²

A Candelaria se le señala por ser bizca y envidiosa, de ahí que hable mal de Carmen y le haya puesto el apodo de La Calandria, pero en realidad, para hablar de lo que pasaba en la vecindad no era necesario tener algún defecto físico o ser envidiosa, si el tema lo ameritaba, cualquier persona podía hablar de ello; por ejemplo, después de la cena que ofreció Magdalena en su casa, es muy interesante el diálogo que sostienen Petrita y doña Salomé, respecto al comportamiento de Carmen en la cena:

—¡Quién se lo manda, hija! Ya verá usted el día que lo sepa su padre... Lo que es doña Pancha... no se escapa de la loa...
—¿Y qué dirá el Calandrio?

⁵⁹¹ DELGADO, Rafael, *La Calandria*, p. 3.

⁵⁹² *Ibidem*, p. 5.

—Pues ¿qué ha de decir? Ya se le irán bajando los bríos. Ya no se dará el tono de antes... Por más que haga tiene que perder... ¡Claro, hijita!... El otro tiene tanto dinero que ni sabe qué hacer con él. Ya le puso la puntería a la Calandria... y lo que es el Calandrio, se quedará como el que chifló en la loma... Ya verá usted... ya verá usted... Y entonces se podrán poner tablados para oír a doña Pancha... ¡Allá se lo haiga! El que por su gusto muere... Yo se lo dije cuando recogió a la muchacha... Usted se lo dijo y lo mismo todas las vecinas... ¡Quién le mandó meterse a redentora y caritativa!

—¿Caritativa? No lo crea usted... Eso parecía, pero en realidad, lo que hubo fue que creyó que, así... ¡vaya! que el muchacho se casaría con la Calandria y como la muchacha es hija de ricacho... dijo: ¡aquí sí que pescamos la plata!

—¡Puede!

—Sin él puede. ¡Es la verdad! Pero lo que es ahora... ¡ojos que te vieron ir ya no te volverán a ver! Si hubiera usted visto lo que yo vi, con más razón lo diría...⁵⁹³

Es interesante el fragmento anterior, porque evidencia los pensamientos que la gente tenía de la relación de Carmen y Gabriel; según los rumores, Gabriel y doña Pancha no actuaron de buena fe al hacerse cargo de Carmen, sino que fueron movidos por la ambición y la conducta de Carmen era tan desinhibida que parecía una perdida; estos chismes serán un agravante para que el amor de Carmen y Gabriel no se concrete.

Pero además de eso, me llama la atención que Petrita mencione que es discriminada por su apariencia, pues al no vestir de manera fina, su presencia en la casa únicamente se limita al servicio doméstico, en Petrita se cumple el refrán que dice: “como te ven te tratan” y ella misma está consciente del porqué la descalifican:

Yo no estuve en la sala... porque a mí, hijita, como no me pongo el corsé, ni me enchino la frente, ni me compongo con moños... no me convidaron más que por el purito interés... para que sirviera en la cocina... Yo no estuve en la sala, pero desde la recámara estuve pelando el ojal...⁵⁹⁴

Pero además de ellas, hay como una especie de “vigilantes” que hablan de lo que acontece, sobre todo cuando Carmen se pelea con doña Pancha, cuando se la llevan a vivir a la casa cural y por supuesto, cuando se fugó para irse a vivir a la casa que le puso Alberto rosas. Desde mi perspectiva, en *La Calandria*, no hay una crítica directa del chisme como mal social, antes bien, sirve como aderezo para darle sazón a la historia, cosa muy diferente sucede en *Angelina* con las hermanas Castro Pérez, de quienes hablaré a continuación.

⁵⁹³ *Ibidem*, p. 75.

⁵⁹⁴ *Ibidem*, pp. 75-76.

5.3.2. Las hermanas Castro Pérez

En *Angelina*, hay una dupla de mujeres que aparecen en la novela y que se encargan de difundir los rumores concernientes a la supuesta relación entre Rodolfo y Gabriela Fernández, me refiero a las hermanas Castro Pérez.

Cuando Rodolfo regresa de manera temporal a su pueblo natal se entera de la precaria situación económica por la que están pasando sus tías. Él considera pertinente ponerse a trabajar para ayudar con los gastos. Esta parte de la novela es importante porque nos ayuda a entender las condiciones en las que se vivía en aquel entonces.

En una tertulia realizada en el despacho del abogado Castro Pérez, Quintín Porras menciona lo siguiente:

—Voy a decirlo, ¡porque en esta tierra no tiene porvenir la juventud! ¡Porque los horizontes son oscuros! Y todos, usted, don Juan; y usted, Linares; y yo; todos los villaverdinos, sin excepción alguna, nos empeñamos en cerrar a los jóvenes el camino de la prosperidad. ¡Esto es lo cierto!⁵⁹⁵

Lo que se platica en esta tertulia pone de manifiesto la terrible ambición de los hombres de Villaverde que, al tener ya labrado un futuro, ven con malos ojos que los más jóvenes lleguen a ocupar los puestos que ellos consideran que ya tienen asegurados y harán hasta lo imposible por conseguirlo. Esta crítica que el autor hace a la sociedad porfiriana no está de ningún modo alejada de la realidad. Recordemos que si por algo se caracterizó un sector específico de la sociedad pudiente de finales del siglo XIX fue por el tráfico de influencias y por un descarado nepotismo. Esto se veía desde la esfera del poder porfiriano, pues quienes mantenían muchos privilegios fueron los del grupo conocido como *Los científicos*:

Eran miembros de las clases sociales medias urbanas, aunque sus años en el gobierno les permitieron ascender en la escala social, asemejándose algunos a la oligarquía, con extensas propiedades rurales y con gran poder político. En términos intelectuales, estaban esmeradamente educados en las escuelas profesionales de jurisprudencia, ingeniería y medicina, antes en la Escuela Nacional Preparatoria; en lo ideológico eran liberales, pero no del tipo doctrinario, casi jacobino: se decían liberal-positivistas o libera-moderados.⁵⁹⁶

⁵⁹⁵ DELGADO, Rafael, *Angelina*, p. 174.

⁵⁹⁶ GARCADIÉGO, Javier, *op. cit.*, p. 215.

En Villaverde, personajes como el abogado Castro Pérez reflejan la ideología de ese tiempo, es decir, a ellos, el progreso porfiriano ya les había llegado y no pensaban dejarlo y mucho menos a los jóvenes; por cual, considero que no es gratuito este episodio, pues nos permite ver, a través de la historia que se va desarrollando, los diferentes obstáculos que enfrentaba la juventud para conseguir trabajo, así lo manifiesta Quintín Porras:

Muchos no tienen en qué ocuparse. Los que gozan de un empleo ganan poco, tal vez quien trabaja más tiene sueldo más corto. Usted, don Juan, no se dejaría ahorcar por diez o doce mil duros; tiene usted magníficas entradas, porque los pleitos y los chismes producen la plata, pues, bien, así fuera usted más rico que el mismísimo Creso, no le subiría el sueldo a ese pobre muchacho. Eso que hace usted es lo que hacen todos aquí, ¡todos! Cuántos conozco yo, personas ricas, podridas en plata, que reciben en su casa a éste o al otro joven....⁵⁹⁷

La crítica es exacta y señala las condiciones laborales de la época, esto es interesante, porque precisamente en la búsqueda de un trabajo digno, Rodolfo llega a colocarse en el despacho del licenciado Castro Pérez y es justo ahí donde conoce a sus hijas, Luisa y Teresa, en una visita que él hace a la casa de su futuro empleador:

Aun no llegaba el jurisperito. En la puerta estaban, las señoritas. Salían de arreglar el despacho. Al verme se detuvieron a charlar conmigo.
—Tarde viene usted...
—¿Tarde? Acaban de dar las nueve...
—No, no es tarde;—me dijo la menor, Teresa, una rubia desabrida y vana,—nunca es tarde para los enamorados...
—¡Cállate! ¡Cállate mujer!—¡Qué dirá el señor!—exclamó su hermana, la pianista, una morena vivaracha y parlera.⁵⁹⁸

Al igual que con las tías de Rodolfo, el autor crea una dupla de hermanas y, para no perder la costumbre de la época, crea dos personajes opuestos en cualidades y aspecto físico, aunque no de carácter. Esta misma díada está presente en los personajes de Margot y Elena Collantes de la novela *Los parientes ricos*, de quienes ya hablé con anterioridad, y que como vimos, una era morena y la otra rubia y con formas de ser muy distintas entre sí.

La vida de las señoritas Castro Pérez transcurría entre la frivolidad y el chisme. No tenían otra cosa que hacer. Es más, en esta novela queda claro que el chisme es la única especialidad de la región:

Pero en medio de esta rara inmovilidad, secreta y silenciosa como la sorda y lenta labor de la polilla, una guerra sin treguas ni victorias, una guerra de pasiones bajas, rastreras y mezquinas, ruines y dolosas, en que todo bicho viviente toma

⁵⁹⁷ DELGADO, Rafael, *Angelina*, p. 175.

⁵⁹⁸ *Ibídem*, p. 226.

participación; los unos capitaneados por la envidia, los otros acaudillados por la codicia, todos azuzados por la murmuración y agujoneados por la maledicencia de los que se dicen ajenos a toda rencilla y enemigos de chismes y rencores. En Villaverde se murmura de todos y de todo; se averigua qué hacen, y en qué se ocupan los demás; se lleva cuenta y razón de los actos de cada vecino; nadie ignora hasta lo más secreto de la vida de los otros...⁵⁹⁹

Es en ese contexto, que el mismo Rodolfo se encarga de describir, en el que viven las señoritas Castro Pérez, por lo tanto, son ellas las que se encargan de divulgar entre la gente del pueblo que entre Rodolfo y Gabriela Fernández hay un romance. En realidad son movidas por la envidia que le tienen a la señorita Fernández.

—¡Pues lo he de decir!... ¡Pues, vaya, que... esa señorita nos... choca!

—¿Y por qué?

—¡Friolera!—exclamó Luisa.—¿No la ve usted tan pagada de sí, y tan orgullosa, que a todos desprecia, y que dice que todas las villaverdinas somos unas payas..., unas ridículas.

—Vean ustedes, señoritas: pienso que esa niña no es orgullosa, ni está pagada de sí; pienso que no desprecia a nadie, y que, por lo contrario, es muy amable con todos; y de seguro que es incapaz de decir eso que ustedes le atribuyen...

—¡Usted qué ha de decir!... Usted la defiende porque... ¡vaya! ¡Porque está usted enamorado de ella!⁶⁰⁰

Pendiente de la vida de los demás, las señoritas Castro Pérez malgastan su tiempo en murmurar de todos. Pero en realidad esa aparente enemistad con Gabriela tiene un motivo:

Me indignaba la murmuración de aquellas niñas tan mal educadas y tan cursis.

—¿Fea? ¡Nada de eso! ¿Quién ha dicho que es usted fea? No lo digo yo, ni lo dice nadie, y menos... Ricardo Tejeda. Encendióse la rubia al oír este nombre. Ricardo había sido su novio, lo sabía yo muy bien, él mismo me lo dijo en el Colegio, y Teresa no le perdonaba a mi amigo que, a poco de «terminar» con ella, hubiera visto con demasiado interés a la elegante y encantadora señorita. De aquí el odio a Gabriela; de aquí que murmurase de su hermosura; de aquí el que afeara todo en la señorita Fernández.

—Sí; —contestó vivamente Teresa— ya sé que en Ricardo tiene usted un rival... La maldiciente polluela estaba enamorada de mi amigo; le quería, a su manera, le amaba como loca, y no podía olvidarle.⁶⁰¹

Hasta aquí, podemos ver que las hijas del abogado Castro Pérez, aunque tienen cierto estatus social y cierto nivel de educación, en realidad son unas señoritas frívolas que sólo malgastan el tiempo entrometiéndose en las vidas ajenas; su antipatía por Gabriela está

⁵⁹⁹ *Ibidem*, p. 45.

⁶⁰⁰ *Ibidem*, p. 274.

⁶⁰¹ *Ibidem*, pp. 274-275.

fundada en el fracasado romance que Teresa tuvo con el que fuera el mejor amigo de Rodolfo.

La tensión aumenta cuando Rodolfo, para conseguirse un empleo mejor remunerado, decide irse a trabajar a la hacienda del señor Fernández. Es aquí que el descrédito acompaña a Rodolfo, esto sin duda lo mortifica porque el honor y la dignidad de su familia están en juego: “¿Y si la calumnia llegaba hasta mis tías?... ¡Las pobrecillas se morirían de pena!”⁶⁰² Este mal pernicioso, el del chisme y la calumnia, se presenta en todas las novelas del autor, y es uno de los temas principales de la última de sus novelas, *Historia vulgar*, pero es en *Angelina* donde se habla de manera abierta sobre las consecuencias de calumniar a alguien:

Es la calumnia como los miasmas de los pantanos: se levantan del fango en leve, imperceptible burbuja; se extienden, se difunden, envenenan los aires, y llevan la muerte a todas partes. En todas partes nos acechan: en el aire, en el agua, en los frutos incitantes que esmaltan los follajes, hasta en el aroma de las flores. Muere el calumniado, pero la calumnia sobrevive, como para perseguir a la víctima hasta más allá de la tumba. La calumnia es la fetidez de las almas corrompidas. El corazón del calumniador es un esterquilinio.⁶⁰³

Ahora bien, este mal no es privativo de las mujeres, pues en la novela vemos que también los hombres hablan de todo y en varios lugares, como en la botica o en el despacho del licenciado Castro Pérez; pero el autor pone especial énfasis en describir las actitudes de las mujeres de Villaverde, ¿qué podían esperar las mujeres que viven en un pueblo enmarcado en la pobreza y la falta de oportunidades? Este panorama es descrito de la siguiente manera:

Las calles desiertas, oscuras, lóbregas, silenciosas. Ni un organillo que alegre aquella espantosa soledad. Casi todas las casas están cerradas. ¿Qué se hacen a esa hora las dulces y modosas villaverdinas? Sábelo Dios. Ahí se están en la sala, acurrucadas en el sofá, columpiándose en las mecedoras, soñolientas y aburridas, en espera del novio, atisbando el momento oportuno para pelar la pava.⁶⁰⁴

Sin nada qué hacer, sin aspiraciones ni oportunidades de progreso, estas mujeres sólo esperan a un hombre para que las mantenga. Pero volviendo a las hijas del licenciado Castro Pérez, desde que Rodolfo deja el despacho de su padre ya no vuelven a aparecer, hasta que al final, Rodolfo, al mencionar al esposo de Gabriela, las menciona:

⁶⁰² *Ibidem*, p. 288.

⁶⁰³ *Idem*.

⁶⁰⁴ *Ibidem*, p. 138.

Sospecho que le calumniaron, que para el caso cualquiera ciudad se parece a Villaverde, y en todas partes abundan los amigos como Ricardo Tejeda y los señorones como Castro Pérez.

Mi generoso rival cayó en la red, y se casó con Teresa. Luisa se ha quedado para vestir santos.⁶⁰⁵

Así quedaron las señoritas Castro Pérez, una casada y la otra para vestir santos, pero no es su única aparición. Ellas tendrán una gran amistad con una de las mujeres transgresoras de la novela *Los parientes ricos*, de la cual ya hablé con antelación, me refiero a Conchita Mijares:

No eran las Castro Pérez muy de la devoción de las Collantes. Recién llegadas a Pluviosilla, y con motivo de un concierto organizado por la conferencia de la parroquia, y en el cual tocó Margarita, y tocaron el piano las Castro Pérez, las Collantes hicieron amistad con ellas pero el carácter de éstas, su frivolidad no amenguada con los años, su ligereza para hablar de todos, recrudescida en ellas por desventuras domésticas, no placieron ni a doña Dolores ni a sus hijas. Una y otras resolvieron alejarse de sus nuevas amigas, se alejaron, y el fallecimiento de don Ramón vino a completar el alejamiento de modo definitivo. Las Castro Pérez no se dieron por entendidas de la conducta de las señoritas, pero en distintas partes, en casa de las López, en casa de Arturo Sánchez, en donde concurrían a diario, y en la casa de Concha Mijares, la «monologuista», dijeron, y decían horrores de las pobres muchachas. De orgullosas, altivas, tontas y cursis, no les bajaban un punto.⁶⁰⁶

Como es evidente, ni Margot ni Elena pudieron entablar amistad con las señoritas Castro Pérez, pues ellas no eran afectas a andar de chismosas y criticando a la gente; en cambio con Conchita, que era muy dada a fijarse y hablar de lo que hacían los demás, encontraron una amiga con la cual solían pasear, aunque ellas mismas murmuraban cuando veían a Concha pasearse con Juan Collantes. Pero ni Conchita ni las Castro Pérez son las únicas que se dedican a chismear en *Los parientes ricos*, sino que en la novela, hay otro grupo de mujeres y hasta los hombres que se dedican a hablar de lo que sucede en Pluviosilla, como se verá a continuación.

5.3.3. Las pollitas de *Los parientes ricos*

Parte de la trama de *Los parientes ricos* ocurre en Pluviosilla, el mismo poblado donde sucede la historia de *La Calandria*, Pluviosilla sirve, en este sentido, como una intersección en la que se entrecruzan algunos de los personajes de las tres primeras novelas: Juan

⁶⁰⁵ *Ibidem*, p. 424.

⁶⁰⁶ DELGADO, Rafael, *Los parientes ricos*, p. 118.

Jurado, las Castro Pérez, Quintín Porras, Arturo Sánchez, etcétera. Y como hemos visto, estos personajes se distinguen por hablar de los demás, y tanto sus casas o negocios sirven como tertulias donde se difunden toda clase de rumores, chismes, por ello no es de extrañar que en Pluviosilla cualquier persona tenga más de un motivo para hablar de lo que no sepa, por ejemplo, en la calle dos personas comentan esto:

Al salir de la estación y al subir al tranvía, cuantos pasaron saludaron cariñosamente a doña Dolores y a sus hijos.

—¿Quién es ese señor? —preguntó un transeúnte.

—¡Don Juan Collantes! —respondióle uno que pasaba—. ¿No le conoce usted? ¡Es de aquí! ¡Es un millonario! Viene ahora de París... Es tío de los muchachos esos, de la rubia esa, y de la ciega. Ya todos estos salieron de apuros. ¡Y cómo se les han subido los millones... del tío!⁶⁰⁷

Esa fue la primera vez que de manera pública se comentó la relación que existía entre las dos familias, y a partir de ese momento, se suscitaron toda clase de rumores y chismes y no había lugar en el que no se hablara de que la familia se iba a mudar a la capital:

Desde las verdes faldas de la colina del Recental hasta el barrio de Santa Mónica, y desde el Molino de la Esperanza hasta la ermita de San Antón, no se hablaba de otro asunto. En boticas y mentideros —que los hay a docenas y muy concurridos por gentes piadosas y discretísimas— se trataba del susodicho viaje y se le comentaba de mil modos diversos. Era para muchos motivo de burlas y de sátiras, para otros de graves y profundas meditaciones, y para todos cosquilleo de envidia y de celo, uno y otro velados, no podía menos de ser así, con dulzuras de compasión y de alegría devota, muy en caja con el buen carácter de los comentadores.⁶⁰⁸

Al igual que en *Angelina*, las boticas, los salones de juego y los mentideros sirven como espacios para hablar de la vida privada de los demás o de los acontecimientos que pasan en el pueblo, en este caso, se pensaba que el capitalista, como le apodaron a don Juan Collantes, sería la persona por cuyos medios llegaría el bienestar y el progreso a Pluviosilla:

En todas partes contaban las gentes que Collantes volvería pronto a su tierra natal, a emplear sus dineros en bien de ella, pero que, hecho el contrato del rastro y de la introducción y entubación del agua, el capitalista se volvería a París. Era razón que así lo hiciera: su cuñado, el general Surville, sería, más tarde o más temprano, ministro de la Guerra, y entonces qué mejor oportunidad para mayores y productivos negocios.⁶⁰⁹

⁶⁰⁷ *Ibidem*, pp. 100-101.

⁶⁰⁸ *Idem*.

⁶⁰⁹ *Ibidem*, p. 103.

Lo que me interesa destacar, es la manera en que un mismo evento sirve para levantar chismes y que dependiendo de quién lo diga, será el énfasis que le pongan. En los fragmentos anteriores son los hombres quienes hablan de la familia de don Juan, pero las mujeres no se quedaban atrás, aunque ellas tenían otra perspectiva de las cosas, sobre todo las más jóvenes:

En los círculos femeniles el chisme iba por otros senderos. Contábase en ellos mil y mil anécdotas; se encomiaban el desprendimiento y las excelencias de Collantes, eran puesta muy en alto su caridad y su amor a la familia de su hermano, y se envidiaba a Margarita y a la infeliz Elena.

—¡Oye tú! —charlaba una pollita, nerviosa, fea, delgada como un mango de escoba y vivaracha como una lagartija, y muy relamida, y muy suelta de palabra—. Mira tú: ¿quién podrá sufrir a las Collantes cuando vuelvan de México. Si pobres como han estado, se dan ese tono, y tienen más orgullo que don Rodrigo en la horca, qué será cuando puedan vestir mejor; cuando en vez de hacer vestidos y sombreros para tí, para mí y para todas las muchachas de Pluviosilla, los lleven ellas flamantes y a la última? Ellas, hija mía, ¡eso sí!, tienen muy buen gusto, y siempre lo han tenido. Dice mi mamá que antes, cuando no estaban pobres, ellas eran quienes llevaban la moda en Pluviosilla, y que de ellas aprendían todas las muchachas...⁶¹⁰

Se puede ver en el fragmento anterior que lo que motiva el chisme, en este caso entre dos mujeres la una llamada Lucía y su interlocutora, de nombre Elisa, es que no se acepta el repentino cambio que ha tenido la familia de doña Dolores. La murmuración por envidia es uno de los más grandes defectos que se señala en las cuatro novelas del autor, como se puede ver a continuación:

¡Pues figúrate, Elisa, figúrate! Si ahora las Collantes son tan orgullosas, ¿cómo estarán al volver de México, protegidas por el tío? Yo, a decirte verdad, me alegro de tal protección, porque no soy envidiosa. ¡Dios me libre de ser envidiosa, Dios me libre! Y no me apena ni me causa tristeza el bien ajeno. ¡Pobres muchachas! ¡De modistas a millonarias! Porque si es cierto que los millones no son suyos, cualquiera creerá que sí lo son, y como el tío es generoso, muy generoso, les dará todo lo que necesiten, y se los dará con abundancia. Con sólo el apellido les bastará para entrar en la mejor sociedad. Margarita hará buen papel porque no es fea, y aunque un poquito cursi, es elegante, tiene cierto atractivo, sabe lucir su cuerpo, “esbelto y cimbrador” (como dijo Arturo Sánchez en aquellos versos que salieron en *El Radical*), y yo te lo aseguro, Margarita hará buen papel...⁶¹¹

A mi juicio, la cita anterior evidencia, en parte, la ideología de la época y que no es ajena a nuestro contexto actual: nada mejor que una mujer tenga como benefactor a un hombre acaudalado para solucionarle la vida. También se enfatiza la importancia de tener un apellido influyente que respalde a mujeres indefensas y sobre todo pobres.

⁶¹⁰ *Ibidem*, pp.103-104.

⁶¹¹ *Ibidem*, pp. 104-105.

Pero la perspectiva de las mujeres ancianas de Pluviosilla era diferente, para ellas el hecho que don Juan haya llegado a la familia de doña Dolores era motivo de enfado pues

Envidiaban a la viuda de Collantes, mas no se manifestaba la envidia de manera franca. “Doña Dolores debía considerarse feliz: ¿qué más deseaba? Tenía asegurado el porvenir: casaría a Margarita; Pablo haría fortuna; Ramoncillo lo mismo; Elena... La pobre ciega viviría tranquila...”.⁶¹²

Pero en realidad, el encono de las ancianas era motivado por cuestiones políticas, pues ellas, que en su juventud eran partidarias del imperio de Maximiliano y se decían admiradoras de la emperatriz Carlota no soportaban el repentino cambio de la familia de doña Dolores. Sin embargo, hasta los hombres de negocios se inquietaron con la llegada del capitalista:

En otros círculos, entre los monopolizadores de la propiedad urbana; entre los ricos que no gustan de pagar impuestos, por mucho que éstos sean para ellos motivo plausible de medros y lucros, y como si los gastos públicos hubieran de ser hechos por arte de birlibirloque; entre los jiferos enriquecidos, y entre los comerciantes dados al fraude, la llegada del millonario y los proyectos que se le atribuían habían puesto inquietud y alarma.⁶¹³

Como hemos podido constatar, la repentina llegada de Juan Collantes provocó un maremoto de chismes y suspicacias generadas por la envidia y los intereses económicos. Estos fragmentos que aquí he citado tienen la función de evidenciar que el chisme es un mal hábito que está arraigado tanto en las mujeres como en los hombres.

Ahora bien, ni en la capital los Collantes se librarán del qué dirán. Conchita Mijares es la intermediaria que las tendrá al día con todo lo que sucede tanto en Pluviosilla como en la Ciudad de México. Es interesante señalar que Rafael Delgado tiene cierta fijación por las mujeres chismosas y a veces en unas pocas líneas las describe, por ejemplo, en cierta ocasión, con motivo de ir a la Iglesia de Santa Marta, el autor describe a tres amigas de Margot:

Clarita Ferrer, una chiquitina vivaracha, lista, inquieta y nerviosa, en cuyos ojillos negros y luminosos centelleaba insaciable curiosidad, y en cuyas pupilas parecían asomar diablillos traviosos [...]
Lupita Castro, una morena altiva, de tez tostada, airosa de porte y de ardoroso mirar [...]
Martita Pérez, una rubia desteñida, de ojos garzos faltos de expresión y muy dada a los relatos sensibleros.⁶¹⁴

⁶¹² *Ibidem*, p. 107.

⁶¹³ *Ibidem*, p. 108.

⁶¹⁴ *Ibidem*, pp. 124-125.

Esta caracterización que hace el autor, de asociar el aspecto físico poco favorable con acciones no correctas, guardan un paralelismo con una norma ya antigua que consiste en asociar lo feo con lo malo y lo bello con la bondad, pero esto no ocurre siempre es así pues, pues la máxima representante del chisme y la maledicencia en las novelas de Delgado es Leonor Quintanilla, de la que me ocuparé posteriormente, pues ella es chismosa pero hermosa.

Sin embargo, en la novela también hay otras mujeres que son apáticas a lo que acontece a su alrededor y sólo están preocupadas por su bienestar, para ellas el lujo y la comodidad es lo primero; Carmen de Collantes y su hija son ejemplo de ello, como a continuación se verá.

5.3.4. Carmen y María Collantes

En la novela *Los parientes ricos*, Rafael Delgado presenta una serie de mujeres cuyas características son dignas de analizar por ser mujeres que viven con principios que no encajan con el ideal femenino de la época. Lo primero que llama la atención de estas mujeres es su anhelo por vivir la vida parisina de la que han regresado no por su propia voluntad, sino porque Juan Collantes, el padre de familia, así lo decidió. Comenzaré por hablar de Carmen, la esposa de Juan Collantes, y después de su hija María.

Carmen es presentada como una mujer frívola que no se adapta a su nueva vida en la capital mexicana. En contraste con su cuñada Dolores, a Carmen no le interesa ni la familia ni el bienestar de quienes le rodean, sólo vive añorando la comodidad que dejó en Europa:

Doña Carmen parecía reservada y poco afable. No pasaba minuto en que no lanzara una queja acerca de las molestias de la navegación y del viaje. Ella, por su gusto, no habría venido. En Europa vivía muy contenta, muy contenta. Allí no sentía correr los años ni los meses ni los días. ¡Era tan cómoda y tan grata la vida en París! Para ella ¡nada como París, nada! ¡Qué paseos! ¡Qué de teatros! ¡Qué tiendas y qué establecimientos! ¡Qué comida! Le habían contado, y ella había sabido mucho, por los periódicos, acerca de los adelantos y del embellecimiento de México; pero... ¡ay!, ¡cuánto iba a padecer en la vetusta ciudad virreinal! ¡Cómo iba a fastidiarse — mientras en México viviera— sin más espectáculos que una mala compañía de ópera, cada año; teniendo que subir y bajar todos los días, por las calles de San Francisco y de Plateros, e ir tarde con tarde a la calzada de la Reforma y cómo iba a echar de menos aquella misa de cada domingo en San Sulpicio, aquellas fiestas tan

graves y solemnes de Notre Dame, y aquel culto tan conmovedor y dulce de Nuestra Señora de las Victorias! Y en cuanto a la mesa... ¡ni ostras de Ostende, ni espárragos de Lübeck, ni fresas de Niza!⁶¹⁵

El fragmento anterior, me interesa, porque muestra el contraste entre el lujo de una ciudad Europea como París y lo incipiente de la ciudad de México, calificada todavía como ciudad colonial. Para Carmen, la vida en México indica un retroceso, no sólo por los usos y costumbres de cada país, sino porque para ella la opulencia y el buen gusto sólo pueden venir del extranjero; ello evidentemente refleja el afrancesamiento social típico de la época. María, la hija de Carmen, tiene la misma perspectiva de vida, para ella la moda y los teatros son su única fascinación:

La señorita, en constante plática con su prima, no se cansaba de contarle cosas de Francia. Larguísimo fue el primer capítulo de modas; la joven estaba enterada hasta del más insignificante pormenor de trajes y vestidos. Esto o aquello era lo que estaba en privanza; tales o cuales cosas habían pasado, acaso para no volver nunca y, según los dichos de los sastres más famosos, en la estación próxima tendríamos muchas novedades. Lo correspondiente a espectáculos tuvo también su capítulo, mejor dicho sus capítulos que la niña habló desde lo que a la ópera tocaba hasta de lo referente a las últimas carreras y al gran premio.⁶¹⁶

Tanto Carmen como su hija forman una dupla que contrasta de manera constante entre doña Dolores y sus hijas, pues mientras las primeras sólo se ocupan de frivolidades, doña Dolores y Margot deben de ocuparse por conseguir el sustento diario y pagar las deudas que tienen. A petición de Elena, quien es ciega, Margot le describe cómo es María:

—Y... dime: ¿está bonita María?

—¿Bonita? Bonita... no; pero sí agraciada y simpática. Cuerpo gracioso y esbelto; cuello airoso; carita alegre; ojitos vivarachos... La boca es mala... pero la dentadura parece hecha con dos hilos de perlas.

—¿Es elegante?

—¡Oh! Eso sí, muy elegante. Viste con sencillez. Es cierto que mucho le ayuda el buen gusto y el corte soberbio de los vestidos. Esta mañana para ir a la iglesia se puso un vestido negro, de seda opaca, que era una maravilla. Cuando pasamos al hotel para irnos a la fábrica, yo le dije que se mudara de traje y que llevara uno más ligero y vistoso, y entonces estuvimos buscando otro, tal como yo decía; por cierto que no le hallamos...⁶¹⁷

En María se cumple el estereotipo de la mujer bella, pero tonta. Casi no habla y cuando habla es para quejarse o hablar de espectáculos y moda. En el caso de su madre, la influencia parisina ya ha hecho estragos, pues, según ella misma confiesa, ha llegado a

⁶¹⁵ *Ibidem*, pp. 65-66.

⁶¹⁶ *Ibidem*, p. 66.

⁶¹⁷ *Ibidem*, p. 91.

cambiar incluso su devoción religiosa, así lo dice a doña Dolores cuando la invita a visitar a la virgen de Guadalupe:

—¡Cómo lamento —seguía diciendo doña Carmen— no poder acompañarte mañana! ¡Tengo ansia de ver a la Virgen! ¡Ya sabes que para una mexicana no hay imagen como ésa! Pero si tú supieras... (¡Lo que es la costumbre!), en París me iba yo volviendo gabacha, como me decía Eugenia (que no ha perdido su buen humor) y mi devoción por Nuestra Señora de las Victorias iba siendo más grande cada día...⁶¹⁸

Una vez más vemos el afrancesamiento por parte de Carmen, pues el juego consiste en anhelar lo europeo y desdeñar lo mexicano; pero no sólo es ella, sino que ya toda la familia tiene arraigado no sólo el gusto y las costumbres, sino hasta las supersticiones europeas, por ejemplo, una situación especial sucede cuando cierto día terminaron de desayunar:

Terminaba el desayuno, mejor dicho, había concluido ya, cuando una involuntaria exclamación de Juan impuso silencio a todos.
—¿Qué pasa? —preguntó doña Carmen en voz alta, con expresión temerosa.
El joven contaba y volvía a contar el número de personas que estaban a la mesa, y dijo entre asustado y sonriente:
—Somos trece.
Callaron todos. El canónigo y don Cosme se miraron como sorprendidos. El padre Anticelli rompió el silencio contrariado.
—Ma... ¡tonterías! ¡Lo mismo que si no fuésemos ni menos que las Gracias ni más que las Musas!⁶¹⁹

El trece, como número cabalístico y de mala suerte, tiene en muchas regiones europeas una estrecha relación con la mala suerte, por tal motivo, se escandaliza la familia de Juan.

Pero donde se observa claramente el contraste entre doña Dolores y Carmen es cuando se enteran de la muerte de Eugenia, cuñada de ambas. Aquí es donde el juego de las apariencias es más importante. La familia de Carmen se muestra indiferente ante el fallecimiento de la hermana de su esposo, para ellos lo más importante era quedar bien con los invitados a una cena que habían organizado para celebrar el cumpleaños de don Juan y de paso, hacerse de contactos con gente importante para negocios futuros; es Margot, la sobrina de don Juan, quien hace esta crítica:

Aquella alegría y aquella música eran tormentosas para Elena y para la blonda señorita. Ésta no comprendía cómo las exigencias sociales podían ahogar así una

⁶¹⁸ *Ibidem*, p. 197.

⁶¹⁹ *Ibidem*, p. 85.

impresión dolorosa; cómo un hermano, al saber el fallecimiento de una hermana querida, callaba la noticia, y se disponía para la fiesta; no acertaba a explicarse aquella falta de sentimientos, aquella entereza y aquella frialdad que observaba en su tío. [...] No me agrada esto. ¡Dios mío, qué falta de corazón! ¡Qué serenidad esta que me aterroriza y me repugna! De doña Carmen nada podía decir, porque ésta lo ignoraba todo; pero sí de la primita, que estaba tan fresca como si nada supiera. ¿Y por qué era todo esto? ¡Por vanidad, por pura vanidad! ¿Invitados? ¡Qué importaban los invitados! ¡Ah! Pero eran personas muy distinguidas: banqueros, amigos opulentos, secretarios de Estado, el ministro de Francia, el de Bélgica y el de Inglaterra.⁶²⁰

El contraste entre doña Dolores y Carmen se reitera en diferentes momentos, a doña Dolores no le mueve el interés, aunque ella ya estuviera informada que Eugenia la podría heredar, no se muestra interesada; al contrario desea que su cuñada se mejore; para Carmen la muerte de su cuñada es algo inevitable y parece no importarle.

Carmen y su familia siempre ha tenido una personalidad voluble, es Dolores quien se encarga de señalar sus defectos y virtudes:

En cambio Juan y Carmen, y sus hijos... ¡Qué diferencia! Porque no hay que hacerse ilusiones, no debemos hacérmolas... El carácter de Juan es tornadizo y desigual; Carmen, lo diré, es vanidosa... Si a veces me ha parecido que no tiene corazón...⁶²¹

Además de los contrastes sociales, la principal diferencia entre la familia de Carmen y la de doña Dolores radica en el poder económico. Dolores, como ya mencioné, es viuda y pobre; Carmen es adinerada y tiene un marido que la respalda. Tiene dos hijos varones y una señorita a los que no les hace el menor caso, toda su responsabilidad como ama de casa la ha relegado en el servicio doméstico. Sin lugar a dudas, hay un contraste ideológico y social, pues Carmen no es ni de lejos ese *ángel del hogar* encargado de la educación de los hijos y la transmisión de valores. Cuando deben guardar el luto por la muerte de Eugenia, la familia de Carmen se alista para celebrar el cumpleaños de don Juan y para ir a la ópera, un hecho que doña Dolores no puede tolerar, pero al que cede ante las presiones de la familia pudiente e intenta justificar su ausencia fingiéndose enferma.

Estas diferencias evidencian dos formas de vivir en la sociedad mexicana de finales de siglo, es decir, doña Dolores representa el México tradicional y conservador que todavía tiene mucho arraigo entre la población mexicana; en cambio, Carmen representa ese nuevo estilo que anhela igualarse al modo de vida europeo.

⁶²⁰ *Ibidem*, p. 215.

⁶²¹ *Ibidem*, p. 222.

El punto máximo de estas diferencias lo notamos cuando Carmen se entera de que su hijo mayor embarazó a Elena. Para la esposa de Juan Collantes su hijo no es culpable de nada, la insensibilidad de ambos padres se demuestra cuando Alfonso les recrimina la actitud de su hermano Juan:

Dígame usted: si Pablo hubiese seducido a mi hermana María... (el ejemplo es horrible, ¿no es verdad?), ¿qué harían ustedes?

Ninguno contestó.

—¡Favor de responder, papá!... ¡Mamá... responda usted! Alfonso abatido, sentóse impaciente en un sillón. Estaba pálido, y sus ojos brillaban como los de un loco...

—¡No sé lo que haría! —respondió fríamente el capitalista—. ¡No se me había ocurrido semejante cosa! Un matrimonio dura toda la vida...

Entonces habló doña Carmen:

—¡Por María! ¡Por ella me opongo y me opondré siempre a ese casamiento. No quiero que esa niña inocente sepa lo que no debe saber... Nuestra tolerancia importaría un mal ejemplo que mi conciencia me impide dar, Juan... No permitas que mi hijo regrese... ¡Que se quede en Europa! Me es penoso vivir lejos de él... pero estoy dispuesta a ese sacrificio.⁶²²

Lejos de mostrar algún tipo de rechazo hacia la inapropiada conducta de su primogénito, Carmen resuelve que lo mejor para su hijo es el destierro, a tener que vivir al lado de una mujer que, aunque sea de su familia, tiene en contra el ser pobre y ciega, algo que ella, por razones de apariencia y estatus social, no está dispuesta a permitir. Así con su apatía, Carmen es, a mi ver, la mujer más frívola de todas las que aparecen en las novelas del autor. Sin embargo, aún falta hablar de otra mujer que debido a su lengua mordaz merece ser tratada aparte, me refiero a Leonor Quintanilla, la protagonista de la novela *Historia Vulgar*.

5.3.5. Leonor, una sopa de su propio chocolate

En páginas anteriores hablé sobre las hermanas de Quintanilla, poniendo especial énfasis en Carolina y Rosa quienes son las hermanas mayores de Leonor Quintanilla. Desde un inicio, me llamó la atención el hecho de que Rafael Delgado haya puesto como protagonista de su novela a una mujer que es temida por la gente:

A Leonor... a Leonor le tienen miedo en Villatriste. Es bonita, elegante y sugestiva; baila como una sílfide, es la alegría en persona, pero tiene una lengüita que ya... ¡ya! Y una locuela... que ¡Dios me asista!⁶²³

⁶²² *Ibidem*, p. 416.

⁶²³ DELGADO, Rafael, *Historia vulgar*, p. 288.

Una vez más, el autor nos ubica en una población, Villatriste, en la que no hay oportunidades ni aspiraciones para la gente, su principal ocupación es el chisme. Leonor, la menor de las Quintanilla, es bonita pero es muy filosa de lengua, nada ni nadie se escapa de la lengua de esta mujer:

La murmuración —vicio predominante en Villatriste— era ingente en Leonor, algo irresistible, algo impetuoso que le seducía como a Eva la serpiente paradisiaca, algo que la arrastraba en sus olas como un torrente, y de lo cual no podía prescindir. Leonor gozaba en Villatriste fama de murmuradora; todos le tenían miedo y, a decir verdad, cuando estaba de vena, murmuraba con chistes salidísimos y los piquetes de su lengua eran mortales.⁶²⁴

Así, Leonor se convierte en una mujer con matices diferentes, es decir, es una mujer acomodada que ayuda en las labores de la casa y fuera de ella, pero es chismosa y por lo tanto es mal vista, a tal punto que incluso le tienen miedo.

Si como ya he evidenciado a lo largo de este trabajo, un defecto que señala reiteradamente el autor es el chisme como un vicio social que atañe tanto a hombres como a mujeres, llama la atención que la protagonista de esta novela sea precisamente una mujer que sea temida por ser chismosa. Personalmente, considero que Leonor, vive con el miedo de quedarse solterona y por eso no quiere correr la misma suerte que sus hermanas, de ahí su interés por Luis Gamboa quien funge como el galán de esta historia.

Leonor, al igual que otras mujeres de las novelas de Delgado, es una mujer que es una asidua lectora de novelas:

Tan luego como terminaban las faenas domésticas, no bien estaban hechas las alcobas y arregladita la sala, a poco de irse don Antonio, allí estaba Leonor, detrás de la vidriera, tejiendo, cosiendo o entregada a sus libros; que la señorita era lectora infatigable y se tenía leídos cientos de novelas, desde *Los tres mosqueteros*, *Los mohicanos de París* y *El conde de Montecristo*, hasta el *Nerón* de un misterioso don Antonio de Padua, tan mirífico como su colomboño celestial.⁶²⁵

La cita nos muestra que Leonor es una mujer que cumple con sus labores domésticas y que se da su tiempo para leer, aunque como ya he mencionado, el defecto más grande que ella tiene es ser muy mordaz; y en cuanto se comenzaba a rumorar que ella estaba interesada en Luis, siempre estaba a la defensiva: “frecuentemente contestaba con alguna puya, de esas que la joven guardaba para casos extremos, saeta emponzoñada que

⁶²⁴ *Ibidem*, p. 314.

⁶²⁵ *Ibidem*, p. 317

hería en lo más vivo, y que dejaba envenenada la vanidad o el amor propio. De este modo consiguió que no le hablaran del asunto”.⁶²⁶ Uno de los comentarios que más se difunde respecto a su relación con Luis es la diferencia de edades, así lo afirmaban unas mujeres que hablaban con Clotilde Orcillés:

“¡Y ya lo verán, tendremos casamiento, y Luis Gamboa, que la da de rumboso, echará el resto! Bien vistas las cosas, Leonor tiene razón en querer a Luis, es joven, guapo y rico...”

—¿Joven? —preguntó alguna irónicamente.

—¡Sí, criaturas, menor que ella, mucho menor!... ¡Leonor pasa de los treinta y cinco... Luis tiene veintisiete!... Yo le llevo dos años nada más.⁶²⁷

Sin embargo, Leonor nunca dio motivos para que la gente hablara, supo ser discreta en su relación con Luis, una actitud que contrasta con su forma de ser, pues a ella le gustaba hablar de todos:

Leonor y Luis se veían de tarde en tarde, en alguna casa amiga donde ambos concurrían y, de ordinario, poco hablaban a solas. Luis parecía más enamorado que nunca, y Leonor se mostraba afectuosa con él, pero sin dar motivo para que la maledicencia frívola tuviese nada que decir. Hasta iban olvidando las gentes si Luis era o no era novio de Leonor.⁶²⁸

De nada valieron la prudencia de Leonor para mantener casi en secreto su noviazgo con Luis, quizás, se empezaba a olvidar que en Villatriste la gente también está al pendiente de las vidas ajenas. Hay dos mujeres que se relacionan de manera directa con la historia de Leonor y que juegan un papel determinante en la historia de Leonor: Mónica Ferreira y a Clotilde Orcillés.

Doña Mónica Ferreira (a quien se le describe como una mojigata envidiosa, hipócrita y chismosa) desde que parece en la novela es para llevar chismes o hablar mal de otros. Un ejemplo de ello ocurre cuando las hermanas Miramontes se hacen cargo de la escuela para niñas, y ella es la que más se molesta con la decisión:

Las beatas se retiraban disgustadas, y más disgustada que las demás doña Mónica Ferreira, la cual quería para ella y para su sobrina el famoso colegio que regenteaban las Miramontes. [...]

—Pero figúrese usted, hija —proseguía doña Mónica, silabeando las palabras y cruzando sobre las rodillas las puntas del pañolón—, qué diría Carmen, la madre de esas niñas, ella que era tan buena (porque de veras era excelente mi comadre), si viera a sus hijas en estas andanzas... ¡Luisa metida a liberala, discurseando en

⁶²⁶ *Idem.*

⁶²⁷ *Ibidem*, p. 320.

⁶²⁸ *Ibidem*, p. 329.

tribuna el 18 de julio, y lo que es peor diciendo impiedades y blasfemias!... ¡Como que dicen que aquella boquita parecía la boca de Satanás!
—¡No dijo ni blasfemias ni impiedades, Mónica! —saltó diciendo don Antonio—. ¡Nada de eso...!

A mi ver, lo que doña Mónica no les perdona a las hermanas Miramontes es que hayan sido ella las que se quedaron a cargo del colegio, pero las difama, porque Luisa dio el discurso. Mónica Ferreira está al tanto de la vida de los demás, es ella quien le dice a Leonor que Luis tiene otra familia:

—¡Me alegro, hija, me alegro! Ese hombre no te conviene; no puede convenirte.
—Créalo usted, doña Mónica.
—Sí, porque, si supieras..., allá por mi casa... a la vuelta... Te lo dijera, hijita, por lo que pudiera convenirte... Allá por mi casa tiene sus quebraderos de cabeza: una tlacotalpeña, una trigüeña muy salerosa, muy aseadota, de color de canela, como dice la canción esa que nos cantó aquella vez Paquito Redondo.
—¡Embustes, doña Mónica!
—¿Embustes? ¿Y los chiquitines? El menorcito como de tres años, el otro como de cinco, y la niña que está en mantillas.⁶²⁹

Los intentos de doña Mónica por desacreditar a Luis no tuvieron el efecto deseado, es ella quien reiteró que Luis no le convenía a Leonor. Esa es la versión que doña Mónica hace de Luis, sin embargo, la trama describe a Luis como un hombre solitario que andaba en busca de compañía:

Él no tenía hogar. Los años de su mocedad turbulenta le habían apartado de la vida doméstica y de su familia, la cual se componía de dos hermanas entonces solteras, y de un niño delicado y enfermizo que pronto voló al cielo.
El mancebo deseaba libertad y vida franca; le pesaban los deberes ineludibles del hogar, y pronto campó a su gusto y por su cuenta, fuese a vivir solo en una casita por él dispuesta y con las comodidades que demanda impetuosa soltería.
Una criada que cocinaba bien, y un caballerango, chico arrestado, guapo y valiente, bien puesto a caballo y donairoso en el vestir fueron desde entonces su servidumbre. Viviendo solo y de tal manera nadie se enteraba de sus actos, entraba y salía cuando le daba la gana, y trasnochaba a su gusto sin que las hermanas le dijeran, como antes: “Luis, ¿a qué hora llegaste anoche? ¿Dónde andas a deshora? Mira que eso no está bueno; te puede hacer mal. ¡No seas loco! ¡Nadie tiene comprada la salud!”.
Y así vivía desde muchos años. El niño se murió, las hermanas se casaron, y cada cual se fue con su marido; una a Villaverde, la otra a Guadalajara.⁶³⁰

Las palabras de la mujer revelan cómo era Luis antes de entablar un romance con Leonor. De manera personal creo que Luis comparte algunas características con Gabriel y con Rodolfo, los galanes de *La Calandria* y *Angelina*, lo mismo que con Ernesto, el

⁶²⁹ *Ibidem*, p. 302.

⁶³⁰ *Ibidem*, p. 304-305.

pretendiente de Gabriela Fernández, en el sentido de que no tienen un plan fijo de vida, hasta que conocen a una mujer que transforma su personalidad.

Gabriel es guapo, amigüero y trabajador, pero ninguna mujer lo había atraído tanto hasta que se fija en Carmen, quien era su vecina. En el caso de Rodolfo, aunque en un principio vivía prendado del recuerdo de Matilde, su primer amor, después se verá en la disyuntiva de elegir entre Angelina o Gabriela Fernández; como ya sabemos, ninguno de los dos galanes logró quedarse con la mujer que amaba. Ernesto, después de vivir una vida dedicada al juego y la bebida, retoma el camino, regresa con Gabriela y se casan.

En el caso particular de Luis Gamboa, después de vivir una vida alejada de compromisos, decide pretender a una mujer, aunque para entonces, ya tenía una familia, sin embargo decide pedirle matrimonio a Leonor:

—Señorita —suplicó afectuoso—, no soy hombre de palabra fácil, de esos que saben entretener a las señoras, ni soy culto, ni tengo instrucción... No me llamó Dios por el camino de los estudios, pero tengo la rara cualidad de no hablar de aquello que no sé. Que me digan de cosas del campo y, como buen rancharo, hablaré de esas cosas... que de ellas entiendo; no soy persona que sabe conversar... ¡qué va a conversar un campirano como yo, si no es de ganados y de cosechas, de tierras buenas o malas para el cultivo, del café recogido, de los cafetos que florecen después de los primeros aguaceros, en fin, de eso y sólo de eso, de manera que no sé decir cosas bonitas, de esas que tanto agradan a las mujeres, pero, créamelo usted, tengo alma y corazón, y siento como el que más. No soy rico, pero tampoco soy pobre... Yo sé que el dinero no da felicidad, pero hay que decirlo, ¡ayuda, ayuda! Le ofrezco a usted mi corazón y mi nombre... ¿Los acepta usted?⁶³¹

Luis es un hombre propio del campo que no se nada con finezas, pero que desea ser amado y para ello ha elegido a Leonor. A él no le importa que ya tenga una mujer con tres hijos. Pero regresando a doña Mónica y a su empeño porque la relación entre Luis Gamboa y Leonor no se concrete, podemos ver que esta mujer es astuta para inventar cualquier tipo de pretexto con tal de decirle a Leonor que Luis pretende a Luisa Miramontes:

No tardó en llegar la buena de doña Mónica, quejándose del frío, y a dar cuenta de cuanto pasaba en la ciudad.

Leonor siguió de broma charla que te charla, ponderando por modo burlesco lo que ella llamaba la suprema elegancia de Gamboa.

—Y dime... —decía doña Mónica al oírla— ¿sigue haciéndote el oso ese pillastre? ¡Por Dios, hija, que no vayas a enamorarte de él! Mira y observa. Lo que una vez te dije es la pura verdad, aunque te parezca mentira... Eso de la Miramontes parece cierto.

—Pero, hija, si para nadie es un misterio que la Luisita le gusta mucho. Eso lo sabe medio mundo.

⁶³¹ *Ibidem*, p. 326.

—Por allá le veo yo noche con noche, cuando voy de retirada; que te lo diga mi sobrina. Allí está sin falta.
 —Porque se lleva mucho con ellas.
 —Fíate de los hombres, Leonor... No los conoces.
 —No, señora. ¡Eso no es cierto! —murmuró Carolina.
 —Tampoco dirás que es cierto lo otro, lo de la trigueña...
 —No digo nada.
 —Yo cuento esto, no por andar divulgando vidas ajenas, líbreme el cielo, sino porque te quiero mucho y procuro librarte de un engaño. Escúchame.⁶³²

Doña Mónica se encarga de sembrar la duda en Leonor, quien a la vez se siente burlada de doble manera: en primer lugar, porque recibió la noticia de que el hombre del que se había enamorado pretendía a Luisa; y por la otra, porque ella siente en carne viva lo que es herir a las personas con chismes. Nada pudo hacer por evitar su decepción, el llanto fue su único consuelo:

—Sí, doña Mónica, se lo agradezco a usted mucho, pero habría sido mejor no hablar de eso.
 —No fue esta la primera vez. Otra ocasión te dije...
 —Sí, pero como usted dice tantas cosas que no son ciertas.
 —Ahora vas a llamarme embustera... maldiciente, entrometida, y no me agradecerás el favor... No me lo agradezcas... ¡Si quieres no me lo agradezcas!
 —¡Sí, doña Mónica, lo agradezco mucho! —replicó la joven con amarga ironía.
 —Pues ya lo sabes... ¿Tienes amores con Luis? Pues termínalos. Estás a punto de corresponderle (que así ha de ser), pues no le correspondas. ¡Desdichada de ti si te casaras con ese pillastre...! Si desde muy joven fue así... Dejé a sus hermanas para vivir solo y a sus anchas, y siempre anduvo en malos pasos... De poco tiempo acá se conduce mejor..., ¡y ya ves! Mira bien el asunto, consulta con persona grave... y después haz lo que mejor te plazca... y que Dios te bendiga.⁶³³

La descripción que hace el autor de doña Mónica Ferreira refleja cómo eran algunas mujeres en esa época, y comparte ciertos rasgos con las mujeres de la vecindad en la que vivía Carmen en *La Calandria*, en especial con Salomé, pues ambas simulan ser piadosas pero en realidad sólo hablan mal de las personas. Otro referente son las hijas del abogado Castro Pérez, que aunque son unas señoritas jóvenes y acaudaladas, su único fin es hablar mal de los demás, motivadas por la envidia; al igual que algunas mujeres que se dedican a chismear la vida de la familia Collantes en *Los parientes ricos*.

Clotilde Orcillés, es otra mujer que también estaba pendiente de lo que hacía medio mundo. Cuando Leonor la visita para aclarar los rumores de un posible romance entre Luis

⁶³² *Ibidem*, p. 330.

⁶³³ *Ibidem*, p. 332.

Gamboa y Luisa, al ser cuestionada si ella había estado con las Miramontes afirma lo siguiente:

—Con las Miramontes... —No hija... ¿a quién tomarías por mí? Si yo no he salido con ellas a la calle. Estuve a visitar los días pasados, a corresponder su visita, y a conocer la escuela. ¡Si tú vieras que bien arregladita la tienen! ¡Para eso, nadie como ellas! ¡Qué aseo! ¡Qué orden! ¡Lástima que no puedan durar mucho allí! Lo peor del caso es que si el señor cura no se compadece de ellas, no sé yo lo que harán esas niñas... ¡Dios les dé marido! Eso resolvería todas las dificultades, porque el hermanito (estarás enterada de todo) no sirve para nada, como no sea para embriagarse en las cantinas. Hace más de un año, que como si no tuviera hermanas... ¡Antes iba poco... pero desde que el muy cínico se echó a vivir con esa perdida... la corista aquella de los ojazos, aquella que traía mareados a tantos y tantos! ¡Pobres muchachas! ¡Si tú supieras lo que pasa...!⁶³⁴

Como se ve, para Clotilde, los problemas económicos que tienen las Miramontes se resolverían en cuanto ellas consiguieran marido, lo cual reitera la idea de que una mujer es completa si se casa y depende de un hombre que cubra sus necesidades. Como ya señalé, me llama la atención que la mujer con la que vive Alejandro tenga las mismas “virtudes” que la actriz de zarzuela que era pretendida por Juan y Pablo Collantes y otros hombres más.

Ahora bien, finalmente, los malentendidos entre Luis y Leonor se aclaran y ella está dispuesta a aceptar a Luis tal y como es y con todo y sus hijos:

—No seré la madrastra, créalo usted... Yo prometo cumplir debidamente, y que murmuren y comenten [...] Pero exijo de usted vida nueva, para hacer de usted, a quien amaré con toda el alma, a quien amo ya con todo el corazón, lo que ha debido ser desde los primeros años.⁶³⁵

Es interesante observar que en Leonor también prevalece la idea de ser la redentora de un hombre. Al casarse con él y aceptar a sus hijos para que juntos formen una nueva familia, Leonor se iguala en parte a Gabriela, en el sentido de que a través del amor cambiarán el destino y el modo de ser de un hombre.

A partir de ese momento ocurre una verdadera transformación en Leonor; ella que siempre hablaba de los demás y que estaba al pendiente de saber vidas ajenas, ahora ya no le importa lo que hablen de ella y le importa poco lo que se diga de su matrimonio con Luis:

—¡Sí, Luis, seré esposa de usted, y diga el mundo lo que quiera, murmure lo que le plazca; y que se comente nuestro matrimonio en todos los círculos, bien o mal,

⁶³⁴ *Ibidem*, p. 338.

⁶³⁵ *Ibidem*, p. 341.

desde las sacristías donde chismean beatas, hasta en la casa de Clotilde Orcillés que es para mí un símbolo, el alma triste por excelencia, la personificación viviente de nuestra aburridora ciudad!⁶³⁶

En síntesis, la historia de Leonor nos permitió conocer el pueblo de Villatriste, que al igual que Pluviosilla y Villaverde son escenarios que sirven de marco para conocer el diario vivir de las mujeres. El caso de Leonor resulta sobresaliente debido a que ella es una mujer que es dada a hablar de los demás e incluso la gente de su pueblo le tiene cierto miedo, pero en cuanto entabla un romance con Luis Gamboa cambia de actitud. En esa misma ciudad vive doña Mónica Ferreira, una mujer que se entromete en la vida de los demás y que es movida por la envidia para hablar de las demás personas, ahí también vive una solterona, Clotilde Orcillés. La historia de estas tres mujeres nos permite ver una vez más como son las mujeres, cuáles eran sus atributos y virtudes, si acaso las tenían.

RECAPITULACIÓN

Este capítulo estuvo designado a hablar sobre aquellas mujeres que vivieron entre la luz y la sombra. Como pudimos constatar, algunas mujeres que aparecen en las novelas del autor no se suscriben al papel de mujeres rebeldes o abnegadas, pero que están ahí con la finalidad de mostrar que la vida de las mujeres de fin de siglo no era tan cuadrada; es decir, ni todas eran unas rebeldes sin causa ni tampoco eran abnegadas y sacrificadas.

En primer lugar, detallé cómo eran las mujeres honestas y trabajadoras: el recorrido que inicié con las lavanderas de la vecindad de San Cristóbal, pasando por la vida de Soledad Sierra, Eugenia Collantes, las hermanas Quintanilla y las hermanas Miramontes fueron un ejemplo fidedigno de honestidad y dedicación al trabajo. Algunas de ellas, a pesar de las adversidades supieron abrirse paso en medio de una sociedad que no las aceptaba como el caso de las hermanas Miramontes; otras mujeres, a través de su honestidad, supieron ganarse buena fama, tal fue el caso de Eugenia Collantes y Soledad Sierra.

Otro tipo de mujeres del que di cuenta en este capítulo corresponde al de las mujeres burladas o abandonadas, siendo el ejemplo más representativo el de Guadalupe, una

⁶³⁶ *Idem*, p. 341.

humilde lavandera que después de ser seducida por don Eduardo, la dejó en el abandono y no quiso hacerse responsable de su hija ilegítima, por temor a lo que fuera a pensar su hija Dolores. Las viudas también estuvieron presentes en este capítulo; la historia de doña Pancha, Salomé y doña Mercedes, nos permitieron conocer los avatares de las mujeres que por ser viudas tuvieron a su cargo la responsabilidad de criar a sus hijos; en el caso de doña Mercedes, pudimos ver que por su avanzada edad sólo servía como dama de compañía. Finalmente, Elena la hija de doña Dolores, fue el ejemplo más desafortunado de este tipo de mujeres, pues al confiar que en su primo Juan podría encontrar el amor y la comprensión que tanto le habían faltado, la llevó a cometer el error de embarazarse de manera irresponsable, quedado al final sola y deshonrada.

Por último, hablé de las mujeres que se caracterizaron por ser chismosas, envidiosas y hasta frívolas. Pude evidenciar que en las cuatro novelas del autor el chisme es lo que más se señala como defecto en las mujeres, de tal modo que, desde las mujeres de la vecindad de San Cristóbal en *La Calandria*, pasando por las hermanas Castro Pérez, en *Angelina*, algunas mujeres y hombres que aparecen en *Los parientes ricos* y hasta Leonor Quintanilla en *Historia Vulgar*, fueron un ejemplo de que todo mundo hablaba de todo mundo y que no era una actividad exclusiva de las mujeres, pues los hombres igualmente eran atraídos por el chisme.

Mención aparte merece Carmen, la esposa de don Juan Collantes. Una mujer frívola que vivía escindida entre los recuerdos de una vida acorde a las costumbres y el estilo de vida europeo y el tedio y el retroceso que significó para ella vivir en una ciudad como México.

CONSIDERACIONES FINALES

Amás de una centuria de la publicación de la última novela de Rafael Delgado Sainz, nos damos cuenta que su obra contiene algunas claves para comprender el contexto y las formas en las que vivían las mujeres en el México *du fin de siècle*, pues el autor retrata de manera concisa cómo era la sociedad de la época, sus tradiciones, sus costumbres y sus valores.

Este recorrido por las cuatro novelas del autor veracruzano, me permitió ver las distintas formas de ser mujer en un periodo de gran efervescencia política y social: el Porfiriato. Considero que lo que más se evidencia en las novelas son las condiciones sociales en las que vivieron estas mujeres. Analizadas en su conjunto, las historias de personajes como el de Carmen, Angelina, Dolores Collantes o el de Leonor Quintanilla representan una fábula moralizante de la que se valió el escritor para crear un ideal femenino, que como se evidenció, debía ser abnegada y sumisa, pues como señala Françoise Carner:

Combatir el vicio y establecer una sociedad moral es una de las grandes metas decimonónicas que refleja la ética de las clases dominantes, al querer ordenar al resto de la sociedad según sus propios criterios infundidos a través de la educación y del enrolamiento de las mujeres en el proceso de transmisión de valores.⁶³⁷

El acercamiento a un marco histórico y conceptual me permitió entender la ideología de la época y el estricto control y sometimiento que les tocó vivir a estas mujeres, además de conocer cuáles eran los roles de la mujer en la sociedad. Así, después de analizar el *corpus*, el cual estuvo conformado por las cuatro novelas del autor, se encontraron los siguientes hallazgos:

En las cuatro novelas se pueden apreciar los diferentes tipos de mujeres que existieron en la época, y por las diferentes historias, desfilaron mujeres ricas y pobres; de familias tradicionales y fracturadas; algunas de ellas con una remarcada belleza, mientras que otras no tanto; casadas las menos, solteras las más; educadas o ignorantes; chismosas o recatadas; frívolas o cariñosas fueron algunas de las características con las que Rafael Delgado construyó su universo femenino.

⁶³⁷ CARNER, Françoise, “Las ideas sobre...”, p.38.

Analizar en retrospectiva a estos personajes, nos permite ver que en las novelas de Rafael Delgado hay pocas posibilidades para las mujeres por cambiar sus condiciones de vida, pues como puntualiza Adriana Sandoval:

Delgado expone las ideas propias del siglo XIX con respecto al papel y función de las mujeres en la sociedad mexicana [...] hay que quedarse en la clase social y económica en la que se nació y no aspirar a ascender, sobre todo de maneras ilícitas e inmorales.⁶³⁸

Lo anterior se comprueba con Carmen, Magdalena o Conchita Mijares, quienes tenían el ferviente deseo de cambiar de estatus social con el fin de mejorar su calidad de vida; sin embargo, los métodos por los que estas mujeres pretendieron cambiar su lugar asignado en la sociedad fueron sancionados, pues contravenían las normas de la época.

En el caso de Carmen, Magdalena y Conchita utilizaron a un hombre para lograr su cometido; en consecuencia, Carmen pagó con su vida su atrevimiento, y a Conchita y Magdalena les tocó vivir en el desprestigio perpetuo. El caso de las hermanas Miramontes fue una excepción a la regla, ya que ellas intentaron acceder a ese cambio social por medio del estudio, el cual sería la pauta para un cambio real en la vida de las mujeres, que si bien ya se vislumbraba en las primeras mujeres profesionistas en México, este anhelo se concretaría en el siglo XX.

Respecto a los roles sociales asignados en este periodo, el que más destaca es el de *madresposa*, término acuñado por Marcela Lagarde para describir el papel que se le atribuyó a las mujeres para regular su conducta social frente a los hombres. El mejor ejemplo de ese rol se ve concretado en el personaje de Dolores Collantes, pues evidencia las consecuencias que enfrentaron estas mujeres cuando su situación económica cambiaba y quedaban viudas al frente de una familia con hijos jóvenes; en el mejor de los casos tenían que dejar su acomodado estilo de vida para trabajar y ganarse la vida. El personaje de doña Dolores es muy representativo, pues aun en su momento de máxima prueba no levantó la voz para reclamar sus derechos, todo lo dejó, influenciada por los consejos de sus confesores, a la voluntad de Dios.

Para las mujeres casadas, el matrimonio y la maternidad tenían una función muy importante, pues era la única manera de sobresalir socialmente; no sólo por el buen nombre y posición social del marido, sino porque podían desempeñar su papel de *madresposa*, de

⁶³⁸ SANDOVAL LARA, Adriana, *Vertientes narrativas*, p.215.

ahí que ideal femenino por excelencia fuera el *ángel del hogar*. Un ángel cuyas alas eran cortadas primeramente por los padres, después por el marido. Un ser frágil, dócil y abnegado sí, pero sin sentimientos ni emociones y mucho menos con poder de decisión, pues quedaba bajo la absoluta custodia del marido y ella se debía dedicar al cuidado de los hijos y al buen funcionamiento del hogar.

Los personajes de Angelina, Gabriela Fernández y Margot Collantes tienen las cualidades para cumplir con ese papel elogiado socialmente; es decir, son mujeres abnegadas, sumisas y que a pesar de las circunstancias, ellas siempre están dispuestas a sacrificarlo todo por el bien de los demás. Aunque la única que termina casada es Gabriela, tanto Angelina como Margot cumplen esa misma función, la primera, al profesar como hermana de la caridad, y la segunda, al sacrificarse por su hermana Elena y estar dispuesta a consagrarse para cumplir con el rol de madre de su sobrino.

Las diferencias de clase fueron el principal impedimento para que las historias de amor no se consolidaran, esta diferencia evidencia no sólo el estatus social de las familias, sino el nivel económico. Llama la atención que la mayoría de los personajes masculinos sean pobres, como muchas de las mujeres de las distintas historias.

La familia de Juan Collantes y la de Carlos Fernández fueron dos ejemplos de cómo eran las familias acaudaladas de la época, pero mientras que Juan Collantes, acusa de su poder económico, embiste todo lo que se encuentra y no respeta ni a su familia; Carlos Fernández es un hombre sensible para quien el honor y la honestidad están ante todo y es capaz de descubrir la bondad de las personas.

A mi juicio, en las novelas hay dos aspectos que son importante señalar; en primer lugar, es que no hay un castigo para los transgresores masculinos como don Eduardo Ortiz de Guerra, Alberto Rosas, Juan Collantes o Luis Gamboa; en segundo lugar, es que, en su mayoría, las mujeres que se adhieren a las normas establecidas socialmente y cumplen con los roles asignados tampoco terminan bien, como doña Dolores Collantes y sus hijas. En ese sentido, ninguna de las novelas tiene lo que hoy diríamos un final feliz, un hecho que hace evidente el determinismo de la época; la única excepción a la regla fue Gabriela Fernández, pues se casó con el hombre que amaba y vivió feliz con él y sus hijos.

Las mujeres que intentaron ser felices a su manera vivieron señaladas por una sociedad que no supo comprender su manera de ser. Tal fue el caso de Magdalena, quien

era criticada por no cumplir con sus labores de ama de casa y por haber vivido en unión libre con varios hombres. Conchita Mijares, la monologuista, siempre vivió sin importarle el qué dirán; ella encontró, en la familia de don Juan Collantes, la oportunidad de acceder a una vida de lujos y comodidades, que por pertenecer a una familia pobre jamás hubiera tenido y no vaciló en fugarse con el primogénito del capitalista para ver concretados sus sueños de riqueza y fama.

Finalmente, Leonor Quintanilla también era una mujer que vivía a su manera y encontró en el chisme una forma de pasar el rato, no le importó si con ello destrozara la vida de los demás o la gente le tuviera miedo por su lengua mordaz. Su romance con Luis Gamboa la transformó, porque experimentó con su propia vida lo que se siente andar en boca de los demás y porque Luis significó para ella la oportunidad de no quedarse solterona como sus dos hermanas.

Por lo aquí expuesto, puedo afirmar que con *Historia vulgar*, la última novela del autor, se concluye un universo de personajes femeninos conformado en sus cuatro novelas, que con sus defectos y virtudes muestran el gran abanico de posibilidades que enmarca lo femenino y el ser mujer a finales del siglo XIX, ya que nos permite entender las circunstancias que tuvieron que enfrentar las mujeres en el México del Porfiriato, sobre todo, el conflicto social marcado por la desigualdad entre hombres y mujeres.

Así, por lo que significan estas mujeres como símbolo, en cuanto a ir en contracorriente y eludir lo impuesto socialmente o por cumplir con todos los deberes del rol asignado, es que se erigen como una propuesta de lo femenino *du fin de siècle*, mujeres con muchos matices a las que sólo el ingenio y el talento creativo de Rafael Delgado Sainz hizo converger en sus novelas, a pesar de que todas ellas eran palomas de otros nidos.

Ciudad de México, junio de 2019.

BIBLIOGRAFÍA

- ACUÑA, Manuel, *Poesía Completa*, México, CONACULTA, 2014 (Clásicos para hoy).
- ALVARADO, María de Lourdes, “La educación secundaria femenina desde las perspectivas del liberalismo y del catolicismo, en el siglo XIX” en *Perfiles Educativos*, vol. XXV, núm. 102. México, Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, 2003, pp. 40-53, disponible en línea en <http://www.redalyc.org/pdf/132/13210204.pdf>, consultado el 23/febrero/2017.
- ALVARADO, María de Lourdes, *La educación “superior” femenina en el México del siglo XIX. Demanda social y reto gubernamental*, México, Universidad Autónoma de México, Centro de Estudios sobre la Universidad, Plaza y Valdés Editores, 2004.
- ARAUZ MERCADO, Diana. “Primeras mujeres profesionales en México”, en *Historia de las mujeres en México*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM), 2015, pp. 181-199.
- ARELLANO, Leandro, “Antonio Plaza, un poeta descastado”, en *La jornada semanal*, domingo 17 de octubre de 2010, Núm. 815, s/p., disponible en línea en: <https://www.jornada.com.mx/2010/10/17/sem-leandro.html>, consultado el 12/julio/2019.
- ARREDONDO LÓPEZ, María Adelina, “Un atisbo a una escuela de niñas al comienzo del siglo XIX”, en ARREDONDO LÓPEZ, María Adelina (coord.), *Obedecer, servir y resistir, La educación de las mujeres en la historia de México*, México, Porrúa, Universidad Pedagógica Nacional, 2003, pp. 99-116.
- AYUSO DE VICENTE, Victoria, GARCÍA GALLARÍN, Consuelo y SOLANO SANTOS, Mario, *Diccionario de términos literarios*, España, Akal, 1997, Segunda Edición.
- AZUELA, Mariano, “Rafael Delgado”, en *Cien años de novela mexicana*, México, Ediciones Botas, 1947, pp. 125-144.
- BARBERIS, Pierre y DUBY, George, “Littérature et société”, en *Diffusion sur France Culture*, le 2 avril 1974. Première publication dans *Écrire... Pour quoi? Pour qui?*, Grenoble, Presses universitaires de Grenoble, 1975, pp. 35-65, disponible en línea en <http://ressources-socius.info/index.php/reeditions/18-reeditions-d-articles/225-litterature-et-societe>, consultado el 23/abril/2018.
- BARCELÓ, Raquel, “Hegemonía y conflicto en la ideología porfiriana sobre el papel de la mujer y la familia”, en GÓNZALEZ MONTES, Soledad y TUÑÓN, Julia (comps), *Familias y mujeres en México: del modelo a la diversidad*, México, El Colegio de México, 1997, pp. 73-109.
- BESSIÈRE, Jean, “Literatura y representación” en ANGENOT Marc, BESSIÈRE Jean, FOKKEMA Douwe y KUSHNER Eva, *Teoría literaria*, México, Siglo XXI Editores, 2009, pp. 356-375.

- BETHELL, Leslie, “La mujer en la sociedad colonial hispanoamericana”, en *Historia de América Latina*, t.4., América Latina Colonial: Población, sociedad y cultura, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 109-137.
- BONILLA VÉLEZ, Gloria, “La lucha de las mujeres en América Latina: Feminismo, ciudadanía y derechos”, en *Palabra PALABRA QUE OBRA*, No. 8, agosto, 2007, pp. 42-59, disponible en línea en <file:///C:/Users/Personal/Downloads/Dialnet-LaLuchaDeLasMujeresEnAmericaLatina-2979331.pdf>, consultado el 13/febrero/2018/
- BRUSHWOOD, John Stubbs, “La novela mexicana frente al porfirismo”, en *Historia Mexicana*, 1 January 1958, vol. 7 (3), pp. 368-405, disponible en línea en <https://www.jstor.org/stable/25134919>, consultado el 19/febrero/2018.
- CAMACHO DELGADO, José Manuel, “Del *fragilis sexus a la rebellio carnis*. La invención de la mujer fatal en la literatura de fin de siglo”, en *Cuadernos de Literatura*, Bogotá (Colombia), 10 (20): enero – junio de 2006, pp. 27-43, disponible en línea en <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/cualit/article/view/6689/6562>, consultado el 13/marzo/2017.
- CANO, Gabriela, “Más de un siglo de feminismo en México”, en *Debate feminista*, vol. 14, México, octubre 1996, pp. 345-360, disponible en línea en: http://www.debatefeminista.pueg.unam.mx/wpcontent/uploads/2016/03/articulos/014_25.pdf, consultado el 11/noviembre/2018.
- CARBALLO, Emmanuel, *Diccionario crítico de las letras mexicanas en el siglo XIX*, México, Océano – CONACULTA, 2001.
- CARNER, Françoise, “Las ideas sobre la mujer mexicana en el siglo XIX”, en *Fem*, Vol. 8, No. 30, Nov, 1983, pp. 38-39, disponible en línea en http://132.248.160.2:8991/pdf_cih01/000001565, consultado el 9/septiembre/2018.
- CARNER, Françoise, “Estereotipos femeninos en el siglo XIX”, en *Presencia y Transparencia: La mujer en la historia de México*, México, El Colegio de México, 1987, Primera Edición, pp. 95-109.
- CARR-GOMM, Sara, *Diccionario de arte a partir de sus símbolos*, México, Editorial Tomo, 2003.
- CARREÑO, Manuel Antonio, *Manual de urbanidad y buenas maneras*, México, Editorial Patria, 1987.
- CASTIGLIONE, Baltasar de, *El cortesano*, Madrid, Librería de los bibliófilos, 1873, disponible en línea en <https://archive.org/details/loscuatrolibrosd00cast/page/n10>, consultado el 16/julio/2019.

- CHAVES, José Ricardo, “Espiritismo y literatura en México”, en *Literatura Mexicana*, vol. XVI, núm. 2, México, UNAM, 2005, disponible en línea en <http://www.redalyc.org/pdf/3582/358241846003.pdf>, consultado el 12/julio/2019.
- CÓDIGO CIVIL DE 1884, disponible en línea en <https://archive.org/details/cdigocivildeldi00mexgoog>, consultado el 16/septiembre/2018.
- CONSTITUCIÓN Federal de los Estados Unidos Mexicanos, 1857, disponible en línea en http://www.diputados.gob.mx/biblioteca/bibdig/const_mex/const_1857.pdf, consultado el 17/julio/2019.
- DE LEÓN, Fray Luis, *La perfecta casada*, Introducción y notas de Joaquín Antonio Peñalosa, México, Porrúa, 1999 (Sepan Cuantos, Núm. 145).
- DELGADO, Rafael, *La Calandria*, Edición, introducción y notas de Manuel Sol, México, Universidad Veracruzana, 1995 (Clásicos veracruzanos, Núm. 5).
- DELGADO, Rafael, *La Calandria*, Prólogo de Salvador Cruz, México, Porrúa, 2006 (Sepan Cuantos, Núm. 154).
- DELGADO, Rafael, *Angelina*, México, Porrúa, 1993 (Colección de Escritores Mexicanos, Núm. 49).
- DELGADO, Rafael, *Los parientes ricos*, México, Universidad Veracruzana, 2007 (Biblioteca del Universitario, Núm. 12).
- DELGADO, Rafael, *Historia vulgar*, Prólogo de Margarita Villaseñor, México, Editorial Patria, 1987, pp. 278-341.
- DELGADO, *Cuentos*, México, UNAM, 1973 (Biblioteca del Estudiante Universitario, Núm. 39).
- DELGADO DE CANTÚ, Gloria M., *Historia de México / El proceso de gestación de un pueblo*, (5ta. Edición), vol. I, México, Pearson – Prentice Hall, 2006.
- DELGADO, DE CANTÚ, Gloria M., *Historia de México. Legado histórico y pasado reciente*, (3ra. Edición), México, Pearson Educación, 2015.
- DERREZA, Salomón, “Guía de revistas femeninas olvidadas” en *Letras libres*, agosto de 2010, disponible en línea en <http://www.letraslibres.com/mexico-espana/guia-revistas-femeninas-olvidadas>, consultado el 2/mayo/2016.
- DUNNELL, Marguerite Lucille, *The female characters in the novels of Rafael Delgado*, Thesis to obtain the Degree of Master of Arts, University of Texas at El Paso, Faculty of the Department of Modern Languages of Texas Western College, 1953.
- ECURED, “Palmera Jucara”, disponible en línea en https://www.ecured.cu/Palmera_jucara, consultado el 18/julio/2019.

- ENCICLOPEDIA DE LOS MUNICIPIOS Y DELEGACIONES DE MÉXICO*, disponible en línea en: <http://siglo.inafed.gob.mx/enciclopedia/EMM30veracruz/municipios/30135a.html>, consultado el 19/julio/2019.
- ENCICLOPEDIA UNIVERSAL HERDER*, España, Herder, 1954.
- ENCICLOPEDIA VNIVERSAL ILVSTRADA EVROPEO AMERICANA*, Madrid, Espasa-Calpe, 1995, t. 42, pp. 914-916.
- FALGUERAS, Ignacio, *Ideas filosóficas de la Ilustración*, Málaga, 1988, pp. 1-19, disponible en línea en http://webpersonal.uma.es/~jifalgueras/Historia/Historia/Kant_files/block_0/Ilustracion.pdf consultado el 12/julio/2019.
- FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín, *La Quijotita y su prima*, Introducción de María del Carmen Ruiz Castañeda, México, Porrúa, 1990 (Sepan cuantos, Núm. 71).
- FLORESCANO, Enrique, *Historia de las historias de la nación mexicana*, México, Taurus, 2007.
- FLORES OLEA, Aurora, MONTOYA RIVERO María Cristina y VELÁZQUEZ ESTRADA, Rosalía, “Ficción y realidad histórica: la presencia de la ciudad de México en la novela y en la crónica de la época porfirista”, en *La ciudad y el campo en la historia de México*, Memoria de la VII Reunión de historiadores Mexicanos y Norteamericanos. Oaxaca, México, 23-26 de octubre de 1985, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992, t. II, pp. 905-913.
- FRANCO, JEAN *Las conspiradoras. La representación de la mujer en México*, Versión Actualizada, México, El Colegio de México, 1993.
- GALEANA, Patricia, “La lucha de las mujeres latinoamericanas, democracia y derechos humanos”, en *Latinoamérica*, No. 38, México, UNAM, 2004, disponible en línea en <http://www.revistas.unam.mx/index.php/archipelago/article/view/19643/18634>, consultado el 13/noviembre/2018.
- GALEANA, Patricia, “El tiempo de México”, en GALEANA, Patricia y VILLEGAS Gloria, *Dos siglos de México*, México, 2010, Siglo XXI Editores.
- GALEANA Patricia, *La historia del feminismo en México*, Universidad Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2017, pp. 101-119 disponible en línea en <https://archivos.juridicas.unam.mx/www/bjv/libros/9/4318/9.pdf>, consultado el 8/abril/2018.
- GARCIADIEGO, Javier, “Cap. X. El Porfiriato (1876-1911)”, en von WOBESER, Gisela (coord), *Historia de México*, México, FCE/SEP, Academia Mexicana de Historia, 2010, pp. 209-225.
- GARCÍA LESCAILLE, Tania, “La belleza frente al pecado: dos ópticas de representación del cuerpo femenino (1870-1918)”, en TUÑÓN, Julia (comp.), *Enjaular los cuerpos*.

Normativas decimonónicas y feminidad en México, México, El Colegio de México, Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM), Centro de Estudios Sociológicos (CES), 2008, pp. 421-452.

GIBON, Yves de, “Espiritismo”, en POUPARD, Paul, *Diccionario de las religiones*, España, Herder, 2003, p.562.

GONZALBO AIZPURU, Pilar, “Religiosidad Femenina y vida familiar en la Nueva España”, en GÓNZALEZ MONTES, Soledad y TUÑÓN, Julia (comps.), *Familias y mujeres en México: del modelo a la diversidad*, México, El Colegio de México, 1997, pp. 53-71.

GONZÁLEZ DE GAMBIER, Emma, *Diccionario de terminología literaria*, Madrid, España, Editorial Síntesis, 2002.

GONZÁLEZ LEZAMA, Raúl, “Las mujeres durante la Reforma”, en *Historia de las mujeres en México*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM), 2015, pp. 93-115.

GONZÁLEZ PEÑA, Carlos, *Historia de la literatura mexicana*, México, Porrúa, 1990.

GONZÁLEZ Y LOBO, María Guadalupe, “Educación de la mujer en el siglo XIX mexicano”, en *Tiempo Cariátide*, Mayo-Junio, 2007, pp. 53-58 disponible en línea en http://www.uam.mx/difusion/casadeltiempo/99_may_jun_2007/casa_del_tiempo_num99_5_3_58.pdf, consultado el 13/mayo/2017.

GRAN ENCICLOPEDIA ESPASA UNIVERSAL, t. 3, arzoal- beatitud, España, Espasa Calpe, 2005.

GRIMAL PIERRE, *Diccionario de mitología griega y romana*, Traducción de Francisco Payarais, Barcelona, Paidós, 1989.

GUTIÉRREZ LÓPEZ, León Guillermo, *La novela mexicana, de la Independencia a la Revolución*, México, Secretaria de Gobernación / Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2009.

HERNÁNDEZ CHÁVEZ, Alicia, “VII. Liberalismo y reconstrucción nacional”, en *México una breve historia. Del mundo indígena al siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 221-222.

HOWLAND BUSTAMANTE, Sergio, *Historia de la literatura mexicana*, (9ª reimpr.), México, Trillas, 1980.

HUERTA MATA, Rosa María, “Ingreso y presencia de las mujeres en la matrícula universitaria en México”, en *Revista de El Colegio de San Luis*, vol. VII, núm. 14, julio-diciembre, México, El Colegio de San Luis, pp. 281-306. Disponible en línea en: <http://www.redalyc.org/pdf/4262/426252094011.pdf>, consultado el 17/mayo/ 2019.

- LAGARDE, Marcela, *Los cautiverios de las mujeres, madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México, UNAM, 2005.
- LARA, Luis Fernando, *Diccionario del español de México*, vol. 1, México, El Colegio de México, 2011.
- LAY, Manuel Amado, *Visión del Porfiriato en cuatro narradores mexicanos: Rafael Delgado, Federico Gamboa, José López Portillo y Rojas y Emilio Rabasa*, Estados Unidos, University of Arizona, Department of Romance Languages, 1981.
- LIRA, Andrés, “IX. La consolidación nacional (1853-1887)”, en von WOBESER, Gisela (coord.), *Historia de México*, México, FCE/SEP, Academia Mexicana de Historia, 2010, pp. 194-195.
- LÓPEZ DE MARISCAL, Blanca, “El drama demográfico de la Nueva España en el siglo XVI: el espacio de la mujer”, en *Persistencia y cambio, Acercamientos a la historia de las mujeres en México*, México, El Colegio de México, 2008, pp. 79-97.
- MARTÍNEZ, José Luis, “México en busca de su expresión”, en *Historia general de México, Versión 2000*, México, El Colegio de México, 2008, pp. 709-755.
- MILÁN, Alfonso, “El mariscal Bazaine. Comandante del ejército francés en el imperio de Maximiliano”, en *Relatos e Historias en México*, México, 2016, No. 91, s/p. Disponible en línea en: <https://relatosehistorias.mx/numero-vigente/el-mariscal-bazaine>, consultado el 27/julio/2019.
- MOLINER, María, *Diccionario de uso del español*, 2 tomos, Madrid, 2007.
- MONTERO MOGUEL, Dulce Carolina y ESQUIVEL ALCOCER, Landy Adelaida, “La mujer mexicana y su desarrollo educativo: breve historia y perspectiva”, en *Nueva época*, Vol. 4. No. 8. Julio – Diciembre 2000, pp. 51-59, disponible en línea en <http://educacionyciencia.org/index.php/educacionyciencia/article/view/150/pdf>, consultado el 22/marzo/2018.
- MONTERO SÁNCHEZ, Susana A., *La construcción simbólica de las identidades sociales. Un análisis a través de la literatura mexicana del siglo XIX*, México, Universidad Autónoma de México, Centro Coordinador y Difusor de Estudio Latinoamericanos (CCYDEL), Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG), Plaza y Valdés Editores, 2002.
- NOHLEN, Dieter, *Diccionario de Ciencia política*, t.2, j-z, México, Editorial Porrúa – El Colegio de Veracruz, 2006.
- OLEA FRANCO, Rafael, “La Calandria: de sentimientos y tradiciones literarias”, en JIMÉNEZ DE BÁEZ, Yvette, (Editora), *Varia Lingüística y Literatura*, 50 Años del CELL, t. III. *Literatura: siglos XIX y XX*, México, El Colegio de México, 1997, pp. 225-248.

- PASTOR, Reyna, “Mujeres en España y en Hispanoamérica”, en *Historia de las mujeres en Occidente*, t. 3, *Del Renacimiento a la Edad Media*, México, Taurus, 2005, pp. 555-573.
- PÉREZ SILLER, Javier, “La sensibilidad: una herramienta y un observatorio”, México, 2005, pp. 1- 14, disponible en línea en <http://www.mexicofrancia.org/libros/p12.pdf> consultado el 27/julo/2019.
- PEZA, Juan de Dios, “Introducción”, en *Álbum del corazón*, México, Libro-Mex Editores, 1982.
- PLAZA LLAMAS, Antonio, *Álbum del corazón*, México, Libro-Mex Editores, S. de R.L., 1982.
- RADKAU, Verena, “*Por la debilidad de nuestro ser*”, *mujeres del pueblo en la paz porfiriana*, México, SEP, 1989, Cuadernos de la Casa Chata, No. 168.
- RAMOS ESCANDÓN, Carmen, *Historia de la literatura: encuentros y relaciones en el México porfiriano*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Filosofía, Cuaderno No. 28, s/a.
- RAMOS ESCANDÓN, Carmen, “Señoritas porfirianas: Mujer e ideología en el México progresista, 1880-1910”, en *Presencia y Transparencia: La mujer en la historia de México*, México, El Colegio de México, 1987, Primera Edición, pp. 143-161.
- RAMOS ESCANDÓN, Carmen, *Del cuerpo social al cuerpo carnal: “Santa” y “La Calandria” o el inconsciente político de una sociedad reprimida*, Report, Presented to the Faculty of the Graduate School of The University of Texas at Austin, In Partial Fulfillment of the Requirements for the Degree of Master of Arts, May. 1991.
- RAMOS ESCANDÓN, Carmen, “Mujeres positivas. Los retos de la modernidad en las relaciones de género y la construcción del parámetro femenino en el fin de siglo mexicano, (1890-1910)”, en AGOSTINI Claudia y SPECKMAN, Elisa (editoras), *Modernidad, Tradición y Alteridad. La ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de investigaciones Históricas. Serie Historia Moderna y Contemporánea / 37, 2001, pp. 291-317.
- RAMOS ESCANDÓN, Carmen, “Veinte años de *Presencia*: la historiografía sobre la mujer y el género en la historia de México”, en *Persistencia y cambio, Acercamientos a la historia de las mujeres en México*, México, El Colegio de México, 2008, pp. 31-53.
- RAMOS ESCANDÓN, Carmen, “Cuerpos contruidos, cuerpos legislados. Ley y cuerpo en el México de ‘fin de siècle’”, en TUÑÓN, Julia (comp.), *Enjaular los cuerpos. Normativas decimonónicas y feminidad en México*, México, El Colegio de México, Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM), Centro de Estudios Sociológicos (CES), 2008, pp. 67-106.
- RICŒUR, Paul, “Mundo del texto y mundo del lector”, en PERUS, Françoise (comp.), *Historia y Literatura*, México, Instituto Mora, 1994, pp. 222-261.

- RICŒUR, Paul, “La realidad del pasado histórico”, en *Tiempo y narración. El tiempo narrado*, t. III, México, Siglo XXI Editores, 2009, pp. 837-863.
- ROBIN, Regine, “Para una sociopoética del imaginario social” en PERUS, Françoise (comp.), *Historia y Literatura*, México, Instituto Mora, 1994, pp. 262-300.
- RODRÍGUEZ DE ROMO, Ana Cecilia y CASTAÑEDA LÓPEZ, Gabriela, “Inicio de las mujeres en la medicina mexicana”, en *Revista de la Facultad de Medicina de la UNAM*, Vol. 58, No. 2. Marzo-Abril 2015, pp. 36-40, disponible en <https://www.medigraphic.com/pdfs/facmed/un-2015/un152d.pdf>, consultado el 13/mayo/2018.
- SALAS, M. Alberto, “El mestizaje en la conquista de América, en *Historia de las mujeres en Occidente*, t. 3, *Del Renacimiento a la Edad Media*, México, Taurus, 2005.
- SANDOVAL LARA, Adriana, “La Angelina de Rafael Delgado”, disponible en línea en <https://cdigital.uv.mx/bitstream/handle/123456789/1059/199699P175.pdf?sequence=1&isAllowed=y>, consultado el 16/marzo/2017.
- SANDOVAL, LARA, Adriana, “Vertientes Narrativas de Rafael Delgado”, en OLEA, FRANCO, Rafael (editor), *Doscientos años de narrativa mexicana, siglo XIX*, México, El colegio de México, 2010, pp. 205-225.
- SANDOVAL LARA, Adriana, *A cien años de La Calandria*, México, Universidad Veracruzana, 1999.
- SANTA BIBLIA, Antigua Versión de Casiodoro de Reina, Revisada por Cipriano de Valera, Revisión 1960, México, Sociedades Bíblicas Unidas, 2000.
- SOL, Manuel, “El bovarismo en *La Calandria de Rafael Delgado*”, en JIMÉNEZ DE BÁEZ (editora), *Varia Lingüística y Literatura, 50 Años del CELL, t. III. Literatura: siglos XIX y XX*, México, El Colegio de México, 1997, pp. 249-261.
- SPECKMAN GUERRA, Elisa, “El Porfiriato”, en *Nueva historia mínima de México*, México, El Colegio de México, 2008, pp. 192-224.
- STAPLES, Anne, “Una educación femenina para el hogar: México en el siglo XIX”, en ARREDONDO LÓPEZ, María Adelina (coord.), *Obedecer, servir y resistir, La educación de las mujeres en la historia de México*, México, Porrúa, Universidad Pedagógica Nacional, 2003, pp. 85-97.
- STAPLES, Anne, “Sociabilidad femenina a principios del siglo XIX mexicano”, en *Persistencia y cambio, Acercamientos a la historia de las mujeres en México*, México, El Colegio de México, 2008, pp. 99-119.
- TORRES AGUILAR, Morelos y ATILANO VILLEGAS, Ruth Yolanda, “La Educación de la Mujer Mexicana en la prensa femenina durante el Porfiriato”, en *Revista Historia de la*

Educación Latinoamericana, vol. 17, núm. 24, enero-junio, Boyacá, Colombia, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 2015, pp. 217-242, disponible en línea en <http://www.scielo.org.co/pdf/rhel/v17n24/v17n24a11.pdf>, consultado el 6/noviembre/2018.

TORRES PRECIADO, Javier Fernando, “La mujer en la segunda mitad del siglo XIX, una sombra presente”, en *Revista GOLIARDOS*, No. XII, I Semestre, 2010, pp.53-62. Disponible en línea en <https://revistas.unal.edu.co/index.php/gol/article/view/45166/46522>, consultado el 13/mayo/2017.

TORRES SEPTIÉN, Valentina, “Notas sobre urbanidad y buenas maneras: de Erasmo al manual de Carreño”, en GONZALBO AIZPURU, Pilar (coord.), *Historia y Nación, I. Historia de la educación y enseñanza de la historia*, México, El Colegio de México, 1998, pp. 89-111.

TORRES SEPTIÉN, Valentina, “Un ideal femenino: los manuales de urbanidad: 1850-1900”, en CANO, Gabriela y JOSÉ VALENZUELA, Georgette (coords.), *Cuatro estudios de Género en el México urbano del siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG), 2001, pp. 97-127.

TORRES SEPTIÉN, Valentina, “Manuales de conducta, urbanidad y buenos modales durante el Porfiriato. Notas sobre el comportamiento femenino”, en AGOSTINI, Claudia y SPECKMAN, Elisa (Editoras), *Modernidad, Tradición y Alteridad. La ciudad del México en el cambio de siglo (XIX-XX)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de investigaciones Históricas. Serie Historia Moderna y Contemporánea / 37, 2001, pp. 271-289.

TORRES SEPTIÉN, Valentina, “La educación informal de la mujer católica en el siglo XIX, en ARREDONDO LÓPEZ, María Adelina (coord.), *Obedecer, servir y resistir, La educación de las mujeres en la historia de México*, México, Porrúa, Universidad Pedagógica Nacional, 2003, pp. 117-133.

VÁZQUEZ, Josefina Zoraida, “De la independencia a la consolidación republicana”, en *Nueva historia mínima de México*, México, El Colegio de México, 2008, pp. 137-191.

VÁZQUEZ, Josefina Zoraida, “VIII. El establecimiento del México independiente (1821-1848), en von WOBESER, Gisela (coord.), *Historia de México*, México, FCE/SEP, Academia Mexicana de Historia, 2010, pp. 163-183.

VELASCO, MÁRQUEZ, Jesús, “La guerra de Estados Unidos contra México”, en VÁZQUEZ, Josefina Zoraida (coord.), *Gran historia de México ilustrada*, t. III, *El nacimiento de México, 1750-1856, de las Reformas Borbónicas a la Reforma*; México, Planeta DeAgostini, CONACULTA – INAH, 2011, pp. 261-280.

VILLASEÑOR, Margarita, “Prólogo”, en *La Calandria e Historia Vulgar*, México, Editorial Patria, 1986, pp. 7-34.

YURÉN CAMARENA, María Teresa, “¿Para qué educar a las mujeres? Una reflexión sobre las políticas educativas del siglo XIX”, en ARREDONDO LÓPEZ, María Adelina (Coord.), *Obedecer, servir y resistir, La educación de las mujeres en la historia de México*, México, Porrúa, Universidad Pedagógica Nacional, 2003, pp. 135-149.

NOTAS